

Centro Teológico San Agustín
XXV Jornadas Agustinianas

**EL ESPÍRITU SANTO,
VIDA DE LA IGLESIA**



CENTRO TEOLÓGICO
San Agustín

EL ESPÍRITU SANTO,
VIDA DE LA IGLESIA

COLECCIÓN
JORNADAS AGUSTINIANAS

Volúmenes publicados:

1. *La Nueva Ciudad de Dios.*
2. *Dios, Nuestro Padre.*
3. *Soledad, Diálogo, Comunidad.*
4. *Actualizar el Lenguaje Religioso.*
5. *Lenguaje Teológico y Vivencia Cristiana.*
6. *La Familia Agustiniiana en contextos de globalización.*
7. *San Agustín: 1650 aniversario de su nacimiento.*
8. *Santo Tomás de Villanueva. 450 aniversario de su muerte.*
9. *Concilio Vaticano II. 40 años después.*
10. *Jóvenes inquietos: la aventura de vivir en Cristo.*
11. *Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Ecumenismo y diálogo interreligioso.*
12. *San Pablo en San Agustín.*
13. *El religioso presbítero: dos dimensiones de su única vocación.*
14. *Encuentros de fe. Horizontes de nueva evangelización.*
15. *Dos amores fundaron dos ciudades.*
16. *«Creo... Creemos... La FE, puerta siempre abierta...».*
17. *La Vida Consagrada: Epifanía del amor de Dios en el mundo.*
18. *Sed Misericordiosos. Solo la misericordia puede cambiar el corazón.*
19. *Los Agustinos en el mundo de la cultura.*
20. *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional.*
21. *El transhumanismo en la sociedad actual.*
22. *Eutanasia ¿desafío a la vida?*
23. *El papel de la mujer en la Iglesia.*
24. *La Iglesia y la sinodalidad.*
- 25/1. *El Espíritu Santo, vida de la Iglesia.*
- 25/2. *XXV Aniversario - Jornadas Agustiniianas (1998-2023).*

XXV JORNADAS AGUSTINIANAS

Real Centro Universitario Escorial - María Cristina
San Lorenzo del Escorial (Madrid), 4-5 de marzo de 2023

EL ESPÍRITU SANTO, VIDA DE LA IGLESIA

Director

Manuel Sánchez Tapia, OSA



CENTRO TEOLÓGICO SAN AGUSTÍN
San Lorenzo del Escorial (Madrid) 2023

© Centro Teológico San Agustín

Distribuye:

Editorial AGUSTINIANA

Paseo de la Alameda, 39

28440 Guadarrama (Madrid)

Internet: <http://www.agustiniana.es>

E-mail: editorial@agustiniana.es

© FOTO DE CUBIERTA: Valdimiro José Paque

ISBN: 978-84-92645-83-1

Depósito Legal: M-3382-2023

IMPRESA TARAVILLA, S.L.

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

E-mail: taravilla.sl@gmail.com

Impreso en España

*«El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma
en todos los miembros de un único cuerpo»*

San Agustín (*ser.* 267,4).

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Presentación, P. Manuel Sánchez Tapia, OSA	11
PONENCIAS	
EL ESPÍRITU SANTO Y LA BIBLIA. EL LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES, Dr. David Álvarez Cineira, OSA	45
PINTOR DEL RETRATO DE DIOS. EL ESPÍRITU SANTO Y EL QUEHACER TEOLÓGICO, Dr. Bert Daelemans, SJ.....	81
EL ESPÍRITU SANTO, ALMA DE LA IGLESIA EN SAN AGUSTÍN, Dr. Jaime García Álvarez, OSA	105
EL ESPÍRITU SANTO Y LOS NUEVOS MOVIMIENTOS ECLESIALES, Dr. Eduardo Toraño López	129
EL ESPÍRITU SANTO, LOS MÍSTICOS Y LA ORACIÓN, Ilma. S.^a D.^a Myrna N. Torbay Khoury.....	167
EL ESPÍRITU SANTO Y LA VIDA DEL SACERDOTE, Dr. José-Román Flecha Andrés	193
25 AÑOS DE JORNADAS AGUSTINIANAS: EL PASO DEL ESPÍRITU POR EL CTSA, Dr. Isaac González Marcos, OSA..	219
MEDITACIÓN EN VOZ ALTA: EL ESPÍRITU SANTO EN LA VIDA DE LA IGLESIA, Emmo. y Rvmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra..	269
CARTA ENCÍCLICA DOMINUM ET VIVIFICANTEM, San Juan Pablo II	283
SEMBLANZA DE LOS COLABORADORES	327

PRESENTACIÓN

P. MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA
Director del Centro Teológico San Agustín

PRESENTACIÓN DE LAS XXV JORNADAS AGUSTINIANAS «EL ESPÍRITU SANTO, VIDA DE LA IGLESIA»

1. PRESENTACIÓN

Buenos días a todos. Damos comienzo en estos momentos a las *XXV Jornadas Agustonianas del Centro Teológico San Agustín*, que versarán este año 2023 sobre «El Espíritu Santo, vida de la Iglesia». A lo largo de este primer fin de semana del mes de marzo del 2023 —y en este incomparable marco histórico-artístico escurialense en el que nos encontramos— vamos a detenernos a profundizar teológicamente en la tercera persona de la Santísima Trinidad. Nos fijaremos en su ser y en su obrar en beneficio de la Iglesia y la Humanidad. A lo largo de ocho conferencias, brindadas por expertos en temática pneumatológica, nos acercaremos al que en el Credo niceno-constantinopolitano denominamos *Dominum et vivificantem*, a saber, Señor y Dador de vida.

Damos gracias a Dios porque precisamente en este año 2023 nos vestimos de gala en el Centro Teológico San Agustín para celebrar las Bodas de Plata de nuestras jornadas teológicas anuales. Corría el año 1998 (concretamente los días 7 y 8 de marzo de aquel año) cuando el CTSA inauguraba en Madrid las primeras Jornadas Agustonianas. En aquella edición los alumnos, profesores, autoridades académicas y auditorio en general tuvieron la oportunidad de reflexionar a lo largo de un fin de semana sobre «La Nueva Ciudad de Dios». La dirección de las jornadas y la edición de las actas corrieron a cargo de Monseñor Luis Marín de San Martín, que en aquel entonces ostentaba el cargo de Director del Centro Teológico San Agustín y del Estudio Teológico Agustiniiano Tagaste. Actualmente, como todos sabemos, Monseñor Marín de San Martín trabaja en la Subsecretaría del Sínodo de los

Obispos en la Ciudad del Vaticano. El pasado año 2022 nos acompañó precisamente en nuestras jornadas teológicas que dedicamos íntegramente al tema de la sinodalidad.

Mucho tiempo ha pasado y muchos acontecimientos se han ido sucediendo en el Centro Teológico San Agustín desde aquel memorable año 1998. Las Jornadas Agustonianas han sabido estar muy atentas a los latidos del corazón del mundo y de la Iglesia. Siempre han tratado de brindar análisis teológicos de altura, con profesionales cualificados del quehacer teológico (especializados en cada uno de los temas tratados), para dar una respuesta universitaria, religiosa y agustiniana a los distintos desafíos y retos que el mundo y la Iglesia tenían sobre el tapete.

Como muestra de todo lo dicho tenemos ya impresos 25 volúmenes con las actas de todas las ponencias de todos estos años de Jornadas Agustonianas. Anunciamos también, con la alegría que se merece, que los textos completos de todas las actas los hemos volcado recientemente en la plataforma digital Dialnet en acceso abierto para que todos los investigadores tengan acceso libre a los mismos. Damos gracias a Dios y a cada uno de los colaboradores por su esfuerzo, profesionalidad, tino y creatividad a la hora de compartir con nosotros lo más granado de su tiempo de estudio y oración al abordar cada uno de los temas tratados. Mañana domingo, a partir de las 10:30 horas, tendremos la oportunidad de ver y apreciar el paso real y patente del Espíritu a lo largo de estos 25 años de Jornadas Agustonianas en nuestro centro teológico.

Como fruto de este ingente y magno estudio comprensivo, analítico, estadístico y hermenéutico tenemos este año —como novedad especial por la efeméride vigésimoquinta— la primicia de ofrecer a nuestro auditorio un segundo volumen completo que acompaña al primer volumen de actas con las ocho conferencias con la temática específica de las jornadas de este año. Damos las gracias sinceras, con toda la intensidad de que somos capaces, al P. Isaac González Marcos y a D. Rafael Lazcano por su trabajo bibliográfico, estadístico, analítico y sistemático que se ha materializado en esta publicación del segundo tomo de las jornadas de este año. Su buen quehacer archivístico, buceando en el océano documental de nuestro centro teológico, pone en nuestras manos las páginas de este volumen nutrido y copioso.

2. UNA APROXIMACIÓN PNEUMATOLÓGICA

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre,
don, en tus dones espléndido,
luz que penetra las almas,
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

(Secuencia de Pentecostés)

Con esta oración comenzamos nuestro acercamiento a la tercera persona de la Santísima Trinidad. El Espíritu Santo es el Espíritu Creador y es aquel que en el caos, confusión y oscuridad del origen de la creación se cierne sobre las aguas alentando vida (Gn 1,2). Es el que por el sople divino da vida al primer hombre (Gn 2,7) y desde entonces vivifica la humanidad hacia la escatología, como una madre que engendra a sus hijos para la vida. Pero el Espíritu no sólo engendra la vida, sino que posibilita el pasaje de la muerte a la vida como anunciaron los profetas: veáse el caso de los huesos secos y la carne (Ez 37,1-14).

En el Nuevo Testamento, el Espíritu de vida engendra a Jesús en el seno de María virgen (Lc 1, 35), como antes había dado fertilidad a mujeres estériles, madres de grandes figuras de Israel. Para Juan, el Espíritu es vida y da vida (Jn 10,10), no una vida meramente natural (*bios*) sino una vida eterna, participación de la misma vida divina (*zoe*). Y este Espíritu brota del corazón muerto y traspasado de Jesús en cruz (Jn 19, 30.34), desde abajo. En Jn 4,5-42 tenemos la oferta del agua viva que Cristo brinda a la Samaritana. Este «agua viva» es el Espíritu Santo que Él le regala. Este Espíritu da la vida a los bautizados, nos resucitará, como resucitó a Jesús (Rm 8, 11) y también liberará a la creación de la esclavitud y de los dolores de parto (Rm 8, 22-23).

Estamos ante el Espíritu de la justicia. Para el Antiguo Testamento los términos derecho y justicia no significan solamente juzgar, sino ejercer el derecho y la justicia para con los pobres, como hizo Yahvé en el Éxodo, como realizaron los Jueces de Israel, como anunciaron los profetas que se realizaría en los tiempos mesiánicos. Todas estas actuaciones son fruto del Espíritu de justicia (Is 28; Miq 3, 8-10; Is 11, 1-9; Ez 36, 27-28; Jl 3, 1s).

Este Espíritu es el que desciende sobre Jesús en el bautismo (Lc 3, 21-22 y paralelos) y el que le unge para su misión (Lc 4, 16-30, citando Is 61). Este Espíritu es el que en Pentecostés desciende sobre la Iglesia naciente y produce frutos de solidaridad y exclusión de la pobreza (Hch 2, 44-45; 4, 32-37). Es el Espíritu que Jesús promete a sus discípulos para que puedan continuar su misión (Jn 16,7-11).

Es el Espíritu contrario a las obras injustas de la carne (Gal 5, 13-25), el Espíritu que nos impulsa a amar a los hermanos (Rm 5, 1-5), el Espíritu que anticipa la justicia escatológica de Dios en favor de los pobres (Mt 25, 31-45).

El Espíritu Santo, es bien conocido por todos, es el Padre amoroso del pobre (como antes hemos rezado). Esta expresión del himno *Ven,*

Espíritu Creador recoge el amor del Espíritu hacia los pobres y pequeños, a quienes han sido revelados los misterios del Reino, como Jesús lleno de Espíritu reconoce y agradece al Padre (Lc 10,21-22; Mt 11,25-27). El Espíritu que clama por el grito de los pobres es el mismo que acoge su oración y se convierte en su padre y protector, como sucedió en Egipto (Ex 4, 3). Es el Espíritu que mueve a los pastores a adorar al Niño en Belén (Lc 2, 8-29) y el que lleva al templo a Simeón y Ana para revelarles el Mesías (Lc 22-28). Es el Espíritu que nos hace clamar a Dios Padre (Rm 8,15; Gal 4,6). Es padre, protector, *goel* y padrino de los pobres.

Podríamos resumir lo dicho afirmando que en toda la historia de salvación el Espíritu actúa desde los marginados, desde abajo, desde la periferia, utilizando medios pobres y desproporcionados, para que el pueblo camine animoso hacia el Reino. Es una lógica contraria al racionalismo moderno, pero es la lógica del *Magnificat* en el que María canta la misericordia del Señor que se ejerce en los pequeños, humildes y hambrientos (Lc 2,46-55).

En los textos sagrados del cristianismo vemos cómo el Espíritu de Dios es el que dona la inteligencia (Ex 28,3), la sabiduría (Dt 31,3; 34,9) e incluso la capacidad de interpretar sueños, como José que interpreta atinadamente los sueños del faraón (Gén 41). Es hábito vital para quien está deprimido (Ez 3,14), manifiesta la misericordia (Is 42,1), es signo de bendición (Ez 47,12). La acción del Espíritu alcanza al interior de la persona (Isaías, Ezequiel y Joel). Es derramado sin restricciones y llega incluso hasta los esclavos y esclavas (Jl 3,1-2). El rey, guiado por el Espíritu, puede guiar a su pueblo a la felicidad, mediante la prudencia (Is 19,3). El Espíritu desciende sobre el servidor (Is 42,1-7). Abre horizontes de esperanza y de renovación interior (Ez 36, 26-27). Es Espíritu de Sabiduría, calificado con 21 atributos. Vamos a verlo:

En ella (en la Sabiduría) hay un espíritu inteligente, santo,
único, multiforme, sutil,
ágil, perspicaz, sin mancha,
diáfano, inalterable, amante del bien, agudo,
libre, bienhechor, amigo de los hombres,
firme, seguro, sereno,
que todo lo puede, lo observa todo
y penetra en todos los espíritus:
en los inteligentes, los puros y hasta los más sutiles (Sab 7,22-23).

En el ámbito teológico son muchos los autores que han entrado a abordar el perfil y los contornos religiosos de la tercera persona de la Santísima Trinidad. Junto a los autores contemporáneos que iremos viendo en cada una de las ocho conferencias de estas jornadas no podemos olvidar algunas obras que son ya clásicas de la Pneumatología, como por ejemplo la *Introducción a la Pneumatología* de Christian Schütz; la *Pneumatología Paulina* de Francisco de la Calle; *El Espíritu de la vida* de Jürgen Moltmann; o la inolvidable obra titulada *El Espíritu Santo* del teólogo dominico Yves Marie-Joseph Congar, publicada en Barcelona por la editorial Herder. Dentro de la Pneumatología sistemática es aconsejable recordar el manual de Bernd Jochen Hilberath, titulado, tal cual, *Pneumatología*, publicado también por Herder en Barcelona y perfectamente dividido en cuatro secciones teológicas internas que nos hablan de la introducción a la pneumatología, la acción y la realidad del Espíritu según los testimonios bíblicos, la experiencia y la reflexión acerca de la realidad del Espíritu Santo en la historia cristiana del espíritu y finalmente de la realidad y la acción del Espíritu hoy. En una línea más divulgativa es bueno volver a recordar la encíclica de San Juan Pablo II *Dominum et vivificantem* (18 de mayo del año 1986). También queremos aludir (dentro de los estudios pneumatológicos más divulgativos) a otras dos autoras con obras de un tenor más pastoral-espiritual, pertenecientes a diferentes zonas geográficas: la italiana Chiara Lubich, nacida en Trento y fundadora de los Focolares, con su obra *El Espíritu Santo* y la española Dolores Aleixandre con su inolvidable libro *Bautizados con fuego*, publicado en Santander por la editorial Sal Terrae.

En los credos eclesiales (*symbola*), la fe pneumatológica tiene los siguientes registros teológicos:

En el símbolo apostólico.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.

En el símbolo niceno constantinopolitano.

Creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo
recibe una misma adoración y gloria,
y que habló por los profetas.

El Concilio de Constantinopla (381) afirma que el Espíritu es Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado. En su acción hacia fuera, el Espíritu habló por los profetas, está presente en la Iglesia, en el bautismo para la remisión de los pecados, en la resurrección de los muertos y en la vida del siglo futuro.

Aunque algunos Padres de la Iglesia no relacionan directa y explícitamente el Espíritu con la justicia, ellos reconocen la presencia del Espíritu en la vida de los fieles. Si el Espíritu no fuera Dios, los cristianos no podrían ser divinizados.

En Occidente¹.

En Occidente, Agustín (s. IV-V) concibe al Espíritu como el lazo amoroso de comunión que une al Padre con el Hijo, comunión de la que participan los cristianos. Ya antes Ireneo de Lyon (s. III) había comparado al Hijo y al Espíritu con las dos manos con las que el Padre crea y dirige la historia de la humanidad hacia la realización de su designio divino. Ambas manos son diferentes, pero se complementan recíprocamente: el Espíritu prepara la venida del Hijo al mundo, el Hijo encarnado derrama su Espíritu después de la Pascua a sus discípulos y el Espíritu lleva a término la misión de Jesús en la Iglesia y en la humanidad.

Paralelamente a estas reflexiones trinitarias, se da en los Padres de la Iglesia un vigoroso desarrollo de las dimensiones éticas y sociales de la fe sobre la dignidad de la persona humana, el destino universal de los bienes, la necesidad de la limosna y de atender a los pobres. etc.

¹ Lo tenemos registrado en VÍCTOR CODINA, *El Espíritu actúa desde abajo. Pneumatología desde América Latina*: <http://theologicalatinoamericana.com/?p=1135> / Consulta: 14.01.2023.

Ellos mismos, conscientes de la profunda unidad entre el sacramento del altar y el sacramento del hermano, atienden a multitud de huérfanos, viudas, forasteros, enfermos, prisioneros...

Pero no aparece claramente en todos los Padres una conexión explícita y directa entre el Espíritu y los pobres, entre Espíritu y justicia, como habíamos visto en la tradición bíblica, aunque no sería difícil articular ambos temas.

La tradición teológica occidental ha estado muy marcada por Agustín, asimilado y profundizado por Tomás de Aquino y se ha concentrado sobre todo en la dimensión intratrinitaria del Espíritu y en sus efectos personales (los siete dones del Espíritu según Is 11, 2-3), como aparece en los himnos medievales *Ven santo Espíritu* y *Ven Espíritu creador*.

En la Edad Media, sobre todo a partir del siglo XI, surge el polo profético de los movimientos laicales populares (s. XII y XIII) que reivindican la dimensión del Espíritu y desean volver a la pobreza evangélica. Un monje de Calabria, Joaquín de Fiore (1132-1202) defiende la era del Espíritu como el Tercer Reino que sucede al Reino del Padre (Antiguo Testamento) y al Reino del Hijo (Nuevo Testamento). Aunque esta teoría fue condenada, obtuvo influencia en el mundo filosófico y político, ya que se vio en ella la posibilidad de la acción del Espíritu no solo en la Iglesia, sino también en la historia.

Un hito en el desarrollo pneumatológico es la encíclica de San Juan Pablo II, titulada *Dominum et vivificantem*. Es del 18 de mayo de 1986. Tiene 67 números, y en ella el Papa polaco redescubre el ser y el actuar del Santo Espíritu de Dios.

En Oriente.

La tradición oriental siempre ha acentuado fuertemente la importancia del Espíritu, tanto en la teología trinitaria como en la Iglesia y el mundo. De ahí nace una teología y una praxis eclesial que resaltan las dimensiones experienciales, trinitarias, comunitarias, litúrgicas, cósmicas y escatológicas de la fe cristiana. Citemos algunos de estos teólogos orientales que han desarrollado la Pneumatología: Serguéi Bulgákov, Vladimir Lossky, Paul Evdokimov, Olivier Clément, John Zizioulas, Jean Meyendorff, Boris Bobrinsky...

El Espíritu que precede y guía la vida de Jesús es el que posibilita que la Iglesia viva la comunión trinitaria, que la misión sea un Pentecostés, la liturgia sea una invocación y un derramamiento del Espíritu

(epíclesis) y la acción cristiana sea una transfiguración de la historia y del cosmos. El Espíritu nos comunica la vida divina, nos diviniza. La Trinidad no es solo objeto de contemplación a través los íconos, sino que constituye un verdadero programa social: un mundo de comunión y participación, en libertad y respeto a las diferencias.

Diferencias: *en Occidente* decimos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo (*Filioque*), defendido en el III Concilio de Toledo [589]; aquí se halla por vez 1ª la expresión *Filioque*, introducida en el Símbolo niceno-constantinopolitano, posicionándose frente a los priscilianistas (confunden las 3 personas divinas); *en Oriente* defienden que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo (*per Filium*). En Occidente somos más racionalistas y cristocéntricos, mientras que en Oriente son más contemplativos y pneumatocéntricos.

3. EL ESPÍRITU SANTO EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Es verdad que el Espíritu Santo tiene una misión decisiva en toda la vida de la Iglesia. Podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿qué le debemos, como Iglesia, al Espíritu Santo? En nuestras clases de Misterio de Dios, aquí en el Centro Teológico San Agustín, hemos llegado a una serie de conclusiones. Veamos algunas:

Al E. S. le debemos la filiación divina. Le debemos la vida en gracia, ya que por medio de Él participamos en la vida filial del Hijo. Somos amados por el Padre dentro de la misma «corriente de amor» con la que Él ama eternamente al Hijo. Gracias al Espíritu, en el Hijo, podemos llamar a Dios «¡Abba, Padre!» (Rom 8,14-15).

Al E. S. le debemos nuestra especial relación con la Trinidad. Le debemos el que, por la gracia, tenemos una relación personal y diferenciada con las personas divinas; sólo somos hijos del Padre en Cristo, hermanados con Cristo, por obra del Espíritu, que nos inserta en Cristo. Las tres divinas personas inhabitan en el cristiano conjuntamente, pero lo hacen de forma diferenciada y personal.

Al E. S. le debemos la construcción y el nacimiento de la Iglesia. La Iglesia nace en Pentecostés, con el envío personal y diferenciado del E. S. Así es como el Espíritu habita en el corazón de los fieles como en un templo. Gracias a Él la Iglesia empieza a caminar como seguidora-imita-

dora de Cristo. Gracias a Él ella puede proclamar el Evangelio. Gracias a Él los cristianos nos convertimos en piedras vivas para la construcción del nuevo templo espiritual (1 Pe 2,5). El nuevo templo estará formado por personas vivas, en las que habita el Espíritu de Cristo, fundamentadas sobre el cuerpo resucitado de Cristo, que perdura en la Eucaristía.

·*Al E. S. le debemos que haga presente en medio de la Iglesia a Cristo glorificado.* Particularmente en la Eucaristía, por la «epiclesis», pedimos al Espíritu que convierta al pan y al vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, de modo que Cristo resucitado se nos hace presente en ella con su cuerpo, alma y divinidad. Es una presencia de Cristo mucho más eficaz que la que tuvo en Palestina (cuando aún no estaba glorificado y no podía dar el Espíritu). Ahora sí, en la Eucaristía, nos da el don abundante de su Espíritu.

·*Al E. S. le debemos el que introduzca a la Iglesia en la verdad total.* De esto se nos habla en Jn 16,3. No se trata de que nos dé una nueva Revelación. No hay otra revelación que la de Cristo. Lo que hace el Espíritu es que nos permite comprenderla cada día mejor, interiorizando su palabra en nuestro corazón. La Iglesia, con la oración y la meditación, va comprendiendo cada día mejor la palabra de Cristo, por la fuerza de su Espíritu.

·*Al E. S. le debemos la unidad de la Iglesia.* Él es el artífice de la unidad eclesial, de su santidad, de su catolicidad y de su apostolicidad. Él mantiene a la Iglesia en la misma verdad de Cristo. En medio de una atmósfera tan confusa como la de nuestro tiempo es maravilloso que el *Nuevo Catecismo* nos presente la fe de siempre (la fe que reconocerían Ireneo, Agustín, Newman o Pablo VI). Esto es un milagro de unidad: es el gran milagro del Espíritu.

·*Al E. S. le debemos el don del nacimiento de nuevas comunidades.* Gracias al E. S. la Iglesia recibe un constante enriquecimiento carismático. La Iglesia no envejece nunca, como pudiera ocurrir (y de hecho ocurre) con otras instituciones. En la Iglesia, por obra del E. S., siempre están naciendo nuevos grupos, nuevos movimientos, nuevos carismas que la enriquecen.

·*Al E. S. le debemos la extensión y la expansión eclesial.* Es el E. S. el que envía a la Iglesia por todo el mundo y el que la reparte por

todos los rincones. Es el que la mantiene unida tanto con los orígenes de la doctrina, como con la continuidad episcopal. Aunque la Iglesia está extendida por prácticamente casi todos los lugares de la tierra, no obstante, mantiene la comunión gracias a la asistencia del mismo Espíritu Santo que la sostiene y la conduce.

·Al E. S. le debemos el que sea el alma de la Iglesia. No estamos hablando ahora en el sentido de que entre en la composición del cuerpo eclesial y forme con él un solo ser físico. No se trata de eso. El Espíritu Santo no entra en composición con la institución eclesial, sino que está unido a ella mediante una unión de alianza, para animarla y vivificarla.

·Al E. S. le debemos el que conduzca a la Jerarquía eclesial. El E. S. la asiste para que, sin desviarse de la doctrina de Cristo, la conozca y la predique mejor, de modo que la Palabra de Cristo pueda penetrar siempre nueva en cada instante de la historia.

·Al E. S. le debemos que dirija a los miembros de la Iglesia. Lo hace aportándole sus dones carismáticos, que renuevan incesantemente a la Iglesia. Son frutos de santidad y de perfección. Surgen a lo largo de toda la historia y por todo el mundo, de modo que la Iglesia pueda cumplir su misión (1 Co 12,4-11). El E. S., con la fuerza del Evangelio, rejuvenece a la Iglesia (LG 4). La oferta de dones/carismas pneumáticos no es algo accidental o periférico de la Iglesia. Es algo que pertenece a su ser más íntimo (J. A. Sayés, *La Trinidad*, 294).

4. EL QUE DONA LA VIDA DIVINA

·La donación de la «vida divina» en los textos escriturísticos

El Espíritu Santo es Señor y es Dador de vida divina. Es **Señor** porque posee la vida divina, la vida de amor divino que comparten el Padre y el Hijo en el seno de la Santísima Trinidad. La fuente de la vida divina es el Padre, de quien todo procede, y Él comparte la vida divina con el Hijo. A su vez, el Hijo ama al Padre y comparte el amor y la vida divina con Él. Es **Dador** de vida, en tanto que es el que ofrece la vida divina a los cristianos. El Espíritu Santo es surtidor de vida divina en la Iglesia. Es el alma de la Iglesia, según nos dice San Agustín en el ser. 267,4.

En los textos escriturísticos se ve que el Espíritu es el *donante de la vida divina*. Él es el que nos diviniza a nosotros, incorporando dentro de nosotros el don de la vida divina. San Gregorio de Nisa (ca. 330-400), uno de los tres padres de la Capadocia, en Turquía, nos hablará de este asunto desde los conceptos de la *theosis* y de la *theopoiesis*. Va a influir notablemente en el I Concilio de Constantinopla (381). Esta vida divina va más allá de la vida del cuerpo y va más allá de la vida de la mente. Es la vida que entra en el alma, en las entrañas, en el corazón y que trae la verdadera alegría. No pongamos triste al Espíritu Santo, que nos ha consagrado (Ef 4,30). La vida que nos da el Espíritu es la Vida de Dios recibida, llamada a ser vida de Dios compartida con los demás. La vida de Dios, la vida divina, es la que comparten el Padre y el Hijo, pues el Espíritu Santo es vínculo amoroso entre ambos.

La vida que nos trae el Espíritu Santo es vida de *libertad*, no vida de esclavitud ni vida de opresión. San Pablo en la carta a los Gálatas lo prueba nítidamente. Donde está el Espíritu de Dios hay libertad y amplitud de miras, buscando siempre la gloria de Dios y la salvación de las almas. Esto se ve muy bien en *Veritatis splendor* (San Juan Pablo II, su encíclica publicada el 6 de agosto de 1993).

En los textos escriturísticos se muestra que el Espíritu dona una vida que es capaz de *resucitar y revivificar* lo que se ha muerto y lo que ha perdido energía. El profeta Ezequiel nos brinda el texto de oro para comprender esta virtualidad pneumatológica (Ezequiel 37). Los huesos secos, con la ayuda del Espíritu de Dios, pueden revivir y entonces acontece la nueva creación de Dios, la nueva vivificación.

El Espíritu de Dios hace posible el milagro de la *koinonía* en el seno de las comunidades (2 Cor 13,14), devolviendo vida a la fraternidad.

El Espíritu nos da la vida divina que es la vida transparente y la vida vivida en *verdad*, al margen de mentiras (Jn 16,13). El Espíritu de la verdad nos guiará hasta la verdad plena.

•La experiencia del Espíritu que dirige la vida, dentro de una vida humana concreta (el caso de Isaac de Nínive, Qatar [siglo VII])²

El Espíritu dirige nuestras vidas. La potencia del Espíritu entra y habita en las potencias inteligibles del alma que se ha puesto a su

² Cf. ISAAC DE NÍNIVE, *El don de la humildad*, Ed. Sígueme, Salamanca 2020, pp. 67 a 74.

disposición; entonces, en lugar de las leyes escritas con tinta, se fijan en el corazón *los mandamientos del Espíritu*. El corazón los aprende en el secreto, por obra del Espíritu.

Isaac de Nínive nos aconseja lo siguiente: orar sin descanso, pedir con lágrimas, suplicar ardentemente e implorar con gran diligencia, sin desalentarnos nunca, hasta que hayamos recibido (...) Cuando nuestra voluntad vea que por nuestra parte hemos creído en Dios con toda limpieza de la inteligencia y que hemos hecho violencia a nosotros mismos, confiando en Dios más que en nosotros, entonces aquella **Potencia**, de la cual nosotros no somos expertos, vendrá sobre nosotros para habitar en nosotros (recordemos que somos templo del Espíritu [1 Cor 6,19-20]). Sintiendo esta Potencia muchos atraviesan el fuego sin miedo y caminan sobre el mar sin que sus pensamientos duden ser anegados por las aguas.

El Espíritu nos ayuda a huir de lo mundano y a vivir la *fuga mundi*. Estáis en el mundo pero no sois del mundo (Juan 15,19). Nos dice Isaac: «*Pide a Dios que te conceda experimentar los estímulos e incitaciones del Espíritu. Si ellos entran en tu alma, el mundo se separará de ti y tú del mundo. Y esos estímulos sólo se pueden discernir gracias a la quietud, la sobriedad y la aplicación a la lectura*»³. «*Cuando está a punto de surgir en ti el hombre del Espíritu, entonces llega para ti la muerte a todas las cosas; tu alma arde con una alegría que no tiene igual entre las criaturas y tus pensamientos se recogen dentro de ti en la dulzura de tu corazón*»⁴.

El Espíritu de Dios engendra en el hombre *su «propia dulzura»*. Abre los miembros del hombre a la vida y permite que los movimientos divinos se revelen en el alma. Con la experiencia del Espíritu llega la reconciliación de la persona y la paz interior: «*Esfuérzate en reconciliarte contigo mismo, en la armonía de la tríada que hay en ti —cuerpo, alma y espíritu—, antes de empeñarte en reconciliar, por medio de tu enseñanza, a aquellos que viven en la cólera. Expúlsate a ti mismo y tu adversario será expulsado lejos de ti. Permanece en paz contigo mismo y los cielos y la tierra estarán en paz contigo*»⁵.

³ *Ibíd.*, p. 69.

⁴ *Ibíd.*, p. 72.

⁵ ISAAC DE NÍNIVE, *El don de la humildad*, p. 74.

•*La participación en la vida del mismo Dios*

En su encíclica *Evangelium vitae* (1995), Juan Pablo II toma en serio la declaración del Evangelio de San Juan de que **la vida es algo divino en sentido fuerte, es un atributo del ser divino**: «En Él [el Verbo=el Hijo de Dios] estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron» (Jn 1, 4-5). En ese texto se atribuye a Dios el ser vida. Para la Biblia, la vida es algo de Dios, en sentido fuerte, es decir no solo pertenece a Dios como su autor y Señor, sino que en último término **la vida es propiamente algo divino**. De ahí que cuando los cristianos hablamos de «**vida divina o sobrenatural**» —y de que la vida cristiana es participación de esa Vida que habría que escribir con mayúscula—, no lo hacemos en sentido meramente metafórico.

Podemos participar, por el Espíritu, en la vida de Dios. En la teología cristiana la participación del hombre en la vida divina⁶ nos la hace posible el Dios trinitario. Gracias al don del Hijo y del Espíritu que hizo a la humanidad el Padre misericordioso, la naturaleza humana queda realmente renovada, transformada, elevada gratuitamente a la comunión beatificante con Dios, participando de su santidad, sin perder por ello sus propias características ontológicas.

Esta novedad de vida, que nos hace posible Dios, se indica en el Nuevo Testamento con las expresiones regeneración, renovación en el Espíritu Santo (Tit 3,5), nueva criatura (2 Cor 5,17. Gál 6,15), nacimiento de lo alto o del Espíritu (Jn 3,3-8), nacimiento de Dios (Jn 1,13). En 2 Pe 1,3-7 se recurre a palabras muy incisivas para expresar esta nueva situación: el hombre se hace partícipe de la naturaleza divina. En este texto, recogiendo una expresión muy difundida entre los filósofos griegos, el autor afirma la posibilidad para los creyentes de gozar de ciertas propiedades que son características de Dios. Los Padres de la Iglesia, aunque evitan dar a la divinización un significado panteísta, no tuvieron reparo en entenderla en sentido real; contra cualquier interpretación puramente moral y metafórica de la participación en la vida de Dios por parte de los redimidos, piensan que son verdaderamente asumidos en la esfera de lo divino y que realmente Dios está presente en el hombre. Valorando globalmente el pensamiento de los Padres, hay que reconocer que ellos, adoptando una perspectiva

⁶ GIUSEPPE MARCO SALVATI, *Divinización*: <https://www.mercaba.org/VocTEO/D/divinizacion.htm> / Consulta: 14.01.2023.

platonizante, consideraron la divinización más bien en el sentido de una regeneración, de una participación en la iluminación divina (Juan Damasceno), de una semejanza especial con Dios. Cuando la teología adoptó la perspectiva filosófica aristotélica, la realidad de la divinización se expresó en términos más rigurosos. Tomás, por ejemplo, entenderá la gracia como «participación en la naturaleza divina no sólo moral (sino física), no sólo virtual (sino formal, pero analógica), que imita imperfectamente —como accidente— lo que es Dios en substancia (R. Garrigou-Lagrange). Se trata, en una palabra, de «una participación de la divinidad como es en sí (R. Garrigou-Lagrange).

La concepción católica de la divinización fue objeto de atenta consideración por parte de los Padres del concilio de Trento, llamados a valorar la posición teológica de la Reforma protestante. Según Lutero, la justificación no supone una renovación verdadera e intrínseca del hombre; consistiría más bien en no imputar al hombre su pecado, en virtud de la justicia de Cristo; por eso tiene un carácter extrínseco y la hace suya el hombre gracias a la fe fiducial que tiene en el Señor Jesús.

En el Decreto sobre la justificación (DS 1520ss), el concilio de Trento enseña ante todo que el hombre no solamente es considerado justo por Dios, sino que queda verdaderamente renovado y es auténtico beneficiario del don de Dios, que está en él como una perfección real y sigue estando permanentemente en él, dándole la capacidad de desarrollar actos salvíficos. A pesar de que no acoge totalmente la doctrina sobre las cualidades y los hábitos, el concilio de Trento vuelve a proponer la concepción escolástica de la gracia creada, que expresa con mayor eficacia y claridad la verdad de la transformación real del hombre, cuando es justificado.

La teología contemporánea interpreta la realidad de la divinización no tanto en una perspectiva esencialista metafísica, sino más bien en una óptica marcadamente trinitaria y personalista. Partiendo del inaudito anuncio del Nuevo Testamento, se tiende a resaltar cómo el encuentro único entre la divinidad y la humanidad —que se verificó en Cristo— constituye el paradigma de la relación Dios-hombre. Jesús de Nazaret, verdadero Dios y verdadero hombre, muestra en su persona y en su historia que el hombre es tanto más auténticamente hombre cuanto más se diviniza. La comunión con Dios no es causa de aniquilamiento de lo humano, sino fundamento de su perfecta realización. Contra toda oposición entre antropocentrismo y teocentrismo, contra toda separación entre Dios y el hombre, se siente hoy la necesidad de reconocer

y de afirmar que las antropologías sin teología eluden el problema de la dimensión suprema de la condición humana. Las teologías sin antropología falsean y desfiguran el misterio de Dios (D. Mongillo).

·La permanencia de lo humano y la gracia como divinización del alma

El hombre en gracia experimenta un cambio real: queda *endiosado* -según la feliz expresión de San Josemaría- o lo que es lo mismo, *divinizado*. Este cambio se realiza gracias al Espíritu Santo, y siempre sin forzar su naturaleza ni destruir su condición de criatura singular.

La Vida perfectísima de Dios⁷, en su intimidad familiar, Amor y Sabiduría, se hace presente de manera estable en la persona, haciéndose también principio vital de sus acciones en el orden sobrenatural. Este proceso se realiza gracias a la obra del Espíritu. De este modo, la persona en gracia es elevada y capacitada para amar a Dios y al prójimo, trabajar, convivir..., de un modo que supera la medida de la estricta razón o la fuerza de voluntad.

Esta divinización, conviene recalcarlo, es don de Dios. No es resultado de un despliegue de las posibilidades humanas elevadas a su máxima potencia.

Tampoco es una disolución de lo humano en lo divino, al estilo de algunas místicas orientales y planteamientos de cuño panteísta. Ni siquiera puede verse como algo que se parezca a un «alienarse» de la persona, que renuncie a algo de sí en beneficio de Dios (cf. Juan L. Ruiz de la Peña, *El don de Dios*, pp. 337 y ss).

Para ilustrarlo nos serviremos de dos comparaciones sucesivas. Un navegante a bordo de un pequeño bote, provisto sólo de los remos, no se puede plantear la travesía del océano. Es una tarea que supera sus posibilidades.

Pero puede tener la fortuna de encontrar una de las corrientes que recorren el mar, y transportado por ella, alcanzar la otra orilla. Él ha colaborado orientando su esfuerzo en el sentido de la corriente, pero es la fuerza inmensa del mar la que le ha llevado a la meta. La sinergia fuerza divina – fuerza humana posibilita que lo impensable se torne real.

⁷ Puede verse esto mismo ampliado en: <https://rsanzcarrera3.wordpress.com/category/teologia/teologia-de-la-gracia/> Consulta: 14.01.2023.

Esta primera imagen sirve para ilustrar un aspecto solamente; la barca es movida por la corriente y puede alcanzar metas absolutamente por encima de sus posibilidades físicas (como la persona que es «movida» por la gracia); pero no sirve para otro aspecto (la unión con Dios): la barca y la corriente son elementos extrínsecos uno al otro.

La segunda comparación ilustra mejor este aspecto. Está tomada de las tareas agrícolas: los injertos. San Pablo utilizó esta imagen (cf. Rm 11,17) en un contexto estrechamente relacionado con la doctrina de la gracia, por lo que se puede aplicar a nuestro caso sin dificultad. «Injertar» es «unir» un pequeño trozo de una planta a otra⁸. La planta que lo recibe se beneficia de las cualidades del injerto: unas veces el injerto rejuvenece a una planta envejecida; otras veces hace que la planta que daba frutos de mala calidad los dé buenos y más abundantes. Se trata de la misma planta, pero sus funciones vitales alcanzan una calidad superior a su condición originaria.

Algo parecido sucede en el alma. La gracia es como el «injerto» divino que se une a nuestra naturaleza y la renueva, sana sus inclinaciones torcidas y la hace capaz de dar frutos de santidad.

La gracia donada por el Espíritu Santo, en definitiva, es la vida nueva del hombre renovado: «supone una nueva manera de ver, de creer y de amar» que está presente en todo y lo informa todo.

El latir del corazón y el respirar están presentes en cada instante de la vida. No es posible separar, por ejemplo, caminar y respirar, o hablar y latir el corazón.

De forma análoga, tampoco tendrían sentido disecciones como las siguientes: estudiar y, aparte, dar gloria a Dios; cultivar la amistad y en otras ocasiones el amor al prójimo; vivir la justicia en determinados momentos, y en otros, la presencia de Dios.

Este nuevo modo de «existir» posibilitado por el Espíritu tiene la característica, por tanto, de una divinización, que se posee como propia, de modo estable.

El Catecismo de la Iglesia sintetiza del siguiente modo la realidad *divinizadora* de la gracia donada por el Espíritu Santo en el alma: «La gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos hace de su vida infundida por el Espíritu Santo en nuestra alma (...): es la gracia

⁸ Cf. JUAN FRANCISCO POZO, *La vida de la Gracia*, Ed. Rialp, Madrid 1996, pp. 53-84. Disponible en la web: <https://www.almudi.org/articulos-antiguos/7698-explicacion-sencilla-de-la-misteriosa-vida-de-la-gracia> / Consulta: 14.01.2023.

santificante o divinizadora, recibida en el Bautismo. Es en nosotros la fuente de la obra de santificación (...)» (CEC, 1999).

Y la faceta de *propiedad y estabilidad*: «La gracia santificante es un don habitual, una disposición estable y sobrenatural que perfecciona al alma para hacerla capaz de vivir con Dios, de obrar por su amor» (CEC, 2000).

Ambas perspectivas son necesarias para no desvirtuar la realidad de la gracia. Por una parte, al hablar del *don habitual* que perfecciona el alma se evita el error de concebir la gracia como algo extrínseco (tesis luterana), o como simple afinidad moral o afectiva con Cristo.

Y, por otra parte, al subrayar la *divinización* o *endiosamiento* se pone el acento en el carácter vital de la misma, y por tanto en su vocación a crecer y desarrollarse; nunca, mientras vivimos en esta existencia temporal, puede decirse que se ha alcanzado el término de la plena comunión con Dios.

La participación de la vida divina que recibimos como un don estable, consiste en la *participación en la vida del Hijo, de Cristo*. Y vivir la vida de Cristo nos llevará al Padre y al Espíritu Santo. Estamos ante un proceso que nos conecta con toda la Trinidad.

•El Espíritu que nos hace hijos de Dios

Somos hijos de Dios gracias al Espíritu. Siguiendo el planteamiento de F. Ocáriz, descubrimos que el modo en que Dios nos concede participar de su vida⁹ y por tanto nos hace miembros de su familia es la filiación: «Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos» (1 Jn 3,1-2). Es decir, Dios, en su bondad, no sólo «quiere que le tratemos como a un padre, sino que en un derroche incomparablemente mayor de su amor, nos adopta como hijos en sentido estricto, aunque limitado, parcial; por participación de la única Filiación divina en sentido estricto: la que constituye la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo Unigénito del Padre» (F. Ocáriz, *Vivir como hijos de Dios*, p. 30).

Al adoptarnos, Dios Padre podría haberlo hecho de muchas maneras, ya que la diferencia entre las criaturas y Él es infinita. Pues bien: ha querido adoptarnos de la forma más alta, que es introducimos en la Filiación del Verbo, el Hijo muy amado. Esto se expresa también diciendo que nos hace «hijos en el Hijo», configurados, formados a la

⁹ Cf. JUAN FRANCISCO POZO, *La vida de la Gracia*, pp. 53-84.

imagen del Hijo, para que sea el primogénito entre muchos hermanos (cf. Rm 8,29). En este proceso el papel del Espíritu es insustituible.

La expresión «hijo adoptivo de Dios» requiere una breve precisión para no inducir a error por defecto.

Vemos que en la familia humana, la filiación (y la paternidad) es una relación real (cuyo fundamento es la generación) que lleva consigo un trato paterno-filial y unos vínculos jurídicos y morales.

No olvidemos que la filiación adoptiva lleva consigo sólo la relación jurídica y moral: una persona, inicialmente extraña, es introducida en una familia donde se la tratará con afecto y cariño, como al hijo verdadero.

La filiación adoptiva respecto a Dios se diferencia de la adopción humana en que tiene un fundamento real en la criatura, puesto que supone una generación, un nuevo nacimiento. Por tanto, quien es introducido en la Familia divina ya no es un extraño.

Tampoco se identifica en su ser real y sustancial con el Hijo. Sólo Él posee la misma naturaleza que el Padre, por quien es eternamente engendrado. Y es con relación a la Filiación del Hijo por lo que la nuestra se llama adoptiva.

Ser hijo y tratar como tal a Dios es la dimensión más radical de la divinización que la gracia produce en el hombre. Por eso se entiende bien que la filiación divina puede —y debe— ser el fundamento de la vida espiritual. Un cristiano deberá vivir la unidad de vida de un hijo de Dios, actuará con la libertad de los hijos de Dios, su oración es la de un hijo de Dios, y lo mismo su trabajo, alegría, dolor, etc¹⁰.

5. LOS DONES DE LA VIDA PNEUMÁTICA O VIDA DEL ESPÍRITU

Estamos llamados a distinguir su ubicación en distintas áreas¹¹.

Existen unos dones del Espíritu que perfeccionan el *área intelectual*:

—la *sabiduría*: don que, apoyado en la caridad, permite conocer la intimidad divina del más alto modo posible. Ese conocimiento íntimo

¹⁰ Cf. FRANCISCO FERNÁNDEZ-CARVAJAL Y PEDRO BETETA, *Hijos de Dios. La Filiación divina que vivió y predicó San Josemaría Escrivá*, Ed. Palabra, Madrid 2016⁶, pp. 145 y ss.

¹¹ Cf. JUAN FRANCISCO POZO, *La vida de la Gracia*, Ed. Rialp, Madrid 1996, pp. 53-84: <https://www.almudi.org/articulos-antiguos/7698-explicacion-sencilla-de-la-misteriosa-vida-de-la-gracia/> Consulta: 14.01.2023.

y gustoso de Dios torna connatural querer todo y sólo lo que lleva a Él, cuando Él lo quiera y como Él lo quiera (cfr. R. García de Haro, o.c., p. 675);

—el **entendimiento**: luz sobrenatural que hace al hombre captar de forma más viva y profunda lo que ya sabe por la fe;

—la **ciencia**: facilita ver las cosas creadas según el valor que tienen para la consecución de la santidad;

—el **consejo**: facilita apreciar lo que en concreto es más agradable a Dios, tanto en la propia vida como a la hora de aconsejar a otros.

También existen unos dones del Espíritu que perfeccionan el *área volitiva*:

—el don de la **fortaleza**: otorga fortaleza en la fe y firmeza en la lucha para vencer las dificultades de la vida interior;

—el don de la **piEDAD**: fomenta la conciencia de saberse hijos de Dios, en Cristo. Y por Él, hermanos de todos los hombres;

—y el don del **temor de Dios**: no es el miedo a Dios, sino el respeto a Dios y el temor a ofenderle, a contristarle.

Tenemos —junto a lo anterior— unos dones pneumáticos que se canalizan en *gracias concretas*:

a) Las gracias sacramentales. Son dones propios de los distintos sacramentos. La doctrina de los sacramentos no se puede separar de la teología de la gracia, pues las acciones sacramentales son del mismo Cristo que está presente en la Iglesia. Corresponde su estudio a la teología sacramentaria.

Aquí, a título de ejemplo, podemos referimos al sacramento de la Confesión. Además de la gracia santificante que limpia y regenera al pecador, el sacramento le otorga una gracia especial (sacramental) que le fortalecerá para vencer justamente en las virtudes en que había sido derrotado. De ahí la importancia de la confesión frecuente también para los que, con la ayuda de Dios, no incurren ordinariamente en pecados graves.

b) Los carismas. Son gracias que Dios concede a determinadas personas para realizar misiones en favor de la santidad de los demás. Son donadas por el Espíritu. Están al servicio del bien común de toda la Iglesia.

c) Las gracias de estado. Dios las concede —también mediante su Espíritu— para ayudar a cumplir las responsabilidades de la vida

cristiana. Así, por ejemplo, los padres tienen gracia de estado para todo lo que atañe a la educación de sus hijos; los maestros y todos los que tienen misión de aconsejar, para llevar a cabo su tarea rectamente; los que ejercen la autoridad, para hacerla con solicitud, etc. Todas las profesiones y trabajos cuentan con la correspondiente gracia de estado para que quien los desempeña lo haga de modo que los santifique y él mismo se pueda santificar.

Teniendo en cuenta los grandes beneficios pneumatológicos, León XIII nos exhorta a pedir el gran don del Espíritu Santo¹²:

«Por último, conviene rogar y pedir al Espíritu Santo, cuyo auxilio y protección todos necesitamos en extremo. Somos pobres, débiles, atribulados, inclinados al mal: luego recurramos a Él, fuente inexhausta de luz, de consuelo y de gracia. Sobre todo, debemos pedirle perdón de los pecados, que tan necesario nos es, puesto que es el Espíritu Santo don del Padre y del Hijo, y los pecadores son perdonados por medio del Espíritu Santo como por don de Dios, lo cual se proclama expresamente en la liturgia cuando al Espíritu Santo le llama remisión de todos los pecados.

Cuál sea la manera conveniente para invocarle, aprendámoslo de la Iglesia, que suplicante se vuelve al mismo Espíritu Santo y lo llama con los nombres más dulces de padre de los pobres, dador de los dones, luz de los corazones, consolador benéfico, huésped del alma, aura de refrigerio; y le suplica encarecidamente que limpie, sane y riegue nuestras mentes y nuestros corazones, y que conceda a todos los que en Él confiamos el premio de la virtud, el feliz final de la vida presente, el perenne gozo en la futura. Ni cabe pensar que estas plegarias no sean escuchadas por aquel de quien leemos que ruega por nosotros con gemidos inefables (Rom 8, 26). En resumen, debemos suplicarle con confianza y constancia para que diariamente nos ilustre más y más con su luz y nos inflame con su caridad, disponiéndonos así por la fe y por el amor a que trabajemos con denuedo por adquirir los premios eternos, puesto que Él es la prenda de nuestra heredad (Ef 1, 14)».

¹² LEÓN XIII, *Carta Encíclica Divinum illud munus* (1897), 15. Disponible en la web: https://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_1-xiii_enc_09051897_divinum-illud-munus.html / Consulta: 14.01.2023.

6. EL ESPÍRITU SANTO Y LA ORACIÓN PERSEVERANTE

El Espíritu Santo entra en nosotros y nos capacita para orar siempre, sin desfallecer, siendo vigilantes y manteniéndonos perseverantes en la vida espiritual. El Espíritu Santo obra el milagro de la oración constante y permanente. En relación a la oración es decisivo anotar cuatro convicciones de algunos autores espirituales:

1ª.- La oración ha realizado más cosas de lo que pudiera soñar el mundo (William Johnston, *La música callada*, Ed. Paulinas).

2ª.- La más perfecta oración es sacrificar a Dios tu voluntad orando (San Alonso de Orozco, *Vergel de oración*, 44a – 35a – 36a – 78b).

3ª.- Cuando es fuerte la convicción de que Dios te ama personalmente, la oración brota por sí sola (Benito Goya, *Psicología y vida espiritual*, Ed. San Pablo, p. 396).

4ª.- En la oración es mejor tener un corazón sin palabras que palabras sin corazón (Gandhi, citado en Joan Chittister, *Odres nuevos*, Ed. Sal Terrae, p. 113).

•La Ep. ad Probam: «In ipsa ergo fide et spe et caritate continuato desiderio semper oramus» (ep. 130,9,18)

Agustín nos enseña en la *enarpsal.* 37,14: «*Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo*». Claro que sí: nuestro deseo es nuestra oración y podemos desear-orar continuamente. No en vano dijo el Apóstol: «*orad sin interrupción*». Pero ¿acaso nos estamos arrodillando, o postrando o levantando las manos sin interrupción, para cumplir su mandato: «*orad sin interrupción*»? Porque si decimos que nuestra oración es así, creo que no lo podemos hacer sin interrupción. Hay otra oración interior no interrumpida, que es el deseo. Hagas lo que hagas, si estás deseando aquel sábado, no interrumpes tu oración. Si no quieres interrumpir la oración, no interrumpas tu deseo. Tu deseo continuado es tu voz continuada. Callas si dejas de amar. ¿Quiénes son los que callaron? Aquellos de quienes se dijo: Porque abundó la iniquidad, se enfrió la caridad de muchos. El frío de la caridad es el silencio del corazón; el ardor de la caridad es el clamor del corazón. Si la caridad permanece siempre, estás clamando siempre; y si clamamos siempre, estamos deseando siempre; y si está vivo tu deseo, te acuerdas del descaso. Pero conviene que sepas delante de quién debe estar el rugido de tu corazón».

«*Tota vita christiani boni sanctum desiderium est*» (Io.ep. 4,6). Agustín habla del deseo como algo necesario en la vida de oración.

Sin deseos no hay oración. El deseo nos permite el encuentro con Dios. Este deseo ha de estar iluminado y dirigido por el Espíritu Santo de Dios.

Agustín nos exhorta a tener un deseo continuo de Dios, ya que así nuestra oración será continua y perseverante. El que persevera hasta el final de salvará (Mt 2,13) y Agustín nos invita a dejarnos arrastrar por la corriente de esta dinámica de perseverancia orante.

Esto no significa que tengamos que estar todo el tiempo en la iglesia o en la capilla. Esto no significa que estemos todo el día con la Biblia. Significa que nuestro recuerdo de Dios sea permanente y que vivamos conservando todo el día la presencia de Dios.

Agustín escribe la *Carta 130 a Proba*¹³, una religiosa sierva de Dios. Está escrita en Hipona y es posterior al año 411. En ella hace un comentario al Padrenuestro. Esta carta es tan importante que la liturgia católica, en el oficio de lecturas, la presenta como alimento espiritual para toda la Iglesia, no sólo para los agustinos. Veamos algunos datos que pueden ser significativos para nosotros (los anotamos en cursiva):

-130,1,1: *¿Qué ventaja mayor pudo ofrecerte tu viudez que la constancia en la oración de día y de noche, según el aviso del Apóstol, que dice: la que es verdaderamente viuda y desolada, espere en el Señor y persista en la oración de día y de noche?*

-130,3,7: *Persiste día y noche en la oración.*

-130,8,15: *Mientras oramos sin interrupción, nos ha de escuchar con absoluta certeza, pues un juez inicuo e impío no pudo resistir la continua súplica de la viuda.*

-130,8,17: *Esto puede causar extrañeza, si no entendemos que nuestro Dios y Señor no pretende que le mostremos nuestra voluntad, pues no puede desconocerla; pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar. Su don es muy grande, y nosotros somos menguados y estrechos para recibirlo. Por eso se nos dice: Dilataos para no llevar el yugo con los infieles. Mayor capacidad tendremos para recibir ese don tan grande, que ni el ojo lo vio, porque no es color; ni el oído lo oyó, porque tampoco es sonido; ni subió al corazón del hombre, porque es el corazón el que debe subir hasta él; tanto mayor capacidad tendremos,*

¹³ Disponible en la web en el siguiente portal digital: https://www.augustinus.it/spagnolo/lettere/lettera_131_testo.htm / Consulta: 14.01.2023.

cuanto más fielmente lo creamos, más firmemente lo esperemos y más ardentemente lo deseemos.

-130,9,18: En la fe, esperanza y caridad *oramos siempre con un continuo deseo*. Pero a ciertos intervalos de horas y tiempos oramos también vocalmente al Señor, para amonestarnos a nosotros mismos con los símbolos de aquellas realidades, para adquirir conciencia de los progresos que realizamos en nuestro deseo, y de este modo nos animemos con mayor entusiasmo a acrecentarlo. (...) A ciertas horas abstraemos la atención a las preocupaciones y negocios, que nos entibian en cierto modo el deseo, y nos entregamos al negocio de orar; y nos excitamos con las mismas palabras de la oración a atender mejor al bien que deseamos, no sea que lo que comenzó a entibiarse se enfríe del todo y se extinga por no renovar el fervor con frecuencia.

-130,10,19: No será inútil o vituperable el *dedicarse largamente a la oración cuando hay tiempo*, es decir, cuando otras obligaciones y actividades buenas y necesarias no nos lo impidan, aunque también en ellas, como he dicho, hemos de orar siempre con el deseo.

-130,10,20: La atención no se ha de forzar cuando no puede sostenerse; pero *tampoco se ha de retirar si puede continuar*. Alejemos de la oración los largos discursos, pero mantengamos una duradera súplica si persevera ferviente la atención. El mucho hablar es tratar en la oración un asunto necesario con palabras superfluas. En cambio, *la súplica sostenida es llamar con una sostenida y piadosa excitación del corazón a la puerta de aquel a quien oramos*. Habitualmente este asunto se realiza más con gemidos que con palabras, más con llanto que con discursos.

-130,11,21: Cuando decimos *venga a nosotros tu reino*, que ciertamente ha de venir, queramos o no queramos, enardecemos nuestro deseo de aquel reino, para que venga a nosotros y merezcamos reinar en él.

-130,14,27: Ahora vivimos sin ver lo que esperamos, bajo las alas de aquel ante quien presentamos nuestro deseo, para embriagarnos de la abundancia de su casa y abrevarnos en el torrente de su dicha: porque en él está la fuente de la vida y en su resplandor hemos de ver la luz. Y entonces se satisfará en los bienes nuestro deseo, y nada tendremos que pedir gimiendo, pues todo lo tendremos gozando.

-130,15,28: El Espíritu Santo impulsa a interpelar a los santos con gemidos inenarrables, inspirándoles el deseo de esa tan grande realidad, que todavía nos es desconocida y que *esperamos con paciencia*.

-130,16,29: Esfuérzate para vencer al siglo en la oración. Ora con esperanza, ora con fidelidad y amor, *ora con perseverancia y paciencia*, ora como viuda de Cristo. Aunque como Él enseñó, el orar corresponde a todos sus miembros, es decir, de todos los que creen en El y están unidos a su cuerpo.

-130,16,30: Cuanto mejor llevéis vuestra casa, tanto más *debéis insistir en la oración*, sin dejaros absorber por los negocios de las cosas presentes, a no ser los que reclama una causa piadosa.

-130,16,31: La oración recibe un poderoso refuerzo con el ayuno, las vigiliias y toda mortificación corporal.

·La «oración del corazón» en *El peregrino ruso* (s. XIX). Las lecciones del staretz y la cosmovisión del hesicismo

El peregrino ruso es una obra de autor anónimo. El contexto del libro nos lleva a la sociedad rusa del siglo XIX (1856-1861) bajo el reinado de Alejandro II Romanov. El autor ha contado sus vivencias a un *staretz* y podría haber sido un peregrino, tipo Egeria. Estamos ante un texto narrativo, muy sobrio. El autor está impedido por su brazo izquierdo, lo cual le impide trabajar. ¿Por qué nos interesa a nosotros ahora esta obra...?

Nos interesa porque el tema del libro es la oración del corazón, la oración de Jesús o a Jesús, hecha de forma continuada gracias al Espíritu de Dios. El Peregrino nos confirma la necesidad que tiene el creyente de la oración continua y nos enseña el método para aprenderla, el del manual de la *Filocalia* (un libro de espiritualidad sobre el amor a lo bello y a lo bueno, selección hecha por Macario de Corinto y Nicodemo Hagiorita sobre la oración hesicasta, que busca la hesiquía o paz profunda del corazón):

«*La oración interior continua a Jesús es la invocación ininterrumpida de su nombre divino con los labios, el corazón y la inteligencia; consiste en tenerlo siempre en nosotros e implorar su gracia en todo tiempo y lugar, e incluso, durante el sueño. Esta invocación se expresa con las siguientes palabras: Señor Jesucristo, ¡ten piedad de mí, pecador! Quien se acostumbra a esta plegaria, encuentra en ella tanto consuelo y siente tal necesidad de repetirla, que no puede vivir sin que espontáneamente resuene en su interior*»¹⁴.

¹⁴ JOSÉ IGNACIO PEDREGOSA ORDÓÑEZ (ED.), *El peregrino ruso*, Ed. San Pablo, Madrid 2011, pp. 15 y 16.

Elementos esenciales de una continua oración del corazón (movida por el Espíritu) son, entre otros: invocación del nombre de Jesús, que tiene poder; ser consciente de ser una criatura necesitada de ayuda, un pecador. Orar con todo el ser (labios, corazón, inteligencia...); orar en presencia de Dios; no repetir mecánicamente; atención (*awareness*, muy importante para José A. García Monge); y convicción de que Jesús está junto al que ora. El Espíritu Santo posibilita todos estos ejercicios del espíritu.

En cuanto a la cosmovisión del hesicismo, anotemos inicialmente que su origen está en los primeros monjes que, guiados por el Espíritu Santo, van al desierto (allá por el siglo IV) buscando retiro y silencio. Los hesicastas buscan conseguir la paz o la quietud para llegar a la unión íntima con Dios o la contemplación. Cultivan el silencio, tanto exterior como interior. Tratan de controlar los pensamientos (*logismoi*). Quieren posibilitar ese gran deseo de San Juan Clímaco en su *Scala paradisi*: «El recuerdo de Jesús te sea presente como tu respiración. Entonces, en verdad, apreciarás el calor de la quietud espiritual». La tradición del oriente cristiano busca la elevación del corazón a Dios, entendiendo el corazón como centro del ser humano (cuerpo, alma y espíritu que se dirige a Dios). El Espíritu de Dios es el protagonista que acompaña todo el proceso de ascensión a Dios.

• **Juan Casiano (Collationes) e Isaac de Nínive (Inhabitación)**

Juan Casiano nace hacia el año 360 en la región de Escitia, al noroeste del mar Negro, en el seno de una familia acomodada. Durante su infancia y adolescencia recibe una excelente formación clásica, (culturas y lenguas griega y latina).

Las *Conferencias* o *Conversaciones* o *Collationes* describen los caminos y etapas de la vida espiritual según los monjes egipcios. Veámos lo que nos indica Casiano en la *Collatio* nº 10 sobre la oración ininterrumpida, donada por el Espíritu:

«Es muy adecuada la comparación que habéis propuesto entre el aprendizaje de la oración y la instrucción de los niños. Estos, en efecto, no llegan a aprender el alfabeto, ni a reconocer las letras, ni a escribirlas con mano segura y firme, si no se ejercitan cada día en observar con detenimiento y copiar los modelos y las figuras primorosamente inscritas en las tablillas. Por eso, es necesario ofreceros una fórmula de la contemplación espiritual en la que fijéis siempre tenazmente vuestra mirada. Así, o bien aprenderéis a rumiarla constantemente en

vuestro espíritu, lo cual os será provechoso, o con su uso y meditación podréis elevaros a horizontes más sublimes.

Os propongo, por consiguiente, la enseñanza que solicitáis y la fórmula de oración que buscáis. Todo monje que aspira al recuerdo continuo de Dios debe acostumbrarse a meditar rechazando todos los demás pensamientos, porque no podrá mantener ese recuerdo si no se ha liberado de los cuidados y preocupaciones corporales. Se trata de un secreto que nos ha sido transmitido por los escasos padres de los primeros tiempos del monacato que sobreviven, y nosotros solo se lo comunicamos al pequeño número de almas que muestran verdadera sed de conocerlo. Así pues, para mantener constantemente el recuerdo de Dios, deberíais proponeros continuamente esta fórmula piadosa: “Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme” (Sal 70, 2).

Este sencillo versículo de la Sagrada Escritura es el que se ha elegido como medio. Y ello con plena razón, pues condensa todos los sentimientos que pueda albergar la condición humana y se adapta felizmente a todos los estados y a todos los ataques de la tentación. En efecto, contiene la invocación a Dios frente a cualquier peligro, supone la humildad de una confesión piadosa, la vigilancia del alma siempre en tensión y penetrada por un temor saludable, la consideración de la fragilidad humana, la confianza de ser escuchados, la seguridad de una ayuda siempre disponible y presente.

El que no cesa de invocar a su protector está seguro de que lo tiene bien cerca de sí. Es la voz del amor y de la ardiente caridad. Es el grito que brota del temor al contemplar las insidias del enemigo; viéndose asediado día y noche, el orante confiesa que no podría escapar sin el auxilio de su defensor. Para cuantos sufren el ataque constante de los demonios, este versículo es muro inexpugnable, coraza impenetrable, escudo solidísimo»¹⁵.

Por su parte, Isaac de Nínive (Qatar, siglo VII) nos habla también de la oración continua y la asocia a la inhabitación del Espíritu: «*Aquel que se acuerda constantemente de Dios es morada del Espíritu. La meditación de Dios es la oración. La oración sin distracción es aquella que produce en el alma una meditación constante de Dios. Y más allá se encuentra la inhabitación. Dios habita en nosotros por medio de la memoria constante que nosotros hacemos de él. (...) Cuando uno*

¹⁵ JUAN CASIANO, *Conversaciones sobre la oración*, Ed. Sígueme, Salamanca 2013, pp. 137 y 138.

haya alcanzado esto, habrá tocado el límite de todas las virtudes, porque entonces se habrá convertido en morada del Espíritu. Porque si uno no recibe el don del Paráclito, es imposible que lleve a cabo en la quietud esta continuidad en la oración. Está escrito: “Cuando el Espíritu habita en un hombre, no cesa de orar; el Espíritu ora continuamente” (Rom. 8,26)»¹⁶.

7. CONCLUSIÓN. EL ALIENTO DIVINO QUE ABRE HORIZONTES DE PERMANENTE ESPERANZA

El Espíritu Santo es el aliento divino que —enviado desde lo alto por el Padre y por el Hijo— abre horizontes de permanente esperanza. El Espíritu Santo nos ayuda a vivir nuestra vida cristiana con fe, con ilusión, con creatividad y con una caridad y esperanza siempre renovadas. Donde está el Espíritu de Dios se abren ventanas en los muros, y donde parecía haber un punto y final se dilatan los contornos de la realidad más inmediata y prosaica. El Espíritu hace posible lo imposible.

Es precisamente el Espíritu Santo el que —en medio de un mundo hostil y en el que frecuentemente toman protagonismo las enemistades de unos contra otros— nos regala a todos el don anhelado de la comunión. Nos capacita para que vivamos espiritualmente unidos los unos con los otros, más allá de propuestas e idiosincrasias particularistas o polarizadas. El recientemente fallecido papa emérito Benedicto XVI —papa ilustrado e insigne teólogo, cuyo luminoso legado es indiscutiblemente reconocido por los de dentro y por los de fuera de la Iglesia— nos ha dejado un texto bellísimo sobre la actuación pneumática en beneficio de la comunión. Lo pronunció en el marco de la Fiesta litúrgica de Pentecostés¹⁷:

Pentecostés es la fiesta de la unión, de la comprensión y de la comunión humana. Todos podemos constatar cómo en nuestro mundo, aunque estemos cada vez más cercanos los unos a los otros gracias al desarrollo de los medios de comunicación, y las distancias geográficas parecen desaparecer, la comprensión y la comunión entre las personas a menudo es superficial y difícil. Persisten desequilibrios que con frecuen-

¹⁶ ISAAC DE NÍNIVE, *El don de la humildad*, Ed. Sígueme, Salamanca 2020, pp. 127 y 128.

¹⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía. Domingo 27 de mayo del 2012*: https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2012/documents/hf_ben-xvi_hom_20120527_pentecoste.html / Consulta: 16.01.2023.

cia llevan a conflictos; el diálogo entre las generaciones es cada vez más complicado y a veces prevalece la contraposición; asistimos a sucesos diarios en los que nos parece que los hombres se están volviendo más agresivos y huraños; comprenderse parece demasiado arduo y se prefiere buscar el propio yo, los propios intereses. En esta situación, ¿podemos verdaderamente encontrar y vivir la unidad que tanto necesitamos?

La narración de Pentecostés en los Hechos de los Apóstoles, que hemos escuchado en la primera lectura (cf. Hch 2, 1-11), contiene en el fondo uno de los grandes cuadros que encontramos al inicio del Antiguo Testamento: la antigua historia de la construcción de la torre de Babel (cf. Gn 11, 1-9). Pero, ¿qué es Babel? Es la descripción de un reino en el que los hombres alcanzaron tanto poder que pensaron que ya no necesitaban hacer referencia a un Dios lejano, y que eran tan fuertes que podían construir por sí mismos un camino que llevara al cielo para abrir sus puertas y ocupar el lugar de Dios. Pero precisamente en esta situación sucede algo extraño y singular. Mientras los hombres estaban trabajando juntos para construir la torre, improvisamente se dieron cuenta de que estaban construyendo unos contra otros. Mientras intentaban ser como Dios, corrían el peligro de ya no ser ni siquiera hombres, porque habían perdido un elemento fundamental de las personas humanas: la capacidad de ponerse de acuerdo, de entenderse y de actuar juntos.

Y continúa el papa alemán:

Sólo puede existir la unidad con el don del Espíritu de Dios, el cual nos dará un corazón nuevo y una lengua nueva, una capacidad nueva de comunicar. Esto es lo que sucedió en Pentecostés. Esa mañana, cincuenta días después de la Pascua, un viento impetuoso sopló sobre Jerusalén y la llama del Espíritu Santo bajó sobre los discípulos reunidos, se posó sobre cada uno y encendió en ellos el fuego divino, un fuego de amor, capaz de transformar. El miedo desapareció, el corazón sintió una fuerza nueva, las lenguas se soltaron y comenzaron a hablar con franqueza, de modo que todos pudieran entender el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado. En Pentecostés, donde había división e indiferencia, nacieron unidad y comprensión.

Ojalá también nosotros vivamos este fin de semana y siempre movidos por el viento de un nuevo Pentecostés.

Muchas gracias.

PONENCIAS

EL ESPÍRITU SANTO Y LA BIBLIA.
EL LIBRO DE HECHOS DE LOS APÓSTOLES

DR. DAVID ÁLVAREZ CINEIRA, OSA
Director del Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid

RESUMEN:

Hechos de los Apóstoles contiene una serie homogénea de intervenciones de Dios mediante su Espíritu en las que destaca, además de su sentido cristológico-mesiánico, su dimensión dinámica como impulso especial para el testimonio y la evangelización. Las manifestaciones del Espíritu son un testimonio de los designios de Dios para la expansión progresiva del evangelio, desde los judíos, pasando por los samaritanos hasta confirmar la incorporación de los gentiles, personificados en el relato de Cornelio, al pueblo de la salvación. Este proceso no estuvo exento de dificultades y obstáculos personales e institucionales internos, pero la intervención del Espíritu, como principio activo divino, superó la actitud anquilosada del pueblo de Dios y determinó la apertura de las comunidades cristianas a los gentiles sin el requerimiento de la ley (circuncisión).

Palabras claves: Espíritu Santo, pneumatología, Hechos de los Apóstoles, Cornelio, cristianos gentiles, glosolalia.

ABSTRACT:

Acts of the Apostles contains a homogeneous series of interventions by God through his Spirit in which, in addition to its Christological-messianic sense, its dynamic dimension stands out as a special impulse for witness and evangelization. The manifestations of the Spirit are a testimony of God's plans for the progressive spread of the gospel, from the Jews to the Samaritans to confirm the incorporation of the Gentiles, personified in Cornelius' account, into the people of salvation. This process was not without internal personal and institutional difficulties and obstacles, but the intervention of the Spirit, as a divine active principle, overcame the stagnant attitude of the People of God and determined the openness of Christian communities to the Gentiles without the requirement of the law (circumcision).

Main arguments: Holy Spirit, Pneumatology, Acts of the Apostles, Cornelius, Gentile Christians, Glossolalia.

Tras un largo periodo de *Geistvergesenheit* ('olvido del Espíritu') en la historia y la teología occidentales, en las últimas décadas ha surgido gradualmente un nuevo interés por la persona y la obra del Espíritu Santo, tanto en prácticas y rituales concretos asociados con los dones del Espíritu, como en una renovada reflexión teológica sobre su identidad y sus manifestaciones. Varios elementos han contribuido a este «renacimiento pneumatológico». En primer lugar, en las sociedades occidentales, el cambio (parcial) de las formas de pensar modernas a las posmodernas ha conllevado un nuevo reconocimiento del significado y la importancia de la trascendencia. En segundo lugar, el movimiento ecuménico surgido a lo largo del siglo xx concedió una mayor atención a la doctrina de la Trinidad en general y a la persona del Espíritu Santo en particular. En tercer lugar, el interés en el Espíritu Santo no se limitó al ámbito de la teología académica u oficial de la iglesia, sino que también surgió a nivel de base. En el curso del siglo xx, el surgimiento de los movimientos pentecostales y carismáticos se convirtió en uno de los desarrollos más prominentes en el cristianismo mundial. Por último, pero no menos importante, la erudición bíblico-teológica contemporánea contribuyó a un enfoque renovado del papel del Espíritu en la Biblia y en sus posibles implicaciones actuales para la vida de la iglesia, considerado como don escatológico y fuerza liberadora: el Espíritu no es solo un objeto formal de reflexión teológica abstracta, sino que se manifiesta de maneras muy concretas en experiencias de sanación, liberación y salvación que anticipan el *eschatón*¹. Esta orientación bíblica se centró especialmente en el estudio del Espíritu en el NT. Por motivos de espacio y tiempo, nos limitaremos a una obra concreta, los Hechos de los Apóstoles, y a un episodio particular: la

¹ Gijsbert VAN DEN BRINK - Eveline VAN STAALDUINE-SULMAN - Maarten WISSE (eds.), *The Spirit is Moving: New Pathways in Pneumatology. Studies Presented to Professor Cornelis van der Kooi on the Occasion of His Retirement* (Studies in Reformed Theology 38), Brill, Leiden - Boston 2019, 1-4.

conversión de Cornelio. Una presentación general del Espíritu Santo en el NT se puede encontrar en diversos diccionarios exegéticos², a las cuales remitimos, aunque traeremos a colación algunas notas para contextualizar la temática del Espíritu.

1. EL ESPÍRITU SANTO Y LA BIBLIA

Unas breves indicaciones sobre la terminología y el contenido del concepto de Espíritu Santo en la Biblia nos permiten constatar que la temática del Espíritu Santo está casi ausente en el AT. Serán los autores neotestamentarios quienes profundizarán en él hasta que paulatinamente la teología cristiana posterior lo conciba como una de las tres personas de la Santísima Trinidad.

La expresión «Espíritu Santo»³ es una locución originaria de la literatura judía tardía, tal vez para distanciarse, fáctica y terminológicamente, del uso neutro greco-helenístico de *pneuma*⁴. Sin embargo, en el mundo judío es poco frecuente, ya que solo aparece en dos ocasiones en el AT (Is 63,10.11; Sal 51,13), y en contadas ocasiones en los escritos pseudoepigráficos y apócrifos judíos⁵, aunque sí en los escritos de Qumrán⁶. Por el contrario, es mucho más recurrente en el NT⁷, apareciendo en 92

² Eduard SCHWEIZER, «πνεῦμα, πνευματικός. E. Das Neue Testament», en: Gerhard FRIEDRICH (ed.), *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, Bd. VI, W. Kohlhammer, Stuttgart 1959, 394-449; Klaus BERGER, «Geist, Heiliger Geist, Geistesgaben (III. NT)», en: *Theologischer Realenzyklopädie*, Bd. XII, Walter de Gruyter, Berlin - New York, 1984, 178-196; J. KREMER, «πνεῦμα», en: Horst BALZ - Gerhard SCHNEIDER (eds.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, Vol. 2, Sígueme, Salamanca 1998, 1022-1039; Henri CROUZEL, «Geist (Heiliger Geist)», en: Theodor KLAUSER (ed.), *Reallexikon für Antike und Christentum*, Bd. IX, Anton Hiersemann, Stuttgart 1976, 490-545.

³ *Pneuma hagion / rūah haqqōdes*. Hay quien prefiere la traducción de «Espíritu sagrado».

⁴ La expresión *pneuma hagion* es desconocida en la literatura griega clásica, aunque se encuentra en los papiros mágicos griegos posteriores al siglo I d.C. (*PGM* 2,69; 3,289; 4,510).

⁵ *Jub* 1,21 (cf. Sal 51,12.13); 4 *Esd* 14,22; *Ascen.Is.* 5,14 (post-cristiano); *Test. Lev.* 18,11. La expresión tampoco aparece en Filón ni en Josefo, quienes optan por *pneuma theion*.

⁶ IQS 3,7; 4,20.21; 8,16; 1QH 7,6; 9,32; 16,2.3.12; 18,26; CD 2,12; 5,11; 7,4. La literatura rabínica posterior empleará la expresión *rūah haqqōdes* para vincular el espíritu con Dios manifestado en el santuario (cf. Peter SCHÄFER, «Geist - Heiliger Geist - Geistesgaben. II. Judentum», *Theologischer Realenzyklopädie*, Bd. XII, Walter de Gruyter, Berlin - New York, 1984, 173-178, aquí 175).

⁷ El sustantivo *pneuma* aparece 379 veces en el NT, de las cuales unos 275 casos, *pneuma* debe entenderse como «espíritu de Dios»; 149 en sentido absoluto; *pneuma*

ocasiones. La combinación (*to*) *pneuma* (*to*) *hagion* o *to hagion pneuma*⁸ se convirtió paulatinamente en una expresión técnica cristiana, frecuente en las cartas auténticas paulinas (13 ocasiones), aunque será Lucas quien mayormente desarrolle y emplee la expresión. «Creemos que se debe a Lucas, y más concretamente a Hechos, la fijación del término Espíritu Santo como nombre propio para designar al Espíritu de Dios»⁹.

Por lo que respecta a su significado, en la base de la expresión se encuentra el sustantivo «*pneuma*», que en los textos clásicos griegos se utiliza con cuatro acepciones reconocibles: viento, aliento, vida y extensiones metafóricas de estos. Por su parte, el hebreo emplea la palabra *rûah*, cuyo significado básico físico es «viento, aire en movimiento, respiración», empleándose además para referirse a cualidades de los seres humanos, de Dios y, menos frecuentemente, de los animales y de espíritus sobrenaturales. Bajo la influencia de la reflexión teológica y la especulación filosófica, tanto el término hebreo *rûah* como el término griego *pneuma* experimentaron un desarrollo semántico, desde un significado físico concreto y material en el lenguaje cotidiano hasta uno metafísico. Así, el concepto de *pneuma* se aproxima a una abstracción genérica a la que la adición de calificadores proporciona su especificidad¹⁰. El calificativo *hagion* implica el comienzo de una comprensión personal del espíritu análoga al desarrollo de las concepciones de la santidad de Dios¹¹. En realidad, las actuaciones atribuidas al Espíritu Santo son una forma, entre otras, de intervención de Dios. Parece que Lucas ve en el Espíritu una realidad más personalizada, que supone en

hagiosynes, «espíritu de santidad» una vez (Rom 1,4); *pneuma theou*, «espíritu de Dios» 18 veces; *pneuma tou patros*, «espíritu del Padre» una vez. Refiriéndose a Cristo se usa 3 veces; como *pneuma tou huiou autou*, «el espíritu de su Hijo» una vez; y como *pneuma Iesou*, «espíritu de Jesús», una vez, cf. J. KREMER, «πνεῦμα», 1025ss.

⁸ El uso o la ausencia del artículo se explica por preferencias lingüísticas del autor o por la combinación de normas gramaticales, pero sin tener un valor conceptual.

⁹ Gonzalo HAYA PRATS, *Impulsados por el Espíritu. El Espíritu Santo en los Hechos de los Apóstoles*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2011, 51. «Esta fijación de un nombre propio a un contenido sustancialmente terminado es quizás la mayor contribución de Lucas al conocimiento bíblico-cristiano del Espíritu Santo» (51).

¹⁰ Estos calificativos incluyen expresiones preposicionales (*en pneumati*, «en [el] espíritu»), construcciones en genitivo (*to pneuma tou kosmou*, «el espíritu del mundo»; *to pneuma theou*, «el espíritu de Dios»); coordinación de términos casi sinónimos (*pneuma kai dynamis*, «espíritu y poder»; y pares antitéticos (*pneuma/sarx* «espíritu/carne»; *pneuma/gramma* «espíritu/letra»).

¹¹ Para el empleo del término *ruah/pneuma* en el mundo judío cf. Ju HUR, *A Dynamic Reading of the Holy Spirit in Luke-Acts* (JSNTS 211), T&T Clark International, London - New York 2001, 37-86.

sí misma el derecho a actuar, aunque como enviada por Dios, y cuya intervención es de carácter inmaterial¹².

Ante la imposibilidad de abordar el concepto de *pneuma* en cada evangelio o en los escritos paulinos, nos centraremos en la visión lucana del Espíritu en el libro de Hechos de los Apóstoles.

2. LUCAS, TEÓLOGO DEL ESPÍRITU

Lucas es seguramente el teólogo del espíritu, no solo en términos de estadísticas (*pneuma* 106 veces; *pneuma theou*, 75 veces; *pneuma hagon*, 54 veces) sino también en términos de su reflexión sobre el testimonio cristiano primitivo y las ideas sobre el espíritu desde la perspectiva de un concepto de la historia de la salvación. No obstante, el concepto Espíritu Santo en su obra sigue siendo periférico en comparación con el uso absoluto de *pneuma*. No será hasta siglos más tarde y como resultado de la formulación del dogma pneumatológico en 381 d.C., cuando el concepto de «Espíritu Santo» ocupe un lugar central en la teología cristiana.

La acción del espíritu ya es evidente en la narración del nacimiento y la infancia de Lc 1-2, especialmente presentado como el poder creador de Dios que efectúa el embarazo de María (1,35). En su bautismo, el origen espiritual de Jesús se manifiesta en la figura corporal, como una paloma, como la forma física de la investidura espiritual (3,21-22). El pensamiento helenístico y una tendencia hacia la objetivación explican la manifestación visible del poder del Espíritu tanto en este pasaje como en Hch 2,3-4; 4,31. En contraste con Marcos (Mc 1,12), hay aquí una descripción menos animista de la efusión del Espíritu sobre Jesús; Jesús es Señor del espíritu y, hasta Pentecostés, su único portador. Esto es corroborado por el testimonio de Jesús acerca de sí mismo en 4,18-19, versículos que incorporan Is 61,1. Por lo tanto, mientras que el evangelio presenta a Jesús como el portador paradigmático del espíritu (1,35; 3,21-22; 4,1.11.18-19), en opinión de Lucas es la tarea del Mesías transmitir este espíritu después de Pascua. Lo que el Bautista anuncia en Lc 3,16-17 (fuego y espíritu) se cumple en Hch 2,3-4 como la obra del Exaltado (Lc 24,49; Hch 2,33).

Tras la exaltación del Señor al cielo, el curso de la Iglesia se presenta como determinado por el espíritu enviado por Jesús y a me-

¹² Gonzalo HAYA PRATS, *Impulsados* 65.

nudo se caracteriza en categorías personales (Hch 8,29.39; 20,39). El Espíritu Santo está presente en las decisiones importantes (2,1-4; 4,31; 8,17-18; 9,17-18; 10,44-45; 19,6), contribuye a la formulación del decreto apostólico (15,28) y nombra a los presbíteros en sus ministerios (20,28). Un momento decisivo en la vida de la naciente comunidad de Jerusalén acontece en Pentecostés, que describe la efusión del Espíritu sobre los Doce y la comunidad jerosolimitana (Hch 2,1-13). No obstante, en Hechos encontramos cuatro momentos importantes referentes a la efusión del Espíritu en el proceso de apertura de la misión de la iglesia hasta los confines del universo. Por este motivo, W. Dietrich¹³ consideró la existencia de un triple pentecostés en referencia al don del espíritu sobre los judíos (2,38-41), los samaritanos (8,15.17) y los gentiles (10,44-45). Gonzalo Haya, asimismo, habla de tres grandes acontecimientos que estructuran la obra lucana: «el Pentecostés de Jesús en el Jordán, el Pentecostés de la Iglesia en Jerusalén y el Pentecostés de los gentilcristianos representados en Cornelio»¹⁴. En ocasiones se habla asimismo de un nuevo pentecostés en Éfeso (19,1-7), cuando Pablo impone las manos a doce discípulos de Juan el Bautista y el Espíritu Santo vino sobre ellos, quienes se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar.

Según Lucas, la comunidad es una entidad dotada de espíritu y actualmente vive bajo el poder del espíritu (Lc 11,13). La orientación eclesiológica de la pneumatología lucana es evidente. La oración prepara para la recepción del espíritu (Lc 3,21; Hch 4,31; 9,9.11; 13,1-3), pero no es un efecto del espíritu. El bautismo y el espíritu están relacionados (Hch 2,38; 8,14-17; 10,44-45; y 19,2-6 confirman estos como excepciones válidas). La práctica de la imposición de manos para la transmisión del espíritu aparece en Hch 8,14.17; 19,6. El don del espíritu como fuerza para proclamar el evangelio es prometido por Jesús: «Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8). Será precisamente en esa tercera etapa de la expansión del mensaje de Jesús donde el Espíritu Santo y el relato que expondremos a continuación jueguen un papel relevante.

¹³ Wolfgang DIETRICH, *Das Petrusbild der lukanischen Schriften* (BWANT 94), W. Kohlhammer, Stuttgart 1972, 294-95.

¹⁴ Gonzalo HAYA PRATS, *Impulsados* 321.

3. LA HISTORIA DE CORNELIO

La historia del pentecostés de los gentiles se centra en el relato de la conversión de Cornelio, un centurión romano perteneciente a la compañía Itálica (Hch 10)¹⁵, y el posterior informe que Pedro presenta a la iglesia de Jerusalén ante las críticas recibidas de parte de los partidarios de la circuncisión (Hch 11,1-18). Se trata de la secuencia más larga de todo el libro de Hechos (66 versículos). La narración está ambientada en Cesarea Marítima, una ciudad de carácter helenista donde se establecieron relaciones dinámicas entre judíos y gentiles, frente a bastiones del nacionalismo judío como eran las ciudades de Jope y Jerusalén¹⁶. Al mismo tiempo, esa ciudad constituía la sede de la ocupación romana, presentando el relato lucano, al menos a nivel narrativo, una relación ambivalente entre la fuerza ocupante (Roma) y el pueblo judío subyugado. No es de extrañar, pues, que la perícopa haya sido leída frecuentemente desde una perspectiva política¹⁷.

¹⁵ Numerosos eruditos cuestionan la existencia de tropas romanas estacionadas en Cesarea Marítima durante el gobierno de Agripa I (41-44 d.C.), época en que Lucas parece situar este episodio. Ciertamente, no existían legiones romanas durante ese período en Palestina, aunque ello no excluye la presencia de tropas auxiliares gentiles en dicha ciudad (bajo la autoridad de Agripa). Otra opinión es que Cornelio fuera un veterano de guerra asentado en Cesarea. Craig S. KEENER, *Between History and Spirit. The Apostolic Witness of the Book of Acts*, Wipf and Stock Publishers, Eugene, OR 2020, 96, no duda de la historicidad de la conversión de un centurión romano: «None of the evidence available undercuts Lukes portrait of a gentile centurion becoming a Christian in the early days of Christianity. Cornelius could have been retired; could have converted after or (more likely) before Agrippas reign; or, for that matter, could have been converted during his reign. Josephus is clear that gentile soldiers existed in Caesarea during the reign of Herod Agrippa I». Ampliamente al respecto, este mismo autor, Craig S. KEENER, *Acts. An Exegetical Commentary. Vol. 2: 3:1-14:28*, Baker Academic, Grand Rapids, Michigan 2013, 1732-1742. A favor de la historicidad del relato también se muestra Eckhard J. Schnabel, *Urchristliche Mission*, R. Brockhaus Verlag, Wuppertal 2002, 690.

¹⁶ Para la importancia geográfica de Cesarea en las relaciones étnicas entre judíos y gentiles, cf. Benjamin R. WILSON, «Jew-Gentile Relations and the Geographic Movement of Acts 10:1-11:18», *CBQ* 80 (2018) 81-96: «The geographic movements in the story are not extraneous to the development of the plot. Rather, they are an integral part of what makes the behavior of Cornelius and Peter so remarkable, the intervention of God so necessary, and the conversion of Cornelius so significant for the trajectory of the early church in Acts» (81).

¹⁷ Michael KOCHENASH, «Cornelius's obeisance to Peter (Acts 10:25-26) and Judaea Capta Coins», *CBQ* 81 (2019) 627-640, analiza desde una perspectiva política los dos gestos presentes en Hch 10,25-26: un soldado romano postrándose ante un hombre de Judea y un judío levantando al soldado. La narrativa de Hch 10,25-26 puede leerse como una desaprobación, si no una crítica directa o un resentimiento provincial, de la distin-

Para la composición de este relato, la crítica de las fuentes y los análisis de la historia de la redacción han postulado el empleo de al menos dos fuentes preluceanas por parte del autor de Hechos. Así, Martin Dibelius distinguió entre una narración original que describía la conversión de Cornelio (leyenda de conversión) y un relato independiente referente a la visión de Pedro¹⁸. Para este exégeta, el último relato anunciaba la derogación de las leyes alimentarias judías, mientras que el primero en su forma original y prístina simplemente informaba de la conversión de un hogar gentil¹⁹. Muchos han seguido los pasos de Martin Dibelius, viendo a Lucas como un autor que ha fusionado hábilmente dos tradiciones diferentes para formar una meta-historia referente a la misión a los gentiles y su incorporación a la *ekklesia*. Por ejemplo, después de su detallado análisis de la redacción, Alfons Weise concluye que Lucas ha reelaborado una tradición escrita cuyo contenido incluía la visión de Cornelio, el encargo a sus mensajeros, la instrucción del espíritu a Pedro, el encuentro entre Pedro y el centurión, el informe de la visión de Cornelio, y la efusión del espíritu sobre la familia extensa de Cornelio, así como su bautismo de agua. Lucas habría introducido de otra fuente de material tradicional la visión de Pedro (10,9-16) junto con los vv. 10,28, 29a; 11,2ss. También habría compuesto los discursos en 10,34-43; 11,5-17, las afirmaciones en 10,22.24b.33b; 11,4, las caracterizaciones piadosas de Cornelio (10,2.4.22.31), la referencia a los compañeros de Pedro (10,23b.45; 11,12b), y los versículos de transición y conclusión (11,1; 10,48b y 11,18). Finalmente, reelaboró a fondo aquellas partes reproducidas a partir de los materiales tradicionales disponibles²⁰. La existencia de

ción de estatus mantenida entre los romanos y los incorporados al imperio a través de la conquista o anexión imperial. Por su parte, el hecho de que Pedro levantara a Cornelio subvierte esta lógica al equiparar el estatus de judíos y gentiles en el reino de Dios, es decir, una desaprobación de la insistencia de Roma en que los pueblos extranjeros conquistados, aunque incorporados al imperio, posean un estatus subordinado.

¹⁸ Martin DIBELIUS, *Studies in the Acts of the Apostles*, New York, Charles Scribner's Sons, 1956, 109-22.

¹⁹ Para un análisis de la tradición y la redacción de la historia de Cornelio cf. Daniel MARGUERAT, *Los Hechos de los Apóstoles (1-12)* (BEB 161), Sígueme, Salamanca 2019, 498-504. Según este autor, tendríamos «una leyenda de fundación que celebraba la visita y la estancia de Pedro en Cesarea en casa de Cornelio, que ha combinado Lucas con una tradición acerca de lo puro y lo impuro conservada en la gesta del apóstol» (500).

²⁰ Alfons WEISER, *Die Apostelgeschichte* (Ökumenischer Taschenbuch-Kommentar zum Neuen Testament 5/1), Gütersloher Verlaghaus - Gerd Mohn - Echter Verlag, Gütersloh - Würzburg 1989, 262.

diferentes fuentes, que supuestamente subyacen a la narrativa, vendría corroborada por los sorprendentes y numerosos ejemplos de repeticiones en diferido o redundancias dentro del relato²¹.

Otros autores, sin embargo, empleando un enfoque analítico estructural, se resisten a diseccionar la narración de Hch 10-11 en distintas fuentes, criticando las conclusiones alcanzadas a través de los usos tradicionales de la crítica de las Formas²². Dejando al margen estas cuestiones exegéticas, nos centraremos en la presentación narrativa de la historia y en las diversas intervenciones divinas mediante el espíritu: una visión (10,3-6), un éxtasis (10,10-16), una comunicación del Espíritu Santo (10,19-20) y un fenómeno de glosolalia colectiva (10,44-46).

3.1. Cornelio, un hombre gentil justo y piadoso

La perícopa comienza con una alabanza por la generosidad del centurión romano hacia el pueblo judío («daba muchas limosnas al pueblo»²³). Para Lucas, Cornelio, junto con su familia, no es un gentil cualquiera, sino un hombre «piadoso» (εὐσεβής; cf. Hch 10,2) y temeroso de Dios (φοβούμενος τὸν θεὸν) que asiste a la sinagoga judía local y se encuentra entre los muchos no judíos que adoran al Dios de Israel (Hch 10,35). Él y su familia filosemita están familiarizados con las tradiciones ancestrales del judaísmo. En consecuencia, Lucas lo tiene en gran estima.

Por lo que respecta a su devoción piadosa, Nicholas Moore, aplicando la teoría del tercer espacio propuesta por Soja, interpreta el tipo y la hora de la oración como una refocalización del templo de Jerusalén hacia la adoración de Dios en el santuario celestial²⁴. Esta transición

²¹ El uso de dichas repeticiones ha sido diferentemente valorado por los investigadores: reforzar el mensaje, una variación estilística... Por su parte, Ronald D. WITHERUP, «Cornelius over and over and over again: functional redundancy in the Acts of the apostles», *JSNT* 15 (1993) 45-66, considera que tiene una función narrativa, denominándola 'functional redundancy', esencial para la interpretación del texto.

²² Craig S. KEENER, *Acts* 1731s.

²³ Lucas-Hechos presenta la limosna como eficaz para la purificación cf. Timothy W. REARDON, «Cleansing through Almsgiving in Luke-Acts: Purity, Cornelius, and the Translation of Acts 15:9», *CBQ* 78 (2016) 463-482.

²⁴ Nicholas J. MOORE, «'He Saw Heaven Opened': Heavenly Temple and Universal Mission in Luke-Acts», *NTS* 68 (2022) 38-51: «For Cornelius, in gentile territory, there are intimations that he already accesses God in heaven, even if in some sense unwittingly. His and Peter's visions (a duo of coordinated thirdspatial interruptions) lead Peter and ultimately the whole church to re-envision secondspace so that boundaries can be

valida las categorías de culto y al mismo tiempo las expande de una manera que deshace parcialmente su instanciación en el templo de Jerusalén. Ese templo celestial es accesible tanto a judíos como a gentiles, de una manera como nunca lo había sido el templo de Jerusalén. El acceso al santuario celestial a través de Jesús y del Espíritu permite a todas las personas, en todas partes, adorar al Dios de Israel, erradicando así la distinción entre los pueblos. Pero no solo ese espacio celestial será accesible a todos, sino que Lucas se preocupa por mostrar cómo el Espíritu de Dios suprime las posibles diferencias existentes entre los espacios domésticos habitados por judíos y gentiles.

3.2. La superación de las barreras domésticas entre judíos y gentiles

Ya en la apertura de esta historia, Lucas se esfuerza por mostrar que el espacio no judío en el que Pedro entrará posteriormente, viene habitado por gentiles simpatizantes con el judaísmo. Pero será más expresamente la visita de un ángel santo a Cornelio en sus aposentos privados que deja entrever la completa superación de las barreras étnicas de los espacios domésticos, al tiempo que prefigura la propia entrada de Pedro en el mismo espacio. En realidad, los hilos de toda la escena vienen movidos por el mismo Espíritu Santo y los personajes se convierten en obedientes actores bajo la dirección del mismo Espíritu: Cornelio inmediatamente acata las órdenes del ángel, Pedro obedece al Espíritu bajando al encuentro de los emisarios de Cornelio, quienes en realidad vienen descritos como emisarios del Espíritu («los he enviado yo [Espíritu]» v. 20), y el ángel santo de Dios (ἀγγέλου ἁγίου identificado en el texto con el Espíritu) los envía para llevar a Pedro a casa de Cornelio (v. 22)²⁵. A través de estas señales literarias, Lucas ha preparado a su auditorio para la futura entrada de Pedro en casa de un centurión romano y su alojamiento en ella.

Del mismo modo y antes de que eso suceda, la estancia de los emisarios de Cornelio en la casa de Simón el curtidor, donde se aloja Pedro, sirve como precedente para lo que está por venir: «Entonces

crossed and temple purity distinctions discarded, at least insofar as they apply to people outside the Jerusalem temple» (p. 50).

²⁵ Como señala Gonzalo HAYA PRATS, *Impulsados* 67, algunos pasajes parecen introducir la acción de un ángel como correlativa y equivalente a la acción del Espíritu. Es lógico que sea un ángel quien hablara a Cornelio para no anticipar la intervención de Espíritu Santo antes de su venida sobre él.

Pedro invitó a entrar (εἰσκαλεσάμενος) a los emisarios de Cornelio y les dio alojamiento (ἐξέτισεν)» (v. 23). Es posible que los dos criados de Cornelio fueran judíos, no así el soldado que los acompañaba, aunque viene caracterizado como «un hombre religioso». El uso del verbo compuesto εἰσκαλεσάμενος, que rara vez se usa en las fuentes griegas judías, significa que Pedro les invita a entrar en una casa judía²⁶. Además, ofrece alojamiento a estos visitantes gentiles: el verbo ἐξέτισεν enfatiza la hospitalidad reservada para los huéspedes en la sociedad antigua, incluida la comunión de mesa. Dado que los gentiles de nuestra narración pertenecen a una casa temerosa de Dios y que el encuentro entre judíos y gentiles ocurre dentro de un espacio judío controlado, hay pocas razones para que Lucas tenga que defender la acción de Pedro de invitar y acoger a los emisarios.

Unos versículos más adelante, Lucas pone en boca de Pedro la imposibilidad de un judío piadoso de «juntarse o entrar en casa de un extranjero» (10,28)²⁷, pero él ha quebrantado tal norma pues Dios le ha mostrado que no debe llamar profano o impuro a ningún hombre. En la visión, se trata de los alimentos puros e impuros; Pedro, no obstante, la ha interpretado en el discurso ante Cornelio en relación a personas: ha reconocido que Dios no solo ha suprimido las prescripciones alimenticias, sino que también ha suprimido la declaración de impureza de las personas no judías, pues no hace distinción de personas (10,34).

Los estudiosos han discutido ampliamente sobre la veracidad histórica de la afirmación petrina referente a relacionarse con los gentiles. Las fuentes contienen una amplia gama de puntos de vista diferentes sobre las posibilidades y los límites de contacto social entre judíos y gentiles. En un extremo del espectro encontramos afirmaciones radicales, representadas por *Jub* 22,16-17²⁸ exigiendo evitar todo tipo de contacto. En el otro extremo del espectro se encuentran múltiples tradiciones de contactos sociales en las que las cuestiones *halájicas* no constituían un problema²⁹. El campo intermedio consiste, por un lado, en textos en los

²⁶ Para la hospitalidad en las casas judías, cf. Craig S. KEENER, *Acts* 1777s.

²⁷ Guido BALTES, «Διακρίνειν als Leseaufgabe: Petrus und Kornelius zwischen ungeschriebem Gesetz und unzuverlässiger Erzählung», *NTS* 67 (2021) 514-540.

²⁸ «Hijo mío, Jacob, recuerda mis palabras y guarda los mandamientos de tu padre, Abrahán. Apártate de los gentiles, no comas con ellos, no hagas como ellos, ni les sirvas de compañero, pues sus acciones son impuras, y todos sus caminos inmundicia, abominación y horror: Sacrifican víctimas a los muertos, adoran a los demonios, comen en los cementerios; todas sus acciones son vanas y falsas».

²⁹ Josefo, *Bell* 7,45; *Ap* 2,123.209-11.280-2; Filón, *Mos* 2,17,31.

que los contactos sociales están regulados *halájicamente* para evitar la violación de otras normas *halájicas* y, por otro lado, en textos en los que se advierte o previene de tales encuentros porque posiblemente podrían conducir a la violación de otras normas. Ambos tipos de textos, sin embargo, demuestran que la posibilidad y la admisibilidad de los encuentros en sí mismos no estaban cuestionados y aparentemente formaban parte de la realidad cotidiana.

El hecho de compartir la mesa también formaba parte de esta realidad, sin que ello supusiera una violación de las normas *halájicas*: el huésped judío podía traer su propia comida o el anfitrión serviría alimentos permitidos a los judíos por consideración hacia los comensales. En casos particularmente estrictos, el invitado judío podía cenar en una mesa preparada especialmente para él³⁰. El grado de observancia variaba de subgrupo a subgrupo y, en opinión de David Freidenreich³¹, las fuentes judías de Palestina reflejan un tratamiento más estricto que, por ejemplo, las alejandrinas. En estas últimas, aunque se presta atención a la observancia de los mandamientos dietéticos, se suelen rechazar las restricciones *halájicas* más allá de las exigidas en la Torá. En la tradición rabínica posterior también varían las actitudes, desde el rechazo estricto hasta una comunión de mesa evidente, en la que los no judíos incluso son invitados a impartir la bendición de la mesa. Por consiguiente, las fuentes judías no testimonian ni corroboran la prohibición estricta de entrar en casas no judías. Más bien, la principal preocupación en tales escenarios radicaba en la posible asociación con la idolatría (cf. *m. Avod. Zar.* 4,6³²). El encuentro y la acogida de Pedro en casa de Cornelio muestra cómo Dios ha logrado alcanzar en la iglesia, lo que la política romana no ha sido capaz de conseguir con la

³⁰ Ya la carta de Aristeas o el libro de Judit abordan la posibilidad de que los judíos compartan mesa con gentiles. En *m. Avod. Zar.* 5,5, los sabios rabínicos presuponen que judíos y gentiles pueden comer en la misma mesa sin asumir que los judíos deban dejar de comer *kosher*. Cf. Craig S. KEENER, *Acts 1788-1791*. Markus BOCKMUEHL, *Jewish Law in Gentile Churches. Halakah and the Beginning of Christian Public Ethics*, T & T Clark, Edinburgh 2000, 58ss. menciona diversas opciones existentes para un judío observante ante la invitación de un gentil.

³¹ David M. FREIDENREICH, *Foreigners and their Food: Constructing Otherness in Jewish, Christian and Islamic Law*, University of California Press, Berkeley - Los Angeles - London 2011, 17-46; Jordan D. ROSENBLUM, *Food and Identity in Early Rabbinic Judaism*, Cambridge University Press, Cambridge 2010, 17-22; 45-91; Susan MARKS - Hal TAUSSIG, *Meals in Early Judaism. Social Formation at the Table*, MacMillan, New York 2014.

³² La Misnah *Avodah Zarah* discute y describe las leyes relativas a las relaciones entre judíos y el mundo gentil en que habitan.

fuerza en la ciudad de Cesarea, dividida étnicamente: la reconciliación de gentes normalmente hostiles. Las visiones y las otras confirmaciones narrativas, sin embargo, revelan que, para la iglesia, tal reconciliación requiere inicialmente la intervención divina³³.

La nueva naturaleza antropológica que Lucas atribuye a los seguidores gentiles de Jesús, que ya no deben ser vistos como moralmente impuros o inherentemente profanos (10,28) y el hecho de que Dios no haga acepción de personas (10,34), explica claramente los encuentros entre ángeles santos, judíos y gentiles. Además, el Espíritu, agente directo de la revelación divina, proporciona a Pedro la interpretación de su visión (10,19). Los animales impuros que Dios ha purificado, representan a los gentiles, en concreto a los emisarios de Cornelio. Al afirmar que el Espíritu Santo los ha enviado, Dios reclama la responsabilidad sobre ellos. No obstante, este enfoque que Pedro acaba de adquirir, no es compartido todavía por sus acompañantes creyentes judíos, quienes posteriormente actuarán como testigos de lo que la visión ha preparado a Pedro que experimente (11,12).

3.3. El Bautismo en el Espíritu Santo

El mismo Espíritu que envió a los mensajeros de Cornelio (10,20) y a Pedro (10,19) confirma ahora gráficamente la aceptación de los gentiles por parte de Dios, confiriéndoles el mismo signo, la fuerza del Espíritu, que Jesús había prometido a sus discípulos (1,8) y ya había recibido su comunidad mesiánica en Pentecostés (cf. 2,33) y los discípulos posteriores (2,38-39) para ser sus testigos. Mientras el discurso de Pedro, acontece el hecho singular de la efusión del espíritu sobre los gentiles: «Todavía estaba hablando Pedro, cuando el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban el mensaje» (10,44: ἐπέπεσεν τὸ πνεῦμα τὸ ἅγιον ἐπὶ πάντας τοὺς ἀκούοντας τὸν λόγον). Entre las fuentes cristianas primitivas, la obra de Lucas es, con mucho, la que habla con más frecuencia de la venida del Espíritu «sobre» alguien (Lc 1,35; 2,25; 4,18; Hch 1,8; 2,17; 10,44-45; 11,15; 19,6)³⁴. La expresión aparece en los dos textos programáticos de Lucas: Is 61,1

³³ Craig S. KEENER, *Acts* 1779.

³⁴ Otros escritores también mencionan que el Espíritu viene «sobre» alguien (1 Pe 4,14; *Jos. Asen.* 4,7/9; Mc 1,10).

en su evangelio (Lc 4,18: πνεῦμα κυρίου ἐπ' ἐμὲ) y Joel 2,28-29³⁵ en Hechos (Hch 2,17-18: ἐκχεῖν ἀπὸ τοῦ πνεύματός μου ἐπὶ πᾶσαν σάρκα).

El Espíritu Santo, que hasta ese momento había descendido solo sobre los miembros del pueblo santo de Israel (bíblicamente se había prometido única y exclusivamente al pueblo de la alianza, Is 42,1; 44,3; Ez 37,14; 39,29; Joel 2,28-29; aplicado de forma aún más estricta en Qumrán, pero también sobre ciertos samaritanos, vistos por Lucas como «israelitas»), ahora también desciende sobre gentiles. El texto deja entrever que entre «todos los que escuchaban el mensaje», Lucas también incluiría a los acompañantes judíos de Pedro y que, por tanto, habrían experimentado conjuntamente con los gentiles el don del Espíritu. Precisamente al ver³⁶ que descendía sobre los gentiles provocó que los discípulos judíos acompañantes de Pedro quedaran asombrados (ἐξέστησαν), extrañeza que se repite en la asamblea de Jerusalén (Hch 11,18). Este verbo griego aparece con frecuencia en Hechos para describir reacciones de asombro ante un signo o milagro extraordinario (cf. 2,7.12). La estupefacción judía por el bautismo del espíritu sobre los gentiles puede apreciarse con más claridad cuando tenemos en consideración que algunos judíos creían que los gentiles estaban bajo el control y la maldición de espíritus impuros. Tal es la visión extrema del autor de los *Jubileos* que no ve ninguna esperanza colectiva para los gentiles: «Muchos son los gentiles y muchas naciones hay, todas suyas, sobre las cuales dio poder a los espíritus para apartarlas de él, pero sobre Israel no dio poder a ningún ángel ni espíritu, pues él solo es su soberano. Él los guarda y reclama de manos de sus ángeles y sus espíritus y de manos de cualquier súbdito suyo; él los guarda y los bendice para que sean suyos y él sea suyo desde ahora y por siempre» (15,31-32).

³⁵ Josep RIUS-CAMPS, «La utilización de libro de Joel (Jl 2,28-32a LXX) en el discurso de Pedro (Hch 2,14-21): Estudio comparativo de dos tradiciones manuscritas», en: David G.K. TAYLOR (ed.), *Studies in the Early Text of the Gospels and Acts. The Papers of the First Birmingham Colloquium on the Textual Criticism of the New Testament*, Gorgias Press, Piscataway, NJ 2013, 245-270.

³⁶ Para la función retórica de estas visiones de Hechos que subrayan el significado de «ver» como un medio de persuasión cf. Deborah THOMPSON PRINCE, «Seeing Visions: The Persuasive Power of Sight in the Acts of the Apostles», *JSNT* 40 (2018) 337-359: «The author of Luke-Acts leads his audience to discern the truth (Lk. 1.4) through the complex and subtle interplay between seeing and hearing, expressed literarily through vision and voice» (355).

En contraste con esta perspectiva anti-gentil, Lucas describe a los paganos que son liberados de tal control demoníaco y pueden disfrutar de la visita de los santos ángeles y del espíritu. Este descenso del Espíritu sobre los gentiles (10,44s) viene confirmado por las lenguas y la alabanza (10,46), que es en realidad la señal que ven y convence a los acompañantes de Pedro de que el Espíritu ha sido derramado sobre los gentiles («pues los oían hablar en lenguas y ensalzar la grandeza de Dios»). Estos acompañantes de Pedro son capaces de reconocer el fenómeno de la efusión del Espíritu por su paralelismo con la análoga experiencia judía del Espíritu relatada por primera vez en Pentecostés (2,4) o porque ellos mismos lo acaban de experimentar. El bautismo del Espíritu Santo sobre los gentiles seguidores de Jesús constituye una prueba definitiva a los ojos de Lucas de que la profanidad adscrita a los gentiles ya no existe. Estos no judíos pueden recibir el espíritu sagrado, hablar en lenguas y exaltar al Dios de Israel al igual que el resto de la *ekklesia* judía de Jerusalén (2,4).

Pedro concluye, pues, que los gentiles han recibido el Espíritu «de la misma manera que nosotros» (10,47; cf. 11,15). Los sucesos extraordinarios del viento y el fuego, que acontecieron en Pentecostés (2,2-3), no se encuentran en nuestro relato, pero sí la glosolalia colectiva o el don de lenguas, que aparecerá una vez más en el nuevo pentecostés de Éfeso (19,6). Según Craig Keener³⁷, esta recurrencia al don de la glosolalia como señal de la irrupción del Espíritu en Hechos frente a otras formas de su manifestación, se explica porque capacitaba a los testigos a nivel transcultural (1,8). Puesto que para Lucas el hablar en lenguas marcaba el poder para el testimonio transcultural, su afirmación sugiere que los gentiles también podían recibir este poder (ver Hch 2,38-39). Esto no significa que Lucas esperara que el don de lenguas aconteciera de forma inexorable con la recepción del espíritu, pero tampoco supone que fuera algo extraordinariamente «excepcional». Sin embargo, mencionar su ocurrencia aquí es teológicamente relevante, pues confirmaba su recepción e invitaba a la admisión de estos gentiles

³⁷ Craig S. KEENER, «Why does Luke use tongues as a sign of the Spirit's empowerment?», *Journal of Pentecostal Theology* 15 (2007) 177-184; «Spirit Possession as a Cross-cultural Experience», *Bulletin for Biblical Research* 20 (2010) 215-235. En contra, Clint TIBBS, «Mediumistic Divine Possession among Early Christians: A Response to Craig S. Keener's 'Spirit Possession as a Cross-cultural Experience'», *Bulletin for Biblical Research* 26 (2016) 173-194.

en las comunidades cristianas³⁸. Que el Espíritu descendiera sobre ellos como sobre los discípulos judíos (10,47) y sobre Jesús (10,38) indica presumiblemente que Dios los estaba equipando para participar en la misma misión al resto del mundo (1,8; 10,38) y en lugar de seguir siendo objetos de la misión, Cornelio y su familia se convierten en colaboradores de la misión³⁹.

Este don de lenguas que acontece en Hechos ha sido comparado con el don de la glosolalia de las cartas paulinas. ¿Tenemos aquí una indicación de glosolalia colectiva en sentido estricto o más bien estamos ante casos de *xenolalia*? Algunos eruditos sostienen que la glosolalia en Hch 10,46 y 19,6 probablemente se refiera a un habla meramente extática, en contraste con las lenguas de Hch 2,4. Esta interpretación es improbable pues los observadores judíos de 10,47 afirman que los gentiles recibieron el Espíritu del mismo modo que los cristianos judíos (cf. también 11,15). Es de suponer que creían que se trataba de lenguas genuinas extranjeras, aunque no podían entenderlas.

Según Christian Wolff, Lucas habría adoptado una expresión familiar en los círculos carismáticos para formular de forma apropiada el hecho de que el discurso se originó gracias al Espíritu Santo⁴⁰. Así, Lucas ha reelaborado una tradición sobre la alabanza cristiana a Dios en diferentes lenguas extranjeras (no una articulación ininteligible), conservando un aspecto de la profecía que se encuentra ocasionalmente en el AT. Interpretar la alabanza inspirada de Dios como un rasgo esencial de la profecía permite a Lucas entender el hablar en lenguas como profecía⁴¹. Es sorprendente que Lucas no mencione el don de lenguas en relación con la comunicación del Espíritu, ni lo considere

³⁸ Véase Philip Francis ESLER, «Glossolalia and the Admission of Gentiles into the early Christian Community», *Biblical Theology Bulletin* 22 (1992) 136-142. Tal vez de forma análoga, la experiencia compartida de la glosolalia enfatizó la igualdad entre grupos carismáticos dispares.

³⁹ Jerry Michael IRELAND, «The Missionary Nature of Tongues in the Book of Acts», *PentecoStudies* 18 (2019) 200-223; Gerald HOVENDEN, *Speaking in Tongues: the New Testament Evidence in Context*, Sheffield Academy Press, London - New York 2002, 56-103.

⁴⁰ Christian WOLFF, «Λαλεῖν γλώσσαις in the Acts of the Apostles», en: Alf CHRISTOPHERSEN - Carsten CLAUSSEN - Jörg FREY - Bruce LONGENECKER (eds.), *Paul, Luke and the Graeco-Roman World. Essays in Honour of Alexander J. M. Wedderburn* (JSNT. SS 217), Sheffield Academic Press, Sheffield 2002, 189-199.

⁴¹ Thelathia «Nikki» YOUNG, «Prophetic Speech: Acts 10:34-48», en: Eric D. BARRETO - Jacob D. MYERS - Thelathia «Nikki» YOUNG (eds.), *In Tongues of Mortals and Angels: a Deconstructive Theology of God-Talk in Acts and Corinthians*, Lexington Books - Fortress Academic, Lanham - Boulder - New York - London 2019, 31-44.

como un fenómeno que persista en las comunidades. Más bien, se limita a situaciones iniciales importantes en la historia misionera de la era apostólica: el comienzo de la comunidad de Jerusalén (Hch 2), el comienzo de la misión gentil (Hch 10) y la primera adhesión de seguidores de Juan el Bautista a las comunidades paulinas (Hch 19).

Por sí sola, la alabanza convencional no habría persuadido a los colegas de Pedro de que el Espíritu había sido derramado, ya que esta actividad se producía regularmente en el templo y quizá en muchas sinagogas.

3.4. El bautismo de agua para los bautizados por el Espíritu (10,47)

A la vista de algunos ejemplos anteriores, el Espíritu llega de forma inesperada y repentina en paralelo a la venida del Espíritu en Pentecostés (Hch 2,2; cf. 11,15), sin imposición de manos⁴² (8,17) ni siquiera del bautismo de agua (2,38), que era lo más esperable. Sin embargo, Dios estaba más interesado en el hecho que en la secuencia.

Si estos gentiles fueron bautizados en el mismo don del Espíritu que recibió la iglesia de Jerusalén y con las mismas pruebas, experimentando así el bautismo supremo, seguramente estaban cualificados para recibir el bautismo de agua (Hch 11,16), por lo que Pedro ordena sin más dilación su bautismo, aunque él no parece que lo lleve a cabo, sino alguno de sus acompañantes. La interpelación de Pedro sobre quién puede «impedir» su bautismo⁴³, anticipa la pregunta clave de su defensa: «¿Quién era yo para oponerme a Dios?» (11,17). Lucas indica que, al igual que nadie se atreve a impedir el acceso de los niños (Lc 18,16) o de los forasteros (9,49-50) al reino de Dios (cf. 11,52), tampoco nadie se atreve a impedir el acceso de los gentiles. Al ordenar el bautismo en nombre de Jesús, Pedro concede que los paganos compartan la experiencia de 2,38, si bien la secuencia se ha alterado

⁴² En el relato de la conversión de los samaritanos (Hch 8,15-17), tras la predicación y aceptación del mensaje de Felipe, se bautizaron hombres y mujeres en el nombre de Jesús. Sin embargo, solo recibirán el Espíritu Santo posteriormente, una vez que Pedro y Juan oraron y les impusieron las manos. Cf. D. ÁLVAREZ CINEIRA, «El Bautismo de Felipe, ¿un bautismo deficitario?», *EstAg* 52 (2017) 207-240.

⁴³ David H. WARREN, «'Can Anyone Withhold the Water?' (Acts 10:47): Toward an Understanding of Luke's Argument in the Story of Cornelius», en: David H. WARREN - Ann GRAHAM BROCK - David W. PAO (eds.), *Early Christian Voices. In Texts, Traditions, and Symbols. Essays in Honor of François Bovon*, Brill, Leiden - Boston 2003, 131-142.

al recibir los creyentes el Espíritu antes de ser aceptados formalmente en la Iglesia.

Dios sorprende aún más a sus agentes judíos al conferir plenamente el Espíritu a los gentiles, una «excepción» que abre la puerta en el futuro para que los gentiles lo reciban sin circuncisión, lo que indicaba que Dios los había aceptado en la alianza solo por su fe, sin circuncisión, ni siquiera el bautismo. Aquí, Pedro exige lo mismo que a los judíos (2,8); puesto que ambos recibieron el Espíritu de la misma manera, reconoce que ambos se acercan a Dios en las mismas condiciones (15,8-11). Dios difícilmente derramaría su Espíritu (Hch 10,45) en vasos que no hubiera purificado o limpiado (cf. 10,28; 15,9). Como vemos, tenemos una presentación casi «paulina» de la apertura del evangelio a los gentiles.

Sin embargo, la controversia en Jerusalén (11,3) no surge porque Pedro no haya exigido la circuncisión, sino porque, sin circuncindarlo, Pedro trata a Cornelio como si fuera un miembro circuncidado de la alianza. Es decir, come con él (11,3). Incluso, una vez superada esta barrera en el caso concreto de Cornelio, solo en Hch 15 se aplica el reconocimiento de los cristianos gentiles en general como socios iguales⁴⁴.

Tras el evento milagroso de la efusión del Espíritu y del bautismo de los gentiles, al igual que Lidia más tarde (Hch 16,15), Cornelio convenció a los predicadores para que aceptaran su hospitalidad durante unos días (v. 48), permitiéndole el honor de ejercer de anfitrión y posibilitar una mayor instrucción de parte de Pedro. En el antiguo mundo mediterráneo, compartir comida y bebida con los invitados era a menudo la mayor amabilidad que se podía ofrecer y la forma cultural más aceptable de expresar la gratitud por los beneficios recibidos. Las invitaciones a compartir la mesa establecían y reforzaban los lazos de amistad, sosteniendo así la virtud cívica romana de la *societas*. Pero al margen de esta función social y de gratitud, la aceptación de la invitación de Cornelio, que solo está implícita en el texto, significa a nivel teológico que Pedro, o mejor, Lucas, acepta a esos gentiles como moralmente puros y anticipa el hecho de compartir las mesas entre cristianos de origen judío y de proveniencia gentil, problemática que

⁴⁴ Si la comunidad de Jerusalén acepta a gentiles sin circuncidar en la historia de Cornelio, entonces se plantea la cuestión de qué función tuvo el concilio de Jerusalén años más tarde para solventar precisamente esa cuestión en la comunidad de Antioquía. No tan convincente es la explicación de Eckhard J. SCHNABEL, *Urchristliche Mission* 698.

a nivel histórico aparecerá posteriormente en el conflicto de Antioquía (Gal 2,11-14).

Esta reticencia a compartir mesa aparecerá unos versículos más adelante. La aceptación de la hospitalidad creará problemas a Pedro con la iglesia de Jerusalén porque, en tales circunstancias, tuvo que compartir mesa y alimentos con ellos (11,3). Ciertamente, un temeroso de Dios no habría sido tan insensible como para ofrecer a los invitados judíos carne de cerdo u otros alimentos impuros. Lucas nunca afirma que Pedro comiera alimentos impuros durante su estancia con Cornelio. Él opera bajo la suposición de que los judíos y los gentiles purificados y santificados pueden disfrutar juntos de la comunión, sin que los primeros tuvieran que renunciar a su dieta *kosher*. No obstante, los judíos conservadores de Jerusalén desapruban su compartir la mesa con gentiles, pues entre los invitados de Cornelio podían encontrarse no solo los incircuncisos, sino también algunos contaminados por la idolatría. Por consiguiente, aunque Pedro había sido dirigente de la comunidad de Jerusalén y era respetado en ella, su argumentación se impuso (11,18), sin embargo, esa disonancia de actitudes y la aparente infracción de las Escrituras, al menos, tal como las interpretaban, exigía una justificación ante la asamblea de Jerusalén por parte de Pedro.

4. LA APOLOGÍA DE PEDRO (11,1-18)

Pedro defiende aquí su aceptación de los gentiles como miembros de la comunidad de la alianza. Relata las mismas pruebas de las que ya ha informado Lucas; la consiguiente repetición para el público de Lucas refuerza la iniciativa divina. En algunos aspectos, esta sección puede parecerse a una escena de juicio, el tipo de escena que se utiliza habitualmente en las novelas helenísticas como parte de la acción, el suspense y el entretenimiento. Sin embargo, esta escena no es un juicio propiamente dicho contra Pedro, a pesar de sus elementos forenses. El propósito de Lucas es más bien pedagógico, aunque las acusaciones contra Pedro aportan un cierto suspense a la trama; más bien, el conflicto aclara que la misión gentil fue idea de Dios, no de la Iglesia. Igualmente ofrece a Lucas la oportunidad de repetir y, por tanto, subrayar los puntos centrales de la narración precedente, lo que resulta especialmente estratégico para sus intereses. Está interesado no solo en la conversión de estos gentiles, sino también en la transformación de las perspectivas de Pedro y de la iglesia de Jerusalén.

4.1. Las protestas por la acción de Pedro (11,1-4)

Las noticias de la expansión del evangelio entre los gentiles llegaron a oídos de toda la comunidad de Jerusalén, mostrando una vez más, previamente había acontecido en Samaría (8,14), cómo el progreso de la evangelización estaba bajo la supervisión de la comunidad madre. Y cuando Pedro subió a Jerusalén, los partidarios de la circuncisión le echan en cara: «Has entrado en casa de hombre incircuncisos y has comido con ellos» (11,3), pues según sus perspectivas, la entrada y la comensalidad con los no judíos contravenían las reglas de la pureza⁴⁵. En realidad, esa era la misma actitud que había defendido previamente Pedro (10,28), quien dudaba y hacía distinción de personas conforme fueran gentiles o judíos⁴⁶. Así pues, estos partidarios de la circuncisión, que se convierten en el prototipo lucano de la iglesia cristiana etnocéntrica de Hechos, cuestionan la iniciativa aperturista tomada por Pedro y especialmente la comensalidad compartida.

¿Dónde había quedado la autoridad petrina, líder originariamente de esa misma comunidad? Es posible históricamente que la influencia de Pedro en la iglesia de Jerusalén decayera tras abandonar esa comunidad, tal vez precisamente por esa relativa laxitud ante la Torá. Santiago, por el contrario, reconocía que la tolerancia de parte de los fariseos y los nacionalistas judíos hacia el grupo naciente de los seguidores de Jesús dependía en parte de la estrecha identificación de la iglesia con su entorno de Jerusalén (Gal 2,12). Las diferencias entre Pedro y Santiago reflejaban las incómodas tensiones a las que se enfrentaban los miembros de una comunidad unida por la fe, pero dividida por un conflicto social o étnico cada vez más polarizado; la evangelización e incluso la supervivencia podían depender de la identificación social o

⁴⁵ Según Rodolfo GALVAN ESTRADA III, «What Does the Spirit Have to Do with Foreigners?», *Pneuma* 39 (2017) 275-294, el rechazo de Pedro a la comida ofrecida en la visión, así como sus juicios *halájicos* sobre la «impureza de los gentiles» y la prohibición de la comunión de mesa son conceptos erróneos, basados no en pretextos bíblicos o en la *halajá* judía, sino puramente en convenciones sociales. Por lo tanto, la narración no describe la abolición o transgresión de los límites *halájicos*, sino que invita al lector a hacer una distinción adecuada entre los límites *halájicos* (que deben mantenerse) y las convenciones sociales (que en este caso deben transgredirse).

⁴⁶ Según Eckhard J. SCHNABEL, *Urchristliche Mission* 692, la reticencia petrina no se dirigía contra una misión entre los gentiles como tal, «sondern gegen die notwendige 'Überschreitung der trennenden Schranke zwischen Juden und Heiden».

étnica y de la adaptación, mientras que la unidad con otros creyentes debía trascenderlas.

El relato lucano nos presenta una ironía sorprendente: la comunidad de Jerusalén oyó que los gentiles habían recibido el mensaje de Dios, exactamente igual que los samaritanos (8,14), pero aquí parecen más preocupados por la violación de las reglas alimenticias que por la predicación de Pedro a los gentiles, el milagro de la conversión o la administración del bautismo, a pesar de que en este caso, a diferencia de Samaria, los creyentes ya habían recibido el Espíritu.

Sin duda, muchos judíos comían con gentiles como hemos visto anteriormente, pero la comunidad jerosolimitana era mucho más conservadora que otros seguidores de Jesús en la diáspora. Tal vez se pudiera encontrar una actitud de suspicacia y de resentimiento político al «fraternizar» precisamente con un representante del poder dominante y, en concreto, con un centurión romano, responsables de la crucifixión de Jesús (cf. el centurión junto a la cruz, Lc 23,47), lo que podía parecer aún más escandaloso e incluso interpretarse como traición. Sin embargo, en esta narración está en juego una cuestión más importante: tratar a los creyentes gentiles incircuncisos como miembros de pleno derecho de la alianza era escandaloso por sus implicaciones para la identidad judía.

4.2. La defensa de Pedro mediante las confirmaciones divinas (11,5-15)

La apología de Pedro no aborda la acusación explícita de comer con gentiles, sino que apela a la cuestión más fundamental que dictó sus acciones; su visión o éxtasis versaba sobre los alimentos: «Las cosas que Dios ha purificado, no las profanes tú» (11,9), que en última instancia simbolizaba la acogida de los gentiles que habían recibido el Espíritu. Como era apropiado en la retórica forense, Pedro defiende sus acciones «mediante una narración que transfiere la responsabilidad de las acciones de Pedro a Dios (metástasis)»⁴⁷. El apóstol carece de motivos para atribuirse el éxito de la misión, al contrario, atribuye a Dios su éxito y así se exonera de la culpa.

Esta concepción es fundamental para su apología: los acontecimientos reflejan la iniciativa de Dios y no la de Pedro. Vuelve a mencionar la

⁴⁷ Craig S. KEENER, *Acts* 1822.

voz en 11,9, esta vez aclarando que la voz es «del cielo» y su triple repetición (11,10; 10,16) proporciona confirmación y énfasis adicionales. La ley bíblica exigía dos o tres testigos para la confirmación (Dt 17,6; 19,15). La apelación a la sanción divina de la autoridad constituía una antigua tradición retórica, según la cual un acto no podía ser condenado si procedía de un dios (Ps-Callisth. *Alex.* 1.9). En Hechos, resistirse al Espíritu equivale a rebelarse contra Dios (Hch 7,51; cf. 5,32).

Tras la llegada de la delegación de Cornelio y recibir Pedro el mandato de acompañarlos sin vacilar, se ponen en camino hacia Cesarea: Pedro junto con seis hermanos de Jope, indicando así la dimensión comunitaria de la misión. Pudiera ser significativo que el séquito judío esté formado por siete hombres (cf. Hch 6,3, un grupo que también prefigura la misión gentil), aunque Lucas no es explícito al respecto. Finalmente, Pedro cuenta que «entramos en casa del hombre» (11,12), sin mencionar al personaje por su nombre, pues ahora de lo que se trata es de la relación de proximidad con los gentiles y responde a la primera parte de la acusación (11,3: entrar en casa de incircuncisos).

Los siguientes versículos (13-14) refieren de nuevo el relato que Cornelio hizo a Pedro de su visión en la que destaca el hecho de que el ángel entre en casa del centurión, por lo que declaró puro a este soldado romano, y subraya las palabras de Pedro: «te traerán a ti y a tu casa “la salvación”».

La argumentación de Pedro se va a fundar en la irrupción del Espíritu Santo en la familia de Cornelio y sus amigos «como» (ὡσπερ) lo habían experimentado los creyentes judíos al principio (Hch 10,47; 11,15.17): el Espíritu irrumpió sobre ellos «igual que sobre nosotros al principio», refiriéndose a lo acontecido en Pentecostés entre los judeocristianos (2,2), enfatizando la iniciativa divina. Este paralelismo establecido entre la efusión de Pentecostés y la efusión de Cesarea sitúa al mismo nivel a los creyentes judíos y gentiles. En ese momento, Pedro se acordó de las palabras del Señor: «Vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo» (11,16) y ese bautismo se ha constatado en el pentecostés judío y en el pentecostés de los gentiles.

4.3. Obedecer al Espíritu (11,16-17)

El argumento decisivo (y único explícito) de Pedro fluye directamente del último punto narrado, a saber, la efusión del Espíritu sobre los gentiles (11,15), aunque toda la revelación del Espíritu en 11,5-14

apoya su argumentación. Lucas remite a uno de sus textos seminales sobre el Espíritu (Lc 3,16: «Yo me acordé entonces de la palabra del Señor cuando decía: Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo» (Hch 11,16 refiriéndose a Lc 3,16, aunque los evangelios la atribuyen a Juan el Bautista). Si el imperfecto del verbo «decir» tiene su fuerza habitual, Jesús aparentemente repitió la promesa acerca del bautismo del Espíritu en varias ocasiones. Empleando la «palabra» de Jesús de una manera semejante a la utilización de las Escrituras (11,16), Pedro muestra que Dios confirmó la aceptación de estos gentiles de la misma manera que Dios aceptó en Pentecostés a los seguidores de Jesús como su pueblo (11,17). Si Dios les concedió el bautismo en el Espíritu, Pedro difícilmente podía negarles el bautismo de agua; y si este era el caso, entonces pertenecían al pueblo de Dios, por lo que el compartir la mesa no debía constituir ningún escándalo.

Dado que el bautismo en el judaísmo podía acompañar a la conversión, Dios, que había bautizado a estos gentiles, aceptó claramente su conversión sin la circuncisión. También les había dado la realidad de la alianza, de la que la circuncisión no era más que un signo externo. «Impedir» se convierte en un término significativo, aunque poco frecuente en Hch (8,36; 28,31). Los creyentes con Pedro no «se opondrían» al bautismo de los gentiles (10,47), pues Pedro no podía «oponerse» al propósito de Dios.

La argumentación convincente de Pedro apelando a la actuación reiterada del Espíritu silenció a la oposición e invitaba a la sumisión y a la aceptación de los designios divinos, hecho que se expresa en que alabaron a Dios. La afirmación de la comunidad de Jerusalén de que Dios había «concedido el arrepentimiento incluso a los gentiles para la vida» contrasta con la afirmación de los apóstoles en 5,31 de que Dios había concedido el arrepentimiento a *Israel*. «*Incluso* a los gentiles» refleja su sorpresa, aunque una sorpresa *agradable*, ya que glorifican a Dios por ello. La sorpresa radica en que Dios haya aceptado a los gentiles incircuncisos, les conceda el don de la conversión y la salvación en ese estado.

5. EL ESPÍRITU SANTO Y LA MISIÓN

El encuentro de Pedro con Cornelio representa para Lucas un acontecimiento de considerables repercusiones para la misión posterior. Mediante la admisión de este pagano en la comunidad, Pedro abre

las puertas de la iglesia a todos los gentiles y se extiende la misión cristiana fuera de su espacio originario de Jerusalén. No obstante, ese proceso ha sido previamente preparado por Lucas. El Espíritu en Pentecostés es quien ha iniciado la misión a los judíos y continúa actuando en la labor misionera de la primitiva comunidad cristiana: la persecución de los helenistas tras la ejecución de Esteban propicia la misión de Felipe en Samaría (8,4-25) y la conversión del eunuco de Etiopía (8,26-40), mientras que Pedro prosigue su evangelización en Lida y Jope (9,32-43). Posteriormente, el bautismo de Cornelio y los de su casa constituye una etapa de gran importancia ya que un gentil romano, temeroso de Dios, es admitido en la alianza de la salvación, cumpliéndose así el mandato del resucitado: «sed mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, Samaría y hasta los confines de la tierra» (1,8). En la perspectiva lucana, este episodio constituye la apertura oficial de la misión a los gentiles sin la exigencia de la circuncisión. Aunque Pablo será quien generalice la evangelización a todas las naciones, pero en el relato lucano será Pedro quien con la acogida de Cornelio en la comunidad cristiana realice la acción simbólica de esta apertura. E incluso, la figura de Pedro es importante en la asamblea de Jerusalén, cuando apoya teológicamente a Pablo basándose en su propia experiencia vivida en casa de Cornelio (15,7-11). De esta forma, este episodio adquiere un valor fundante para la iniciación de la misión a los gentiles sin la exigencia de la circuncisión. Así, Lucas subraya la unanimidad fundamental de Pedro y Pablo en esta cuestión tan conflictiva dentro del cristianismo de los orígenes.

Es precisamente esta unanimidad lucana entre Pedro y Pablo (en sus cartas originales) la que ha llevado a Sylvie De Vulpillières⁴⁸ recientemente a cuestionarse si la imagen de Pedro en Hch 10-11 es paulina o es Pablo quien, en el resto de los Hechos, sea petrino. Para esta autora, la *synkrisis* en Hch muestra que no es Pedro quien es paulino, sino el Pablo de Hechos quien es petrino, pues para el narrador de Hechos es esencial que Pablo sea como Pedro.

Se podría pensar que Pedro asume en la obra lucana el papel que Pablo desempeñará en la aceptación de los gentiles dentro de sus

⁴⁸ Sylvie De VULPILLIÈRES, «Quelle conversion pour les païens en Ac 10,1-11,18 et quelles conséquences pour la relation Pierre/Paul?», *Biblica* 103 (2022) 74-88, aquí 88. Para la figura de Pedro cf. John-Christian EURELL, *Peter's Legacy in Early Christianity. The Appropriation and Use of Peter's Authority in the First Three Centuries* (WUNT II 561), Mohr Siebeck, Tübingen 2021, 51-53.

comunidades, sin la exigencia de la circuncisión. La afirmación de Pedro a los hermanos de origen judío es la primera en anunciar esta apertura y su importancia proviene a su vez de que es pronunciada por un líder indiscutible de los discípulos de Jesús. El narrador utiliza las incomprendiones y las objeciones de Pedro y de los discípulos para mostrar que prevalece la voluntad divina. Es a través de sus reacciones de estupor que el relato indica cómo Dios quiere que sus vías sean reconocidas. En otras palabras, la apertura a los gentiles se encuentra dentro del plan de Dios y el reconocimiento del plan de Dios forma parte integrante de este plan. Pedro insiste, en efecto, sobre el hecho de que él no ha sido quien ha deseado la conversión de los gentiles, sino Dios mismo: ¿Me puedo yo oponer a Dios? (11,17).

Esta apertura a los gentiles, problemática a los ojos de la comunidad jerosolimitana, pues supone un cambio radical en la historia de la salvación⁴⁹, no deriva de una iniciativa carismática personal, sino del mismo Dios. «Debido a que, al contrario de lo que acostumbra, Lucas no ha podido fundamentar este vuelco en la Escritura (solo hay una breve alusión en el v. 43), el cielo se encarga de legitimarlo por medio de una lluvia de intervenciones sobrenaturales que jalonan el proceso: visión de Cornelio, éxtasis de Pedro, palabras del Espíritu, glosolalia colectiva... La resistencia al cambio no proviene del exterior de la iglesia, sino del interior. Las reticencias repetidas de Pedro (10,14.19-20) y la protesta de los hermanos de Jerusalén (11,1-2)... Lucas se empeña en mostrar cómo Dios ha obligado y empujado a su iglesia para conducirla a la misión universal»⁵⁰.

El valor histórico de la presentación lucana de esta apertura del judaísmo a los no judíos ha sido cuestionado por la escuela de Tübinga y especialmente porque el mismo Lucas, a pesar de su agenda teológica, no suprimió la circunstancia histórica de que la iniciativa de predicar a los gentiles no vino de Pedro. En Hch 11,19ss, su retrato se remonta a la dispersión de los helenistas de Jerusalén (8,4) y añade una información importante: «Los que se habían dispersado a causa de la persecución provocada por el caso de Esteban, llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, pero sin predicar la palabra a nadie más que a los judíos. Había, sin embargo, entre ellos algunos chipriotas y

⁴⁹ VanThanh NGUYEN, «Dismantling Cultural Boundaries: Missiological Implications of Acts 10:1-11:18», *Missiology* 40 (2012) 455-466.

⁵⁰ Daniel MARGUERAT, *Los Hechos* 502.

cirenenses, los cuales, al llegar a Antioquía, predicaban también a los no judíos». Gerd Lüdemann se pregunta si quizá unos judeocristianos de tendencia petrina presentaron este ejemplo para defender a Pedro y hacer la competencia a la figura de Pablo como apóstol de los gentiles. Otra posibilidad es que esta leyenda hubiera podido surgir en un tiempo en que los judeocristianos de origen petrino se dedicaban a la misión de los gentiles⁵¹.

Daniel Marguerat, más que hablar de falsedad, prefiere hablar de una opción historiográfica. Lucas simplifica, al servirse de la leyenda de la fundación de la comunidad en Cesarea, para otorgar al encuentro de Pedro y Cornelio un valor programático. «La respuesta teológica consiste en recordar la fuerza del argumento de continuidad en la construcción lucana de la historia, ya que una novedad semejante no podía ser asumida más que por un ‘apóstol’ en el sentido lucano del término (1,21-22). La credibilidad teológica de la apertura a los paganos exigía imperativamente el respaldo del más grande de los Doce, que vinculaba la nueva fase de la historia de la salvación con la precedente»⁵². Por eso, la conversión del eunuco de Etiopía no desempeña en el libro el papel de ‘primera’ que hubiera podido jugar, porque estaba reservado a Pedro.

Para el cristianismo naciente, la salida de su espacio originario geográfico y teológico (el judaísmo), fue un proceso largo, conflictivo y diversificado en diferentes lugares y en varias etapas, tal y como nos dejan entrever la misión emprendida por los helenistas, la correspondencia paulina y la misión organizada contra el *modus operandi* misionero de Pablo.

Ya hemos señalado cómo el Espíritu actúa como director de orquesta de toda la misión cristiana en Hechos; este elemento misionero ha sido ampliamente reconocido en los estudios de pneumatología lucana⁵³. Lucas retrata al Espíritu Santo en tres niveles, cada uno relacionado con la misión universal, que él entiende, basándose predominantemente en Isaías, como el cumplimiento inaugurado de las promesas

⁵¹ Gerd LÜDEMANN, *Das frühe Christentum nach den Traditionen der Apostelgeschichte. Ein Kommentar*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1987, 139.

⁵² Daniel MARGUERAT, *Los Hechos* 503s.

⁵³ John Michael PENNEY, *The Missionary Emphasis of Lukan Pneumatology* (Journal of Pentecostal Theology. Supplement Series 12), Sheffield Academic Press, Sheffield 1997, 111-124; Francis J. MOLONEY, «Mission in the Acts of the Apostles: ‘The protagonist is the Holy Spirit’», *The Australasian Catholic Record* 96 (2019) 400-410.

abrahámicas de revertir la caída y restaurar la bendición a todas las naciones de la tierra. Lucas considera que esto debe lograrse a través de la renovación de la vocación de servicio de Israel a las naciones. Del mismo modo, la obra soberana del Espíritu que dirige y empodera la misión universal es una característica muy relevante en Hechos⁵⁴. Es cierto que Lucas anima a los discípulos a orar por el Espíritu Santo (Lc 11,13), y la oración ocupa un lugar destacado en varias efusiones del Espíritu, especialmente en la de Jesús (Lc 3,21-22), en la de los primeros discípulos (Hch 1,14; 2,1-4) y en la de los samaritanos (Hch 8,15-17). El ejemplo más claro de la soberanía de Dios en la otorgación del Espíritu es el de Cornelio y su casa, que toma totalmente por sorpresa a los compañeros cristianos judíos de Pedro (Hch 10,45). Esta efusión proporciona una clara evidencia de la dirección futura de la misión universal (Hch 11,17-18).

6. CONCLUSIÓN

El Espíritu Santo, vida de la Iglesia... Este lema sin duda es el que guía la obra lucana de Hechos de los Apóstoles para el nacimiento, la configuración y expansión de la misma Iglesia. Hemos presentado cómo gracias al Espíritu, se superan y suprimen las posibles diferencias existentes entre los espacios domésticos habitados por judíos y gentiles, así como la superación de las barreras étnicas para propiciar la hospitalidad y la reconciliación entre un centurión romano y un judío, personas que normalmente deberían haber sido hostiles y adversarios. El episodio expuesto en este artículo claramente muestra la acción de este impulso divino que tiene repercusiones esenciales para el futuro del cristianismo.

Será precisamente la triple intervención sobrenatural (10,3-20) la que abra el evangelio a las naciones gentiles y la que supere todas las reticencias personales, de Pedro y sus acompañantes, e institucionales, de la comunidad de Jerusalén. Sin duda que todos actuaban de buena fe y apoyándose en la teología judía para defender la exclusividad del mensaje de salvación destinado a los judíos. No obstante, el potente impulso divino les ha revelado que los designios de Dios son muy diferentes a como ellos los concebían y que incluso, aunque con buena

⁵⁴ John D. GRIFFITHS, *The Spirit as Gift in Acts: The Spirit's Empowerment of the Early Jesus Community*, Brill, Leiden - Boston 2022.

voluntad y argumentando con la teología oficial del judaísmo a la que pertenecían, se estaban oponiendo a la voluntad de Dios⁵⁵.

Por otra parte, esta apertura del evangelio a las naciones paganas no procede de una opción estratégica de marketing de los primeros cristianos para ganar más adeptos, ni aparecerá como consecuencia de un fracaso de la misión en la sinagoga, como mostrará más tarde en la misión paulina, que en principio estaba dedicada a la conversión de los judíos, pero como consecuencia del rechazo de la sinagoga se abre a otros pueblos. Por el contrario, Lucas invita a leer el nacimiento del universalismo cristiano como un deseo de Dios, que ya estaba en sus planes. Precisamente, las experiencias carismáticas de los gentiles cristianos vienen interpretadas como garantía respecto a su incorporación al pueblo de Dios.

Otro elemento que tienen que superar tanto Pedro como la comunidad de Jerusalén es la abolición de las prescripciones alimenticias del AT y la dicotomía entre alimentos puros e impuros que constituían una barrera segregadora entre personas, entre judíos y extranjeros, pues la comida compartida es un lugar de intercambio en el que uno compromete su identidad. Esta problemática constituyó un grave problema teológico y práctico en las comunidades cristianas primitivas. Lo que sabemos de los conflictos entre judíos y cristianos en el siglo I, y también de la difícil coexistencia de los cristianos procedentes del judaísmo y del cristianismo en las comunidades paulinas, nos lleva a pensar que la comensalidad desempeñó un papel determinante en las comunidades mixtas. El incidente de Antioquía (Gal 2,11-14) es sintomático. Diversas comunidades cristianas afrontaron y solucionaron el problema de formas diferentes. Baste recordar aquí cómo el Jesús marquiano declaraba puros todos los alimentos (Mc 7,19)⁵⁶, mientras que en nuestra secuencia será la voz celestial, del mismo Dios o del Espíritu Santo (10,19), quien le manifieste reiteradamente (3 veces) a Pedro durante el éxtasis: «Lo que Dios ha hecho puro, no lo consideres tú impuro». Este es el camino que Pedro tiene que recorrer, incluso en contra de su voluntad («De ninguna manera, jamás he comido cosa profana o impura»), en esa evolución teológica que Dios le exige. Tal

⁵⁵ Daniel MARGUERAT, *Los Hechos* 551s.

⁵⁶ Diferente interpretación en Eckhard J. SCHNABEL, *Urchristliche Mission* 697, para quien Pedro no habría entendido hasta ese momento la palabra de Jesús o «seine Tragweite nicht erkannt».

vez nos podamos preguntar ¿cuántas veces nos aferramos a la tradición o a las normas estipuladas para justificar lo que siempre se ha hecho o para erigirnos en jueces de buenos o malos, para juzgar a los fuera y a los de dentro de la Iglesia?

El Espíritu Santo de nuestro relato no se aferra a las tradiciones, sino que es innovador y testimonio de los planes divinos. Muchas veces adoptamos la actitud defensiva y conservadora de Pedro o de la comunidad de Jerusalén para rechazar elementos de ese espíritu vivificador. Pero el Espíritu divino no es un poder que pueda ser domesticado en la iglesia, ni a nivel personal, como vimos en Pedro, ni a nivel institucional, como aconteció en la comunidad de Jerusalén. Tanto Pedro y sus acompañantes como la comunidad de Jerusalén se inclinan ante un Dios que los ha precedido y no pueden ahogar la fuerza dinamizadora del Espíritu. ¡Qué ese mismo Espíritu vivificante se convierta realmente en vida de y para la Iglesia y que la Iglesia sea humilde para aceptar esos nuevos horizontes que propone el Espíritu! ¡Qué el Espíritu divino irrumpa en nuestras vidas e instituciones para transformarlas en fermento dinamizador y evangelizador del mensaje de Jesús!

7. BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ CINEIRA, David, «El Bautismo de Felipe, ¿un bautismo deficitario?», *EstAg* 52 (2017) 207-240.
- BALTES, Guido, «Διακρίνειν als Leseaufgabe: Petrus und Kornelius zwischen ungeschriebenem Gesetz und unzuverlässiger Erzählung», *NTS* 67 (2021) 514-540.
- BRINK, Gijsbert van den - Eveline van Staaldune-Sulman - Maarten Wisse (eds.), *The Spirit is Moving: New Pathways in Pneumatology. Studies Presented to Professor Cornelis van der Kooi on the Occasion of His Retirement* (Studies in Reformed Theology 38), Brill, Leiden - Boston 2019.
- DE VULPILLIÈRES, Sylvie, «Quelle conversion pour les païens en Ac 10,1-11,18 et quelles conséquences pour la relation Pierre/Paul?», *Biblica* 103 (2022) 74-88.
- DIBELIUS, Martin, *Studies in the Acts of the Apostles*, Charles Scribner's Sons, New York, 1956.
- DIETRICH, Wolfgang, *Das Petrusbild der lukanischen Schriften* (BWANT 94), W. Kohlhammer, Stuttgart 1972.
- ESLER, Philip Francis, «Glossolalia and the Admission of Gentiles into the early Christian Community», *Biblical Theology Bulletin* 22 (1992) 136-142.
- ESTRADA III, Rodolfo Galvan, «What Does the Spirit Have to Do with Foreigners?», *Pneuma* 39 (2017) 275-294.

- EURELL, John-Christian, *Peter's Legacy in Early Christianity. The Appropriation and Use of Peter's Authority in the First Three Centuries* (WUNT II 561), Mohr Siebeck, Tübingen 2021.
- FREIDENREICH, David M., *Foreigners and their Food: Constructing Otherness in Jewish, Christian and Islamic Law*, University of California Press, Berkeley - Los Angeles - London 2011.
- GRIFFITHS, John D., *The Spirit as Gift in Acts: The Spirit's Empowerment of the Early Jesus Community*, Brill, Leiden - Boston 2022.
- HAYA PRATS, Gonzalo, *Impulsados por el Espíritu. El Espíritu Santo en los Hechos de los Apóstoles*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2011.
- HOVENDEN, Gerald, *Speaking in Tongues: The New Testament Evidence in Context*, Sheffield Academy Press, London - New York 2002.
- HUR, Ju, *A Dynamic Reading of the Holy Spirit in Luke-Acts* (JSNTS 211), T&T Clark International, London - New York 2001.
- IRELAND, Jerry Michael, «The Missionary Nature of Tongues in the Book of Acts», *PentecoStudies* 18 (2019) 200-223.
- KEENER, Craig S., «Why does Luke use tongues as a sign of the Spirit's empowerment?», *Journal of Pentecostal Theology* 15 (2007) 177-184.
- KEENER, Craig S., «Spirit Possession as a Cross-cultural Experience», *Bulletin for Biblical Research* 20 (2010) 215-235.
- KEENER, Craig S., *Acts. An Exegetical Commentary. Vol. 2: 3:1-14:28*, Baker Academic, Grand Rapids, Michigan 2013.
- KEENER, Craig S., *Between History and Spirit. The Apostolic Witness of the Book of Acts*, Wipf and Stock Publishers, Eugene, OR 2020.
- KOCHENASH, Michael, «Cornelius's obeisance to Peter (Acts 10:25-26) and Judaea Capta Coins», *CBQ* 81 (2019) 627-640.
- KREMER, J., «πνεῦμα», en: Horst Balz - Gerhard Schneider (eds.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, Vol. 2, Sígueme, Salamanca 1998.
- LÜDEMANN, Gerd, *Das frühe Christentum nach den Traditionen der Apostelgeschichte. Ein Kommentar*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1987.
- MARGUERAT, Daniel, *Los Hechos de los Apóstoles (1-12)* (BEB 161), Sígueme, Salamanca 2019.
- MARKS, Susan - Hal Taussig, *Meals in Early Judaism. Social Formation at the Table*, MacMillan, New York 2014.
- MOLONEY, Francis J., «Mission in the Acts of the Apostles: 'The protagonist is the Holy Spirit'», *The Australasian Catholic Record* 96 (2019) 400-410.
- MOORE, Nicholas J., «'He Saw Heaven Opened': Heavenly Temple and Universal Mission in Luke-Acts», *NTS* 68 (2022) 38-51.

- NGUYEN, VanThanh, «Dismantling Cultural Boundaries: Missiological Implications of Acts 10:1-11:18», *Missiology* 40 (2012) 455-466.
- PENNEY, John Michael, *The Missionary Emphasis of Lukan Pneumatology* (Journal of Pentecostal Theology. Supplement Series 12), Sheffield Academic Press, Sheffield 1997.
- PRINCE, Deborah Thompson, «Seeing Visions: The Persuasive Power of Sight in the Acts of the Apostles», *JSNT* 40 (2018) 337-359.
- REARDON, Timothy W., «Cleansing through Almsgiving in Luke-Acts: Purity, Cornelius, and the Translation of Acts 15:9», *CBQ* 78 (2016) 463-482.
- RIUS-CAMPS, Josep, «La utilización de libro de Joel (Jl 2,28-32a LXX) en el discurso de Pedro (Hch 2,14-21): Estudio comparativo de dos tradiciones manuscritas», en: David G.K. Taylor (ed.), *Studies in the Early Text of the Gospels and Acts. The Papers of the First Birmingham Colloquium on the Textual Criticism of the New Testament*, Gorgias Press, Piscataway, NJ 2013, 245-270.
- ROSENBLUM, Jordan D., *Food and Identity in Early Rabbinic Judaism*, Cambridge University Press, Cambridge 2010.
- SCHÄFER, Peter, «Geist - Heiliger Geist - Geistesgaben. II. Judentum», *Theologischer Realenzyklopädie*, Bd. XII, Walter de Gruyter, Berlin - New York, 1984, 173-178.
- SCHNABEL, Eckhard J., *Urchristliche Mission*, R. Brockhaus Verlag, Wuppertal 2002.
- TIBBS, Clint, «Mediumistic Divine Possession among Early Christians: A Response to Craig S. Keener's 'Spirit Possession as a Cross-cultural Experience'», *Bulletin for Biblical Research* 26 (2016) 173-194.
- WARREN, David H., «'Can Anyone Withhold the Water?' (Acts 10:47): Toward an Understanding of Luke's Argument in the Story of Cornelius», en: David H. Warren - Ann Graham Brock - David W. Pao (eds.), *Early Christian Voices. In Texts, Traditions, and Symbols. Essays in Honor of François Bovon*, Brill, Leiden - Boston 2003, 131-142.
- WEISER, Alfons, *Die Apostelgeschichte* (Ökumenischer Taschenbuch-Kommentar zum Neuen Testament 5/1), Gütersloher Verlaghaus - Gerd Mohn - Echter Verlag, Gütersloh - Würzburg 1989.
- WILSON, Benjamin R., «Jew-Gentile Relations and the Geographic Movement of Acts 10:1-11:18», *CBQ* 80 (2018) 81-96.
- WITHERUP, Ronald D., «Cornelius over and over and over again: functional redundancy in the Acts of the apostles», *JSNT* 15 (1993) 45-66.
- WOLFF, Christian, «Λαλεῖν γλώσσαις in the Acts of the Apostles», en: Alf Christophersen - Carsten Claussen - Jorg Frey - Bruce Longenecker (eds.), *Paul, Luke and the Graeco-Roman World. Essays in Honour of Alexander J.M. Wedderburn* (JSNT.SS 217), Sheffield Academic Press, Sheffield 2002, 189-199.

YOUNG, Thelathia «Nikki», «Prophetic Speech: Acts 10:34-48», en: Eric D. Barreto - Jacob D. Myers - Thelathia «Nikki» Young (eds.), *In Tongues of Mortals and Angels: A Deconstructive Theology of God-Talk in Acts and Corinthians*, Lexington Books - Fortress Academic, Lanham - Boulder - New York - London 2019, 31-44.

PINTOR DEL RETRATO DE DIOS. EL ESPÍRITU
SANTO Y EL QUEHACER TEOLÓGICO

DR. BERT DAELEMANS SJ
Universidad Pontificia Comillas de Madrid

RESUMEN:

Frente a una tendencia cristomonista en la reflexión teológica, cualquier tratado teológico se beneficiaría de un dinamismo pneumatológico de fondo, porque el Espíritu Santo es un lazo de unión, la persona paradójica por excelencia que une, santifica, personaliza y vivifica. Señalamos cuatro criterios de discernimiento del Espíritu Santo: escatológico, cristológico, eclesiológico y soteriológico. El análisis de cuatro obras de arte contemporáneas nos ayuda a darnos cuenta del extraordinario dinamismo del Espíritu Santo, constructor de puentes y revelador de rostros, pintor del retrato de Dios tanto en la creación como en el ser humano, el lugar de la verdadera adoración y la fuente del dinamismo mistagógico en todo quehacer teológico.

Palabras claves: Pneumatología, cristología, eclesiológica, paradoja, mistagogía.

ABSTRACT:

In the face of a Christomonistic tendency in theological reflection, any theological treatise would benefit from an in depth pneumatological dynamism, because the Holy Spirit is a bond of union, the paradoxical person par excellence who unites, sanctifies, personalizes, and vivifies. We point out four criteria for discerning the Holy Spirit: eschatological, Christological, ecclesiological, and soteriological. The analysis of four contemporary artworks helps us to realize the extraordinary dynamism of the Holy Spirit, builder of bridges and revealer of faces, painter of the portrait of God both in creation and in human being, the place of true adoration, and the source of mystagogical dynamism in any theological endeavour.

Main arguments: Pneumatology, Christology, Ecclesiology, Paradox, Mystagogy.

INTRODUCCIÓN. EL ESPÍRITU SANTO, SUJETO Y OBJETO DE LA TEOLOGÍA

En esta contribución, intentaré responder a la pregunta acerca de la relación entre el Espíritu Santo y el quehacer teológico. O, por lo menos, aventurarme en el fascinante campo de relaciones entre el quehacer teológico y el Espíritu Santo. Entiendo el «quehacer teológico» como la reflexión, el estudio, la investigación, la profundización, la inculturación, la formación, la enseñanza y la divulgación catequética y evangelizadora del discurso sobre Dios y su relación con la humanidad. El Espíritu Santo puede ser tanto el sujeto como el objeto de este campo de investigación y de docencia, que es el campo profético de la *martyria*, del anuncio kerigmático y del testimonio evangélico. Por tanto, el quehacer teológico aquí no solo se refiere a la *Ecclesia docens*, a la Iglesia que enseña y habla magisterialmente, sino que incluye a la *Ecclesia discens*, a la Iglesia que escucha y discierne, que se refiere a todos los miembros de la Iglesia. Es decir, incluye a todos los bautizados y, sobre todo, confirmados, en nombre de su sacerdocio bautismal, por ser constituidos y configurados profetas con Cristo. Todos los creyentes necesitan, hoy más que nunca, profundizar en su fe, interiorizarla y hacerla propia: esto forma parte del quehacer teológico y mistagógico que incumbe a cada bautizado. El agente de esta interiorización y apropiación mistagógica es nada menos que el Espíritu Santo, el mismísimo «beso» entre el Padre y el Hijo, en conocida imagen de San Bernardo y otros místicos.

El contexto inmediato desde el cual reflexiono es el seminario de pneumatología que tengo la suerte de ofrecer desde hace diez años tanto en la Universidad Pontificia Comillas en Madrid, como en el Centre Sèvres en París. Mucho se ha hablado del «olvido» del Espíritu Santo¹

¹ Véase, por ejemplo, Bernd J. Hilberath, «Pneumatología», en Theodor Schneider, ed., *Manual de teología dogmática*, Herder, Barcelona 1996, 509.

en la teología occidental, sobre todo en la vivencia litúrgica; por tanto, siempre será oportuno darnos cuenta del papel del Espíritu Santo en la reflexión y en la docencia teológica, y más aún como *sujeto* del quehacer teológico que como su objeto de estudio en un tratado específico.

Sin embargo, resulta provechoso dedicarnos explícitamente al Espíritu Santo como *objeto* de la teología para darnos cuenta de que es en realidad, el *sujeto* de la reflexión teológica. En otras palabras, resulta necesario desarrollar una pneumatología explícita, como tratado teológico aparte, para ser conscientes de la dimensión pneumatológica de todo el quehacer teológico; que no hay teología auténtica si no es inspirada por el Espíritu Santo. Si tuviera que reducir a un único objetivo el por qué de aquel seminario y de esta contribución, empleando un término predilecto de Jean Corbon, diría que se trata de darnos cuenta de la asombrosa *sinergia* entre el Espíritu y la Esposa², que se trata de considerarnos y descubrirnos partícipes de esta sinergia, para que nunca obremos, ni hablemos, ni reflexionemos sin la ayuda del Espíritu Santo.

Frente a una persistente tendencia «crismonista» en la reflexión teológica³, cualquier tratado teológico, sea de la doctrina trinitaria, de la cristología, de la eclesiología, de la escatología, de la antropología, de la soteriología, de la doctrina de la creación, de los sacramentos o de la gracia, se beneficiaría de un apartado pneumatológico explícito o, mejor aún, de un dinamismo pneumatológico de fondo, porque el Espíritu Santo es un lazo de unión, la persona paradójica por excelencia que une, santifica, personaliza y vivifica la Iglesia una, santa, católica y apostólica⁴.

Pintor del retrato de Dios

De este modo, se disipan poco a poco las nubes y aparecen los rasgos de un rostro, no del Espíritu Santo, sino de Jesucristo, el Logos

² Véase Jean Corbon, *Liturgia fonal*, Palabra, Madrid 2009.

³ José Serafín Béjar Bacas, «Personas en gratuidad: la acción del Espíritu Santo en el ser humano»: *Sal Terrae* 108 (2020) 418.

⁴ Un esbozo de los puentes entre la pneumatología y la cristología, la eclesiología, la doctrina sobre la gracia y sobre la creación y la escatología ofrece Christian Schütz, *Introducción a la pneumatología*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1991, 27-44. Un autor que presenta su doctrina trinitaria de este modo, equilibrando entre el *dabar* y la *ruah*, entre el Logos y el Pneuma, es el teólogo ortodoxo Boris Bobrinsky, *El misterio de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca ²2008.

que se hizo carne, que habitó entre nosotros y que nos muestra al Padre (cf. Jn 1,18; 14,9). Como dice la tradicional fórmula litúrgica, nos dirigimos *en* el Espíritu *por* el Hijo *al* Padre. Para la *martyria*, en el campo de acción del quehacer teológico, seguimos el mismo dinamismo mistagógico de progresiva introducción en el misterio de Dios; como un *itinerarium in Deum*, en palabras de San Buenaventura: *en* el Espíritu, *por* el Hijo, *al* Padre. Se trata de dirigir todo a Cristo, de llevar a Cristo, para que todos sean configurados con Cristo.

Cómo no recordar aquí la célebre reflexión de San Basilio de Cesarea, acerca del Espíritu Santo como «el lugar de los santos», a partir de algo tan insignificante como la preposición *en*:

Lo paradójico (*parádoxon*), aunque no por ello menos verdadero, es que a menudo se le designa al Espíritu Santo como lugar (*chôra*) de los santificados, y se pondrá de manifiesto que ni siquiera esta manera de hablar achica al Espíritu, sino más bien lo glorifica. [...] Este es el lugar propio de la verdadera adoración, pues dice: *Pon atención, no vayas a ofrecer tus holocaustos en todo lugar, sino en el lugar que escogió el Señor tu Dios* (Dt 12,13-14). ¿Cuál es, pues, el holocausto espiritual? *El sacrificio de la alabanza* (Sal 49,14). Y ¿en qué lugar la ofrecemos? «En» el Espíritu Santo. ¿Dónde hemos aprendido esto? Del mismo Señor, que dice: *Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad* (Jn 4,23). Jacob vio este lugar y dijo: *Dios está en este lugar* (Gn 28,16). Por tanto, el Espíritu es verdaderamente el lugar de los santos. Y el santo es un lugar propio para el Espíritu, pues él mismo se brinda para habitar con Dios y se llama templo suyo⁵.

El Espíritu es «el lugar propio de la verdadera adoración», que nos hace exclamar «Abbâ» (Rm 8,15; Ga 4,6). No hemos de reducir la adoración a la acción litúrgica, sino entenderla como la actitud cristiana por excelencia, como lo que define al cristiano en todo su ser y su quehacer, incluso el teológico. Igual que Cristo siempre es el Logos, en todo lo que hace, incluso cuando no habla: «Todo lo que Él es, es revelación del Padre»⁶.

Romano Guardini llega a una conclusión similar a Basilio, cuando dice: «El concepto del “en” cristiano es la categoría pneumática funda

⁵ San Basilio de Cesarea, *Sobre el Espíritu Santo*, Ciudad Nueva, Madrid 1996, 213-214 (XXVI,62).

⁶ Romano Guardini, *La esencia del cristianismo*, Guadarrama, Madrid 1964, 63

mental»⁷. Solo el Espíritu Santo permite escudriñar las profundidades de Dios (cf. 1Co 2,10). Para Guardini, Pentecostés es la hora del nacimiento de la fe cristiana, entendida como un «ser en Cristo», no algo psicológico o ético, sino algo «pneumático-real» dado en la intimidad con Cristo que procura el bautismo. Antes de Pentecostés, los hombres se encontraban *ante* Cristo; solo desde Pentecostés pueden decir, con Pablo, Cristo vive *en* mí, gracias al Espíritu Santo (cf. Ga 2,20).

Puente y persona paradójica por excelencia

Quien se adentra en los textos de la Escritura y de la Tradición que han hablado del Espíritu Santo, se encuentra con que el Espíritu nunca dirige la atención a sí mismo, sino que hace notar su activa presencia en otras personas. Esto resulta claro ya con uno de los primeros textos dedicados expresamente a su persona: las catequesis bautismales de San Cirilo, obispo de Jerusalén, quien distingue tres acciones del Espíritu, según las distintas etapas de la historia de la salvación: «Él *predicó* acerca de Cristo en los profetas. *Actuó* en los apóstoles. Él, hasta el día de hoy, *sella* las almas en el bautismo»⁸.

Aquí, considero al Espíritu Santo como la *primera* persona divina con la cual nos encontramos, aunque todavía de modo anónimo e inefable, sin percibir siquiera su rostro. En todo caso, el rostro que revela es siempre el rostro de Dios, que es Cristo (cf. Jn 14,9). En efecto, como afirma el teólogo ortodoxo Olivier Clément:

«El Espíritu es el Dios secreto, el Dios interior que viene a nosotros, a nuestro centro más íntimo; no ya rostro, sino revelador de rostros; no ya santa faz, sino santidad de toda faz humana. Dios que se oculta en la existencia propiamente personal del ser humano para comunicarle, y para que se apropie la vida y la luz»⁹.

El Espíritu Santo, comunión tanto entre el Padre y el Hijo, como entre los creyentes, es la persona divina «paradójica» por excelencia: puente, umbral e intermediario entre la transcendencia y la inmanencia, entre la pluralidad y la unidad, entre lo universal y lo particular, entre la muerte y la vida. La historia de la salvación está tejida por cuatro

⁷ *Ibid.*, 75.

⁸ San Cirilo de Jerusalén, *El Espíritu Santo: Catequesis XVI-XVII*, Ciudad Nueva, Madrid 1990, 54 (XVI,24).

⁹ Olivier Clément, *Le visage intérieur*, Stock, Paris 1978, 81.

acciones paradójicas del Espíritu: *abrir* el mundo a Dios, es decir, consagrarlo o santificarlo (inmanencia transcendente); *unificar* y *armonizar* lo dividido (pluralidad); *personalizar* e *interiorizar* la verdad absoluta (concreto universal); *vivificar* y *resucitar* lo que está muerto, como los huesos secos de la visión de Ezequiel (entrega vivificadora)¹⁰.

La imagen que nos puede venir a la mente es la del santo a la escucha de la paloma, con su oído abierto a las inspiraciones del Espíritu Santo. Por lo tanto, quien habla del Espíritu Santo y del quehacer teológico habla de la escucha atenta, de una Iglesia dócil al Espíritu Santo, que inspiró las Sagradas Escrituras y habló por los profetas.

Ahora bien, dicha escucha requiere unos criterios de discernimiento. Aquí propongo cuatro criterios hermenéuticos para discernir al Espíritu en nuestro quehacer teológico. Cada uno hace referencia a una cita bíblica del Espíritu santo, y va acompañado de una obra de arte reciente; a mi modo de ver, uno de los lugares mistagógicos menos usados y más apropiados para nuestro tiempo.

1. EL CRITERIO ESCATOLÓGICO

«Escondes tu rostro, y se espantan; les retiras el aliento y expiran, y vuelven a ser polvo; envías tu espíritu, y los creas, y repueblas la faz de la tierra» (Sal 104,29-30).

El primer rasgo o criterio para reconocer al Espíritu amplía el marco al extremo, englobando todo el universo; todo lo creado como el campo de acción del Espíritu, como principio de vida que tiene su origen no en el mundo natural, sino en Dios. Vinculando el rostro de Dios con la faz de la tierra, gracias al uso del mismo término *panim*, el salmista, igual que el profeta Ezequiel más tarde, reconoce en el aliento de Dios el principio de vida que hace resucitar hasta huesos secos (Ez 37,1-14). Sin el principio creador y renovador de la *ruah*, aquí todavía anónima y sin rostro, las criaturas desaparecen.

¹⁰ Para una comprensión de la teología desde la clave de la paradoja y destacando el papel del Espíritu Santo, véase Bert Daelemans, *La fuerza de lo débil. Paradoja y teología*, Sal Terrae, Santander 2022.

1.1. El Espíritu santifica: puente sacramental

Se trata aquí de un destello de Dios (transcendente) en lo más interior (inmanente) de las criaturas, no un panteísmo, sino un panenteísmo, como reconoce Pierre Teilhard de Chardin: «El gran misterio del cristianismo no es exactamente la aparición, sino la transparencia de Dios en el universo. Sí, Señor, no sólo el rayo que roza sino el rayo que penetra. No vuestra Epifanía, Jesús, sino vuestra *diafanía*»¹¹.

Hablamos aquí de una sensibilidad y capacidad sacramental de reconocer al Espíritu como principio creador y renovador en la universalidad cósmica. En otras palabras, de una capacidad de reconocer el puente *sacramental* entre materia y Espíritu, a equidistancia entre el materialismo y el espiritualismo (hoy en día otra vez en boga en algunas corrientes eclesiales), ambos extremos incapaces de mantener el equilibrio, la paradoja sacramental de la creación como inmanencia transcendente. En palabras del teólogo estadounidense Eugene Rogers, que se inspira en el poeta del siglo IV San Efrén el Sirio —con el apodo la cítara del Espíritu—: el Espíritu *hace amigable* la materia¹².

Como abarca todo lo que existe, este rasgo del Espíritu resulta, tal vez, demasiado amplio e indefinido para distinguir, con claridad, que se trata efectivamente del Espíritu Santo, del Espíritu del Padre y de Cristo. No es un criterio suficiente en sí mismo, como ninguno de los criterios de discernimiento lo es. Solo juntos perfilan un rostro bien definido de Dios. No obstante, este primer criterio es importante para no descartar nada, y para mantener abierta la mirada. Es un criterio de apertura, de atención, de acogida, de asombro y de confianza. Se trata de la voluntad de dejarse encontrar, de una pura llamada de atención a cualquier presencia de lo alto.

1.2. Inmanencia transcendente (*leitourgia*)

Tal vez, una obra de arte contemporánea que ilustre bien este rasgo, todavía tan amplio del Espíritu, sea la alfombra de polen de avellana, del artista alemán Wolfgang Laib¹³. Se trata de una materia tan sutil

¹¹ Pierre Teilhard de Chardin, *El medio divino*, Taurus, Madrid, 1967, 141.

¹² Eugene E. Rogers, *After the Spirit: A Constructive Pneumatology from Resources outside the Modern West*, Eerdmans, Grand Rapids 2005, 55-60.

¹³ Véase una meditación pormenorizada de esta obra en Bert Daelemans, *La vulnerabilidad en el arte: un recorrido espiritual*, PPC, Madrid 2021, 46-49.

y sencilla, que pasa desapercibida si no fuera porque aquí es recogida y amasada por el artista en una alfombra, puesta directamente en el suelo, y de la cual se desprende un color ultramundano, de una indudable y casi palpable espiritualidad. Por una sencilla acción humana, una materia natural revela su inherente potencia espiritual, que tiene que ver con la contemplación, el silencio y la belleza.

Esta obra de arte es puro fruto de la tierra y del trabajo humano, de la sinergia entre la naturaleza y el ser humano. Esta obra no grita, no alza su voz, no quiere ni convencer ni vencer, ni persuadir ni pontificar, ni ilustrar ni comunicar ninguna doctrina previamente establecida. No hace; solo *es* y se ofrece en su pura gratuidad y donación, como lo que Jean-Luc Marion ha llamado un «fenómeno saturado». En efecto, de esta obra tan sencilla se desprende una intensidad tan luminosa, que resulta extraordinaria e invita a guardar silencio. Interpela a «cambiar la vida», en palabras de Rilke.

Esta obra no habla del Espíritu Santo o, por lo menos, no lo hace de modo explícito como, por cierto, ningún texto bíblico o de la tradición lo hace. Es una característica del Espíritu no hablar explícitamente de sí mismo, por lo que sólo podemos captar algo de ella al vuelo, entre las palabras, en un espacio abierto y aparentemente vacío, pero habitado por su innegable presencia. Aunque no hable del Espíritu Santo de modo explícito, nos ayuda a percibir mejor el puente que existe entre materia y espíritu; puente que he llamado sacramental, y que ha de entenderse en un sentido más amplio, en una densidad más mínima y anónima, en una amplia escala que va desde este grado más diluido, hasta el más condensado y definido que se da en la Eucaristía.

Podríamos incluso caracterizar este puente que existe entre materia y espíritu, y que en esta obra se hace más palpable, con la palabra *ternura*, porque, para recoger ese polen y ofrecérmolo de este modo, no solo hace falta una paciencia fuera de lo común, sino también una gran dosis de ternura con todo lo que existe. Por lo tanto, podríamos concluir que esta obra habla del Espíritu Santo de modo implícito y sutil, sin nombrarlo siquiera, desvelando la potencia espiritual de la materia, y la tierna afinidad del Espíritu con la materia, y a la inversa; una afinidad sacramental que se mantiene alejada tanto de cualquier divinización panteísta de la naturaleza, como de cualquier gnosticismo espiritualista alejado de la materia: dos límites claros y distintos, entre los cuales se abre un amplio espacio del Espíritu; y fuera de los cuales, se encuentran herejías que diluyen y reducen la paradoja cristiana a uno de sus polos.

2. EL CRITERIO CRISTOLÓGICO

«Nadie puede decir “Jesús es Señor” sino movido por el Espíritu Santo» (1Co 12,3).

«En esto reconoceréis al Espíritu de Dios: todo Espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne mortal, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ese tal es del anticristo» (1Jn 4,2).

«El Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os explicará lo que ha de venir. Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo explicará a vosotros» (Jn 16,13-14).

Si el criterio anterior era el más amplio, el criterio más específico y determinante, sin duda alguna, es el cristológico¹⁴. La misma Escritura nos ofrece claramente este criterio de discernimiento de los espíritus. El Espíritu revela a Cristo, y lleva a Cristo como quien muestra al Padre (cf. Jn 14,9). Desde el comienzo, existe este grado de connivencia entre «las dos manos del Padre», según la conocida expresión de San Ireneo (*Adversus Haereses* V,28,4).

2.1. El Espíritu personaliza: puente kerigmático

Solo el Espíritu hace capaz de percibir el puente *kerigmático* que existe entre el hombre Jesús de Nazaret y el *Kyrios*, el Señor de la vida, el Ungido, el Mesías venido en carne mortal. Aquí se trata de la capacidad de captar «la paradoja de las paradojas», la paradoja por excelencia, la Encarnación, o la paradoja del universal concreto. Un Señor universal venido en lo concreto de la historia y de la carne mortal. Toda tendencia a espiritualizar a Jesús, a alejar su sublime y excelsa Verdad (lo concreto de la Encarnación), no viene de Dios, sino del anticristo.

El Espíritu Santo lleva a Cristo y nos recordará todo lo que Él dijo: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,26); «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre,

¹⁴ Como estribillo, esta convicción jalona la obra maestra de Yves Congar, *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1983, 217: «La salud de la pneumatología consiste en la referencia a la obra de Cristo y a la palabra de Dios».

el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí» (Jn 15,26).

El Espíritu Santo nos hace capaz de reconocer a Cristo, el Mesías, el Salvador, aún en la desfiguración más atroz y deshumanizante, como recuerda el cuarto canto del Siervo de Isaías: «Tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana. [...] Despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acosumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado». (Is 52,14-53,3).

Sin embargo, a pesar de todo, el Siervo de YHWH prosperó y fue «enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera», y ante él se cerraron la boca los reyes porque «con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba» (Is 52,13-53,5). Sus heridas nos curaron.

Quien hace captar esta extraordinaria paradoja, este puente, es el Espíritu Santo. No solo la capacidad de captar una verdad universal *abstracta*, válida para todos; sino que la verdad absoluta es absolutamente *concreta*; se ha dicho de una vez para siempre en la historia, en carne mortal, y sigue siendo universalmente válida y alcanzable, no como Ley, sino como Persona¹⁵.

2.2. Universal concreto (*martyria*)

Entre las muchas obras contemporáneas posibles que tratan de este puente kerigmático, elijo la extraordinaria exposición temporal *Ecce homo* (1999-2000), en la Plaza de Trafalgar de Londres, del artista agnóstico Mark Wallinger¹⁶. Se trata de una estatua en resina

¹⁵ «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1). Cf. «A los llamados no se les propone una doctrina. No se les dice: Creed en Dios en este o aquel sentido; figuráoslo de tal y de cual manera; aceptad tales y cuales enseñanzas y convertidlas en convicción propia; antes se dice con toda sencillez: Venid conmigo. Haced lo que podáis para que se dé en vosotros la respuesta humana al que ha venido. [...] No se trata aquí del descubrimiento de unas enseñanzas metafísicas o de unos valores religioso-morales abstractos, sino de una acción de Dios. [...] Dios no es ni una idea abstracta ni un poder primordial mudo; es un ser personal. Es libre y apela a la libertad.» Romano Guardini, *La existencia del cristiano*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid 1997, 337-338.343.

¹⁶ Véase más en detalle en Daelemans, *La vulnerabilidad*, *op. cit.*, 82-84.

de mármol blanco, situada al borde de un enorme zócalo que el artista ha dejado valientemente vacío, para decir más con menos, sin necesidad de llenarlo todo con palabras, mensajes y grandilocuencia. Así, sin palabras, denuncia al resto de héroes, muy elevados en sus pedestales.

Aquí se nos presenta a un ser humano: *Ecce homo*. Un anti-héroe, manos atadas, ojos cerrados, desnudo, sólo con solo un paño. Además, lleva una corona de espinas de alambre dorada, junto con el título de la obra, una indudable referencia a Jesucristo, presentado por Pilato al pueblo (cf. Jn 19,4-6). Aquí, en medio del bullicio de una plaza pública, se nos sigue presentando a un hombre fracasado, a punto de ser ejecutado, crucificado. Solo el Espíritu Santo permite atravesar el puente entre este hombre y el Mesías, el Salvador, la Luz del mundo.

Se nos hace presente en la plaza pública una lógica que no es de este mundo, que pone el mundo al revés; un camino de salvación que paradójicamente pasa por la entrega de su vida, por una sabiduría que parece locura ante los ojos del mundo, por una vulnerabilidad que es más fuerte que la fuerza humana. No grita: su denuncia es más sutil. Viene a liberar a los humildes con las manos vacías, atadas.

A pesar de su extrema vulnerabilidad, desprende de él una paz, una luz, una serenidad y una rectitud atrayentes. No es un mero perdedor: hay nobleza y dignidad en su presencia. Nos muestra un atractivo modo de ser humano, libre. Aquí se nos presenta inofensivo y manso como un cordero. Sin embargo, es «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). Tiene ese paradójico poder de salvar al mundo.

No tiene los ojos cerrados por desinterés, no se aleja del mundo. Su mirada es hacia el interior. Brilla con una luz que viene desde dentro, desde el Espíritu: llama de amor viva. No invita a admirarle desde abajo, como el resto de estatuas en sus pedestales, sino a mirar con él; a que se active nuestra propia mirada interior, a que se despierte en nosotros el mismo Espíritu de vida.

Escuchando su silencio elocuente, podemos aprender a escuchar como él. Se entrega por la vida del mundo. *Ecce homo*, he aquí al ser humano: esta estatua, que no es devocional ni responde a una comisión eclesial, como obra de arte contemporánea, hace accesible, para quien quiera escuchar, la paradoja de una humanidad entregada para salvar al mundo. Conviene recordar el célebre dicho de la mística flamenca

Hadewijch de Brabante (s. XIII): «Todos bien queremos ser Dios con Dios; pero, Dios lo sabe, pocos de entre nosotros quieren vivir humanos con su humanidad»¹⁷.

Tampoco aquí se nos muestra claramente el Espíritu Santo. Tal vez se pueda reconocer al «Dios interior» (Clément) por el brillo de la mirada interior de este Nuevo Adán.

3. EL CRITERIO ECLESIOLOGÍCO

Estrechamente vinculado con el criterio cristológico y derivado de él, porque se trata del Cuerpo cuya Cabeza es Cristo, nos encontramos con el criterio eclesiológico. Si algo sirve para la edificación de la Iglesia, viene del buen Espíritu.

3.1. El Espíritu une: puente eclesial

El Espíritu Santo es el principio y el motor tanto de la unidad como de la pluralidad: esa es la verdadera comunión, una auténtica paradoja que mantiene en equilibrio lo uno y lo plural, sin diluirlos en la uniformidad o en la separación. Un texto paulino que lo hace explícito viene de la ya citada primera epístola a los cristianos de Corinto, la que significativamente continúa la frase ya mencionada:

«Nadie puede decir “Jesús es Señor” sino movido por el Espíritu Santo. Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. [...] Todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad. Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo» (1Co 12,3-13).

La diversidad de carismas, ministerios y actuaciones no existe para provecho personal, sino para la edificación del Cuerpo eclesial, cuya

¹⁷ Hadewijch, *Carta VI*,22. Véase Bert Daelemans, «Elegir lo humano una vez al canzado lo divino, según la mística flamenco Hadewijch (siglo XIII)»: *Cauriensia XVII* (2022) 85-106.

Cabeza es Cristo: «Que todo sea para edificación» (1Co 14,26). Pablo empieza nombrando los dones más humildes, porque son los que edifican más y mejor: la palabra de sabiduría, de ciencia, la fe y las curaciones (1Co 12,8-10).

Solo al final vienen los dones más «espectaculares», los que llamaron la atención a los cristianos de Corinto: el don de profecía y el don de lenguas. Sin embargo, son los más problemáticos para Pablo, porque «nadie los entiende» (cf. 1Co 14,2) y «es como si hablarais al viento» (1Co 14,9): por esto el don de profecía en una comunidad ha de ir a la par con el don del «discernimiento de espíritus» (1Co 12,10), supuestamente dado a otro miembro del cuerpo; y el don de lenguas ha de ir a la par con el don de la «interpretación». Porque «Dios no es un Dios de confusión, sino de paz» (1Co 14,33).

3.2. Unidad plural (*koinonia*)

Una obra de arte reciente, que ilustra esta comunión o pluralidad, es la serie de tapices de John Nava, *La comunión de los santos*, en la catedral de Los Ángeles, en una actitud que refleja bien el salmo: «Que brille sobre nosotros la luz de tu rostro» (Sal 4,7).

Aunque la peculiaridad de cada uno esté bien enfatizada por sus rasgos personales, las distintas alturas y los nombres indicados abajo, no están colocados de modo cronológico, sino que se entremezclan todas las épocas: es una comunión anacrónica o, mejor dicho, escatológica. Lo que muestra bien esta comunión es su infinita pluralidad, que incluye incluso a unos santos anónimos, porque la comunión de los santos obviamente no solo incluye a los canonizados. No hay un solo modelo de santidad. Cada creyente es llamado a encontrar su propio modo de seguir a Cristo.

La unión se muestra bien porque estén todos en la misma actitud de pie, con las manos juntas, orientados e iluminados por la cruz de gloria puesto en Oriente, en lo alto del santuario como el símbolo del Señor que viene en la parusía. De pie, iluminados no solo por la luz, sino también por la esperanza y por la alegría, están en actitud litúrgica de expectación y de adoración. Como comunidad celestial, invita e incorpora a la comunidad terrenal en una única acción doxológica, anticipo del cielo. «En la Liturgia terrenal preparamos y tomamos parte en aquella Liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde

Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero, cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste Él, nuestra vida, y nosotros nos manifestamos también gloriosos con Él» (Sacrosanctum Concilium 8). Juntos, la Esposa y el Espíritu Santo susurran: *Maranatha*, ven Señor (cf. Ap 22).

Su acción y actitud los unifica; el brillo del rostro de Cristo (que no vemos) los bendice en su peculiar modo de ser santos, seguidores de Cristo en su contexto. Otra vez se puede referir el texto de Olivier Clément citado arriba:

«El Espíritu es el Dios secreto, el Dios interior que viene a nosotros, a nuestro centro más íntimo; no ya rostro, sino revelador de rostros; no ya santa faz, sino santidad de toda faz humana; Dios que se oculta en la existencia propiamente personal del ser humano para comunicarle, y para que se apropie, de la vida y de la luz».

Los tapices no hacen explícito al Espíritu Santo. No obstante, si leemos otro texto paulino, el de los frutos del Espíritu Santo, fácilmente los podemos ver reflejados en sus rostros: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí» (Ga 5,22-23).

El Espíritu de santidad se refleja en sus rostros por la presencia de sus dones, los cuales son realidad en sus vidas de seguimiento y de imitación de Cristo. Todos fueron creados a imagen de Cristo; el Espíritu Santo los ha devuelto la semejanza y la belleza.

Juntos, en «el lugar propio de la verdadera adoración», es decir, en el Espíritu Santo, según la expresión de San Basilio, todos se dirigen al Padre por Jesucristo, el único mediador. Para abrimos adecuadamente al espacio dialogal y sacramental de la adoración, es fundamental recordar la importancia del saludo dialogal que inicia y marca la celebración eucarística como auténtico ejercicio del sacerdocio, tanto ministerial como bautismal, y que va del *Kyrios* («El Señor esté con vosotros») hasta el *Pneuma* («Y con tu Espíritu») ¹⁸.

¹⁸ Véase Congar, *op. cit.*, 66 y 206 y Bert Daelemans, «Y con tu Espíritu. La palabra eclesial abre el espacio sacramental», en Pablo Alonso y Santiago Madrigal, eds., *Teología con alma bíblica. Miscelánea homenaje al Prof. Dr. José Ramón Busto*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2021, 217-233.

4. EL CRITERIO SOTERIOLÓGICO

Saliendo del desierto después de ser bautizado, Cristo tomó el rollo del profeta y proclamó en la sinagoga:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha unguido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19; Is 61,1-2).

4.1. El Espíritu vivifica: puente servicial

Es un texto programático. El Ungido hace explícitamente referencia al Espíritu. En su primera palabra pública, Jesús cita al profeta y su único comentario es que «hoy se cumple esta palabra». Su misión es la de liberar y anunciar la liberación. Así el Ungido se inserta en una larga lista de jueces liberadores del pueblo oprimido, se inserta en la historia de la humanidad introduciendo en ella la salvación venida de lo alto. Igual que más tarde a los apóstoles en Pentecostés, el Espíritu vivificador le da valentía, y le hace hablar, proclamar, y pregonar un evangelio de esperanza y de cumplimiento.

El Espíritu Santo, puente servicial entre el sacrificio y la resurrección, nos hace percibir la paradójica fuerza en la debilidad de Cristo, la riqueza en la pobreza de Cristo, la sabiduría en la locura de Cristo. Capacitándonos para ver, nos habilita para imitar a Cristo en su debilidad, en su pobreza, y en la locura de su Cruz y de su entrega servicial por la vida del mundo.

4.2. Entrega vivificante (*diakonia*)

Entre muchas obras de arte posibles para iluminar esta dimensión soteriológica, elijo un mosaico del Centro Aletti: un detalle que se encuentra en Santo Domingo de la Calzada, y que data de 2019¹⁹. Después de Pentecostés, es decir, todavía bajo el influjo inmediato de aquel evento conmovedor del Espíritu, Pedro y Juan se dirigen al Templo para rezar, cuando un hombre tullido los interrumpe en su

¹⁹ Contémplese el mosaico con su comentario en Daelemans, *La vulnerabilidad*, op. cit., 140-142.

camino, pidiéndoles una limosna, una pequeña ayuda. Atentos a los movimientos del Espíritu, se dejan interpelar y detienen su camino.

Llegan vulnerables, las manos vacías, igual que su Señor, el Dios vulnerable, que les ha entregado una fuerza más maravillosa aún: «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo, te lo doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar» (Hch 3,6). En lugar de la poca cosa que él pedía, el paralítico recibe una persona: Jesucristo, el Salvador. Y esto le cura, y le pone en pie. Igual que Jesús antes con la suegra de Pedro (cf. Mc 1,29-39), ahora es Pedro quien coge de la mano al paralítico y le hace levantar. Mientras Juan mira al paralítico, Pedro nos interpela a nosotros para hacer lo mismo.

En este mosaico, vemos a Juan y a Pedro como un solo cuerpo apostólico: dos modos distintos de ser santo y seguidor de Cristo. Y ocurre el milagro: el mismo Señor resucitado se hace visible en el corazón de la Iglesia, bendiciendo y salvando a quien lo necesite. Se revela como fuerza en una Iglesia vulnerable, como riqueza en una Iglesia pobre; como salvación en una Iglesia «accidentada, herida y manchada por salir a la calle» (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 49). Ser apóstol o enviado, como dice el término arameo, es realmente andar desnudo, desarmado, como corderos en medio de lobos. Hablamos de una vulnerabilidad apostólica: esta es la *diakonia* o el servicio para el que habilita el Espíritu Santo.

Tampoco aquí el Espíritu Santo aparece de modo explícito, pero se podría reconocer en el dorado que envuelve el encuentro, como «lugar propio de la verdadera adoración». El encuentro liberador tiene lugar, sin duda, «en el Espíritu Santo», en el Espíritu de Cristo, y con la fuerza del Resucitado, victorioso sobre la muerte.

Con respecto a esta misión apostólica, conviene recordar cuánto San Ignacio de Loyola confiaba en la «unción del Espíritu», que sus compañeros recibieron para poder discernir en contextos nuevos, como refleja en su abundante epistolario²⁰.

²⁰ Véase Bert Daelemans, «Unción del Espíritu Santo [Co 414]. En el cruce de voluntades: pneumatología ignaciana», en Gabino Urbarri Bilbao, ed., *Dogmática ignaciana: «Buscar y hallar la voluntad divina» Ej 1*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2018, 205-240.

REFLEXIONES FINALES. EL AMPLIO ESPACIO SINODAL DEL ESPÍRITU ENTRE CARISMA E INSTITUCIÓN

Tratando del Espíritu Santo como sujeto y objeto del quehacer teológico, hemos señalado cuatro criterios para discernir la presencia del Espíritu que une, santifica, personaliza y vivifica en relación a cuatro tratados mayores de la teología: el criterio escatológico, cristológico, eclesiológico y soteriológico. El Espíritu es capaz de mantener en ubérrima tensión contrastes que las herejías suelen oponer y reducir a uno de sus extremos. Estableciendo puentes, el Espíritu abre un espacio en cuatro dimensiones (cf. Ef 3,18): el puente sacramental entre lo material y lo espiritual; el puente kerigmático entre la verdad universal del Salvador y lo concreto del hombre Jesús de Nazaret; el puente eclesial entre la pluralidad y la unidad; y el puente servicial entre la muerte y la vida.

Las cuatro obras de arte contemporáneas que nos han ayudado, no tanto a *ilustrar*, sino a darnos cuenta del extraordinario dinamismo del Espíritu Santo, revelador de rostros, pintor del retrato de Dios tanto en la creación como en el ser humano, evocan y sugieren de modo implícito esta persona divina, lugar de la verdadera adoración, y dinamismo mistagógico de todo quehacer teológico.

Ante la multitud de imágenes *impersonales* para el Espíritu Santo (viento, fuerza, energía, luz, fuego, agua...), es bueno recordar con Jürgen Moltmann que estas imágenes no empequeñecen al Espíritu ni le quitan personalidad, porque *presuponen* la personalidad del Espíritu como sujeto activo en la creación y en la historia. Igual que otros teólogos como Yves Congar, Romano Guardini y Sergei Bulgakov, Moltmann habla de «formas kenóticas» y anónimas del Espíritu²¹.

Sabemos que el Espíritu Santo sigue hablando hoy a través del *sensus fidelium*, sobre todo en un camino sinodal; pero es muy difícil discernir qué dice y adónde nos guía. Vivimos en tiempos de mucha

²¹ Jürgen Moltmann, *El Espíritu de la vida: una pneumatología integral*, Sígueme, Salamanca 1998, 24-25. Véase Congar, *op. cit.*, 428: «Existe una cierta *kénosis* del Espíritu: actúa sin revelarse de otro modo que en los actos que él inspira secretamente». Guardini habla de «desprendimiento divino»: «Pero apenas se ha perfilado su personalidad, vuelve por así decir a retirarse y se da a conocer como el que no se revela a sí mismo, ni lleva a cabo una obra propia, sino que introduce a Cristo en la vida de los creyentes. [...] Él es el humilde lleno de majestad.» Guardini, *La existencia del cristiano*, *op. cit.*, 362-363. Véase «La kénosis del Espíritu Santo en la creación», Sergei Bulgakov, *El paráclito*, Sígueme, Salamanca 2014, 279-289.

adversidad y polarización también dentro de la Iglesia. Los fieles están sometidos a interpretaciones divergentes de los mismos textos, lo que causa mucha inseguridad. Las polémicas generan mucho malestar entre los fieles, que ya no saben a quién seguir. Hoy en día parece más difícil que nunca percibir la comunión, la unidad en la pluralidad.

Como hemos visto, un texto fundamental para cualquier reflexión pneumatológica es 1Co 12, que afirma que el Espíritu es la fuente tanto de la pluralidad como de la unidad²². Es decir, la comunión es una permanente y sana tensión entre lo uno y lo plural, sin diluirse en un pluralismo fragmentario o una uniformidad unilateral, que excluye cualquier diversidad. El quehacer teológico se fundamenta en el estudio de la reflexión teológica de los siglos pasados. De la historia aprendemos, sobre todo, que la Iglesia supo mantener el equilibrio de una sana y legítima pluralidad frente a las tendencias uniformistas y separatistas.

Muchos hoy en día buscan un camino que se reduce a una *línea* fina, clara y distinta, fuera de la cual se cae en herejías abominables. No obstante, la dimensión pneumatológica de la teología ensancha la mirada y abre un *espacio*, dentro de límites bien definidos, que marcan el límite de la ortodoxia. Quien dice Espíritu habla de espacio. En lugar de una línea, se nos abre un espacio dentro del cual es legítimo y oportuno pensar sobre Dios y desde Dios. Es un espacio de polaridades, de tensiones entre dos polos opuestos y contrastantes, lo que Guardini llamó *Gegensatz* (contraste).

El Espíritu Santo mantiene abierto el espacio, sin diluir la tensión a uno de los polos; lo que las herejías y los fundamentalismos buscan siempre, porque facilita y reduce el pensar. Así nos ha resultado fácil reconocer cuatro polaridades o paradojas: la *comunión*, paradoja entre los polos de la unidad y de la pluralidad; la *creación* como la paradoja entre la materia y el espíritu; la *encarnación*, como la paradoja entre lo concreto y lo universal; y la *resurrección*, como la paradoja entre la muerte y la vida.

Siempre habrá en la Iglesia una sana tensión entre carisma e institución, entre lo carismático y lo institucional. Cuando esta tensión se endurece, tanto por una tendencia de la institución a la rígida autoafirmación o al legalismo controlador (por miedo a lo incontrolable e imprevisto de lo carismático), como por una tendencia a lo carismáti-

²² No sorprende que San Cirilo de Jerusalén lo da tanta prominencia en sus catequesis XVI y XVII sobre el Espíritu Santo.

co, al relativismo universalista y anárquico (por recelo al centralismo institucional), se pierde el verdadero potencial de la tensión creativa, que mantiene en equilibrio ambos polos necesarios para la fecundidad de la misión y la fidelidad creativa a la tradición.

Entre el teólogo y el magisterio debería haber un espacio fecundo; el teólogo debería tener la libertad para seguir reflexionando, profundizando y adaptando, sin diluir, el mensaje universal a todos los contextos concretos posibles. No se trata de repetir, como si se siguiera una única *línea*, unas verdades abstractas cuya conexión con la vida concreta de los hombres ya no se percibe. La renovación de la teología no consiste en elucubrar nuevas verdades, sino en hacer de *pontifex*, es decir, tratar de descubrir o establecer los puentes necesarios, entre la única verdad universal y definitiva del *kerygma* de que «Jesús es el Señor», con todos los contextos particulares posibles. Más que pontificar verdades abstractas en un idioma incomprensible; hoy en día, más que nunca, dar testimonio de la Verdad es tratar de establecer puentes con palabras comprensibles, inspiradas por el Espíritu Santo.

El magisterio estaría del lado de lo institucional, fiel guardián de la verdad; y el teólogo, debería sentirse del lado de lo carismático: asentado en la Verdad y, por eso mismo, libre para lanzarse al mundo, a la escucha del Espíritu, que podría comunicarse, y con total seguridad lo hace, en los recovecos más remotos de nuestro mundo, y en los lugares más improbables de la tierra. Es decir, el quehacer teológico no debería cesar en las fronteras de la Iglesia; confiando en la gran intuición de San Ireneo, obispo de Lyon: «Donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; y donde reside el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia» (*Adversus Haereses* III,24,1). Nos interesa, sobre todo, la segunda parte de la frase, pues en ella parece invitar a reconocer la Iglesia (todavía implícita, anónima, transcendental o en potencia) allí donde todavía no es explícita ni categorialmente reconocida como tal, pero donde claramente se encuentra el Espíritu. Si no dijera esto, la frase sería una mera tautología.

Por tanto, el magisterio debería promover lo carismático en el teólogo, impulsándole al espacio fecundo del Espíritu, empujándole proféticamente al mundo, campo de acción universal del Espíritu, para, cual perro adiestrado en busca de suculentas trufas escondidas bajo la tierra, reconocer y encontrar allí las semillas del Verbo, para presentarlas como frutas limpias y exquisitas en el banquete eclesial de las palabras que nutren el espíritu, porque conllevan al Misterio y hacen adentrar en él.

El rigor cristiano y la radicalidad evangélica no se reducen a un radicalismo rígido, frígido y fosilizado que, a fuerza de repetir lo mismo, muere antes de tiempo. La vida, como bien sabía Guardini, se caracteriza por las tensiones y las polaridades. El Espíritu y «todo aquel nacido del Espíritu», más bien del polo carismático que institucional, aunque siempre remiten a Cristo y a su Cuerpo la Iglesia, la Esposa del Cordero, andan como el viento, sin que se puedan controlar (cf. Jn 3,8).

Permítanme terminar esta reflexión acerca del Espíritu Santo y del quehacer teológico citando a San Gregorio Nacianceno, quien reconoció el valor del progreso histórico del dogma trinitario:

«El Antiguo Testamento anunció manifiestamente al Padre y más os curamente al Hijo. El Nuevo Testamento dio a conocer abiertamente al Hijo e hizo entrever la divinidad del Espíritu. Ahora el Espíritu está presente en medio de nosotros y nos concede una visión más clara de sí mismo»²³.

Esto significa que le compete al Espíritu Santo ahora, en el tiempo de la sinergia entre el Espíritu y la Esposa, entre Pentecostés y la Parusía, mostrar más claramente quién es, revelando el rostro de Dios tanto en la santidad de toda faz humana, como en lo sagrado de la faz de la tierra; lo que implica para nosotros una mayor disposición, una creciente sensibilidad, y una renovada atención a su presencia y acción en el mundo y en nosotros mismos, conscientes de que se adapta «a la capacidad de sus receptores»²⁴.

²³ San Gregorio Nacianceno, *Los cinco discursos teológicos*, Ciudad Nueva, Madrid 1995, 254 (*Oratio* 31,26).

²⁴ *Ibid.*

EL ESPÍRITU SANTO,
ALMA DE LA IGLESIA EN SAN AGUSTÍN

DR. JAIME GARCÍA ÁLVAREZ, OSA
Profesor Emérito. Facultad de Teología de Burgos

RESUMEN:

Frente a los donatistas San Agustín fundamenta su teología de la Iglesia en Cristo, en el misterio de la Encarnación. Cristo no se reduce exclusivamente al Cristo histórico. Cristo sobrepasa el tiempo y el espacio. Cristo es el «Cristo Total», cabeza y cuerpo. El cuerpo de Cristo es la Iglesia. Y lo mismo que el alma da vida a nuestro cuerpo, el Espíritu Santo da vida al cuerpo de Cristo. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. El Espíritu Santo vivifica la Iglesia por medio de la caridad. Expresión de la caridad es la unidad y la paz entre los miembros de la Iglesia. La caridad es la salud de la Iglesia. Somos vivificados por el Espíritu Santo en la misma medida en que somos miembros del cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Palabras claves: Cristo, «Cristo Total», Iglesia, «Communio», Alma, Espíritu Santo, Caridad.

ABSTRACT:

Opposite to the donatists Saint Augustin bases his theology of the church in Christ, in the mystery of the Incarnation. Christ does not bail down Himself exclusively to the hystorical Christ. Christ surpasses time and space. Christ is the «Total Christ», head and body. The body of Christ is the Church. The Church is the presence of Christ in our midst. The same way that the soul gives life to our body, so the Holy Spirit gives life to Christ's body. The Holy Spirit is the soul of the Church. The Holy Spirit vivifies the Church through charity. The expression of charity is unity and peace. Charity is the health of the Church. We are vivified by the Holy Spirit in the same measure through which we are members of the body of Christ, through which we belong and love the Church.

Main arguments: Christ, «Total Christ», Church, «Communion», Soul, Holy Spirit, Charity.

*Loquatur ergo Christus, quia in Christo loquitur
Ecclesia, et in Ecclesia loquitur Christus; et corpus
in capite, et caput in corpore* (En.Ps.32,II,1,4).

El tema del Espíritu Santo como alma de la Iglesia pertenece esencialmente a la concepción de San Agustín sobre la «Ecclesia-Comunio».

San Agustín, a lo largo de su episcopado, y según las diferentes circunstancias en las que se encontró, acentúa uno y otro aspecto de su Teología de la Iglesia. Su pensamiento sobre la Iglesia no es uniforme. Evoluciona según los problemas y circunstancias con los que tuvo que enfrentarse.

San Agustín es ante todo un pastor. Su problema es acompañar a los fieles que la Iglesia le ha confiado en el camino hacia el reino de Dios. Está sumamente atento a los múltiples peligros con los que se encuentran sus fieles y busca iluminarlos a la luz de la Palabra de Dios¹. Es la razón por la cual San Agustín no hace una teología abstracta, al margen de la realidad. Piensa y reflexiona a la luz de la situación en la que se encuentran sus fieles. Para conocer el pensamiento de San Agustín sobre un tema determinado, como es este del Espíritu Santo como alma de la Iglesia, es preciso realizar un análisis de sus escritos sobre dicho tema y a qué problemas responden estos escritos.

La Iglesia de Hipona, durante el episcopado de Agustín (396-430), no es, en forma alguna, una iglesia estable y pacífica.

En los primeros años de su episcopado el maniqueísmo mantiene una presencia sumamente fuerte en Hipona. El pensamiento de San Agustín sobre la Iglesia, en esta época, se centra sobre todo en la «autoritas», en la credibilidad de la fe y en su relación con la autoridad de la sagrada Escritura y de la Iglesia. Su concepción de la Iglesia se

¹ V. GROSSI, *La chiesa di Agostino. Modelli e simboli*. Ed. Dehoniane, Bologna 2012; Id. *La espiritualidad eclesial en una Iglesia en camino. Los modelos agustinianos*, en «Augustinus» 246-247 (2017) 355-374.

encuentra expuesta fundamentalmente en su obra *De moribus ecclesiae catholicae et de moribus manicheorum*.

Años más tarde, entre el 400-412, la Iglesia donatista se hace presente de forma sumamente activa en Hipona. Frente a los donatistas San Agustín centra su pensamiento sobre la Iglesia en la «universitas» y en la «communio»: «Communio sacramentorum» y «Communio sanctorum».

A partir del año 410, y a causa del saqueo de Roma por Alarico, los fieles de Hipona se encuentran sumamente perturbados por las acusaciones que les hacen los paganos y les invaden no pocas dudas sobre la Iglesia. En ese momento San Agustín comienza a escribir su obra «La Ciudad de Dios» para responder precisamente a los paganos que acusaban a los cristianos de la caída de Roma. Habla de dos ciudades y de la relación de la Iglesia de este mundo con la Iglesia del cielo. Su pensamiento podría resumirse en este texto de uno de sus sermones.

«Ya estoy viendo lo que aún estarás diciendo en tu interior: Advierte que Roma es o ha sido saqueada e incendiada en tiempos cristianos; ¿por qué en los tiempos cristianos? ¿Quién eres tú que esto preguntas? Un cristiano. Entonces, si eres cristiano, respóndete a ti mismo: «Porque Dios lo quiso». Pero ¿qué respondo al pagano que me insulta? ¿Qué te dice? ¿Por qué te insulta? He aquí que, cuando ofrecíamos sacrificios a nuestros dioses, Roma se mantenía en pie; ahora, cuando ha prevalecido y abundado el sacrificio ofrecido a vuestro Dios y son rechazados y prohibidos los ofrecidos a los nuestros, ved lo que sufre Roma. Respóndele brevemente por ahora, para deshacerte de él. Por lo demás, sea otra tu reflexión, pues no has sido llamado para abrazar la tierra, sino para conquistar el cielo; no has sido llamado a la felicidad terrena, sino a la celeste; no al éxito temporal y a la prosperidad vana y transitoria, sino a la vida eterna con los ángeles» (S. 296, 9).

LA IGLESIA: CRISTO ENTRE NOSOTROS²

In qua ut fidentius ambularet ad veritatem, ipsa veritas, Deus Dei Filius, homine adsumpto, non Deo consumpto, eandem constituit et fundavit fidem, ut ad hominis Deum iter esset homini per hominem Deum. (Ciu 11, 2).

² A. GIACOBBI, *La Chiesa in S. Agostino. I. Mistero de comunione*, Città Nuova, Roma 1978; N. LANZI, «La Chiesa comunione in S. Agostino», dans *Doctor Communis* 46 (1993) 32-148.

La Iglesia «Communio» es la concepción de la Iglesia que San Agustín propone a sus fieles frente a los donatistas. Para que sus fieles no abandonen la Iglesia católica adhiriéndose a la Iglesia donatista y, a la vez, para atraer a los donatistas a la Iglesia católica, San Agustín profundiza en la naturaleza de la Iglesia.

Los donatistas, apoyándose en *Ct I, 7*, juzgaban que la Iglesia verdadera se encontraba única y exclusivamente en África. Toman la palabra «católica» no en el sentido de universal, sino en el de pureza. «Católica» quiere decir perfecta, inmaculada, que posee la totalidad de la perfección.

La eclesiología donatista se fundamentaba, sobre todo, en el Espíritu Santo y acentuaban su presencia en los sacramentos. Juzgan que un sacramento es válido o inválido según la presencia del Espíritu Santo en la persona que lo administra, presencia que se manifestaba en la santidad de dicho ministro. Los sacramentos administrados por ministros indignos no son válidos. El Espíritu Santo no está en ellos. Acentúan por lo mismo la calidad de la vida cristiana, esto es, la santidad. La Iglesia, la verdadera Iglesia estaba formada única y exclusivamente por los santos, por los puros, negando, por lo mismo, la universalidad de la redención de Cristo y la universalidad de la Iglesia. De hecho, a la palabra «católica» no le dan el sentido de universal, en todo el mundo o para todos los hombres, sino el sentido de pureza, poseer todas las virtudes.

Frente a la eclesiología de los donatistas, San Agustín propone una eclesiología fundamentada en Cristo. Centra su pensamiento en el misterio de la Encarnación.

El pensamiento de San Agustín está ciertamente marcado por el acontecimiento de su conversión. Su conversión fue precisamente una conversión al misterio de Cristo. Jamás San Agustín dudó de la existencia de Dios. Su conversión no fue la conversión de un ateo o de un pagano a la fe cristiana. Su madre Mónica, ferviente cristiana, le había inscrito ya desde niño como catecúmeno, con el fin de recibir el bautismo más tarde.

Para San Agustín, en el momento de su conversión, el problema se centraba en Cristo. Dios era para él, en primer lugar, el Dios de los filósofos, es decir, un Dios absolutamente cerrado en sí mismo y que no tenía necesidad de nada ni de nadie. «Un pensamiento que se piensa a sí mismo»³. Un Dios sin amigos. Su conversión fue una conversión

³ ARISTÓTELES, *Metafísica*, IX, 1069^a-1076^a

al misterio de la Encarnación. Dios que se hace hombre por que ama al hombre, y quiere que el hombre sea feliz. Pero el hombre solo será feliz en la medida en que viva unido a Dios. Dios es el descanso del hombre.

Antes de su conversión San Agustín centra su pensamiento en la Sabiduría de Dios. Ahora bien, la Sabiduría, el Verbo de Dios, es inmutable y Agustín no llega a comprender cómo la Sabiduría de Dios puede unirse a la naturaleza humana. Su dificultad, la dificultad de su conversión, fue precisamente llegar a comprender cómo la divinidad inmutable puede unirse a la humanidad mutable.

Y San Agustín llega, en cierto modo, a comprender el misterio de la Encarnación en el preciso momento en el que logra unir la caridad con la humildad. Dios es amor y, porque nos ama, quiere salvarnos y, para ello, no duda en hacerse hombre. El Verbo de Dios se hace humilde, se hace en todo igual a nosotros. Se hace hombre, toma la naturaleza humana para estar más cerca del hombre: «Es el amor quien hace a Dios humilde» (Virg. 37, 38).

Al tomar la naturaleza humana, al abajarse hasta nosotros, el Verbo de Dios, Cristo, se hace camino para permitirnos acceder a él, a la Verdad y a la Vida. «Nadie va al Padre a no ser por mí» (Jn 14, 6) Nadie puede ir directamente a Dios. Para unirnos a Dios es preciso seguir a Cristo. Él es el camino por el que Dios viene a nosotros, y es el camino por el que nosotros vamos hacia Dios. Cristo ha puesto la Verdad a nuestra mano: «El Hijo de Dios que es la Verdad misma, ha puesto la Verdad a nuestra mano haciéndose hombre» (Ciu. 11, 2).

«¿Tú, hombre, no podías llegar a Dios; entonces Dios se hizo hombre, y de este modo se hizo el Mediador de los hombres, el hombre Cristo Jesús, para que, si como hombre puedes acercarte al hombre y no puedes a Dios, por el hombre te acerques a Dios [...] Dios, pues, se hizo hombre para que, yendo en pos del hombre, lo cual puedes, llegues a Dios, lo cual no podías. Él es Mediador; de aquí que se hizo suave» (En. Ps. 134,5).

«Si buscas la *Verdad*, mantén el camino, porque *el Camino* es el mismo que *la Verdad*. Ella en persona es adónde vas, ella en persona es por donde vas; no vas por una realidad a otra, no vienes a Cristo por otra cosa; por Cristo vienes a Cristo. ¿Cómo «por Cristo a Cristo»? Por Cristo hombre a Cristo Dios; por la *Palabra hecha* carne a la *Palabra que en el principio era Dios en Dios*; desde eso que *el hombre comió*, a eso que cotidianamente comen los ángeles» (Io. eu. tr. 13,4).

Ahora bien, Cristo, para San Agustín, no se reduce única y exclusivamente al Cristo histórico. Cristo sobrepasa los límites del tiempo y del espacio. Cristo, en su plenitud, en su realidad más profunda, es lo que él llama «Cristo Total», es decir, Cristo y la Iglesia.

Esta idea sobre «Cristo Total», centro de su pensamiento sobre la Iglesia, San Agustín la toma de San Pablo: Cristo es la cabeza, la Iglesia es su cuerpo, y uno y otro forman unidos el «Cristo Total». Cristo y la Iglesia son absolutamente inseparables.

Existe por lo mismo una unión sumamente estrecha, incluso una inseparabilidad entre Cristo y la Iglesia. San Agustín expresa esta unión con expresiones sumamente fuertes: «Somos en él propiedad de Cristo, Cristo mismo» (S. 91,7).

«Que hable, pues, Cristo, porque en Cristo habla la Iglesia y en la Iglesia habla Cristo, y el cuerpo en la cabeza y la cabeza en el cuerpo. Escucha al Apóstol que subraya este concepto con mayor claridad aún: *Al igual que el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros, pero los miembros, aun siendo muchos, forman entre todo un solo cuerpo, así es también Cristo.* Al hablar de los miembros de Cristo, es decir, de los fieles, no ha afirmado que así son también los miembros de Cristo, sino que ha denominado Cristo a la globalidad de cuanto ha enunciado. Al igual que el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aun siendo muchos, constituyen un solo cuerpo, eso mismo ocurre con Cristo. Los miembros son muchos, el cuerpo es único: Cristo. Por tanto, todos nosotros en conjunto, unidos a nuestra cabeza, somos el Cristo. Privados de nuestra cabeza no podemos nada» (En. Ps. 30, II, I, 4).

En realidad, la Iglesia no es más que una de las múltiples formas que adopta Cristo para hacerse presente en medio de nosotros.

«En efecto, hasta donde he podido fijarme en las Páginas Santas, a Cristo se le nombra de tres modos [...] Un modo es según Dios y según la divinidad coigual y coeterna con el Padre, antes de la asunción de la carne. Otro modo es, con el que, asumida la carne, se lee y se entiende el mismo Dios que hombre y el mismo hombre que Dios, según cierta propiedad de su excelencia, con la que no se coiguala con los demás, sino que es mediador y *cabeza de la Iglesia*. El modo tercero es, cuando de cierta manera se predica a los creyentes y se ofrece cognoscible a los prudentes el Cristo todo en la plenitud de la Iglesia, esto es, *cabeza y cuerpo*, según la plenitud de cierto varón perfecto, en el que somos miembros» (S. 341,2).

Tal es el don que Dios nos otorga al otorgarnos a Cristo. Este don llena a San Agustín de admiración y no cesa de recordarlo:

«Felicitémonos, pues, y demos gracias porque nos ha hecho no sólo cristianos, sino Cristo. ¿Entendéis, hermanos, comprendéis la gracia de Dios sobre nosotros? Asombraos, alegraos: hemos sido hechos Cristo, pues, si él es la cabeza, nosotros somos sus miembros; el hombre total somos él y nosotros. [...] La plenitud, pues, de Cristo es la cabeza y los miembros. ¿Qué significa la cabeza y los miembros? Cristo y la Iglesia. Por cierto, nos arrogaríamos esto soberbiamente si no se dignase prometerlo él mismo que mediante idéntico Apóstol dice: *Ahora bien, vosotros sois cuerpo y miembros de Cristo*» (Io. eu.tr. 21, 8).

La unidad entre Cristo y la Iglesia es una idea a la que San Agustín otorga suma importancia. Viene una y otra vez sobre este tema. Para él no hay Cristo sin Iglesia, como no hay Iglesia al margen de Cristo. Amar a Cristo es, por consiguiente, amar a la Iglesia. Encontrar a Cristo es encontrar a la Iglesia. Incluso llega a decir que lo que hace Cristo, lo hace igualmente su Cuerpo, la Iglesia.

La unión entre Cristo y la Iglesia es tan estrecha que la Iglesia encuentra incluso en Cristo el criterio para interpretar su historia y su vida: los perseguidores de Cristo crucificado son los mismos que los que persiguen a sus miembros; Judas el traidor ha continuado y sigue continuando en el interior de la Iglesia. Las circunstancias concretas de la vida histórica de Cristo se encuentra presentes en la vida cotidiana de su Cuerpo que es la Iglesia. Como Cristo la Iglesia es despreciada, insultada; como él, es llevada ante los tribunales de la tierra para ser condenada. Cristo y la Iglesia se identifican hasta formar un solo sujeto, una sola persona⁴.

Esta unidad entre Cristo y la Iglesia es tan fuerte que San Agustín no duda en poner en la boca de Cristo esta frase. «Puesto que ellos soy yo» (Io eu. tr. 108,5) Los bautizados son miembros del cuerpo de Cristo, somos el mismo Cristo.

La imagen que San Agustín propone para decir lo que es la Iglesia es, en primer lugar, la del cuerpo humano. Toma esta imagen de San Pablo (1 Co 12, 12-31) El cuerpo humano está formado de una pluralidad de miembros diferentes y, sin embargo, todos ellos íntimamente unidos entre sí. Cada miembro posee una función propia dentro del

⁴ P. BORGOMEO, *L'Église de ce temps dans la prédication de saint Augustin*, Études Augustiniennes, Paris 1972, 191-234

cuerpo, pero esta función no es obstáculo a la unidad o a la cohesión con los otros miembros. Entre todos existe una tal corresponsabilidad de tal forma que si uno de estos miembros cae enfermo todos los demás vienen en su ayuda. Los miembros son diferentes, pero no aislados. Son complementarios.

San Agustín insiste con fuerza e intensidad en esta unión entre los miembros de la Iglesia. La importancia de cada miembro dentro del cuerpo no se mide por la importancia de la función que desempeñan, sino por la fidelidad con que cada miembro realiza su propia función y, por lo mismo, por la ayuda que ofrece a los otros miembros a cumplir la función que les es propia.

«Pedro expulsó demonios; no sé qué viejecita viuda, no sé qué hombre laico cualquiera, que tienen caridad, que mantienen la integridad de la fe, no hacen eso. En el cuerpo, Pedro es ojo; aquél, en el cuerpo, es dedo, pero está en el mismo cuerpo en que está Pedro; y, aunque el dedo vale menos que el ojo, no está empero desgajado del cuerpo. Mejor es ser dedo y estar en el cuerpo que ser ojo y ser arrancado del cuerpo [...] Quiéranse mutuamente los miembros, pero vivan todos sometidos a la cabeza» (Io. ev. tr. 13, 17-18).

EL ESPÍRITU SANTO, ALMA DE LA IGLESIA

«Quod autem est anima corpori hominis, hoc est Spiritus Sanctus Corpori Christi, quod est Ecclesia»
(s. 267, 4).

Lo que vivifica el cuerpo de Cristo, lo que une a sus miembros entre ellos es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo realiza en la Iglesia lo que el alma en el cuerpo humano.

«Así es la Iglesia de Dios: en unos santos hace milagros, en otros proclaman la verdad, en otros guarda la virginidad, en otros la castidad conyugal; en unos una cosa y en otros otra; cada uno realiza su función propia, pero todos viven la misma vida. Lo que es el alma respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo respecto al cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros de un único cuerpo» (S. 267, 4).

El alma vivifica el cuerpo. San Agustín al comentar el texto del Gn 2, 7: *Formó Dios al hombre de limo de la tierra*, afirma que así como el agua al mezclarse con la tierra la une y la aglutina en barro, igualmente el alma, vivificando la materia del cuerpo, la conforma en unidad armónica y la preserva de la corrupción y la disolución, y, cuando la abandona, muere el cuerpo. El alma vivifica el cuerpo, el cual existe en virtud de la cohesión de sus partes.⁵

«Así como el agua une, aglutina y congrega la tierra cuando por la mezcla de ambas se hace el barro, igualmente el alma vivificando la materia del cuerpo la conforma en unidad armónica y no le permite que se corrompa y disuelva» (Gn. adu. man. II, 7, 9).

Para comprender el pensamiento de San Agustín sobre el Espíritu Santo en cuanto alma de la Iglesia es preciso acudir ante todo a su obra «De Trinitate» en la cual expone con amplitud la naturaleza y la misión del Espíritu Santo. Fundamentándose en la Sagrada Escritura afirma que los nombres propios del Espíritu Santo son Amor (*Caritas*) y Don de Dios (*Donum*).

La Sagrada Escritura no afirma expresamente que el Espíritu Santo sea Amor, sino que Dios es Amor (1 Jn 4, 16) o en otros términos que el Padre es Amor, que el Hijo es Amor y que el Espíritu Santo es Amor. El Amor se atribuye por consiguiente a Dios como Trinidad

«No dijo la Escritura que el Espíritu Santo es amor. Si esto dijera, habría suprimido no pequeña parte de la cuestión; sino que dijo: *Dios es amor*; como para dejarnos en la incertidumbre y, por ende, para que investiguemos si este amor es Dios Padre, o Dios Hijo, o Dios Espíritu Santo, o Dios Trinidad. Ni hemos de afirmar que, si Dios es llamado caridad, no es porque la caridad en sí sea una substancia que merece el nombre de Dios, sino porque es un don de Dios» (Trin. XV 17, 27).

Sin embargo, San Agustín afirma que el Amor es algo propio, específico del Espíritu Santo. Esta atribución del Amor al Espíritu Santo ya lo había afirmado en uno de sus primeros libros, en el «De quantitate animae» (34,77) escrito en el 397. Ahora en su obra «De Trinitate» desarrolla con amplitud este tema.

⁵ M. GARCÍA GRIMALDOS, *El nuevo impulso de San Agustín a la antropología cristiana*, SEA, Roma 2005, 308.

«Y si alguna de las tres divinas personas es Amor apropiado, ¿quién con más derecho que el Espíritu Santo? Pero esto siempre a condición de que en aquella simple y suprema naturaleza no sea distinta la Caridad de la esencia, ni en el Padre, ni en el Hijo, ni en el Espíritu Santo. Con todo, el Espíritu Santo es llamado con entera propiedad Amor» (Trin. XV,17, 29).

Por consiguiente, de una parte, el Amor es Dios y por otra el Amor es *de Dios*, «Dios de Dios».

De esta afirmación San Agustín deduce, en primer lugar, que la presencia del Espíritu Santo tanto en la Iglesia como en cada uno de sus miembros se manifiesta esencialmente como amor

«En consecuencia, si *Dios es amor*, como la Escritura Sagrada lo proclama, y el amor viene de Dios y actúa en nosotros para que Dios permanezca dentro de nosotros y nosotros en El, y esto lo sabemos porque nos dio de su Espíritu, entonces este mismo Espíritu es el Dios amor. Además, si entre los dones de Dios ninguno más excelente que el amor, y el Espíritu Santo es el don más exquisito de Dios, ¿qué hay más consecuente que el que procede de Dios y es Dios sea también caridad? Y si el amor con que el Padre ama al Hijo y el Hijo ama al Padre indicio es de la comunión inefable de ambos, ¿qué hay más natural que llamar propiamente amor al que es Espíritu común de los dos?» (Trin. XV,19, 37).

Difundido el Espíritu Santo en nuestros corazones (Rm 5,5) el hombre accede al amor de Dios y del prójimo. Amamos a Dios porque él nos ha amado primero (1 Jo 4, 7, 10), porque el Espíritu Santo, que es amor, ha sido derramado en nuestro corazón.

De la afirmación que el Espíritu Santo es Amor, San Agustín deduce ciertas conclusiones para la Iglesia y para la vida cristiana en general. El Espíritu realiza en la Iglesia lo mismo que en el misterio de la Trinidad: la unión, la «*Communio*» entre el Padre y el Hijo en el misterio de la Trinidad y entre los miembros de la Iglesia. El Espíritu Santo es ante todo «*Communio*».

«Cuando decimos don del dador y dador del don, expresamos una relación mutua y formal. Luego el Espíritu Santo es como una inefable comunicación (*communio*) del Padre y del Hijo; y es muy verosímil se llame así por convenir dicha denominación al Padre y al Hijo. Es, en aquél, nombre propio; en éstos, común; pues el Padre es espíritu y espíritu es el Hijo, y santo es el Padre y santo es el Hijo. Y para expresar en el nombre esta conveniencia y mutua

comunicación (*communio*) se llama al Don de ambos Espíritu Santo. Y esta Trinidad es un solo Dios, bueno, grande, eterno, todopoderoso. Él es su misma unidad, su deidad, su grandeza, su eternidad y su omnipotencia» (Trin V, 11,12).

Lo que el Espíritu Santo realiza en el interior de la Trinidad, la comunión de amor entre el Padre y el Hijo, lo hace igualmente en el interior de la Iglesia. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia.

«Si queréis poseer el Espíritu Santo, prestad atención, hermanos míos. Nuestro espíritu, gracias al cual vive todo hombre, se llama alma, y ya veis cuál es la función del alma respecto al cuerpo. Da vigor a todos los miembros; ella ve por los ojos, oye por los oídos, huele por las narices, habla por la lengua, obra mediante las manos y camina mediante los pies; está presente en todos los miembros al mismo tiempo para mantenerlos en vida; da vida a todos y a cada uno su función. No oye el ojo, ni ve el oído ni la lengua, ni habla el oído o el ojo; pero, con todo, viven: vive el oído, vive la lengua: son diversas las funciones, pero una misma la vida. Así es la Iglesia de Dios: en unos santos hace milagros, en otra proclama la verdad, en otros guarda la virginidad, en otros la castidad conyugal; en unos una cosa y en otros otra; cada uno realiza su función propia, pero todos viven la misma vida. Lo que es el alma respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo respecto al cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros de un único cuerpo. Mas ved de qué debéis guardaros, qué tenéis que cumplir y qué habéis de temer. Acontece que, en un cuerpo humano, mejor, de un cuerpo humano, hay que amputar un miembro: la mano, un dedo, un pie. ¿Acaso el alma va tras el miembro cortado? Mientras estaba en el cuerpo, vivía; una vez cortado, perdió la vida. De idéntica manera, el hombre cristiano es católico mientras vive en el cuerpo; hacerse hereje equivale a ser amputado, y el espíritu no sigue a un miembro amputado. Por tanto, si queréis recibir la vida del Espíritu Santo, conservad la caridad, amad la verdad y desead la unidad para llegar a la eternidad» (S. 267, 4).

Con suma frecuencia San Agustín comenta el texto de San Pablo: *La caridad se ha expandido en vuestros corazones por el espíritu santo que se os ha dado* (Rm 5, 5). En sus comentarios no cesa de afirmar que el Espíritu Santo es la fuente y el origen de la caridad. El Espíritu Santo, Amor que procede de Dios, le otorga al hombre el poder amar a Dios y a los hermanos. Amamos porque Dios nos ha amado primero y nos ha otorgado el don de poder amarle a él y a los hermanos.

«Es por lo que el Padre y el Hijo tienen de común entre ellos que han querido tener comunión entre ellos y nosotros, y por este Don reunimos en la unidad, que es la de los dos, es decir el Espíritu Santo, Dios mismo y Don de Dios. Es en él en donde nos reconciliamos con la Divinidad y gozamos de ella» (S 71, 18).

RECIBIMOS EL ESPÍRITU SANTO SI AMAMOS A LA IGLESIA⁶

Accipimus ergo et nos Spiritum sanctum, si amamus Ecclesiam, si caritate compaginamur, si catholico nomine et fide gaudemus. Credamus, fratres; quantum quisque amat Ecclesiam Christi, tantum habet Spiritum sanctum. (Io. eu. tr. 32, 8).

El Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, es ciertamente semejante al cuerpo humano. El cuerpo humano está formado de varios miembros, pero todos unidos entre sí. Lo que une a los miembros del cuerpo es el alma. El Cuerpo de Cristo está formado igualmente por muchos miembros y todo unidos por un mismo Espíritu, el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia.

Múltiples son los lugares en donde San Agustín atribuye al Espíritu Santo la unión de los miembros del Cuerpo de Cristo⁷. El Espíritu Santo une los miembros de la Iglesia entre sí y con Cristo, en cuanto Cabeza, por medio de la caridad: «Iunctura lapidum viventium caritas est» (En. Ps. 44, 31)⁸. La caridad es el vínculo inmediato de esta unión.

La presencia del Espíritu Santo en el corazón de los fieles se manifiesta tanto en su amor por la Iglesia como en la caridad de unos miembros con otros e, igualmente, en la paz fruto de la caridad.

«También nosotros recibimos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, si estamos unidos por la caridad, y si gozamos del nombre y la fe católicos. Creamos, hermanos, que cada cual tiene el Espíritu Santo

⁶ J. RATZINGER, *Pueblo de Dios y casa de Dios en la doctrina de San Agustín sobre la Iglesia*, Ed. Encuentro, Madrid 2012; J. RATZINGER, *L'Esprit saint comme Communio*. À propos du lien entre la Pneumatologie et la spiritualité chez saint Augustin, dans «Faire Route avec Dieu», Parole et Silence, Paris 2003, 31-51; A. M. POPPI, *Lo Spirito Santo e l'unità del Corpo mistico in sant'Agostino*, Ed. Miscellanea Francescana, Roma 1955.

⁷ S. 267, 4 : PL 38, 1231; Ep 185, 11, 50 : PL 33, 815; Io ev.tr. 27, 6 : PL 35, 1618.

⁸ S. 354, 1 : PL 39, 1563; S. 169, 2 : PL38, 1235;Io eu tr. 32, 8 : PL 35, 1645; Trin. IV, 9, 12 : PL42, 896;S. 137,1 : PL. 38, 754;C. Faust Man. 12, 14, PL 42, 262.

en la medida en que ama a la Iglesia de Cristo [...] Tenemos, pues, el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia. Ahora bien, la amamos si estamos unidos en la caridad. Pues el mismo Apóstol, después de hablarnos de los diversos dones otorgados a los hombres según las funciones de cada uno de los miembros, dice: *Os propongo aún otra vida mucho más excelsa*, y comienza a hablar de la caridad. La antepuso a las lenguas de los ángeles y de los hombres, a los milagros de la fe, a la ciencia y a la profecía, a la gran obra de misericordia, por la que se distribuye a los pobres todo cuanto se posee, y al final la antepuso incluso al padecimiento corporal: a todo esto tan grande antepuso la caridad. Tenla a ella misma, y tendrás todas las cosas; porque sin ella no te servirá de nada todo lo demás que tuvieres. Y como la caridad de que nos habla pertenece verdaderamente al Espíritu Santo, oye lo que te dice el mismo Apóstol: *La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que nos ha sido dado*» (Io. eu. tr. 32,8).

EL ESPÍRITU SANTO DA VIDA A LA IGLESIA POR MEDIO DE LA CARIDAD

Iuntura lapidum viventium caritas est (En. Ps. 44, 31)

Por otra parte, la Iglesia es el pueblo de Dios. Ahora bien, la unidad que reúne y hace de una pluralidad de personas una comunidad, un pueblo es precisamente el Espíritu Santo. San Agustín dirá que en la Iglesia acontece como en la construcción de un edificio y, más en concreto, de un templo. Para construir un edificio tenemos necesidad de piedras, de ladrillos, de vigas. Todos estos materiales es necesario unirlos según un plan bien preciso. Ahora bien, el cemento que une a los hombres para realizar la comunidad eclesial es el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo une a los miembros de la Iglesia por medio de la caridad.

«Lo que acontecía aquí cuando se levantaba este edificio, sucede ahora cuando se congregan los fieles en Cristo. El creer equivale, en cierto modo, a arrancar las vigas y piedras de los bosques y montes; a su vez, ser catequizados, bautizados y formados se equipara a la tarea de tallado, pulido y ajustamiento por las manos de los carpinteros y artesanos. Con todo, no edifican la casa de Dios más que cuando están trabados entre sí mediante la caridad. Si estas vigas y estas piedras no estuviesen ensambladas entre sí según un cierto orden, si

no se integraran pacíficamente unas con otras, si en cierto modo no se amasen enlazándose entre sí, nadie entraría aquí. Además, cuando ves que las piedras y las vigas están bien conexionadas en algún edificio, entras tranquilo sin temer que se caiga» (S. 336, 1).

El Espíritu Santo es el don de Padre al Hijo y del Hijo al Padre. Es Don sin imperfección ni límite. Se manifiesta en la Iglesia como se manifestó a los Apóstoles en Pentecostés: por la unión entre los miembros de la Iglesia y por compartir lo que somos y lo que tenemos.

El Espíritu Santo crea la unión entre los cristianos. Hace de la Iglesia «comunidad». Estos miembros, separados de la Iglesia, pierden la unión y la paz con los otros miembros y, por lo mismo, ya no pueden invocar a Dios como Padre «nuestro».

«Quien no está ligado por este vínculo es un esclavo. *Pues no hemos recibido* —dice el Apóstol— *el espíritu de servidumbre para recaer en el temor, sino que recibimos el espíritu de adopción de hijos, en el que clamamos: ¡Abba, Padre!* Así, pues, pensamos sabiamente que, si el Espíritu Santo manifestó en aquel tiempo su presencia mediante las lenguas de todos los hombres, fue para que entendamos que, de igual modo, en este tiempo en que no se manifiesta de esa manera, nadie que esté separado de la unidad de todos los pueblos posee el Espíritu, aunque haya recibido el baño del sacramento del bautismo» (S. 269, 2).

«Por el Espíritu la Iglesia se congrega en unidad [...] Porque a él pertenece la comunión por la que nos constituimos en el único cuerpo del único Hijo de Dios. Por eso está escrito: *Si hay alguna exhortación en Cristo, si algún consuelo de caridad, si alguna comunión en el Espíritu.* Por esa comunión, aquellos sobre los que vino por primera vez hablaron las lenguas de todas las naciones. Como la lengua común hace que el género humano se asocie, así convenía que mediante las lenguas de todos los pueblos se significase esta unión de los hijos de Dios y miembros de Cristo que iba a darse en todos los pueblos, de modo que, como entonces quien hablaba el idioma de todos ellos manifestaba haber recibido el Espíritu Santo, así ahora reconozca que ha recibido el Espíritu Santo el que mantiene el vínculo de la paz de la Iglesia, que se difunde por todos los pueblos» (S. 71, 28).

La Iglesia es el templo de Dios que todos tenemos que colaborar en su construcción. Las etapas de su construcción son los diferentes grados de la caridad.

«Queda, pues, que entendamos que tiene el Espíritu Santo quien ama, y que teniéndolo merece tenerlo más, y que teniéndolo más, ama más [...]

Sin el Espíritu Santo no podemos querer a Cristo ni guardar sus *mandatos*, y que nosotros lo podemos y hacemos tanto menos cuanto menos lo recibimos y, en cambio, tanto más cuanto más lo recibimos. Por ende, no en vano se promete no sólo a quien no lo tiene, sino también a quien lo tiene: por cierto, a quien no lo tiene, para que lo tenga; en cambio, a quien lo tiene, para que lo tenga más. De hecho, si uno no lo tuviera menos y otro más, san Eliseo no diría a san Elías: *El espíritu que está en ti, esté en mí el doble*» (Io. eu.tr. 74, 2).

Para construir o hacer la Iglesia, lo mismo que para construir un templo material, no es suficiente cortar la madera en el bosque o tallar las piedras de la cantera, es decir, no es suficiente el trabajo de la ascesis, de la penitencia o el ofrecer sacrificios; es preciso unir todos estos elementos de tal forma que, en cierto modo, se amen. La caridad, el Espíritu Santo, es el cemento que une todos los miembros y hace la Iglesia.

El Espíritu Santo no solamente une entre sí los miembros de la Iglesia, los une igualmente a Cristo: «Como él está con nosotros aquí, en la tierra, nosotros estamos con él en lo alto en virtud de la caridad que nos une (S. 254,1). Cuando la caridad se enfría en nuestro corazón llegamos a ser miembros enfermos de la Iglesia. Nos separamos los unos de los otros. La caridad es la salud de la Iglesia.

«Nuestro Señor Jesucristo, que ya padeció por nosotros y resucitó, es cabeza de la Iglesia; que la Iglesia es cuerpo suyo y que, en este cuerpo, la unión de sus miembros y la trabazón de la caridad es el equivalente a la salud. A su vez, aquel en quien se enfría la caridad está enfermo en el cuerpo de Cristo. Pero el que ya glorificó a nuestra cabeza tiene poder también para sanar a sus miembros enfermos, a condición de que una excesiva impiedad no los ampute, sino que permanezcan adheridos al Cuerpo hasta lograr la salud. En efecto, para todo miembro que aún esté adherido al cuerpo hay esperanza de salud; en cambio, el que haya sido amputado no puede ser curado, ni sanado. Así, pues, como él es la cabeza de la Iglesia y la Iglesia su cuerpo, el Cristo entero lo forma el conjunto de la cabeza y el cuerpo. Él ya resucitó: por tanto, la cabeza la tenemos ya en el cielo. Nuestra cabeza intercede por nosotros. Nuestra cabeza, libre del pecado y de la muerte, nos hace propicio a Dios ante nuestros pecados, a fin de que también nosotros, una vez resucitados al fin del tiempo y transformados con vistas a la gloria celeste, sigamos a nuestra cabeza. Pues a dónde va la cabeza, van también los restantes miembros. Con todo, mientras estamos aquí, somos miembros suyos; no perdamos la esperanza de seguir a nuestra cabeza» (S. 137, 1).

El Espíritu Santo vivifica y forma a la Iglesia por medio de la caridad. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia y la vida que otorga a la Iglesia es precisamente la caridad, y, con la caridad, la unión, la comunión entre sus miembros. La caridad es la salud de la Iglesia, la salud del Cuerpo de Cristo. Por esto el amor entre los miembros de la Iglesia es la manifestación más clara de la presencia del Espíritu Santo en ellos: «También nosotros recibimos el Espíritu Santo si estamos unidos por la caridad» (Io. eu. tr. 32, 8).

Las lenguas de fuego que descendieron sobre los discípulos en Pentecostés son la expresión del fuego que quema y destruye el pecado y, con el pecado, de todo aquello que separa a los hombres unos de los otros. Ese fuego realiza la unión, la comunión entre todos por el lazo de la caridad. El Espíritu, por la caridad, es principio de unidad: «radix unitatis» (En. Ps.143, 3).

Por otra parte, San Agustín otorga una gran importancia al hecho de que los discípulos, en Pentecostés, se hacen comprender en todas las lenguas: *Cada uno les oíamos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua* (Act 2,11). La pluralidad de lenguas en Pentecostés es igualmente expresión de la unidad de la Iglesia, obra del Espíritu Santo.

«Así, pues, pensamos sabiamente que, si el Espíritu Santo manifestó en aquel tiempo su presencia mediante las lenguas de todos los hombres, fue para que entendamos que, de igual modo, en este tiempo en que no se manifiesta de esa manera, nadie que esté separado de la unidad de todos los pueblos posee el Espíritu, aunque haya recibido el baño del sacramento del bautismo» (S. 269, 2).

La caridad, el amor es, igualmente, el criterio de discernimiento para conocer la voluntad de Dios sobre lo que es recto y bueno. Es, se puede afirmar, el juicio de Dios:

«Nada hay más excelente que este don de Dios. Él divide a los hijos del reino eterno de los hijos de la perdición eterna. Otros dones se conceden por mediación del Espíritu Santo, pero sin la caridad de nada aprovechan. Nadie puede pasar del lado izquierdo al derecho si el Espíritu Santo no le hace amador de Dios y del prójimo» (Trin. XV 18, 32).

El amor fraterno es pues el criterio más seguro para discernir la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida. Trabajar por la unidad de

la Iglesia, por la comunión entre sus miembros, es hacer que el Espíritu Santo descienda sobre nosotros y nos vivifique. Para conseguirlo, es preciso liberarse, purificarse de todo egoísmo, de todo lo que encierra a los miembros de la Iglesia sobre sí mismos y los aleja a los unos de los otros. El individualismo es la enfermedad mayor del Cuerpo de Cristo.

«El Espíritu se denomina Don por el amor; y el que no lo posee, aunque hable el lenguaje de los hombres y de los ángeles, es bronce que resuena o esquila que tintinee; y si tuviese el don de profecía y conociese todos los misterios y toda la ciencia, y su fe sea capaz de trasladar montañas, nada es; y aunque distribuya toda su hacienda y entregue su cuerpo a las llamas, de nada le aprovecha. ¡Qué don tan excelso es el amor, sin el cual estos bienes tan grandes a nadie pueden conducir a la vida eterna!

Si el que no posee el don de lenguas ni de profecía, ni conoce los misterios y la ciencia, ni distribuye sus bienes a los pobres, o porque no los tiene o porque se lo impide alguna necesidad perentoria; ni entrega su cuerpo a las llamas, por faltarle ocasión de padecer este suplicio, posee la dilección o caridad —dos nombres distintos de una sola cosa—, ésta le conducirá al reino, y así sólo el amor hace útil a la fe. Puede sin el amor existir la fe, pero no aprovecha. Por eso dice San Pablo: *En Cristo Jesús, ni vale la circuncisión ni vale el prepucio, sino la fe actuada por el amor*; distinguiéndola de aquella fe que hace creer y temblar a los demonios. La caridad que viene de Dios y es Dios, es propiamente el Espíritu Santo, por el que se derrama la caridad de Dios en nuestros corazones, haciendo que habite en nosotros la Trinidad. Por esta causa, siendo el Espíritu Santo Dios, se llama Don de Dios. ¿Y qué puede ser este Don, sino amor que nos allega a Dios, sin el cual cualquier otro don de Dios no nos lleva a Dios?» (Trin. XV 18, 32).

DONDE ESTÁ LA CARIDAD SE HACE PRESENTE EL ESPÍRITU SANTO

Spiritum sanctum habere qui diligit, et habendo mereri ut plus habeat, et plus habendo plus diligit.
(Io. eu. tr. 74, 2).

Sin la caridad la fe como las obras carecen de valor. De hecho, la fe actúa por amor. Sin el amor la fe está muerta. Y aquí se encuentra el fundamento de la oposición de San Agustín a los donatistas. Para

Agustín la característica propia de los donatistas es su carencia o la ausencia de la caridad. Los donatistas han puesto la perfección, la pureza por encima de la caridad, y, por lo mismo, de la unidad. La unión con la Iglesia otorga la caridad y con la caridad la unidad.

«Si ya tengo el bautismo —dice—, ¿qué puedo recibir? Recibirás la Iglesia que no posees, recibirás la unidad que no tienes, recibirás la paz de que careces [...] Considera los términos empleados: soportar, amor, unidad del espíritu, paz. El Espíritu aquí mencionado, y que tú no tienes, es el autor de todo ello» (S. 260 A, 3).

La presencia del Espíritu Santo en el corazón de los fieles se manifiesta tanto en el amor hacia Dios como en el amor de unos miembros con otros e, igualmente, en la paz fruto de la caridad. Quien ama a la Iglesia, quien trabaja por la paz y la unión entre sus miembros posee ya el Espíritu Santo, el Espíritu Santo llega a ser el alma de su alma.

«También nosotros recibimos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, si estamos unidos por la caridad, y si gozamos de la fe y del nombre católicos. Creamos, hermanos, que cada cual tiene el Espíritu Santo en la medida en que ama a la Iglesia de Cristo [...] Tenemos, pues, el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia; ahora bien, la amamos si estamos unidos en la caridad. Pues el mismo Apóstol, después de hablarnos de los diversos dones otorgados a los hombres según las funciones de cada uno de los miembros, dice: *Os propongo aún otra vida mucho más excelsa*, y comienza a hablar de la caridad. La antepuso a las lenguas de los ángeles y de los hombres, a los milagros de la fe, a la ciencia y a la profecía, a la gran obra de misericordia, por la que se distribuye a los pobres todo cuanto se posee, y al final la antepuso incluso al padecimiento corporal: a todo esto, tan grande, antepuso la caridad. Tenla a ella misma, y tendrás todas las cosas; porque sin ella no te servirá de nada todo lo demás que tuvieres. Y como la caridad de que nos habla pertenece verdaderamente al Espíritu Santo, oye lo que te dice el mismo Apóstol: *La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que nos ha sido dado*» (Io. eu. tr. 32,8).

Para Agustín caridad e Iglesia se encuentran íntimamente unidas. La caridad es la manifestación del Espíritu Santo, es la vida que nos otorga el Espíritu Santo. La caridad dentro de la Iglesia consiste en la participación en la «Communio», es decir en la comunidad que forman los miembros de la Iglesia «Y no tienen el amor a Dios los que no aman la unidad de la Iglesia» (Bapt. 3,16, 21).

LA CARIDAD: SALUD DE LA IGLESIA

Hoc est ergo in membris Christi caritas, quod est in membris corporis sanitas. (S. 162 A, 6).

En efecto allí en donde está presente la caridad el Espíritu Santo se hace presente. La caridad, don del Espíritu Santo, es la salud de la Iglesia.

«Así, pues, hermanos, vemos que cada miembro, en su competencia, realiza su tarea propia, de forma que el ojo ve, pero no actúa; la mano en cambio actúa, pero no ve; el oído oye, pero no ve ni actúa; la lengua habla, pero ni oye ni ve; y aunque cada miembro tiene funciones distintas y separadas, unidos en el conjunto del cuerpo tienen algo común entre todos. Las funciones son distintas, pero la salud es única. En los miembros de Cristo, la caridad es lo mismo que la salud en los miembros del cuerpo [...] Finalmente, es molestia para el cuerpo entero cualquier miembro que en él enfermarse, y, en verdad, todos los miembros aportan su colaboración para que sane el que está enfermo y la mayor parte de las veces sana. Pero si no hubiera sanado y la mucha podredumbre producida indicase la imposibilidad de ello, de tal modo se mira por el bien de todos que se le separa de la unidad del cuerpo» (S. 162 A, 6).

El Espíritu Santo, por medio de la caridad, realiza la unión entre todos los miembros de la Iglesia. La pertenencia a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, no será perfecta más que gracias a la caridad. Si la unidad entre los miembros de la Iglesia es frágil, conocemos su causa: su amor es igualmente frágil.

San Agustín tiene expresiones ciertamente muy fuertes sobre el lazo sumamente estrecho que existe entre el Espíritu Santo, la caridad y la unidad.

«No hay amor de Dios [en el que no ama la unidad de la Iglesia; por esto se podría decir que no se recibe el Espíritu Santo más que en la Iglesia]» (Bapt. 3, 16, 21).

En Pentecostés, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos bajo forma de lenguas de fuego. El fuego ilumina, quema y purifica. Es la expresión de la caridad. Penetrando en los discípulos los inflama con el fuego de la paz y de la unidad y anuncian a todo el mundo el precepto de Jesús: «Que todos sea uno como tú, Padre, estas en mí y

yo en ti. Que sean uno en nosotros, ellos también, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). Les otorga igualmente el don de hablar todas las lenguas para mostrar que todos los hombres están llamados a formar una sola comunión entre ellos en Dios, no teniendo más que una sola alma y un solo corazón en Dios.

Es cierto que el Espíritu Santo se hace presente donde quiere, pero no es jamás principio de anarquía. Su influencia se ejerce en la unidad. Allí en donde hay caridad y unidad el Espíritu Santo se hace presente y da vida, vivifica a aquello que toca.

«Hoy día el signo por el cual se sabe que alguien ha recibido el Espíritu Santo es por estar unido con el lazo de la unidad y de la paz con la Iglesia extendida por todas las naciones. Esto hacía decir a San Pablo: *Trabajad con esmero en conservar la unidad de un mismo espíritu, a través del lazo de la paz*» (S. 71, 28).

«Conocemos que el Espíritu Santo habita en nosotros. ¿Y cómo conocemos que habita en nosotros? El mismo Juan dijo: *Porque nos ha dado participar de su Espíritu*. ¿Cómo sabemos que nos ha dado participar de su Espíritu? Pregunta a tu corazón; si está lleno de caridad, tienes el Espíritu de Dios. ¿Cómo conocemos que es ése el criterio para saber si el Espíritu de Dios habita en ti? Interroga al apóstol Pablo: *Porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado*» (Ep. Io. tr 8, 12).

«En los inicios de la Iglesia el Espíritu Santo descendía sobre los creyentes y hablaban lenguas que no habían aprendido, según el Espíritu les concedía expresarse. Era un signo adecuado a los tiempos [...] Así, pues, si la presencia del Espíritu Santo no la atestiguan ya milagros como ése, ¿cómo acontece, cómo sabe cada cual si ha recibido el Espíritu Santo? Interroga a su corazón. Si ama al hermano, el Espíritu de Dios permanece en Él. Exámítese, pruébese a sí mismo en presencia de Dios. Vea si mora en él el amor de la paz y de la unidad, el amor a la Iglesia difundida en todo el orbe de la tierra. No mire a amar sólo al hermano que ve ante sí, pues son muchos los hermanos nuestros que no vemos y con los cuales estamos vinculados en la unidad del Espíritu [...] Así, pues, si quieres saber si has recibido el Espíritu, interroga a tu corazón, no sea que poseas el sacramento, pero no se haya mostrado eficaz en ti. Interroga a tu corazón, y si en él hallas el amor fraterno, quédate tranquilo. No puede haber amor sin el Espíritu de Dios. Es Pablo quien grita: *La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado*» (Ep. Io. tr. 6, 10).

EL ESPÍRITU SANTO Y LOS NUEVOS MOVIMIENTOS ECLESIALES

DR. EDUARDO TORAÑO LÓPEZ

Asesor Nacional de la Renovación Carismática Católica en España

RESUMEN:

El Espíritu Santo es corriente de vida que no deja de moverse y siempre actúa junto al Padre y al Hijo en un fluir permanente. El Espíritu, «alma de la Iglesia», la guía en la historia conforme a la necesidad concreta de cada momento. En torno al Vaticano II florecen los movimientos eclesiales como un nuevo Pentecostés para dinamizar la Iglesia y evangelizar el mundo. Esto ha hecho redescubrir de modo nuevo los dones carismáticos, esenciales como los jerárquicos, y cuyo fin es edificar la Iglesia para el bien común. La institucionalización de algunos carismas ha dado lugar a los nuevos movimientos eclesiales.

Palabras claves: movimiento, corriente, carisma, vida, Espíritu Santo.

ABSTRACT:

The Holy Spirit is a current of life that does not stop moving and always acts together with the Father and the Son in a permanent flow. The Spirit, «soul of the Church», guides her in history according to the concrete needs of each moment. Around Vatican II, ecclesial movements flourish like a new Pentecost to move the Church and evangelize the world. This has made us rediscover in a new way the charismatic gifts, essential as well as the hierarchical ones, and whose purpose is to build the Church for the common good. The institutionalization of some charisms has given rise to new ecclesial movements.

Main arguments: Holy Spirit, movement, current, charisma, life.

La realidad de los nuevos movimientos en la vida de la Iglesia está unida inseparablemente a la acción del Espíritu Santo. Si podemos hablar de movimientos eclesiales es porque la Iglesia está en continuo movimiento y el que la mueve es el Espíritu.

Comenzaremos hablando del Espíritu Santo como realidad dinámica, corriente de gracia que está siempre actuando en la Iglesia para dar vida al mundo. En segundo lugar, trataremos la realidad de los nuevos movimientos como dimensión carismática de la vida de la Iglesia y la acción del Espíritu en estas realidades eclesiales.

I. EL MOVIMIENTO DEL ESPÍRITU SANTO

Siempre ha sido difícil definir al Espíritu Santo. No hay una analogía clara que exprese la identidad del Espíritu Santo como la hay para el Padre y el Hijo. Mientras que tenemos una experiencia humana de paternidad y filiación, no la tenemos de «espíritu santo». Además, los nombres propios de las dos primeras personas de la Trinidad hacen solo referencia a su propiedad personal, en cambio el nombre «Espíritu Santo» está compuesto por dos términos que son atributos de la esencia divina, ya que «Dios es Espíritu» (Jn 4,24) y es «santo» (Lev 19,2; 1 Pe 1,16). Al aparecer en la revelación el nombre propio de «Espíritu Santo» como un tercero junto al Padre y al Hijo la tradición de la Iglesia reconocerá que es la tercera persona de la Trinidad de igual dignidad y valor que las otras dos, pero tendrá dificultad en explicar lo que es propio de su ser persona. Por eso el lenguaje más utilizado para referirse al Espíritu Santo es simbólico.

No es el momento aquí de hacer una teología del Espíritu Santo en su vida intradivina, sino que buscamos identificar su presencia y acción en la revelación. Desde esta perspectiva histórico-salvífica vamos a hacer este estudio sobre el Espíritu Santo centrándonos en su ser dinámico. El Espíritu se mueve sin cesar, porque está siempre actuando, desde la creación —su primera acción *ad extra* con el Padre y el Hijo— hasta el final de los tiempos.

El Espíritu Santo, que está en constante movimiento, da vida y lo renueva todo, como vemos descrito en algunos de los símbolos con los que la Escritura manifiesta su acción. El Espíritu es corriente de vida como el agua que fluye, es como viento que sopla o llama de fuego que se propaga¹, como sucedió en Pentecostés. Este movimiento del Espíritu se hace presente en la Iglesia y la mueve, haciendo de la Iglesia una realidad en movimiento que hace posible que la gracia del Espíritu fluya para dar vida a todo el mundo.

1. EL ESPÍRITU ES CORRIENTE DE VIDA

El Espíritu es una corriente incesante que da vida. Quizá el símbolo más gráfico que aparece en la Escritura que describe al Espíritu como corriente de vida es el agua. En el evangelio de Juan aparece esta «agua viva» que Jesús promete a la samaritana (cf. Jn 4,10) y que correrá en el interior de quien la acoja: «el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,14). Algo similar repite en la fiesta de los tabernáculos: «‘de sus entrañas manarán ríos de agua viva’. Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él» (Jn 7,38-39). Los que escuchaban esta promesa de Jesús seguramente se acordarían de la profecía de Ezequiel que veía el agua brotando del Templo hasta desbordarse en un torrente tan crecido que no se podía atravesar (cf. Ez 47,1-12).

Esta profecía, así como la promesa de Jesús, se realiza en el corazón de Cristo. Jesús es el nuevo Templo de Dios (cf. Jn 2,19-21) en el que se desborda el agua de la gracia. De su corazón traspasado mana una corriente de agua viva (cf. Jn 19,34) para darnos la salvación, cumpliéndose también en Él las profecías de Isaías y Zacarías: «Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación» (Is 12,3); «aquel día brotará una fuente para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, remedio de errores e impurezas» (Zac 13,1).

Del corazón de Cristo viene la corriente de agua viva que recibe el corazón del creyente para ser, a su vez, manantial de vida. Así, el agua del costado de Cristo es el agua viva que sacia la sed del corazón humano, como Jesús anunció a la samaritana: «el que beba del

¹ Para una síntesis de los símbolos del Espíritu ver: *Catecismo de la Iglesia Católica*, 694-701.

agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4,14). El que recibe la vida en el Espíritu tiene ya en sí un manantial de vida que lo colma y no necesita acudir a otras aguas. La samaritana, que buscaba desordenadamente el amor en otros lugares, pedirá esta agua sin ser aún consciente de lo que pedía: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla» (Jn 4,15). Así pues, la corriente de agua viva, que es el Espíritu, fluye de modo especial en el corazón humano como un manantial que crece más y más.

El Espíritu Santo, como agua viva que Jesús da, será una fuente de agua hasta la vida eterna, como anunció a la samaritana. Esta corriente de vida eterna es la que tendremos definitivamente en el cielo, según aparece en el Apocalipsis. Así, en Ap 21, después de describir el cielo como la «nueva Jerusalén», el «cielo nuevo» y «tierra nueva», (vv. 1-2) afirma: «Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente» (v. 6). De modo, que los salvados «ya no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el bochorno. Porque el Cordero que está delante del trono los apacentará y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos» (Ap 7,16-17).

Junto con la fuente de agua viva en el Apocalipsis reaparece el simbolismo del árbol de vida, descritos en el Génesis. Si ya se puede ver, como hacen Padres de la Iglesia, en los hermosos árboles del paraíso terrenal y en el río y sus cuatro brazos (cf. Gén 2,9-14) la presencia de Cristo y del Espíritu Santo, como signo de la gracia inicial del hombre creado², en el paraíso celestial descrito en el Apocalipsis esta corriente del río y del árbol de vida manifiesta la gracia de la vida plena en Dios: «Y me mostró un río de agua de vida, reluciente como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de su plaza, a un lado y otro del río, hay un árbol de vida que da doce frutos, uno cada mes. Y las hojas del árbol sirven para la curación de las naciones» (Ap 22,1-2).

El agua de vida, de la que habla este texto, viene del trono de Dios y del Cordero y en su recorrido va haciendo brotar frutos que curan las naciones. Esta agua viva, que es el Espíritu Santo, viene del Padre

² Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *De Spiritu Sancto* I,154-162 (t.16,156-160); *Explanatio psalmi* 35,21 (t.7,136) (Città Nuova [Roma]-Biblioteca Ambrosiana [Milano]) 1995.

y del Hijo (Cordero inmolado) como una corriente de vida nueva y sanación para el mundo.

2. UNA VIDA NUEVA

El efecto principal del movimiento del Espíritu es generar una vida nueva (cf. Ez 37,5-14), que quien la recibe ha de cuidar y cultivar (cf. Gén 2,15). Se trata de una renovación interior que pasa por la conversión del corazón: «Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme» (Sal 51,12), para alcanzar un «corazón nuevo» y un «espíritu nuevo» (Ez 36,26; cf. Ez 11,19; 18,31).

Es similar a un «nuevo nacimiento» que viene del Espíritu y actualiza la gracia del bautismo (cf. Jn 3,5)³, sepultando el pecado (cf. Gén 7,6-8,22; Ex 14,15-15,20) para así morir al hombre viejo y renacer el hombre nuevo a la vida de la gracia (cf. Ef 4,22-24). Este renacimiento conlleva una mayor vida interior, lo cual supone el deseo de las cosas del Espíritu y no las de la carne (cf. Rom 8,5-6). El corazón de la criatura nueva se ensancha con un deseo ardiente de conocer más las cosas de Dios y relativizando el gusto por los placeres terrenos. De modo que experimenta un deseo creciente de unión con Dios, que le lleva a buscarle en su Palabra, en los sacramentos y en cada una de las situaciones de la vida.

Esta vida nueva puede configurarse a partir de una conversión fulgurante o de modo progresivo. Si bien, también en el primer caso, es necesario un proceso.

El término de experiencia religiosa puede verificarse en dos hipótesis: la de una experiencia decisiva, que sucede en un momento determinado y es susceptible de datarse con precisión; o la de una experiencia creciente, donde la presencia del Espíritu recibido en el bautismo se manifiesta progresivamente a la conciencia del creyente⁴.

El Espíritu Santo transforma al que se deja hacer en un proceso histórico que, junto a la acción de la gracia, supone también tiempo y trabajo. Se trata de dejar que el Espíritu tome por completo toda la persona, para dejarse poseer y envolver en la presencia divina. Así,

³ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 694.

⁴ L.J. SUENENS, *Documento de Malinas I*.

sin dejar de ser uno mismo, se pasa a una identidad transformada por el Espíritu.

La transformación obrada por el Espíritu lleva a una conversión continua, lo cual conlleva un proceso espiritual que pasa por la purificación:

La experiencia del Espíritu puede también situarse del lado de la debilidad y de la humillación (cf. 1 Cor 1,24-31), en la sobriedad y la fidelidad de los ministerios «normales» (cf. 1 Cor 12,28). Lleva también a la experiencia de la cruz (cf. 2 Cor 4,10) y debe realizarse en una conversión (*metanoia*) continua y en la aceptación del sufrimiento redentor⁵.

En el camino de esta vida es necesaria la purificación de los sentidos y del corazón, que es, en definitiva, consecuencia del amor⁶. Así, la persona va siendo transformada en todas sus dimensiones: entendimiento, voluntad, memoria, corazón y cuerpo; esto es, en sus pensamientos, decisiones, afectos, sentimientos, emociones y sensaciones.

Cuando la experiencia del Espíritu ha calado en lo profundo esta perdura en lo esencial. La persona descubre una nueva dimensión en la experiencia de Dios, experimenta una renovación en su vida, en medio de sus dificultades y caídas, con una mayor confianza en el amor misericordioso de Dios, más apertura a la gracia y mayor libertad interior.

La vida nueva del Espíritu se manifiesta en los frutos del Espíritu Santo: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (Ga 5, 22-23)⁷. El *Catecismo* los define como «perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna»⁸. Los frutos son, por tanto, interiores y permanecen en la persona, pero en distinto grado según el momento, ya que no eliminan el carácter de combate espiritual de nuestra condición terrena.

⁵ *Ibidem*.

⁶ JUAN DE LA CRUZ, *Oh llama de amor viva*: «¡Oh cauterio suave! ¡Oh regalada llaga!... matando muerte en vida la has trocado».

⁷ El *Catecismo* extiende a doce los frutos del Espíritu, como desarrollo de los señalados en Gál 5,22-23: «caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad» (n.1832).

⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1832.

3. EL ESPÍRITU FLUYE EN LA IGLESIA

La corriente del Espíritu, fuente de vida que actúa en el corazón humano, obra asimismo en la comunidad eclesial. En efecto, el Espíritu habita en la Iglesia, «porque donde está la Iglesia, ahí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, ahí está la Iglesia y toda gracia»⁹.

El Espíritu, que es el «alma de la Iglesia»¹⁰, se ha hecho presente en todo su devenir histórico. En este transcurrir se ha ido manifestando de modo cada vez más explícito y concreto. Desde la creación hasta la parusía, en esa concepción lineal judeocristiana de historia, la acción del Espíritu va creciendo hasta llevar a la plenitud todo lo creado al final de los tiempos. En toda esta historia salvífica podemos ver la presencia de la Iglesia, como señala *Lumen gentium*:

La Santa Iglesia, que fue ya prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en el Antiguo Testamento, constituida en los últimos tiempos, manifestada por la efusión del Espíritu Santo, y se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos¹¹.

A partir de ver a la Iglesia presente desde la creación hasta la escatología, como hace este pasaje, y del estrecho vínculo entre Espíritu e Iglesia, podemos señalar la acción del Espíritu en la historia siguiendo las diversas etapas descritas por el texto conciliar. Así, vamos a describir brevemente cómo está presente el Espíritu Santo en la creación, en la historia de Israel (AT), en Cristo y en la Iglesia que nace en Pentecostés (NT), hasta su consumación última en la parusía.

La Iglesia prefigurada en el origen del mundo está presente en la primera comunidad humana gracias al soplo del Espíritu. El aliento divino (*ruah Yahveh*), que ya aparece en la creación del cosmos para dar vida al mundo (cf. Gén 1,2; Sab 1,7), es el que hace del barro modelado un ser vivo (cf. Gén 2,7; Job 33,4; Sab 15,11). El Espíritu, que actúa en la primera creación, también lo hace en la «creación continua», ya que permite que las criaturas permanezcan en el ser: si «les retiras el aliento, expiran y vuelven a ser polvo» (Sal 104,29; cf. Job 34,14-15).

⁹ IRENEO DE LYON, *Adversus haereses* III, 24, 1 (Sch 211) 472-475.

¹⁰ JUAN PABLO II, *Audiencia general* (28-IX-1990); LEÓN XIII, Encíclica *Divinum illud munus*, 8: «Si Cristo es la cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es su alma». Cf. S. AGUSTÍN, *Sermo* 269, 2 (PL 38,1232).

¹¹ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 2.

Vemos también la acción del Espíritu en la Iglesia preparada en la historia de Israel y en el Antiguo Testamento, de modo particular en aquellos que son elegidos para ser mediadores entre Dios y el pueblo. Así, en Moisés el Señor «infundió en su interior su santo espíritu» (Is 63,11) y solo puntualmente comparte el Espíritu¹². Los Jueces experimentan el poder del Espíritu que los posee e invade, como ocurre con Otoniel (cf. Jue 3,10), Gedeón (cf. Jue 6,34), Jefté (cf. Jue 11,29) y, de modo especial, con Sansón (cf. Jue 13,24-25; 14,6.19; 15,14-15). Después serán los reyes quienes reciben la unción del Espíritu para ejercer su misión de gobierno, como sucede con Saúl, sobre el que viene «el espíritu del Señor» (1 Sam 10,6), «el espíritu de Dios» (1 Sam 10,10; 11,6) y luego en David, que recibe el Espíritu «desde aquel día en adelante» por la unción del profeta Samuel (1 Sam 16,13-14). También el Espíritu habita en los profetas (cf. Dn 4,5-6.15; 5,11.14; 6,4; 13,45), que los envía (cf. Ez 2,2; Is 48,16), fortalece (cf. Mi 3,8; Zac 4,6) e inspira (cf. Is 59, 21; Zac 7,12)¹³.

En la Iglesia constituida en los últimos tiempos el Espíritu se hace presente en plenitud en el Mesías, el Ungido: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18; cf. Is 61,1-2). Tanto en sus palabras como en sus obras el Espíritu actúa a través de la humanidad de Jesús. Su precursor, Juan Bautista, está «lleno del Espíritu Santo ya en el vientre materno» (Lc 1,15), Espíritu que se manifestará en su madre Isabel (cf. Lc 1,41-42), su padre Zacarías (cf. Lc 1,67ss) y en Simeón (cf. Lc 2,25-27) y Ana (cf. Lc 2,36-38)¹⁴.

La Iglesia es manifestada por la efusión del Espíritu Santo, que Jesús resucitado derrama sobre sus discípulos: «sopló sobre ellos y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo’» (Jn 20,22) y que es dado a «toda carne» (Hch 2,17) en Pentecostés, cumpliéndose así la profecía de Joel. Aquí llegamos al momento nuclear de la revelación del Espíritu Santo, que tendrá su consumación en la parusía.

¹² «El Señor bajó en la Nube, habló con Moisés y, apartando algo del espíritu que poseía, se lo pasó a los setenta ancianos. En cuanto se posó sobre ellos el espíritu, se pusieron a profetizar. Pero no volvieron a hacerlo» (Núm 11,25; cf. vv.26-29).

¹³ Cf. E. TORAÑO LÓPEZ, *Dios y uno y trino* (Universidad San Dámaso, Madrid 2017) 88-89.

¹⁴ Cf. *Ibíd.* 110-113.

4. EL ACONTECIMIENTO DE PENTECOSTÉS

Pentecostés merece un espacio aparte porque es el momento en que el Espíritu se revela a la Iglesia para que todos los hombres lo puedan recibir. El Espíritu ha estado presente desde la creación durante toda la historia de la salvación; pero que haya actuado no quiere decir que se haya dado a conocer. Es en Pentecostés cuando se manifiesta explícitamente a los discípulos para que lo comuniquen a todos los hombres.

El acontecimiento ocurrido en Pentecostés es el momento crucial de la acción del Espíritu Santo, porque en este día se cumple lo que Jesús había anunciado a sus discípulos: «recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén» (Hch 1,8). Esta promesa refiere dos hechos fundamentales que van unidos y son consecutivos: los discípulos recibirán el don del Espíritu Santo y, como consecuencia de ello, serán enviados para comunicar este don a todo el mundo.

a) El envío del Espíritu

Consumada, pues, la obra, que el Padre confió al Hijo en la tierra (cf. Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, para que santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en un mismo Espíritu (cf. Ef 2,18)¹⁵.

En Pentecostés el Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo a la Iglesia para santificarla y para que anuncie a Jesucristo. Este envío es la segunda «misión» trinitaria, en continuidad con la misión del Hijo, enviado por el Padre en la encarnación (cf. Gál 4,4)¹⁶. Pentecostés es un día concreto de la historia en el que los judíos celebraban la fiesta de las siete semanas (cf. Tb 2,1), que en un principio era la celebración agrícola de la fiesta de la cosecha (cf. Núm 28,26ss) en la que se ofrecía a Dios la primicia del grano (cf. Éx 23,16; Dt 16,9); en tiempos de Jesús pasó a ser la fiesta de la concesión de la ley en el Sinaí y de la alianza (cf. Éx 19-20)¹⁷. De modo que, en el día en que

¹⁵ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 4.

¹⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 689: «Cuando el Padre envía su Verbo, envía también su aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero inseparables. Sin ninguna duda, Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela».

¹⁷ Cf. R. CANTALAMESSA, *La vida en Cristo* (PPC, Madrid 2003) 180.

los judíos recibieron la ley escrita por el dedo de Dios, descendió el Espíritu Santo¹⁸.

En el relato bíblico (cf. Hch 2,1-41) aparecen varias manifestaciones del Espíritu Santo: «De repente se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse» (Hch 2,2-4)¹⁹. Aunque el envío del Espíritu es interior e invisible, en cuanto que es enviado al corazón humano (cf. Gál 4,6), en la Iglesia es visible²⁰, y, en ocasiones, se revela con signos, como sucedió ya durante la vida de Jesús en el Jordán «con apariencia corporal semejante a una paloma» (Lc 3,22) y en el Tabor bajo el símbolo de la «nube luminosa» (Mt 17,5).

Lo primero que sorprende es la aparición de un viento, aludiendo así al significado más literal del término «espíritu». En efecto, el vocablo latino *spiritus* traduce los términos bíblicos *ruah* (hebreo) y *pneuma* (griego) cuyo significado es viento, soplo o aliento vital. El texto bíblico señala que el Espíritu aparece con un gran ruido como viento impetuoso que llena toda la casa. De la semejanza del Espíritu con el viento y su sonido ya había hablado Jesús en su conversación con Nicodemo: «El viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu» (Jn 3,8). En Pentecostés el Espíritu aparece como viento fuerte; otras veces se manifiesta como brisa ligera (cf. 1 Re 19,12), pero ya sea fuerte o suave produce un movimiento que hace sentir su presencia y no puede ser dominado: «no sabes de dónde viene ni adónde va». Con esta simbología se manifiesta la libertad absoluta del Espíritu que se mueve como quiere y la llamada a dejarse llevar por Él sin querer controlarlo.

Llama la atención que se destaque también el estruendo que ese sonido produce al bajar desde el cielo llenando de repente toda la estancia donde estaban sentados. Esto puede significar el poder del Espíritu que

¹⁸ Cf. S. AGUSTÍN, *Sermo Mai* 158,4 (PLS 2,525).

¹⁹ Para una reflexión de Hch 2 a partir de los términos del texto bíblico: ver: E. TORRAÑO LÓPEZ, «Movimientos eclesiales y nueva evangelización. Un nuevo Pentecostés», en: J.C. CARVAJAL BLANCO (dir.), *Emplazados para una nueva evangelización* (Presencia y Diálogo n. 37. Universidad San Dámaso, Madrid 2013) 260-264.

²⁰ Cf. LEÓN XIII, Encíclica *Divinum illud munus*, 6.

hace ese gran ruido para, como podemos intuir, levantarlos y ponerlos en marcha. Así ocurrió, al menos, con todos aquellos judíos devotos que, venidos de todos los pueblos, residían en Jerusalén, y acudieron al cenáculo en multitud al oír ese «ruido» (cf. Hch 2,5-6). Así pues, podemos ver el movimiento del Espíritu en el simbolismo del viento, que se mueve impetuosamente y pone en movimiento a todos los presentes por el sonido que produce.

El segundo signo es el de las lenguas de fuego que se van dividiendo para posarse sobre cada uno de los discípulos. Parece que las lenguas vienen juntas y luego se separan, pudiendo así expresar que el Espíritu es uno, pero que se hace presente en cada discípulo de un modo diverso, manifestando así la unidad del Espíritu y la diversidad de sus manifestaciones. Pero, sobre todo, estas lenguas destacan por su dinamismo, se mueven hasta situarse sobre cada uno de los discípulos, y ya sobre sus cabezas no permanecen quietas, pues es propio de la llama estar siempre en movimiento. Con el simbolismo del fuego, además, se señala su efecto purificador (cf. Is 6,6-7), pero en este caso se manifiesta más como esa luz y fuerza que reciben los discípulos para emprender este nuevo camino que se abre a la misión, así como la columna de fuego fue la que guio y acompañó al pueblo de Dios en su travesía por el desierto (cf. Éx 13,21-22)²¹ para ser liberado de la esclavitud.

El tercer fenómeno es el de la glosolalia, por el que hablan lenguas «según el Espíritu les concedía manifestarse» (Hch 2,4). Este hecho volverá a darse en la vida de la Iglesia unido a la efusión del Espíritu: «bajó el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la palabra, y... los oían hablar en lenguas extrañas y proclamar la grandeza de Dios» (Hch 10,44-46).

En estas manifestaciones de Pentecostés vemos al Espíritu en movimiento: el viento que sopla y mueve la estancia y a los presentes, las llamaradas de fuego que se reparten, las lenguas que hablan... Pero estos no son los únicos signos con los que el Espíritu se puede revelar, pues puede tener múltiples manifestaciones, si bien no se reduce a ninguna de ellas. En otras ocasiones el Espíritu se mostrará de otros modos, como cuando estando en oración: «tembló el lugar donde estaban reunidos; los llenó a todos el Espíritu Santo, y predicaban con valentía la palabra de Dios» (Hch 4,31). El movimiento del Espíritu

²¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 696.

aquí es aún más fuerte al hacer temblar el lugar donde están y llenarlos a todos de su presencia. Este hecho nos recuerda el movimiento que se produjo cuando Jesús entregó el Espíritu al morir en la cruz: «gri-tando de nuevo con voz potente, exhaló el espíritu. Entonces el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se resquebrajaron, las tumbas se abrieron» (Mt 27,51).

Así pues, la *dynamis* del Espíritu se hace presente en su acción poderosa que se visibiliza en el movimiento.

b) La misión de la Iglesia

Junto con la recepción del Espíritu Santo, en Pentecostés comienza la misión de la Iglesia. Los discípulos, nada más recibir el Espíritu Santo, lo comunican al mundo. Así hace Pedro el mismo día de Pentecostés (cf. Hch 2,14-41), explicando lo que habían visto y oído a todos los que estaban ahí y que se habían quedado «estupefactos», «admirados» y «desconcertados». El cabeza de la Iglesia proclama con claridad y valentía el kerigma, el anuncio del misterio pascual de Jesucristo, que moverá a miles a la conversión y al bautismo. En su enseñanza anuncia un derramamiento universal del Espíritu enviado por Jesús: «A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado» (Hch 2,32-33), cumpliéndose así la efusión del Espíritu profetizada por Joel (cf. Jl 3,1-5). Pedro explica que es Jesús quien envía al Espíritu Santo, cumpliendo así la promesa del Padre, y que ellos son testigos de esto. A partir de este momento comienza el ministerio de la Iglesia. Al envío del Espíritu le sucede el de la Iglesia, como vemos también en Juan:

Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos (Jn 20,21-23).

En este texto, llamado el «pentecostés joánico», Jesús explicita tres envíos: el Padre envía al Hijo, Jesús envía al Espíritu Santo a los discípulos y, por último, Jesús los envía al mundo. Cristo glorificado envía al Espíritu, pero no lo hace por su propia cuenta sino «desde el Padre», pues el Espíritu «procede del Padre» (Jn 15,26), por lo que

el Padre y el Hijo lo envían conjuntamente como un solo principio²². Finalmente, después de infundir Cristo resucitado el Espíritu sobre sus discípulos les otorga la misión de perdonar los pecados.

De manera que a la misión del Hijo y del Espíritu (las dos misiones trinitarias) le sucede la misión de la Iglesia. La misión del Espíritu lleva a cumplimiento la misión del Hijo en el designio universal del Padre, introduciendo al creyente en la comunión con el Padre y el Hijo, otorgándole la filiación adoptiva en Cristo (cf. Gál 4,6). A su vez, la misión de la Iglesia, en continuidad con la del Espíritu Santo, es dar a conocer la vida trinitaria, llevando el amor del Padre manifestado en su Hijo Jesucristo por el Espíritu Santo²³.

Con esta cadena de envíos vemos que la Iglesia está unida a la Trinidad, pues recibe del Espíritu y de Cristo el dinamismo para poder llegar al Padre y, por otro lado, para dirigirse al mundo.

La Iglesia es en sí misma, por tanto, movimiento, tanto porque está constituida por un movimiento descendente de la Trinidad, como también porque su naturaleza es misionera y se mueve hacia el hombre y el mundo²⁴. La llama del Espíritu que se posó sobre los discípulos los lleva a predicar con este fuego, para que muchos corazones ardan y se bauticen con el bautismo de Jesús (cf. Hch 2,41; 10,47-48), que Juan Bautista anunció: «con Espíritu Santo y fuego» (Lc 3,16). Siguiendo la tarea de evangelizar, propia de la Iglesia, los discípulos se mueven por todo el mundo para extender esta llama del Espíritu, propagándola para que nunca se sofoque: «No apaguéis el Espíritu» (1 Tes 5,19), siguiendo así la misión de Jesús que dijo: «he venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!» (Lc 12,49).

²² El evangelista Juan afirma tanto que el Espíritu Santo es enviado por el Padre como por el Hijo. Cuando se refiere a que el agente es el Padre lo hace a petición de Jesús (cf. Jn 14,16) o en el nombre de Jesús (cf. Jn 14,26). Y cuando dice que el Hijo lo envía (cf. Jn 16,7) lo hace «desde el Padre» (Jn 15,26). De modo que el Espíritu Santo viene del Padre y el Hijo o del Padre por el Hijo. Así lo afirmará el magisterio eclesial, cuestión que desarrollará sobre todo ante el problema del *filioque*.

²³ Cf. CODA, «I movimenti ecclesiali, dono dello Spirito. Una riflessione teologica», en: PONTIFICIUM CONSILIVM PRO LAICIS, *I movimenti nella Chiesa* (Città del Vaticano 1999) 80.

²⁴ Cf. M. GONZÁLEZ MUÑANA, *Nuevos movimientos eclesiales* (San Pablo, Madrid 2001) 17-18.

5. UN NUEVO PENTECOSTÉS

Hemos visto como Pentecostés es el acontecimiento en el que los discípulos tienen una doble experiencia: reciben el Espíritu Santo para después llevarlo a todos los pueblos, predicando y actuando con el poder del nombre de Jesús. Esta realidad de la recepción del Espíritu y de su transmisión por todo el mundo es lo propio de la Iglesia de ayer, hoy y siempre. La Iglesia necesita acoger el Espíritu para poderlo comunicar, porque ella es, al mismo tiempo, «comunidad evangelizada y evangelizadora»²⁵: recibe el Evangelio para luego transmitirlo. En este sentido podemos afirmar que la Iglesia está en un permanente Pentecostés.

El magisterio pontificio contemporáneo ha pedido para toda la Iglesia un nuevo Pentecostés. Así lo hizo san Juan XXIII al convocar el Vaticano II con esta oración:

Renueva en nuestro tiempo los prodigios como de un nuevo Pentecostés, y concede que la Iglesia santa, reunida en unánime y más intensa oración en torno a María, Madre de Jesús, y guiada por Pedro, propague el reino del Salvador divino, que es reino de verdad, de justicia, de amor y de paz. Así sea²⁶.

En la misma línea, san Pablo VI dice que «la Iglesia tiene necesidad de un perenne Pentecostés»²⁷, porque necesita al Espíritu Santo, que es su fuente de vida²⁸. Así, al invitar a transmitir el mensaje evangélico afirma: «¡Que maravilloso espectáculo, qué tremenda aventura, qué perenne Pentecostés!»²⁹, animando a «crear tiempos nuevos de evangelización en una Iglesia todavía más arraigada en la fuerza y poder perennes de Pentecostés»³⁰.

²⁵ PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 13.

²⁶ JUAN XXIII, Constitución apostólica *Humanae salutis*, 23 (25-XII-1961). El Papa retoma la oración que ya hizo el 25 de enero de 1959 al anunciar la convocatoria del Concilio (ASS 51 [1959] 382).

²⁷ PABLO VI, *Discurso a la Renovación Carismática Católica* (29-XI-1972).

²⁸ *Ibidem*: «¿Qué necesidad, primera y última, advertimos para esta nuestra Iglesia bendita y querida? ¿Qué necesita realmente? Lo debemos decir, temblorosos y en oración, porque es su misterio, es su vida: es el Espíritu Santo, animador y santificador de la Iglesia, su aliento divino, el viento de sus velas, su principio unificador, su fuente interior de luz y de energía, su apoyo y su consolador, su manantial de carisma y de cantos, su paz y su gozo, su prenda y preludio de vida bienaventurada y eterna».

²⁹ PABLO VI, *Homilía en la festividad de Pentecostés* (17-V-1964).

³⁰ *Id.*, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 2.

Igualmente, san Juan Pablo II declara que la Iglesia sigue estando espiritualmente en Pentecostés:

Si es un hecho histórico que la Iglesia salió del cenáculo el día de Pentecostés, se puede decir en cierto modo que nunca lo ha dejado. Espiritualmente el acontecimiento de Pentecostés no pertenece sólo al pasado: la Iglesia está siempre en el cenáculo que lleva en su corazón³¹.

Lo que sucedió en Pentecostés no es solo del pasado sino de todos los tiempos, por eso la Iglesia se ha de remitir siempre a ese acontecimiento, para que pueda vivirlo y llevarlo a todo el mundo, como reafirma Benedicto XVI:

Juntos invocaremos al Espíritu Santo, pidiendo con confianza a Dios el don de un nuevo Pentecostés para la Iglesia y para la humanidad del tercer milenio³².

La Iglesia necesita el don de un nuevo Pentecostés para renovarse permanentemente (*ecclesia semper reformanda*), con la fuerza del Espíritu, que genera siempre una corriente de vida nueva. Este «nuevo Pentecostés» es el fundamento de toda presencia carismática en la Iglesia y, de modo especial, de la nueva evangelización: «tal misión en todo el mundo responderá a la acción del Espíritu Santo, como en un nuevo Pentecostés»³³.

³¹ JUAN PABLO II, Encíclica *Dominum et vivificantem*, 66.

³² BENEDICTO XVI, *Mensaje a los jóvenes con ocasión de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud 2008 (20-VII-2007)* 8.

³³ XIII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS (2012), *Proposición*, 7.

II. NUEVOS MOVIMIENTOS ECLESIALES

Uno de los frutos del Vaticano II, que podemos ver como respuesta a la petición de un nuevo Pentecostés hecha por san Juan XXIII, es el florecimiento de nuevos movimientos eclesiales, con características distintas a los surgidos en la historia precedente de la Iglesia³⁴.

En un ambiente eclesial postconciliar de crisis los «movimientos apostólicos» son signos de esperanza por su testimonio en las múltiples realidades de la vida y su expansión internacional³⁵. Los nuevos movimientos serán brotes verdes en medio de la sequía:

Lo que... resuena con tonos de esperanza —y esto sucede justamente en el corazón de la crisis de la Iglesia en el mundo occidental— es la floración de nuevos movimientos que nadie planea ni convoca y surgen de la intrínseca vitalidad de la fe. En ellos se manifiesta —muy tenuemente, es cierto— algo así como una primavera pentecostal en la Iglesia³⁶.

Los movimientos eclesiales, suscitados por el Espíritu Santo, muestran una fe viva, que trae esperanza a la Iglesia, en una especie de «primavera pentecostal».

1. MOVIMIENTO

El término «movimiento» apenas es usado en el magisterio eclesial anterior a san Juan Pablo II. El Código de Derecho Canónico no lo emplea; en el Vaticano II aparece solo una vez en referencia al apostolado seglar³⁷ y san Pablo VI lo utiliza en una ocasión en la *Evangelii Nuntiandi* hablando de los «movimientos apostólicos»³⁸. San Juan Pablo II es el que acuña esta terminología:

³⁴ Un buen resumen de la acción carismática del Espíritu en la historia lo tenemos en: J. RATZINGER, «Los movimientos eclesiales y su colocación teológica», en: J. RATZINGER, *Los movimientos en la Iglesia. Nuevos soplos del Espíritu* (San Pablo, Madrid 2006) 43-57.

³⁵ Cf. PABLO VI, *El apostolado de los laicos en la Iglesia* (2-X-1974).

³⁶ J. RATZINGER-V. MESSORI, *Informe sobre la fe* (BAC, Madrid 1985) 49. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso al segundo grupo de obispos de la Conferencia Episcopal de Alemania en la visita ad limina apostolorum*, en: PONTIFICIUM CONSILIIUM PRO LAICIS, *La belleza de ser cristiano. Los movimientos en la Iglesia* (Città del Vaticano 2007) VI.

³⁷ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Apostolicam Actuositatem*, 26.

³⁸ PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 73.

Junto al asociacionismo tradicional, y a veces desde sus mismas raíces, han germinado movimientos y asociaciones nuevas, con fisonomías y finalidades específicas. Tanta es la riqueza y versatilidad de los recursos que el Espíritu alimenta en el tejido eclesial; y tanta es la capacidad de iniciativa y la generosidad de nuestro laicado³⁹.

No es fácil dar una definición precisa de «movimiento», ya que engloba diversas formas de asociacionismo eclesial. En el congreso mundial de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, celebrado en Roma en 1998 —año dedicado al Espíritu Santo en preparación al Jubileo del 2000—, encontramos algunas definiciones. Destacamos la realizada por san Juan Pablo II en su mensaje a los participantes del congreso y la del card. Ratzinger en la conferencia inaugural de apertura de dicho congreso.

En primer lugar, veamos la definición de san Juan Pablo II al preguntarse por el significado de «movimiento»:

Ante la pregunta ¿Qué se entiende, hoy, por «movimiento»? El término se refiere con frecuencia a realidades diferentes entre sí, a veces, incluso por su configuración canónica. Si, por una parte, esta no puede ciertamente agotar ni fijar la riqueza de las formas suscitadas por la creatividad vivificante del Espíritu de Cristo, por otra indica una realidad eclesial concreta en la que participan principalmente laicos, un itinerario de fe y de testimonio cristiano que basa su método pedagógico en un carisma preciso otorgado a la persona del fundador en circunstancias y modos determinados.

La originalidad propia del carisma que da vida a un movimiento no pretende, ni podría hacerlo, añadir algo a la riqueza del *depositum fidei*, conservado por la Iglesia con celosa fidelidad. Pero constituye un fuerte apoyo, una llamada sugestiva y convincente a vivir en plenitud, con inteligencia y creatividad, la experiencia cristiana. Este es el requisito para encontrar respuestas adecuadas a los desafíos y urgencias de los tiempos y de las circunstancias históricas siempre diversas.

En esta perspectiva, los carismas reconocidos por la Iglesia representan caminos para profundizar en el conocimiento de Cristo y entregarse más generosamente a él, arraigándose, al mismo tiempo, cada vez más en la comunión con todo el pueblo cristiano. Así pues, merecen atención por parte de todos los miembros de la comunidad eclesial, empezando por los pastores, a quienes se ha confiado el cuidado de

³⁹ JUAN PABLO II, *Ángelus* (23-VIII-1987). Citado en ID., Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, 29.

las Iglesias particulares, en comunión con el Vicario de Cristo. Los movimientos pueden dar, de este modo, una valiosa contribución a la dinámica vital de la única Iglesia, fundada sobre Pedro, en las diversas situaciones locales, sobre todo en las regiones donde la *implantatio Ecclesiae* está aún en ciernes o afronta muchas dificultades⁴⁰.

Para el papa santo la palabra «movimiento» hace referencia a realidades eclesiales diversas que tienen algunos elementos en común, como los siguientes: participar de un carisma concreto dado a un fundador y reconocido por los pastores de la Iglesia, un itinerario de conocimiento y entrega a Cristo, una experiencia novedosa y creativa para vivir de modo renovado el depósito de fe que permanece inalterado, con un método específico de transmisión de la fe, fundamentalmente a través del testimonio.

Juan Pablo II resalta, además, la participación mayoritaria de laicos. Este carácter laical de estas realidades de asociacionismo es un subrayado que aparece en este pontificado, como se ve en la *Christifideles laici*: hay un «lozano florecer de grupos, asociaciones y movimientos de espiritualidad y de compromiso laicales»⁴¹.

Incluso en nuestros días, no falta el florecimiento de diversos carismas entre los fieles laicos, hombres y mujeres. Los carismas se conceden a la persona concreta; pero pueden ser participados también por otros y, de este modo, se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas⁴².

Después de tratar la definición de Juan Pablo II sobre lo que es un «movimiento», veamos cómo lo explica Ratzinger:

Para poder dar respuestas sensatas, se debería en primer lugar precisar todavía un poco el concepto de «movimiento» y quizás también intentar la propuesta de una tipología de ellos. Pero es obvio que eso ahora no es posible. También se debería evitar la propuesta de una definición demasiado rigurosa, ya que el Espíritu Santo siempre tiene preparadas sorpresas, y solo retrospectivamente somos capaces de reconocer que

⁴⁰ JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales* (27-29- V-1998).

⁴¹ ID., Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, 2. En este mismo número habla de la «difusión y el desarrollo de nuevos ‘movimientos’ junto a otras formas de agregación de los laicos».

⁴² *Ibid.*, 24. La *Christifideles laici* se refiere también a los movimientos en los nn. 29, 31, 62, 64.

detrás de la gran diversidad hay una esencia común. No obstante, como inicio de una clarificación conceptual, quisiera mostrar con brevedad tres tipos diversos de movimientos, constatables en la historia reciente. Los distinguiré con tres denominaciones: movimientos, corrientes e iniciativas. Al movimiento litúrgico de la primera mitad de nuestro siglo, como también el movimiento mariano, que emergió con fuerza siempre creciente en la Iglesia desde el siglo XIX, los caracterizaría no tanto como movimientos, sino más bien como corrientes, que después han podido materializarse, sí, en movimientos concretos, como las Congregaciones Marianas o las agrupaciones de juventud católica, pero no se reducen a ellos. Las recolecciones de firmas para postular una definición dogmática o para pedir cambios en la Iglesia, frecuentes hoy en día, no son tampoco movimientos, sino iniciativas. Qué es un verdadero y propio movimiento probablemente se puede ver con la máxima claridad en el florecimiento franciscano del siglo XIII: generalmente los movimientos nacen de una persona carismática guía, se configuran en comunidades concretas, que en fuerza de su origen reviven el Evangelio en su totalidad y sin reticencias y reconocen en la Iglesia su razón de ser, sin la cual no podrían subsistir⁴³.

En su ponencia Ratzinger alude a la dificultad de encasillar en un término la multiplicidad de realidades carismáticas surgidas recientemente, pero llega a describir cuatro elementos básicos que ve comunes a los movimientos: un fundador carismático, la constitución de una comunidad concreta, la vivencia radical del Evangelio y la conciencia de su referencia y dependencia de la Iglesia.

Al sustantivo movimiento se le añaden dos adjetivos: nuevo y eclesial, por tratarse de una realidad nueva y en la Iglesia, dando lugar a la expresión: «nuevos movimientos eclesiales»⁴⁴, o el más breve «movimientos eclesiales»⁴⁵. A veces se incluyen también en este grupo las «nuevas comunidades», pero solo aquellas que están en comunión plena con la Iglesia⁴⁶.

⁴³ J. RATZINGER, «Los movimientos eclesiales y su colocación teológica», 61-62.

⁴⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Discurso con ocasión del encuentro con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades* (30-V-1998); P. J. CORDES, «Los nuevos movimientos eclesiales»: *Pastoral Misionera* 164 (1989); B. FERNÁNDEZ, «Nuevos movimientos eclesiales y su repercusión en la vida religiosa»: *Confer* 109 (1990) 59-79. Cf. M. GONZÁLEZ MUÑANA, *Nuevos movimientos eclesiales* (San Pablo, Madrid 2001) 19-21.

⁴⁵ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis*, 31; 68; P. CODA, «I movimenti eclesiali. Una lettura ecclesiológica»: *Lateranum* 57 (1991) 109-144.

⁴⁶ No se incluyen aquellas «comunidades de base» contestatarias surgidas en el inmediato postconcilio, que se colocaban al margen de la comunión eclesial, cf. PABLO

2. CORRIENTE

El texto de Ratzinger distingue entre movimientos y corrientes. Alude a diversas corrientes, que han recibido el nombre de movimiento, como el litúrgico o el mariano, pero que no tienen los rasgos de lo que se denominará «movimiento eclesial». El llamado «movimiento mariano» es en realidad una «corriente», aunque luego se pueda concretar en asociaciones, como las Congregaciones Marianas, que en este caso ya sería un movimiento propiamente dicho. Así también se podría decir de otros, como el llamado «movimiento carismático» que se trata también de una corriente:

una corriente espiritual o «movimiento» de la Iglesia Católica, análogo a aquellos «ecuménicos», «bíblicos», «litúrgicos», «monásticos» y otros movimientos que proponen de nuevo en nuestros días el redescubrimiento de la persona del Espíritu Santo, la actualidad de la doctrina y del uso de los carismas⁴⁷.

Como el movimiento bíblico y litúrgico, la Renovación Carismática suscita ese amor por la Iglesia que intenta para ella una renovación en la fuente de su vida... el movimiento carismático se funda sobre la renovación de lo que nos constituye en Iglesia, es decir, los «sacramentos de la iniciación cristiana»⁴⁸.

En estos textos el término «movimiento» se entiende como «corriente» en el sentido dicho por el entonces Prefecto de la Doctrina de la Fe. Así como en otras épocas el Espíritu ha promovido corrientes de espiritualidad, como la monástica, así en este último medio siglo hay corrientes espirituales que eclosionaron en torno al Vaticano II, como hicieron las corrientes litúrgica, ecuménica, bíblica, de apertura al mundo, de compromiso social, etc. Son corrientes transversales para todos los cristianos de cualquier estado de vida.

VI. Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 58; las cuales están ya en decadencia. Cf. M. GONZÁLEZ MUÑANA, *Nuevos movimientos eclesiales*, 29-40.

⁴⁷ M. CALISI, «La Renovación Carismática Católica en el pensamiento del Cardenal Leon Joseph Suenens»: *Boletín del ICCRS* (Suplemento «Formación de Dirigentes») 29-6 (Noviembre-Diciembre 2003).

⁴⁸ L.J. SUENENS, *Documento de Malinas I*, Introd.: «La ‘Renovación Carismática’ de la que hablamos quiere situarse en la tradición católica... el movimiento litúrgico y otros ‘movimientos’ apostólicos y espirituales. Aunque se distingue de ellos por algunos acentos que le son propios».

El Espíritu Santo, que es corriente de vida, mueve la Iglesia, de manera que estas corrientes son denominadas como un «moverse del Espíritu» o «la Iglesia en movimiento», como se dice de la Renovación⁴⁹, pero podría aplicarse a toda corriente del Espíritu: «Yo la siento correr y la veo correr», dirá el card. Suenens⁵⁰. El Papa Francisco señalará algunas características de la «corriente»:

Corriente de gracia del Espíritu. Y, ¿por qué corriente de gracia? Porque no tiene ni fundador, ni estatutos ni órganos de gobierno. Claro que en esta corriente han nacido múltiples expresiones que, ciertamente, son obra humana inspirada por el Espíritu, con carismas distintos y todas al servicio de la Iglesia⁵¹.

La corriente, a diferencia del movimiento, no tiene fundador, ni estatutos ni órganos de gobierno, pero cuando se institucionaliza entonces ya pasa a ser una realidad organizada, que, en general, se denomina movimiento eclesial o nueva comunidad, ya tenga una norma jurídica aprobada o se rija por reglas de funcionamiento interno.

3. CARISMAS PARA LA IGLESIA

Los movimientos eclesiales son un don del Espíritu Santo para la Iglesia y para el mundo. El «don del Espíritu Santo» entregado en Pentecostés (cf. Hch 2,38), se hace presente en distintos dones, entre los que están los carismas otorgados para el crecimiento de la Iglesia. Hay dones carismáticos que recibe una persona a nivel individual; pero otros son participados por un grupo que comparten la vocación de vivir ese carisma juntos, dando lugar a movimientos o comunidades que terminan institucionalizándose para dar respuesta a la llamada recibida.

⁴⁹ ID., *Carta Pastoral para Pentecostés* (1973): «No se trata de un movimiento nuevo en el sentido usual del término, sino de una corriente de gracia que el Espíritu Santo hace surgir por todas partes. La Renovación Carismática no es un movimiento, sino el moverse del Espíritu Santo». C. SANTOS, «35 años de la Renovación Carismática»: *Nuevo Pentecostés* 87 (2003) 18: «No somos un movimiento, sino un moverse del Espíritu en la Iglesia. Nosotros no entramos en la Renovación, sino el Espíritu de renovación ha entrado en nosotros». Cf. C. VILLARROEL, *La Renovación Carismática* (Sereca, Madrid 1995) 115

⁵⁰ G. PRIETO CIENFUEGOS, *Convención Internacional de los Católicos Pentecostales* (Crónica desde Los Angeles), en: «Ecclesia» (1973) 935.

⁵¹ FRANCISCO, *Discurso en la Vigilia de Pentecostés con ocasión del «Jubileo de oro» de la Renovación Carismática Católica en el Circo Máximo de Roma* (3 de junio de 2017).

Estos dones carismáticos, en cualquiera de los casos, son dados para el crecimiento de los demás.

a) Carismas

Los «carismas»⁵² son dones del Espíritu «para el bien común» (1 Cor 12,7), para «la edificación de la comunidad» (1 Cor 14,5.12.26)⁵³, que el Espíritu reparte «a cada uno en particular como él quiere» (1 Cor 12,11), por lo que no todos reciben todos los carismas (cf. 1 Cor 12,30). Los carismas se diferencian de otros dones, como la gracia santificante o las virtudes teologales; estas son necesarias para todo cristiano, mientras que aquellos no⁵⁴.

Esta distinción entre carismas y dones santificantes es la que se hace en teología de la gracia entre la *gratia gratis data*, gracia que se da a otros gratuitamente para su crecimiento (carismas) y la *gratia gratum faciens*, que son dones para la propia santificación⁵⁵. Si bien el fin de los carismas es la ayuda a los demás, «también tienen una utilidad personal, porque su servicio al bien común favorece, en aquellos que los poseen, el progreso en la caridad»⁵⁶.

En la unidad del mismo Espíritu hay distintos carismas (cf. 1 Cor 12,4). El mayor de ellos es la caridad (cf. 1 Cor 13,1-3)⁵⁷. En los textos neotestamentarios aparecen varias listas de carismas (cf. 1 Cor 12,4-10; 12,28-30; Rom 12,6-8; Ef 4,11; 1Pe 4,7-11) que se pueden

⁵² El término «carisma» es bíblico, viene del griego *chárisma*, de *charis* (gracia) y aparece 17 veces en el NT (16 en textos paulinos y 1 en 1Pe 4,10).

⁵³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen gentium*, 12.

⁵⁴ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Iuvenescit* Ecclesia, 4. Cf. «Charismes», en *Dictionaire de Spiritualité*, vol. 2¹ (Beauchesne, Paris 1953) 506-507.

⁵⁵ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I^a-II^{ae}, q. 111, a. 1, co. Cf. C.M. MARTINI, *Hombres y mujeres del Espíritu. Meditaciones sobre los dones del Espíritu* (Santander, Sal Terrae 1998).

⁵⁶ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Iuvenescit* Ecclesia, 5. San Pablo, además, «no excluye que un carisma pueda ser útil solo para la persona que lo ha recibido. Tal es el caso de hablar en lenguas, diferente bajo este aspecto, al don de la profecía (cf. 1 Cor 14,4)» (*ibidem*).

⁵⁷ L.J. SUENENS, *Documento de Malinas I*: «Entendemos por 'carisma' un don interior, una aptitud liberada por el Espíritu, revestida de fuerza por Él y puesta al servicio de la edificación del Cuerpo de Cristo... deben estar sostenidos por una realidad más fundamental: el amor de Dios y del prójimo (1 Cor 13) ... sin él los carismas estarían 'vacíos'».

agrupar en: carismas de palabra, de servicio o gobierno y de alivio o consuelo. Nos referiremos a ellos brevemente⁵⁸.

Los carismas de palabra pueden ser extraordinarios, como el de profecía (palabra de parte de Dios para la edificación, exhortación y consolación de otros: cf. 1 Cor 14,1), palabra de conocimiento (revelación inspirada precisa sobre un hecho concreto no conocido por vía natural), lenguas (la oración en el lenguaje inefable del Espíritu) y el don de interpretarlas. También hay carismas de palabra ordinarios para la instrucción o enseñanza, como el de doctor, maestro, evangelizador, exhortador, palabra de sabiduría y discernimiento de espíritus. Entre los carismas de consuelo extraordinarios están las curaciones y milagros y entre los ordinarios: la limosna, la hospitalidad, la asistencia y la fe carismática que mueve montañas. Los carismas de servicio son permanentes, como el de pastor, apóstol, gobierno, el don ministerial recibido por la imposición de manos (cf. 1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6).

b) Carisma y jerarquía

El Espíritu, que es el dador de los carismas, también actúa en la Iglesia dirigiéndola con dones jerárquicos:

Con diversos dones jerárquicos y carismáticos [el Espíritu] dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia (cf. Ef. 4, 11-12; 1 Cor. 12-4; Gal. 5,22), a la que guía hacia toda verdad (cf. Jn. 16,13) y unifica en comunión y ministerio⁵⁹.

Es el Espíritu quien da origen al ministerio apostólico y suscita carismas. «El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (1 Cor 12,11). Tanto los dones jerárquicos como los carismáticos podríamos decir que son «carismas» en el sentido explicado, ya que no son dones santificantes, sino dados para el bien de la Iglesia:

Tienen el mismo origen y el mismo propósito. Son dones de Dios, del Espíritu Santo, de Cristo, dados para contribuir de diferentes maneras, a la edificación de la Iglesia⁶⁰.

⁵⁸ Para un mayor desarrollo, cf. E. TORAÑO LÓPEZ, «La experiencia del Espíritu en la Renovación Carismática Católica»: *Teología y catequesis* 153 (2022) 112-114.

⁵⁹ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen gentium*, 4.

⁶⁰ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Iuvenescit* Ecclesia, 8.

Hay, por tanto, unidad entre los dones jerárquicos y carismáticos, como la hay en la misión del Hijo y del Espíritu, pues son dones «para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios» (Ef 4,12-13). Pero también hay distinción: los dones jerárquicos son referentes al ministerio ordenado y los carismáticos a otras realidades, entre las que están los movimientos eclesiales:

[Los movimientos] se fundan en estos «dones carismáticos» los cuales, junto con los dones jerárquicos —es decir, los ministros ordenados— forman parte de esos dones del Espíritu Santo de los cuales se adorna la Iglesia, esposa de Cristo. Dones carismáticos y dones jerárquicos son distintos, pero también recíprocamente complementarios... En la Iglesia, tanto el aspecto institucional, como el carismático, tanto la jerarquía como las asociaciones y movimientos de fieles, son coesenciales y concurren a la vida, a la renovación, a la santificación, aunque en modo diverso... pero en comunión recíproca⁶¹.

En su unidad, los dones jerárquicos y carismáticos son coesenciales, como dones del mismo Espíritu para edificar la Iglesia. En su distinción, son complementarios para realizar diversos servicios en la comunión del mismo cuerpo eclesial.

En cuanto a la unidad de ambos dones, fue un paso adelante considerar los dones carismáticos como esenciales en la vida eclesial, pues la importancia del ministerio y la sucesión apostólica, elemento estructural de la Iglesia, era doctrina clara desde los inicios de la Iglesia. En este sentido, el card. Scola destaca que allí donde la Iglesia se realiza se encuentran ambas dimensiones:

Las dimensiones institucional y carismática son dimensiones de toda realización de la Iglesia: de la Iglesia universal a la local, de la diócesis a las parroquias y desde las clásicas agregaciones de fieles hasta los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Cada una de estas realidades, según su naturaleza propia y específica, vive de las dos dimensiones⁶².

⁶¹ JUAN PABLO II, *A los movimientos eclesiales reunidos para el segundo Coloquio internacional* (1987), citado en: P. CODA, «I movimenti ecclesiali, dono dello Spirito. Una riflessione teologica», 83-84. La traducción es nuestra.

⁶² A. SCOLA, «Movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la misión de la Iglesia», en: PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS, *La belleza de ser cristiano. Los movimientos en la Iglesia* (Città del Vaticano 2007) 66.

Las dos dimensiones están tanto en la jerarquía como en las asociaciones de fieles clásicas y nuevos movimientos eclesiales. Sería simplista, por tanto, considerar que la jerarquía es solo institución y los movimientos (y otras agregaciones de fieles) son solo realidades carismáticas. Lo institucional y lo carismático está en toda realidad eclesial, pues ambas son esenciales para toda realización de la Iglesia.

Respecto a la jerarquía, es importante señalar que no puede existir sin carisma. La jerarquía, que es institución, es en su origen un carisma. En efecto, el ministerio ordenado viene de una llamada y se recibe en el sacramento del orden por la imposición de manos con la que el candidato es ungido por el Espíritu para ese ministerio, teniendo este un carácter definitivo y estable. En este sentido, cuando San Pablo describe su ministerio de apóstol dice que es «ministerio del Espíritu» (2 Cor 3,8) y en algunas de las enumeraciones que hace de los carismas incluye los de «apóstol», «gobierno» y «pastor» (1 Cor 12,28; Ef 4,11). La jerarquía es, por tanto, un carisma de gobierno para la edificación del pueblo de Dios.

J. Ratzinger, al destacar que el elemento institucional tiene un origen carismático, muestra la importancia de que el ministerio jerárquico tenga una permanente referencia pneumatológica:

El esquema institución-carisma no nos da una respuesta satisfactoria, ya que la contraposición dualística de estos dos aspectos apenas describe la realidad de la Iglesia... Es importante que el ministerio sagrado, el sacerdocio, sea entendido y vivido carismáticamente... Donde se vive pneumatológica y carismáticamente el ministerio sagrado, no hay ningún agarrotamiento institucional; por el contrario, subsiste una apertura interior al carisma, una especie de «olfato» por el Espíritu Santo y su actuar⁶³.

El ministro ordenado es jerarquía por el orden sagrado, pero está llamado a vivir carismática y pneumatológicamente, como en el origen de su vocación, lo cual supondrá una mayor fidelidad y apertura a la acción del Espíritu Santo y una menor rigidez institucional. De manera que el estado de vida no identifica lo carismático de la Iglesia, como si este se debiese únicamente a la vida consagrada y los movimientos eclesiales, pues los dones carismáticos son dados tanto a laicos y religiosos como a ministros ordenados. El Espíritu los reparte no conforme al estado de vida, sino «como quiere» (cf. 1 Cor 12,11), como ya hemos dicho.

⁶³ J. RATZINGER, «Los movimientos eclesiales y su colocación teológica», 28-29.

Ambos dones, que hay que verlos en unidad porque son coesenciales, sin embargo, son distintos, pues tienen una misión diferente en su servicio a la Iglesia: «los dones jerárquicos y carismáticos, los dones que fluyen del Espíritu de Dios, no están en competencia, sino que son más bien coesenciales para la vida de la Iglesia y para la eficacia de su acción misionera»⁶⁴. Se trata de dos dones complementarios que conviene armonizar, tanto en la vida eclesial *ad intra* como en la evangelización:

Desde el Concilio Vaticano II, la nueva evangelización se ha beneficiado de la dinámica de los nuevos movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Su ideal de la santidad y la unidad ha sido la fuente de muchas vocaciones y notables iniciativas misioneras. El Sínodo reconoce estas nuevas realidades y las anima a utilizar sus carismas en estrecha colaboración con las diócesis y con las comunidades parroquiales, las cuales, a su vez, se benefician de su espíritu misionero⁶⁵.

La estructura eclesial local y los movimientos se necesitan recíprocamente, como pasa también, p.ej., con el primado petrino y el episcopado⁶⁶. De modo que, desde la guía y coordinación de la Iglesia particular todos los que componen la vida diocesana (parroquias, comunidades cristianas, educativas, la vida consagrada, las asociaciones, movimientos y creyentes a nivel individual) han de cooperar en una pastoral evangelizadora armónica e integrada⁶⁷. Este ideal, sin embargo, no va exento de tensiones y dificultades prácticas⁶⁸.

⁶⁴ XIII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS (2012), *Propositio* 43.

⁶⁵ *Ibid.*, *Propositio* 43. *Propositio* 26: «La presencia y la acción evangelizadora de las asociaciones, movimientos y de otras realidades eclesiales son un estímulo útil para la realización de esta conversión pastoral (en las parroquias)».

⁶⁶ Cf. J. RATZINGER, «Los movimientos eclesiales y su colocación teológica», 68.

⁶⁷ XIII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS (2012), *Propositio* 42: «Cada Iglesia particular es la comunidad primaria de la misión de la Iglesia. Debe motivar y conducir una acción pastoral renovada, capaz de integrar la variedad de los carismas, de los ministerios, de los estados de vida y de los recursos. Todas estas realidades deben coordinarse dentro de un proyecto misionero orgánico, capaz de comunicar la plenitud de la vida cristiana a todos, especialmente para los alejados de la atención de la Iglesia».

⁶⁸ J. RATZINGER-V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, 50: «las oficinas de programación... no atinan con estos movimientos, no concuerdan con sus ideas. Surgen tensiones a la hora de insertarlos en las actuales formas de las instituciones, pero no son tensiones propiamente con la Iglesia jerárquica como tal».

La distinción entre los dones jerárquicos y carismáticos no se puede entender en yuxtaposición y mucho menos en confrontación, sino en integración desde la comunión. El esquema dialéctico no responde satisfactoriamente a la relación entre el ordenamiento eclesial y las realidades carismáticas. En este sentido está hoy, en general, más superada la disyuntiva entre institución y carisma.

c) Carisma discernido

La aprobación de un carisma nuevo es misión del ministerio apostólico, que ha de examinarlo para discernir si viene del Espíritu. Ya san Pablo, investido de la autoridad que le dio el Señor (cf. 2 Cor 10,8; 13,10), acoge los carismas, convencido de su origen divino, pero, al mismo tiempo, da instrucciones para ordenar su práctica (cf. 1 Cor 14,26-33), pues han de ser supervisados por la autoridad y ponerse bajo su obediencia⁶⁹.

Compete a la jerarquía discernir los carismas y, si son del Espíritu, aprobarlos para el bien de la Iglesia:

El mismo Espíritu da a la jerarquía de la Iglesia, la capacidad de discernir los carismas auténticos, para recibirlos con alegría y gratitud, para promoverlos con generosidad y acompañarlos con paterna vigilancia. La historia misma es testimonio de las muchas formas de la acción del Espíritu⁷⁰.

El ministerio jerárquico con carisma de discernimiento puede distinguir los carismas auténticos, y en ese caso acogerlos, promoverlos y acompañarlos. Esto es lo que han hecho los últimos Papas, que han visto en los nuevos movimientos la obra del Espíritu. Por eso, han apoyado su inserción en la Iglesia⁷¹ y han solicitado al episcopado que los acoja como regalo del Espíritu:

⁶⁹ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Iuvenescit* Ecclesia, 7.

⁷⁰ *Ibid.*, 8.

⁷¹ El Sucesor de Pedro es el garante de la autenticidad espiritual de estos nuevos soplos del Espíritu, como ha sucedido a lo largo de la historia. Así, Gregorio Magno (590-604) envió a Agustín de Canterbury a Inglaterra; el papado apoyará el movimiento de reforma de Cluny, de donde germinó la reforma gregoriana (s. XI), llevando a la Iglesia a salvaguardar su libertad y naturaleza espiritual. Cf. J. RATZINGER, «Los movimientos eclesiales y su colocación teológica», 48-50; F. GONZÁLEZ, *Los movimientos en la historia de la Iglesia* (Encuentro, Madrid 1999) 58ss.

Los obispos tienen el deber de vigilar y actuar para que los bautizados puedan crecer en la gracia y según los carismas que el Espíritu Santo suscita en sus corazones y en sus comunidades...

El obispo, en cuanto signo visible de la unidad de su Iglesia particular, tiene el deber de unificar y armonizar la diversidad carismática en la unidad de la Iglesia, favoreciendo la reciprocidad entre el sacerdocio jerárquico y sacerdocio bautismal...

Acoged, por tanto, los carismas con gratitud ¡por la santificación de la Iglesia y la vitalidad del apostolado! Y esta acogida y gratitud hacia el Espíritu Santo, que trabaja también hoy entre nosotros, son inseparables del discernimiento, que es propio de la misión del obispo, como ha afirmado el Concilio Vaticano II que ha confiado al ministerio pastoral el juicio sobre la autenticidad de los carismas y sobre su ordenado ejercicio, sin extinguir el Espíritu, pero examinando y teniendo en cuenta lo que es bueno (cf. LG 12). Esto me parece importante: por una parte, no extinguir, pero por la otra distinguir, ordenar y tener en cuenta examinando⁷².

El obispo tiene la responsabilidad de velar por la unidad de la Iglesia particular que le ha sido encomendada, al tiempo que ha de discernir la autenticidad de los carismas para favorecer solo los que vienen del Espíritu. Además, ha de saber integrar todos los carismas en la comunión de la Iglesia, en la parroquia y en el conjunto de la diócesis⁷³.

¿Pero cómo saber si un «carisma» es o no del Espíritu? La tarea de discernimiento requiere unos criterios sólidos de juicio que se han de considerar a partir del conocimiento directo de cada realidad carismática, desde una oración abierta al Espíritu, en sintonía con el sentir de la Iglesia en la comunión eclesial y pudiéndolos contrastar con aquellos que tienen mayor experiencia y/o autoridad.

Los criterios de discernimiento básicos para aprobar un nuevo carisma pueden ser los siguientes: «la comunión con la Iglesia, la verificación de los frutos, la capacidad de crecimiento y el destino de comunión orgánica de los carismas en la Iglesia»⁷⁴. De modo más de-

⁷² BENEDICTO XVI, *Discurso a los obispos recién nombrados*, participantes en el curso organizado por la Congregación para los Obispos (15 de septiembre de 2011).

⁷³ Cf. M. BRU, «Movimientos laicales, estímulo y cauce de la vocación laical»: *Teología y catequesis* 145 (2019) 159-161.

⁷⁴ J. CASTELLANO CERVERA, «Movimenti spirituali moderni. Criteri di discernimento»: *Rivista di vita spirituale* 30 (1976) 162-181. Estos criterios son recogidos y actualizados en *Carismas para el tercer milenio* (Monte Carmelo, Burgos 2003) 119-136.

sarrollado la *Christifideles laici* expone unos «criterios de eclesialidad» que podemos aplicar a los movimientos. Estos son: El primado de la vocación a la santidad, la responsabilidad de confesar la fe católica, el testimonio de comunión al Papa y al obispo, la conformidad y la participación en el «fin apostólico de la Iglesia», que es «la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de su conciencia» y el compromiso en la presencia en la sociedad⁷⁵.

Junto a estos criterios hay que tener en cuenta los frutos, que es sin duda, la clave fundamental con la que se verifican los criterios anteriores. Algunos de los frutos pueden ser los siguientes:

El renovado gusto por la oración, la contemplación, la vida litúrgica y sacramental; el estímulo para que florezcan vocaciones al matrimonio cristiano, al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada; la disponibilidad a participar en los programas y actividades de la Iglesia sea a nivel local, sea a nivel nacional o internacional; el empeño catequético y la capacidad pedagógica para formar a los cristianos; el impulsar a una presencia cristiana en los diversos ambientes de la vida social, y el crear y animar obras caritativas, culturales y espirituales; el espíritu de desprendimiento y de pobreza evangélica que lleva a desarrollar una generosa caridad para con todos; la conversión a la vida cristiana y el retorno a la comunión de los bautizados «alejados»⁷⁶.

La vida de los movimientos se manifiesta en una vida de santidad cultivada en la relación con Dios, a través de la oración y los sacramentos, la apertura vocacional, la disponibilidad para servir en la Iglesia y el compromiso público de testimonio para la nueva evangelización⁷⁷.

En cuanto a la actitud de las realidades carismáticas, para que haya una sana relación con la dimensión institucional, es esencial que se sometan al discernimiento de los pastores⁷⁸. Tenemos amplio cono-

⁷⁵ Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, 30. Cf. M. GONZÁLEZ MUÑANA, *Nuevos movimientos eclesiales*, 119-125. Estos criterios amplían en continuidad los de Pablo VI respecto a las comunidades de base para que fueran lugar de evangelización: alimentadas por la Palabra de Dios y no por ninguna ideología, unidas a la Iglesia particular y universal; abiertas, universalistas y en sincera comunión con los pastores y el Magisterio: cf. PABLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, 58.

⁷⁶ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, 30.

⁷⁷ Cf. XIII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS (2012), *Instrumentum laboris*, 117.

⁷⁸ Cf. J. CASTELLANO CERVERA, *Carismas para el tercer milenio* (Monte Carmelo, Burgos 2003), cap. V: los movimientos eclesiales a la luz del discernimiento espiritual (105-136).

cimiento de los distintos movimientos carismáticos heterodoxos que se han dado a lo largo de la historia, como los montanistas, cátaros, valdenses, husitas, la Reforma del s. XVI..., que comenzaron con una experiencia espiritual auténtica, pero no se sometieron al juicio de los pastores rompiendo la unidad de la Iglesia⁷⁹. Por eso, los movimientos han de poner su experiencia, no solo a la luz de la Palabra de Dios, sino también ante el discernimiento de la Iglesia con apertura y transparencia. La obediencia al juicio de la jerarquía hará posible la integración del carisma en la realidad eclesial.

d) Carisma institucionalizado

Una de las características de los movimientos, que Ratzinger señalaba en su ponencia del congreso de 1998, es que se constituyen en comunidades. Cuando el carisma es aprobado por el discernimiento de los pastores, y tras un tiempo prudente, la comunidad naciente, que se ha ido organizando paulatinamente al hilo de su experiencia, va estructurando su forma de vida y tiende a institucionalizarse. Así, en sintonía y obediencia con los pastores, la vida carismática requiere de una paulatina coordinación. Dejar fluir al Espíritu conlleva también saber encauzar su acción, ya que el Espíritu es orden (cf. 1 Cor 14,40)⁸⁰.

Por eso, podemos decir que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son carismas institucionalizados, que han dado forma a su experiencia de vida. Cada realidad ha de discernir cómo realizarlo, pudiendo tener una forma jurídica canónica, que en un primer momento suele ser de asociación (privada o pública) de fieles⁸¹. En cualquier caso, se requiere una estructura, por pequeña que sea, para tener cauces e instrumentos de comunión y unidad en un mismo Espíritu.

En la Iglesia también las instituciones esenciales son carismáticas y, por otra parte, los carismas deben institucionalizarse de un modo u otro para tener coherencia y continuidad⁸².

⁷⁹ Cf. A. BARRUFFO, «Carismáticos (Renovación Carismática)», en AA.VV., *Diccionario de Mística* (San Pablo, Madrid 2002) 168 (167-183).

⁸⁰ El Espíritu ordena desde los orígenes el caos transformándolo en «cosmos» (cf. Gén 1,2).

⁸¹ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Iuvenescit* Ecclesia, 23.

⁸² BENEDICTO XVI, *Mensaje a los miembros de Comunión y Liberación* (24-III-2007).

Sin embargo, la institucionalización ha de mantener siempre la apertura al Espíritu, pues «a la corriente no se le pueden poner diques, ni se puede encerrar al Espíritu Santo en una jaula»⁸³.

No hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento⁸⁴.

La coordinación tiene como objeto dar cauce a la experiencia de los movimientos y corrientes del Espíritu, pero hay que estar atentos tanto a preservar el carisma fundacional como a evitar el control o que la estructura termine ahogando al Espíritu.

4. VIDA EVANGÉLICA

Las corrientes y los movimientos que vienen del Espíritu son generadores de vida nueva que se concreta en un cristianismo vivido con radicalidad. Aunque cada movimiento tiene sus rasgos propios, podemos ver algunos elementos comunes que se aprecian en su forma de vida:

La floración de nuevos movimientos que nadie planea ni convoca y surgen de la intrínseca vitalidad de la fe. En ellos se manifiesta -muy tenuemente, es cierto- algo así como una primavera pentecostal en la Iglesia... Pienso, por ejemplo, en el Movimiento carismático, en las Comunidades Neocatecumenales, en los Cursillos, en el Movimiento de los Focolares, en Comunión y Liberación, etc. Todos estos movimientos plantean algunos problemas y comportan mayores o menores peligros. Pero esto es connatural a toda realidad viva. Cada vez encuentro más grupos de jóvenes resueltos y sin inhibiciones para vivir plenamente la fe de la Iglesia y dotados de un gran impulso misionero. La intensa vida de oración presente en estos Movimientos no implica un refugiarse en el intimismo o un encerrarse en una vida «privada». En ellos se ve simplemente una catolicidad total e indivisa. La alegría de la fe que manifiestan es algo contagioso y resulta un genuino y espontáneo vivero de vocaciones para el sacerdocio ministerial y la vida religiosa⁸⁵.

⁸³ FRANCISCO, *Discurso en la Vigilia de Pentecostés* (3-06-2017).

⁸⁴ ID., Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, 280.

⁸⁵ J. RATZINGER-V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, 49-50. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso al segundo grupo de obispos de la Conferencia Episcopal de Alemania en la visita ad limina apostolorum*, VI.

Los nuevos movimientos eclesiales son comunidades donde se crece con una fe viva y alegre. Se percibe un cuidado de la vida evangélica, del encuentro personal con Cristo, de apertura al Espíritu, conversión continua, dando importancia a la vida espiritual, la frecuencia sacramental, especialmente de la Eucaristía, la oración, lectura y meditación de la Palabra de Dios, etc.⁸⁶

En este sentido, san Pablo VI al dirigirse a la Renovación carismática señala unas características que, aunque con diversos matices, se pueden ver también en otras realidades eclesiales:

El gusto por una oración profunda, personal y comunitaria; un retorno a la contemplación y un énfasis puesto en la alabanza de Dios; el deseo de entregarse totalmente a Cristo; una grande disponibilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo; una frecuentación más asidua de la Escritura; una amplia abnegación fraterna; la voluntad de prestar una colaboración a los servicios de la Iglesia. En todo esto podemos conocer la obra misteriosa y discreta del Espíritu que es el alma de la Iglesia⁸⁷.

Como vemos, el movimiento eclesial tiene «una propuesta de vida cristiana tendencialmente global, que toca todos los aspectos de la existencia humana»⁸⁸.

En los movimientos se destaca la dimensión comunitaria, tanto de la oración como de los encuentros fraternos y formativos, conscientes de que el encuentro con Cristo se da fundamentalmente en la Iglesia (cf. Hch 2,42-47). Al mismo tiempo se percibe en ellos una conciencia grande de pertenencia a la Iglesia católica, el cuidado de la comunión eclesial y el servicio a la Iglesia. De modo que, además de cultivar la dimensión espiritual, tanto personal como comunitaria, cuidan su inserción en la comunidad eclesial y la disponibilidad para colaborar con la Iglesia.

Además, los movimientos tienen un gran ardor misionero. Una de sus finalidades fundamentales es la nueva evangelización⁸⁹, como subraya la *Redemptoris missio*:

⁸⁶ Cf. M. GONZÁLEZ MUÑANA, *Nuevos movimientos eclesiales*, 53-55.

⁸⁷ PABLO VI, *Discurso a los dirigentes de la Renovación Carismática Católica con ocasión de la Primera Conferencia Internacional de Dirigentes* (10 de octubre de 1973).

⁸⁸ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Iuvenescit Ecclesia*, 2.

⁸⁹ Cf. M. GONZÁLEZ MUÑANA, *Nuevos movimientos eclesiales*, 52-53; 173.

Recuerdo, como novedad surgida recientemente en no pocas Iglesias, el gran desarrollo de los «movimientos eclesiales», dotados de dinamismo misionero. Cuando se integran con humildad en la vida de las Iglesias locales y son acogidos cordialmente por Obispos y sacerdotes en las estructuras diocesanas y parroquiales, los movimientos representan un verdadero don de Dios para la nueva evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha. Por tanto, recomiendo difundirlos y valerse de ellos para dar nuevo vigor, sobre todo entre los jóvenes, a la vida cristiana y a la evangelización, con una visión pluralista de los modos de asociarse y de expresarse⁹⁰.

Se nota en los movimientos un dinamismo en el anuncio del Evangelio⁹¹, lo hacen con convencimiento, pasión, valentía, compartiendo su testimonio de vida⁹². Los movimientos, según su carisma específico, abren nuevos modos de llevar la Buena Nueva a todos los rincones de la tierra, «posibilitando una real evangelización de amplios sectores del pueblo de Dios... facilitando el compromiso apostólico de cada bautizado en el mundo»⁹³. En muchos de ellos han iniciado métodos de nueva evangelización para una enseñanza kerigmática basada en la predicación y propuesta de la fe cristiana en su integridad.

CONCLUSIÓN

Los movimientos eclesiales vienen del movimiento del Espíritu, que es quien mueve a la Iglesia. Por eso, para hablar de los movimientos en la Iglesia es necesario dirigir permanentemente la mirada al que es corriente y aliento que da vida a la Iglesia y al mundo.

⁹⁰ JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris missio*, 72.

⁹¹ F. GONZÁLEZ, *Los movimientos en la historia de la Iglesia*, 183: «Una nueva evangelización en la que, con frecuencia, las viejas realidades y organizaciones religiosas de la Iglesia se ven superadas y sin dinamismo interior para evangelizar... Aquí aparecen los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades actuales».

⁹² XIII ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS (2012), *Instrumentum laboris*, 115: «El florecimiento en estas décadas, en modo frecuentemente gratuito y carismático, de grupos y movimientos dedicados prioritariamente al anuncio del Evangelio es otro don de la Providencia en la Iglesia... las cualidades de aquellos que podríamos definir los «nuevos evangelizadores»: capacidad de vivir y de dar razón de las propias opciones de vida y de los propios valores; deseo de profesar en modo público la propia fe, sin miedo ni falso pudor; búsqueda activa de momentos de comunión vivida en la oración y en intercambio fraterno; predilección espontánea por los pobres y los excluidos; pasión por la educación de las nuevas generaciones»; cf. n. 117.

⁹³ M. GONZÁLEZ MUÑANA, *Nuevos movimientos eclesiales*, 166. Aquí cita a A.M. CALERO, *El laico en la Iglesia. Vocación y misión* (CCS, Madrid 1997).

El Espíritu, «Señor y dador de vida»⁹⁴, es manantial que nos comunica la vida divina: «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5,5). El Espíritu es el don del Padre y el Hijo que se nos entrega para que tengamos vida abundante. Y, por eso, el Espíritu es movimiento, porque quiere introducirnos en la vida trinitaria para unirnos a Cristo y por Él al Padre.

Con este fin, el Espíritu Santo en su permanente dinamismo suscita en cada momento histórico lo que la Iglesia necesita para su permanente y necesaria renovación. En el contexto renovador del Vaticano II comenzaron a florecer «nuevos movimientos eclesiales» para hacer crecer en la Iglesia la vida en el Espíritu por medio de dones carismáticos. Estas realidades, surgidas para revitalizar la Iglesia, al institucionalizarse han dado lugar a los movimientos eclesiales o nuevas comunidades, que, en comunión con la jerarquía y al servicio de la Iglesia cultivan la fe y la transmiten.

De este modo, en nuestra época se pone de manifiesto que los carismas que suscitó el Espíritu en Pentecostés y vivió la Iglesia primitiva con naturalidad, no son solo del pasado, sino que es un tesoro para la Iglesia de hoy y de siempre. Por eso, el magisterio pontificio contemporáneo desde san Juan XXIII ha suplicado un nuevo Pentecostés para que la Iglesia siga de corazón en el cenáculo y se deje conducir por el Espíritu, que es su alma y vida. Los movimientos, como nuevos soplos del Espíritu, traen la vitalidad de una fe vivida en radicalidad, en comunión con el ministerio jerárquico, aportando un nuevo entusiasmo e impulso evangelizador. La llamada de los Papas a la nueva evangelización, con nuevo ardor, métodos y expresiones, ha encontrado respuesta en estos movimientos y comunidades eclesiales.

⁹⁴ CONCILIO DE CONSTANTINOPLA I, *Símbolo de fe* (año 381).

EL ESPÍRITU SANTO, LOS MÍSTICOS Y LA ORACIÓN

ILMA. S.^a D.^a MYRNA N. TORBAY KHOURY
Secretaria General. Universidad de la Mística de Ávila (CITES)

RESUMEN:

Espíritu Santo, místicos y oración: tres palabras que se articulan entre sí y hacen comunicable la experiencia de Dios, pues sin la gracia del Espíritu Santo, no hay ni posibilidad de relación y comunión plena con Él, ni experiencia transformante y transformadora. Testigo de ello es Edith Stein, filósofa alemana, carmelita descalza, mística y mártir, quien a través de su poema «Novena de Pentecostés» nos introduce en su experiencia pneumatológica, con una «extraordinaria capacidad de expresar sus vivencias interiores, hasta hacer claro y evidente lo inefable, y dejarlo marcado con el sello de la más alta veracidad».

Palabras claves: Palabras claves: Espíritu Santo, místicos, oración, relación, experiencia.

ABSTRACT:

The Holy Spirit, the mystics, and the prayer: Three words that are articulated and make the experience of God communicable. Without the grace of the Holy Spirit, there is neither possibility of a relationship and full communication with Him, or a transformative and transforming experience. Witness to it is Edith Stein, German philosopher, discalced carmelite, mystic and martyr who through her poem «Pentecost Novena» introduces us to her pneumatological experience with «an extraordinary ability to express her inner experience until making the ineffable clear and evident; and, leaves it marked with the seal of the highest veracity».

Main arguments: Holy Spirit, mystics, prayer, relationship, experience.

Ante todo, quisiera agradecer a los organizadores y en particular al P. Manuel Sánchez Tapia, la invitación a participar en esta vigésimo quinta jornada agustiniana. Se dice pronto, pero indudablemente hay detrás muchísimo trabajo y sobre todo gracia abundante derramada en tantas personas que a lo largo de estos años se han beneficiado de ellas.

Se me ha pedido desarrollar el tema «El Espíritu Santo, los místicos y la oración» y en el proceso de investigación para la preparación de esta conferencia, encontré un artículo en el que se dice que, en el Congreso de Pneumatología celebrado en Roma en marzo de 1982, un teólogo había preguntado si los místicos católicos, y entre ellos santa Teresa de Jesús, eran sensibles a la presencia del Espíritu Santo¹.

Evidentemente tal afirmación en estos tiempos parecería un desatino, puesto que bien sabemos que sin la presencia del Espíritu Santo no habría experiencia de Dios, ni configuración en Cristo, ni tampoco sería posible una relación de amistad con Él, ni experiencia de la inhabitación trinitaria en nuestro ser, y mucho menos comunión plena transformante y transformadora. Fijaos que en estas líneas hemos definido lo que es la experiencia mística y lo que es la oración; pero puntualicemos algunos aspectos al respecto antes de continuar.

Al decir místicos en la Iglesia católica, nos referimos a aquellas personas de profunda experiencia de Dios, que han experimentado una «irrupción sobreabundante del Espíritu Santo» que les ha permitido configurarse en Cristo y llegar a la plena unión con Él². O bien, puede definirse como una persona de «experiencia de Dios presente e infinito propiciada en el alma por una especial moción del Espíritu Santo. Esta

¹ Cf. Jesús CASTELLANOS, *El Espíritu Santo, según santa Teresa de Jesús*, publicado en <https://delaruecaalapluma.wordpress.com/2014/02/07/el-espiritu-santo-en-teresa-de-jesus/>, fecha de consulta diciembre 2022.

² Cf. Fco. Javier SANCHO FERMÍN, *Introducción al estudio y comprensión de la mística*, apuntes de clase. Archivo CITEs, octubre 2023.

amorosa y misteriosa comunión del cristiano perfecto con Dios produce en el alma un especial conocimiento»³.

Edith Stein lo describe de la siguiente manera:

«El alma a este impetuoso embestimiento interior del Espíritu Santo le llama encuentro. Dios la acomete con este ímpetu sobrenatural, para levantarla sobre la carne y conducirla a la perfección ansiada. Son verdaderos encuentros. El Espíritu Santo penetra el ser del alma, la esclarece y diviniza»⁴.

Es una experiencia de Amor inefable, una gracia particular en la que se hace vida la promesa realizada por Jesús en el evangelio de San Juan: «Si alguien me ama cumplirá mi palabra, mi Padre lo amará, vendremos a él y habitaremos en él... El Paráclito, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que [yo] os dije» (Jn 14, 23.26).

Para Fco. Javier Sancho F., experto en el estudio de este tema, los místicos son aquellos que entrando en el Misterio van siendo transformados por Él. La gracia de Dios obra en ellos, como en cualquier otro, pero ellos la acogen y viven conscientes de esa gracia santificante; y en tal sentido todo bautizado es un místico en potencia⁵.

Por tanto, la mística católica es una cuestión de amor, palabra, relación, conocimiento, fidelidad, comunión, presencia y conciencia plena de Dios que todo lo permea; pero además, compromiso con el Reino y con la salvación de las almas. No tiene que ver con fenómenos extraordinarios, ni con encerramientos, ni con huida del mundo (*fuga mundi*); al contrario, el místico desea compartir con todos los que le rodean e incluso con toda la humanidad, eso desbordante que experimenta y que le hace vivir descentrado de sí, fuera de sí y plenamente disponible para ayudar y servir al Otro, todo otro, inseparablemente Dios y el prójimo.

Evidentemente, la puerta de entrada para vivir esta experiencia es la oración, y nos remitimos a las palabras de nuestra Santa Teresa de Jesús: «no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de

³ Jesús Manuel GARCÍA, *Manual de teología espiritual. Epistemología e interdisciplinariedad*, Sígueme, Salamanca 2015, p. 397.

⁴ Edith STEIN, *Ciencia de la Cruz*, OC V, p. 373. Para distinguir cada tomo de las *Obras completas de Edith Stein*, utilizaremos en las referencias las siglas OC I, OC II, OC III, OC IV, y OC V. Al final de este artículo, ofrecemos esta bibliografía detallada.

⁵ Cf. *Ibid.*

amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»⁶. Se trata pues de un acto íntimo, personal, dinámico y transformante que exige tomar conciencia de lo que «hablamos y con quién hablamos y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor... [y] de lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados a servir[le]»⁷.

Recordemos que el hito que marca su definitiva conversión tras casi 20 años de combate espiritual en el monasterio de la Encarnación fue su encuentro con un Cristo muy llagado puesto que «representaba bien lo que pasó por nosotros»; aquella imagen le hizo tomar conciencia de lo que el Señor había sufrido por ella, y de lo mal que ella había agradecido aquellas llagas⁸. (Ciertamente, si lo pensamos con honestidad, esa imagen nos debería enviar «cabe Él», una y otra vez, suplicándole nos fortaleciese ya de una vez para no ofenderle más)⁹.

En este orden de ideas el P. Maximiliano Herráiz afirma que:

«El encuentro interpersonal se produce en la verdad y el amor... la oración es desveladora de quienes la hacen. La oración es epifanía, escuela de verdades —la verdad de Dios y del hombre— que se entranan en el ser humano... desvelamiento de las personas que se vuelven recíprocamente, una a la otra en amistad»¹⁰.

Conociéndole a Él la persona se descubre a sí misma a su imagen y semejanza, y reconociendo la distancia entre ambos, comienza entonces el camino de transformación en Él. ¿Y cómo será esto posible? Dejándose hacer por Él, acogiendo, con mansedumbre y humildad de corazón la comunicación amorosa del plan de Dios en el alma, y en los acontecimientos cotidianos, y meditando día y noche los misterios de la anunciación, encarnación, vida, pasión, muerte, resurrección y parusía de Aquel que nos ha precedido; es decir una inmersión plena y consciente en el misterio de la Trinidad.

No cabe duda de que sin la intervención del Espíritu Santo no habría experiencia del Misterio, ni tampoco relación de amistad con Él. Todos los místicos lo certifican; y es por ello por lo que nos ha

⁶ Teresa de Jesús, *Vida* 8, 5.

⁷ Teresa de Jesús, *Camino de perfección* (Valladolid) 25, 3.

⁸ Teresa de Jesús, *Vida* 9, 1.

⁹ Cf. *Ibid.*

¹⁰ M. HERRÁIZ G., *La oración historia de amistad*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2014⁷, p. 50.

parecido oportuno tras esta breve introducción, presentar el testimonio de una de las grandes místicas del carmelo teresiano, Edith Stein, mártir, filósofa y teóloga alemana, y lo haremos de la mano de una de sus poesías dedicada al Espíritu Santo, que iremos comentando con textos de la propia autora, y otros textos de la tradición carmelitana.

Recordemos que Edith nació en Breslau en octubre de 1891 en el seno de una familia judía. Dada su inteligencia y capacidad de discernimiento decidió, a los 14 años, abandonar su fe y su educación escolar porque no le aportaban las herramientas adecuadas para la vida. Pasado un tiempo retomó sus estudios, y una vez acabado el bachillerato comenzó su carrera universitaria, primero en psicología y luego en filosofía, movida por la escuela fenomenológica de Husserl, gracias a la cual se fue introduciendo progresivamente en el fenómeno religioso hasta decidir su conversión al catolicismo en el año 1921.

Tras una brillante carrera como filósofa y como educadora en la fe, decide abandonarlo todo para ingresar al carmelo descalzo de Colonia. Allí continua con sus investigaciones antropológicas articuladas magistralmente con las teológicas, hasta que, por el antisemitismo acérrimo, tuvo que refugiarse en el convento de Echt (Holanda) del cual finalmente fue deportada al campo de concentración de Auschwitz en el que muere el mismo día de su llegada, el 9 de agosto de 1942. Edith, o mejor dicho Teresa Benedicta de la Cruz, fue canonizada por el Papa Juan Pablo II el 11 de octubre de 1998 y posteriormente nombrada copatrona de Europa.

Entremos en materia. La poesía que a continuación presentamos se titula *Novena de Pentecostés*¹¹, y está compuesta en siete estrofas muy cuidadas respecto a la rima y al ritmo en su versión original (es decir en alemán), pero la traducción castellana no se sujeta a la métrica o a la rima más bien quiere favorecer el contenido¹². Seguidamente, tras esa primera aproximación al poema, iremos haciendo algunos comentarios estrofa por estrofa no sólo con textos de nuestra autora sino también como hemos mencionado, con otros de la tradición carmelitana. Finalizaremos con unas breves palabras a modo de conclusión.

¹¹ Esta poesía tiene dos redacciones. Una primera escrita en 1937, y la segunda con fecha desconocida, que será la que utilicemos en nuestro estudio pues es la que se ha traducido al castellano. Cf. Edith STEIN, OC V, p. 747.

¹² Cf. *Ibid.* pp. 744-745.

*Novena de Pentecostés*¹³

I

¿Quién eres tú, dulce luz que me llena
e ilumina la oscuridad de mi corazón?
Me conduces como una mano materna
y si me soltaras,
no sabría ni dar un paso.
Tú eres el espacio
que envuelve todo mi ser y lo encierra en sí,
abandonado de ti caería en el abismo de la nada,
de donde Tú lo elevas al Ser.
Tú, más cercano a mí que yo misma
y más íntimo que mi intimidad,
y sin embargo inalcanzable e incomprensible,
y que hace explotar todo nombre:
¡Espíritu Santo – Amor eterno!

II

¿No eres Tú el dulce maná
que del corazón del Hijo en el mío fluye,
alimento de los ángeles y de los bienaventurados?
Él, que de la muerte a la vida se elevó,
Él me ha despertado también a mí a nueva vida,
del sueño de la muerte.
Y nueva vida me da, día tras día.
Y un día su abundancia me colmará,
vida de tu vida, sí, Tú mismo:
¡Espíritu Santo – Vida eterna!

III

¿Eres Tú el rayo
que desde el Trono del Juez eterno cae
e irrumpe en la noche del alma,
que nunca se ha conocido a sí misma?
Misericordioso e inexorable penetra en los escondidos pliegues.
Se asusta al verse a sí misma,

¹³ Ibid. pp. 769-775.

concede lugar al santo temor,
principio de toda sabiduría
que viene de lo alto, y en lo alto con firmeza nos amarra
a tu obra que nos hace nuevos,
¡Espíritu Santo – Rayo penetrante!

IV

¿Eres Tú la plenitud del espíritu y de la fuerza
con que el Cordero rompe el sello
del eterno secreto de Dios?
Impulsados por Ti los mensajeros del juez cabalgan por el mundo
y con espada afilada separan
el reino de la luz del reino de la noche.
Entonces surgirá un nuevo cielo y una nueva tierra,
y todo vuelve a su justo lugar
gracias a tu aliento:
¡Espíritu Santo – Fuerza triunfadora!

V

¿Eres Tú el Maestro Constructor de la catedral eterna
que se eleva desde la tierra a través de los cielos?
Por Ti vivificadas las columnas se elevan hacia lo alto
y permanecen inamoviblemente fijas.
Selladas con el nombre eterno de Dios
se elevan hacia la luz
sosteniendo la cúpula, que cubre cual corona la santa catedral,
tu obra transformadora del mundo,
¡Espíritu Santo – Mano creadora!

VI

¿Eres Tú quien creó el claro espejo,
cercano al trono del Altísimo,
como un mar de cristal
en donde la divinidad se contempla amando?
Tú te inclinas sobre la obra más bella de la creación,
y resplandeciente te ilumina con tu mismo esplendor,
y la pura belleza de todos los seres,
unida en la amorosa figura
de la Virgen, tu esposa sin mancha:
¡Espíritu Santo – Creador del Universo!

VII

¿Eres Tú el dulce canto del amor y del santo recato,
que eternamente suena en torno al trono de la Trinidad,
y desposa consigo los sonidos puros de todos los seres?
La armonía que aúna los miembros con la Cabeza,
donde cada uno encuentra feliz el sentido secreto de su ser,
y jubilante irradia
libremente desprendido en tu fluir:
¡Espíritu Santo – Júbilo eterno!

Comentarios por estrofa

Ante la belleza y hondura de este poema, evidentemente escrito a modo de oración y de diálogo íntimo y personal con la tercera persona de la Trinidad, no quedaría más que enmudecer, guardar silencio, y dejar que esas palabras resuenen cual susurro del Espíritu Santo en nuestro interior; no me cabe la menor duda que así será tras su sucesiva lectura.

Pero intentaremos destacar algunas notas pneumatológicas con absoluto respeto a nuestra autora, como quien se aproxima a la Palabra de Dios cautivado por su inmensidad, para decir algunas palabras de la mano de las santas y santos del Carmelo Descalzo.

I Primera estrofa. *Amor eterno*

El ser humano ha sido creado por Amor y para amar. Desde la eternidad, el amor de Dios ha sido derramado en su corazón por gracia del Espíritu Santo (Rm 5,5), precisamente porque el Espíritu es la expresión del ser-amor, es Persona-amor¹⁴. Pero el corazón no es capaz de experimentar ese Amor que la habita si no trasciende los propios obstáculos que se lo impiden, y muchas veces porque no los percibe, o no los ve como tal. Pero en su deseo de amar sucede que alguna vez irrumpe una claridad que todo lo alumbraba, y le hace exclamar:

*¿Quién eres tú, dulce luz que me llena
e ilumina la oscuridad de mi corazón?*

¹⁴ Cf. Juan Pablo II, *Carta Encíclica Dominum et Vivificantem*, N° 10.

El Espíritu Santo es la luz que ilumina y permite acceder a las «profundas cavernas del sentido que son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad»¹⁵, y que representan para Juan de la Cruz el corazón mismo de la persona. El santo nos dice, que cuando estas potencias no están «vacías y purgadas y limpias de toda afición» no son capaces de reconocer los grandes bienes de los que podrían gozar de estar llenas de Dios¹⁶. Así pues, gracias a su intervención se inicia el proceso de purificación, sin el cual difícilmente se podría acceder a la verdad de sí y de Dios.

Para Edith, esa «Divina luz» le ha permitido ver sus propias tinieblas (el pecado) y su oscuridad (la ignorancia), y una vez transformada por la unción del Espíritu Santo, el alma ve en sí misma la luz¹⁷.

Sabemos que Teresa de Jesús estuvo por muchos años atada a algunas amistades y aunque quería desasirse de ellas no lograba dejarlas. Su confesor le dijo que lo encomendase a Dios y rezase el himno del *Veni Creator* para que le diese luz, y fue así como recibió la gracia de la libertad y la fuerza para ponerlo por obra¹⁸. Sólo bajo el «influjo del Paráclito» la persona es capaz de liberarse de todo aquello que la ata al mundo y le impide vivir según la libertad de los hijos de Dios¹⁹.

Me conduces como una mano materna y si me soltaras, no sabría ni dar un paso.

Tú eres el espacio que envuelve todo mi ser y lo encierra en sí, abandonado de ti caería en el abismo de la nada, de donde Tú lo elevas al Ser.

En estos versos emerge el atributo femenino-materno que nuestra autora identifica en el Espíritu Santo. Al respecto escribe:

«...en el ser, en el conocer y en el amar están transmitidos Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si en el Hijo la sabiduría divina se ha hecho persona, en el Espíritu [se ha hecho] amor, si por otra parte, en la naturaleza masculina predomina el entendimiento, en la mujer [predomina] la

¹⁵ Juan de la Cruz, *Llama de Amor Viva (B). Obras Completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1993⁵, p. 832.

¹⁶ Cf. *Ibid.*

¹⁷ Cf. Edith STEIN, *La ciencia de la cruz*, OC V, p. 370.

¹⁸ Teresa de Jesús, *Vida* 24, 4-7.

¹⁹ Cf. Juan Pablo II, *Carta Encíclica Dominum et Vivificantem*, N° 60.

emotividad, entonces se entiende que se intente continuamente poner la naturaleza femenina en una unión especial con el Espíritu Santo»²⁰.

Para Edith, lo específico del Espíritu Santo es «ser madre de todos los vivientes» y hacer brotar de su vida nueva vida²¹. El Espíritu engendra, envuelve y encierra en sí al ser hasta parirlo-alumbrarlo-darlo a luz; lo lleva de su mano cual madre, protege, ama, consueta, nutre, educa, y le acompaña hasta alcanzar su Ser, su plenitud, que es ser imagen y semejanza de quien le ha creado.

Y puesto que el Espíritu Santo «es consuelo y socorro, el que sana lo herido, el que calienta lo helado, el que vivifica lo mortecino... el que limpia lo manchado [y] flexibiliza lo rígido», refleja la pureza, suavidad, el amor y la misericordia que pertenecen a la esencia femenina²². Así pues, en el Espíritu Santo encuentra el «Arquetipo del ser femenino», ayuda, fecundidad y servicio que de alguna manera se corresponden con las tres dimensiones esenciales que Edith identifica en el ser femenino: esposa, madre y virgen²³. (Es un guiño a la teología de la mujer que emerge de su magisterio).

*Tú, más cercano a mí que yo misma y más íntimo que mi intimidad,
y sin embargo inalcanzable e incomprensible,
y que hace explotar todo nombre:
¡Espíritu Santo – Amor eterno!*

Cercanía, intimidad e insondable presencia del Espíritu Santo. Dulce luz que todo lo alumbra, y que nace del Amor incondicional de Dios. Amor eterno, fuego devorador que consume todo lo terreno y perecedero que halla²⁴. Ya «El alma ha escapado de la noche [y] lo que ahora le sucede es superior a cuanto se pudiera expresar con palabras»²⁵.

En su obra *La Ciencia de la cruz*, que escribe en conmemoración del IV Centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz, dedica un capítulo a la Llama de Amor Viva, donde se lee:

²⁰ Edith STEIN, *Vida cristiana de la mujer*. OC IV, p. 342.

²¹ Ibid. p. 342.

²² Ibid. p. 343.

²³ Cf. Claire Marie STUBBEMANN, *La mujer en Edith Stein: antropología y espiritualidad*, Facultad de Teología del Norte de Burgos, Burgos 2003, pp. 253-258.

²⁴ Edith STEIN, *La ciencia de la cruz*, OC V, p. 364.

²⁵ Ibid. p. 366.

«La llama de amor viva es el Espíritu Santo, «al cual siente ya el alma en sí, ... como fuego que le tiene consumada y transformada en suave amor», pero además «como fuego, que arde en ella y echa llama»... El Espíritu Santo causa en el alma una inflamación de amor, por lo que la voluntad del alma se transforma en único amor con la llama divina»²⁶.

Por tanto, a Él, como Espíritu de la verdad y del amor, se dirige el hombre que vive de la verdad y del amor y que sin la fuente de la verdad y del amor no puede vivir²⁷. Espíritu Santo, Amor eterno.

II Segunda estrofa. *Vida eterna*

En el diálogo que Jesús entabla con la samaritana, le dice: «quien beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, pues el agua que le daré se convertirá dentro de él en manantial de vida eterna» (Jn 4, 14). El Espíritu Santo es esa fuente que brota del corazón de Jesús y que concede la vida eterna²⁸.

*¿No eres Tú el dulce maná
que del corazón del Hijo en el mío fluye,
alimento de los ángeles y de los bienaventurados?*

«El Padre y el Hijo «exhalan» al Espíritu Santo»²⁹. Del costado de Cristo ha brotado el Espíritu Santo (Jn 19, 34); el Espíritu Santo que fluye del corazón de Cristo»³⁰; el Hijo es pan de vida por virtud del Espíritu Santo, y por tanto sin su acción nada sería posible. La unión del alma con Cristo comienza en el bautismo y crece continuamente por los demás sacramentos. Según Edith, el alma se une «al Hijo y querría perderse en él para que el Padre no viera ya nada en ella más que al Hijo. Su vida se une al Espíritu Santo, se transforma en una efusión divina de amor»³¹.

«En cualquier lugar del mundo, y hasta el fin de los días, allí donde resuene la palabra del Evangelio y como semilla cae en la tierra buena de un corazón humano, este corazón se convierte en templo del Espíritu

²⁶ Ibid. p. 367.

²⁷ Cf. Juan Pablo II, *Carta Encíclica Dominum et Vivificantem*, N° 67.

²⁸ Cf. Ibid. N° 1.

²⁹ Edith STEIN, *Ser finito y ser eterno*, OC III, p. 952.

³⁰ Edith STEIN, *El puesto de la mujer en la Iglesia*, OC IV, p. 406.

³¹ Edith STEIN, *Ser finito y ser eterno*, OC III, p. 1046.

Santo y de la Santa Trinidad. Y cuando se sabe prestar atención a lo que en el silencio del corazón habla el Espíritu de Dios, y se decide, no sólo a escuchar, sino a cumplir la Palabra, entonces está preparado para [vivir las bienaventuranzas, dar testimonio de la vida evangélica y] ... colaborar en la obra de redención de Cristo»³².

*Él, que de la muerte a la vida se elevó,
Él me ha despertado también a mí a nueva vida,
del sueño de la muerte.*

«La nueva vida ha nacido de la muerte».³³ Tras la noche oscura, la naturaleza exulta radiante al Resucitado,³⁴ mientras Él permanece para siempre desposado con la humanidad,³⁵ derramando su paz. La experiencia de la Resurrección supone para la persona un renacimiento en Cristo.

«La fe en el Crucificado -la fe viva, emparejada a la entrega amorosa- es para nosotros la puerta de entrada a la vida y el principio de la gloria futura; por eso la cruz es nuestro único título de gloria... quien se ha decidido por Cristo está muerto para el mundo y el mundo para él... la cruz no es un fin en sí misma. Ella se eleva e indica hacia lo alto... es el arma poderosa de Cristo; el cayado del pastor... Entonces fluyen torrentes de luz divina que se extienden a todos los que están en el seguimiento del Crucificado»³⁶.

Así se comprende la vida nueva que deja atrás todo aquello que le impide la plena comunión con Él. Y si es capaz de dejarlo todo no es por sus propios méritos, sino por la gracia del Espíritu que obra sin cesar.

*Y nueva vida me da, día tras día.
Y un día su abundancia me colmará,
vida de tu vida, sí, Tú mismo:
¡Espíritu Santo – Vida eterna!*

Este verso se puede entender desde diversas perspectivas: cada nuevo día es una nueva ocasión para vivir en comunión plena con Él;

³² Edith STEIN, *Tiempos difíciles y formación*, OC IV, p. 398.

³³ Edith STEIN, *Ciencia de la Cruz*, OC V, 367.

³⁴ Edith STEIN, *Madrugada de Pascua* (Poesía), OC V, 759.

³⁵ Edith STEIN, *Tabernaculum Dei cum Hominibus* (Poesía), OC V, 779.

³⁶ Edith STEIN, *La ciencia de la cruz*, OC V, pp. 216-217.

o tal como lo afirma San Pablo, puede que nuestro exterior se vaya deshaciendo, pero nuestro interior se renueva día a día (Cf. 2Cor 4, 16), y eso acontece en cada Eucaristía. Dios, que todo lo hace nuevo, «renueva también al alma permanentemente. No la deja retroceder como antes, sino que aumenta sus méritos»³⁷, y todo por amor.

Al respecto Edith escribe:

«En este estado no es capaz el alma de obrar por sí misma. Todos sus actos son inspirados por el Espíritu Santo, y por esta razón son todos divinos. De aquí que el alma tiene la impresión cada vez que llamea esta llama, de que se le está dando la vida eterna... y se acerca tanto a Dios, que percibe un vislumbre de vida eterna y tiene la impresión de que esto es la vida eterna»³⁸.

Estas palabras se hacen eco del Evangelio: «Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). La vida eterna, comunión en el ser de Dios, será también comunión de los santos, realización de la solidaridad sin fronteras temporales o espaciales, de la fraternidad universal en cuyo ámbito se experimentará esta verdad³⁹. Espíritu Santo, Vida Eterna.

III Tercera estrofa. *Rayo penetrante*

Una de las tareas más difíciles en nuestro tiempo es que la persona pueda reconocer sus propias miserias, su egocentrismo, sus limitaciones, y eso es precisamente lo que le impide recorrer un camino de transformación evangélica. El Espíritu Santo es llamado por la Iglesia «luz de las conciencias», el único que puede ayudar a la persona a trascender el mal que detesta y hacer el bien que desea⁴⁰.

*¿Eres Tú el rayo que desde el Trono del Juez eterno cae
e irrumpe en la noche del alma,
que nunca se ha conocido a sí misma?
Misericordioso e inexorable penetra en los escondidos pliegues.*

³⁷ Ibid. p. 380.

³⁸ Ibid. p. 368.

³⁹ Cf. Juan RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación. Escatología*, BAC, Madrid 2007, pp. 217-219.

⁴⁰ Cf. Juan Pablo II, *Carta Encíclica Dominum et Vivificantem*, N° 45.

Una de las notas que caracteriza a los místicos es la capacidad de andar en verdad ante sí mismos y que se concreta en el conocimiento propio. Al respecto Teresa de Jesús escribe:

«Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma, en este camino, tan gigante que no haya menester muchas veces tornar a ser niño y a mamar (y esto jamás se olvide, quizás lo diré más veces, porque importa mucho); porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio, y en esto de los pecados y conocimiento propio, es el pan con que todos los manjares se han de comer... y sin este pan no se podrían sustentar»⁴¹.

Así pues, considera «mayor merced del Señor un día de propio y humilde conocimiento, aunque haya costado muchas aflicciones y trabajos, que muchos de oración»⁴². Y no lo dice por quitarle mérito a la oración, de ninguna manera, sino por poner en valor la cuestión del autoconocimiento, la verdad de sí mismo.

Pero sin la luz del Espíritu Santo, como hemos dicho en la primera estrofa, sin ese rayo que desde el trono del juez eterno e infinitamente misericordioso irrumpe en la noche del alma, sin esa mano blanda que guía y acompaña el descenso a las intimidades del ser, sería muy difícil llegar al lugar de lo secreto, simplemente por temor a enfrentarse con la propia verdad, o dolor por la propia miseria, fragilidad, o vergüenza, o egoísmo, o peor aún indiferencia.

Pero lo más significativo es que precisamente ese es el camino para descubrir lo mejor de sí, descubrir su divinidad, esa conciencia de criatura necesitada siempre de los brazos de su Padre en los que se abandona confiadamente.

*Se asusta al verse a sí misma,
concede lugar al santo temor,
principio de toda sabiduría
que viene de lo alto, y en lo alto con firmeza nos amarra
a tu obra que nos hace nuevos,
¡Espíritu Santo – Rayo penetrante!*

Sí, el misericordioso se refleja en el alma; sí, y la persona también se asusta al ver la grandeza de su ser, y así concede lugar al santo temor,

⁴¹ Teresa de Jesús, *Vida* 13, 15.

⁴² Teresa de Jesús, *Fundaciones* 5, 16.

ese temor que procede del respeto filial, «que por amor al Padre evita cualquier falta voluntaria, le honra en su casa, en su presencia en el santísimo Sacramento y en la propia alma»⁴³; principio de toda sabiduría, la sabiduría del amor que fluye de la santa Trinidad y que nos une a ella, y nos hace exclamar, «no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20).

El Espíritu es la luz que ilumina lo más oscuro del ser y le ayuda limpiar o colocar cada cosa en su lugar y así renacer para el Reino de Dios (Cf. Jn 3, 5), para la comunión plena con Él y para aprender a reconocer y a experimentar esa vida divina cuando entra en sí. Espíritu Santo, Rayo penetrante.

IV Cuarta estrofa. *Fuerza triunfadora*

El triunfo del Espíritu Santo está asociado a la fuerza de la redención que abarca a la humanidad y a todo lo creado. El Cordero de Dios ha resucitado; el misterio de la Resurrección «es el testigo perenne de la victoria sobre la muerte, que reveló la fuerza del Espíritu Santo»⁴⁴.

*¿Eres Tú la plenitud del espíritu y de la fuerza
con que el Cordero rompe el sello
del eterno secreto de Dios?*

El Espíritu Santo se posó sobre el Cordero de Dios el día de su bautismo, le acompañó en toda su vida terrena, en la cruz, en su resurrección, y lo elevó triunfante al Trono celestial revelando, de una vez y para siempre, el eterno secreto de Dios escondido en el rostro de su Hijo Jesucristo. Por virtud del Espíritu Santo, el Cordero fue constituido «nuestro Señor» (Cf. Rm 1, 4) y «Dios lo ha exaltado a su derecha nombrándolo jefe y salvador» (Hch 5, 31).

La muerte ha sido aniquilada, ha perdido su aguijón (Cf. 1Cr 15, 54-55) y la vida emerge victoriosa en expectante espera de su plenitud, y aunque no se goce perfectamente como en la gloria, ya sabe a vida eterna⁴⁵.

*Impulsados por Ti los mensajeros del juez cabalgan por el mundo
y con espada afilada separan
el reino de la luz del reino de la noche.*

⁴³ Edith STEIN, *Resúmenes de algunos ejercicios espirituales*, OC V, p. 879.

⁴⁴ Juan Pablo II, *Carta Encíclica Dominum et Vivificantem*, N° 58.

⁴⁵ Cf. Juan de la Cruz, *Llama de Amor Viva (B)* 2, 21.

¿Y quiénes son esos mensajeros del juez que cabalgan por el mundo y separan el reino de la luz del de la noche? Precisamente las santas y los santos que a lo largo de ésta, nuestra historia de salvación, han hecho de Dios el centro de sus vidas y han empuñado la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios (Ef 6, 17) para enseñarnos a distinguir entre uno y otro reino, el de la gracia y el amor abundante y desbordante, al del sinsentido, el vacío y la nada.

Edith escribe:

«No es majestad lejana que Dios comunica con nosotros por medio de sus mensajeros, sino amor desbordante. Su gloria es, como será la nuestra y en cierta forma es ya, colaborar en la distribución de la gracia divina. Siéntase dichoso si estos cazadores le siguen la pista, y déjese llevar por ellos en brazos del espíritu de amor y de verdad»⁴⁶.

Para ella, toda una corte celestial se interpone entre nosotros y Dios para alcanzarnos su gracia, su fortaleza y la plenitud tan deseada⁴⁷.

*Entonces surgirá un nuevo cielo y una nueva tierra,
y todo vuelve a su justo lugar
gracias a tu aliento:
¡Espíritu Santo – Fuerza triunfadora!*

«La doctrina de una nueva humanidad entraña la de una nueva creación»⁴⁸. Los cielos nuevos y la tierra nueva son consecuencia de la Resurrección de Cristo pues en Él todo se renueva, se recapitula y se salva. Cuándo sucederá esto no lo sabemos, pero ya ha comenzado y esta certeza aviva la esperanza en el triunfo final. Espíritu Santo, Fuerza triunfadora.

V Quinta estrofa. Mano creadora

«Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1, 26). Desde el relato de la creación del hombre emerge el misterio de la Trinidad y el primer indicio de la donación salvífica que Dios ha con-

⁴⁶ Edith Stein, *Carta a Walter Warnach*, 6 de junio de 1938, OC I, p. 1265.

⁴⁷ Cf. *Ibid.*

⁴⁸ Juan RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación. Escatología*, BAC, Madrid 2007, pp. 181-182.

cedido al hombre⁴⁹. El Espíritu Santo es partícipe de la obra de Dios a través del cual insufla su aliento dejando todo impregnado de sí.

*¿Eres Tú el Maestro Constructor de la catedral eterna
que se eleva desde la tierra a través de los cielos?*

Para Edith, incluso antes de su conversión, la catedral representaba el lugar de la paz, del silencio, del respecto, de la alegría, y del encuentro con Dios⁵⁰. Obras maravillosas inspiradas y construidas por la fuerza creadora de la fe, que albergan a Jesús sacramentado, al santo pueblo de Dios, «y la no menos maravillosa obra de la liturgia eclesiástica»⁵¹. Catedrales en las que las piedras inertes se convierten en piedras vivas por la gracia del Espíritu Santo, donde brotan las mociones que sostienen la vida de la Iglesia, y que la eleva luminosa a través de los cielos, la Nueva Jerusalén⁵².

*Por Ti vivificadas las columnas se elevan hacia lo alto
y permanecen inamoviblemente fijas.*

Estas palabras remiten al texto del Apocalipsis en el que se promete a los vencederos, a los que han perseverado en la fe y han permanecido fieles hasta el fin, es decir, a los que han reconocido su condición pecadora, la han confesado humildemente y «han deseado ardientemente liberarse de ella»⁵³, ser erigidos columnas del templo de Dios del cual nunca más han de salir; y añade, que en ellas [las columnas] «grabaré el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalén que baja del cielo»⁵⁴.

*Selladas con el nombre eterno de Dios
se elevan hacia la luz
sosteniendo la cúpula, que cubre cual corona la santa catedral,
tu obra transformadora del mundo,
¡Espíritu Santo – Mano creadora!*

⁴⁹ Cf. Juan Pablo II, *Carta Encíclica Dominum et Vivificantem*, N° 12.

⁵⁰ Cf. OC I, pp. 316, 736, 480.

⁵¹ OC I, p. 774.

⁵² OC I, p. 837.

⁵³ Edith STEIN, *Ciencia de la Cruz*, OC V, p. 440.

⁵⁴ Ap 3, 12-13. Este texto lo comenta Juan de la Cruz en la canción 38 del *Cántico espiritual* (B), y evidentemente Edith lo menciona en la *Ciencia de la Cruz* (OC V, p. 436.)

Así pues, los fieles de Dios sellados con el nombre del Cordero por toda la eternidad sostienen la cúpula de la santa catedral, la Iglesia terrena y celeste, obra de la mano creadora de la Trinidad y transformadora del mundo. Espíritu Santo, Mano creadora.

VI Sexta estrofa. Creador del Universo

«El Espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas» (Gn 1, 2) sondeando las profundidades del Padre y del Hijo, testigo directo de su mutuo amor del cual deriva la creación, dando existencia desde la nada, dejando su imagen en todo⁵⁵.

*¡Eres Tú quien creó el claro espejo,
cercano al trono del Altísimo,
como un mar de cristal
en donde la divinidad se contempla amando?
Tú te inclinas sobre la obra más bella de la creación,
y resplandeciente te ilumina con tu mismo esplendor,*

San Juan de la Cruz afirma que la vida del alma es el Espíritu Santo⁵⁶, y el alma en sí «es una hermosísima y acabada imagen de Dios»⁵⁷. Cuando Dios mira desde el cielo y se cruza con la mirada del hombre henchida de amor y que gime por su ausencia, el alma «es arrebatada a la misma hermosura, absorta en la misma hermosura y transformada en la misma hermosura, y ser ella hermosa como la misma hermosura, y abastada y enriquecida como la misma hermosura»⁵⁸.

Para el Santo esta hermosura es el «resplendor» del Hijo que embellece a su criatura, a toda su creación, y a todo su cuerpo místico que es la Iglesia, «la cual participará de la misma hermosura del Esposo en el día de su triunfo, que será cuando vea a Dios cara a cara»⁵⁹.

*y la pura belleza de todos los seres,
unida en la amorosa figura
de la Virgen, tu esposa sin mancha:
¡Espíritu Santo – Creador del Universo!*

⁵⁵ Cf. Juan Pablo II, *Carta Encíclica Dominum et Vivificantem*, N° 34.

⁵⁶ Juan de la Cruz, *Llama de Amor Viva* (B), 3,62.

⁵⁷ Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*, 1S 9,1.

⁵⁸ Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual* (B), 11, 10.

⁵⁹ *Ibid.* 36, 5. En este apartado el Santo repite 25 veces la palabra «hermosura» reflejando una experiencia mística intensa de la Hermosura de Dios. (Cf. Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual B. Obras Completas*, EDE, Madrid 1993^s, nota 4, p. 745).

Todos los seres se unen en la Madre. María es la más hermosa de las criaturas, esposa del Espíritu Santo. «Cuando María pronunció su *Fiat*, comenzó el reino de los cielos en la tierra, y ella fue su primera ciudadana»⁶⁰. María hizo una entrega total de sí; se entregó en cuerpo, alma y espíritu al servicio y a la voluntad de Dios.

La primera palabra de María que se nos ha transmitido ha sido la confesión de su virginidad. ¿Quién sino Dios hubiese podido destinarla a conservar cuerpo y alma sólo para Él? De allí nace la fuerza de la fe que acepta el milagro y lo inaudito sin vacilación y el valor de la obediencia⁶¹. Ella es la Mediadora de todas las gracias por quien llegó la salvación al mundo. Ella lleva impreso un su ser el retrato vivo del «más bello de los hombres», y así, «se convierte en templo del Espíritu Santo y de la Santa Trinidad... [pues] cuando se sabe prestar atención a lo que en el silencio del corazón habla el Espíritu de Dios, y se decide, no sólo a escuchar, sino a cumplir la Palabra, entonces está preparado para ... colaborar en la obra de redención de Cristo»⁶². Por la gracia del Espíritu Santo en María se recrea todo el universo. Espíritu Santo, Mano Creadora.

VII Séptima estrofa. Júbilo eterno

La secuencia de Pentecostés acaba diciendo «danos tu gozo eterno». El gozo eterno, el júbilo eterno, es fruto del Espíritu Santo y de la vida en el misterio de la Santísima Trinidad. Es un plural, un todo, el *ya pero todavía no* de toda la humanidad y la creación que alcanzará su plenitud en el final de los tiempos.

*¿Eres Tú el dulce canto del amor y del santo recato,
que eternamente suena en torno al trono de la Trinidad,
y desposa consigo los sonidos puros de todos los seres?*

En Edith Stein, el misterio de la Trinidad representa el centro de la vida cristiana y es el lugar y el fin último en el que toda persona encuentra su realización y plenitud⁶³. inspirada en el Santo escribe:

⁶⁰ Edith STEIN, *El misterio de la navidad*, OC V, p. 484.

⁶¹ Cf. Edith STEIN, *Ejercicios [espirituales]*, OCV, p. 858.

⁶² Edith STEIN, *Conferencias (1926-1933)*, OC IV, p. 398.

⁶³ Cf. Fco. Javier SANCHO F., *100 Fichas sobre Edith Stein*, Monte Carmelo, Burgos 2005, p. 192.

«El alma en el estado del matrimonio místico no es del todo ignorante acerca de ese *aquello* inmenso e inefable. La transformación en Dios le ha concedido ya alguna prenda de ello: el «aspirar del aire» que le es dado por el Espíritu Santo, un aspirar del mismo Espíritu Santo, el Espíritu del amor, que el Padre y el Hijo juntos aspiran... porque no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado... Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta... esto es estar transformada en las tres Personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la crió a su imagen y semejanza»⁶⁴.

La experiencia trinitaria es una experiencia de amor recíproco entre las tres personas; «el Padre lo ofrece —desde toda la eternidad— al Hijo, en cuanto que lo engendra, y mientras el Padre y el Hijo se dan el uno al otro, el Espíritu Santo procede de ellos, como su amor recíproco y entrega»⁶⁵.

Merece la pena mencionar, que el término «*puro*» aparece a lo largo de sus escritos por considerar toda la creación, pero en especial a la persona «imagen y semejanza de Dios». Dios es la plenitud infinita y la forma perfecta, es decir la forma pura porque no hay nada en Él que necesite de una formación ulterior, y si la persona es «morada de Dios», entonces puede elevarse como espíritu puro, por su libre entrega a Dios y a su servicio; es decir, el alma se abre en su interioridad más profunda a la corriente de la vida divina y el espíritu humano, que es enteramente penetrado y dirigido por el espíritu divino, conoce en la luz divina⁶⁶.

Dios, Uno y Trino, se revela como Creador y Conservador de todos los seres del cielo y de la tierra, y a todos les da a conocer Su gracia, sabiduría y belleza con las que enriquece también «sus mutuas relaciones y su armoniosa ordenación»⁶⁷.

Así pasamos a los versos finales.

*La armonía que aún a los miembros con la Cabeza,
donde cada uno encuentra feliz el sentido secreto de su ser,
y jubilante irradia
libremente desprendido en tu fluir:
¡Espíritu Santo – Júbilo eterno!*

⁶⁴ Edith STEIN, *Ciencia de la cruz*, OC V, p. 437.

⁶⁵ E. STEIN, *Ser finito y ser eterno*, OC III, p. 948.

⁶⁶ Cf. *Ibid.* pp. 1008. 1046. 1047. 1051.

⁶⁷ Cf. Edith STEIN, *Ciencia de la cruz*, OC V, p. 438.

El fin del desarrollo entero de la humanidad se sitúa en la comunión bajo la sola cabeza divina y humana, «en un solo cuerpo místico de Jesucristo»⁶⁸, pues solo allí encuentra el sentido de su ser. Cristo es la «cabeza» de la humanidad redimida y su vida se derrama sobre todos los redimidos⁶⁹ creando esa armonía, paz y estabilidad tan deseada.

De su plenitud hemos recibido nuestra naturaleza y todas sus gracias a fin de que lo imitemos, cada uno en su singularidad, y juntos como miembros reunidos en un todo encarnando una viva unidad⁷⁰. Así pues, «hacerse uno con Cristo tiene como consecuencia convertirse uno miembro de otro con todos los cristianos. Así se configura la Iglesia en cuerpo místico de Cristo»⁷¹. Se trata de un cuerpo vivo vivificado por el Espíritu de Cristo que es el Espíritu Santo, que fluye desde la cabeza hasta sus miembros, haciéndoles colaboradores y corresponsables de Su obra redentora.

La Iglesia es misterio de redención por la cual sus miembros irradian el júbilo eterno.

CONCLUSIÓN

Hemos comenzado este recorrido delimitando el alcance de los términos mística y oración, y hemos querido presentar el testimonio de la acción del Espíritu Santo en una de las grandes místicas del Carmelo teresiano, Edith Stein.

Aunque hemos comentado, *grosso modo*, las estrofas de este poema que emerge de lo más profundo del ser de nuestra autora como una elevada oración henchida de Amor, podemos afirmar que de su contenido se podría extraer un compendio de pneumatología puesto que toca todos los aspectos fundamentales de un tratado sobre el Espíritu Santo tanto en la vida intratrinitaria, como en la vida de María, de la persona, de la Iglesia, y de toda la creación visible e invisible, desde sus inicios hasta alcanzar su plenitud.

Uno de los aspectos teresianos que supuso para Edith un punto de inflexión en su vida, fue su «extraordinaria capacidad de expresar sus vivencias interiores, hasta hacer claro y evidente lo inefable, y dejarlo

⁶⁸ E. STEIN, *Ser finito y ser eterno*, OC III, p. 1095.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 1108.

⁷⁰ Cf. *Ibid.*, p. 1109.

⁷¹ Edith STEIN, *Tarea de la mujer como guía de la juventud hacia la Iglesia*, OC IV, p. 406.

marcado con el sello de la más alta veracidad»⁷². Esa es la cualidad de los místicos, hacer evidente lo inefable y dejar un «*no sé que en el alma*», un deseo íntimo de experimentarlo. Y aunque gozar de ello viene por vía sobrenatural, puede que por el ardiente y callado deseo de experimentarlo se obtenga la gracia.

Todos los bautizados están llamados a ser místicos pues su germen está infuso, latente, en el corazón, y puede alcanzar su plenitud en la medida que seamos conscientes de ellos, y con humildad y mansedumbre nos abramos al misterio de Su voluntad. Y no podemos más que acabar con unas palabras de esta santa: «A ti, Señor, que subes más allá de las estrellas, sea honor y gloria, al Padre y al Espíritu Santo por siempre jamás»⁷³.

BIBLIOGRAFÍA

- STEIN, E., *Obras Completas. Escritos autobiográficos y cartas I*, Monte Carmelo, El Carmen, Espiritualidad, Burgos-Vitoria-Madrid 2002.
- _____, *Obras Completas. Escritos filosóficos. Etapa fenomenológica II*, Monte Carmelo, El Carmen, Espiritualidad, Burgos-Vitoria-Madrid 2005.
- _____, *Obras Completas. Escritos filosóficos. Etapa de pensamiento cristiano III*, Monte Carmelo, El Carmen, Espiritualidad, Burgos-Vitoria-Madrid 2007.
- _____, *Obras Completas. Escritos antropológicos y pedagógicos IV*, Monte Carmelo, El Carmen, Espiritualidad, Burgos-Vitoria-Madrid 2003.
- _____, *Obras Completas. Escritos espirituales V*, Monte Carmelo, El Carmen, Espiritualidad, Burgos-Vitoria-Madrid 2016².

⁷² Edith STEIN, *El Castillo Interior*, OC V, p. 80.

⁷³ Edith STEIN, *Tú, sublime y eterno Señor*, OC V, p. 831.

EL ESPÍRITU SANTO Y LA VIDA DEL SACERDOTE

DR. JOSÉ-ROMÁN FLECHA ANDRÉS

Profesor emérito. Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca

RESUMEN:

La vida y misión del sacerdote católico está iluminada y guiada por el Espíritu Santo. Así se desprende del mismo rito de la ordenación sacerdotal. Así lo reflejan los escritos de los Santos Padres, del Concilio Vaticano II y del reciente magisterio de los papas. Como es evidente, esa donación del Espíritu ha de sugerir la responsabilidad de los presbíteros y de toda la comunidad católica.

Palabras claves: Espíritu Santo, San Agustín, sacerdote, concilio, magisterio pontificio, vocación, misión, responsabilidad.

ABSTRACT:

The life and mission of the catholic priest is illuminated and guided by the Holy Spirit. This conviction is clear from the rite of priestly ordination itself. This is reflected in the writings of the Holy Fathers, the Second Vatican Council and the recent pontifical magisterium. Evidently, this gift of the Spirit should suggest the responsibility of both the priests and the entire Catholic Community.

Main arguments: Holy Spirit, Saint Augustine, catholic priest, Vatican Council, pontifical magisterium, vocation, mission, responsibility.

Agradezco muy sinceramente la invitación a participar en estas Jornadas de Teología que cumplen su jubileo de plata con un tema tan fundamental como el que ya sugiere el mismo título: «*El Espíritu Santo, vida de la Iglesia*».

Y agradezco que el tema que me ha sido confiado me haya impulsado y ayudado a meditar sobre la gracia y la responsabilidad de recibir la luz y la fuerza del Espíritu Santo en la persona del sacerdote, en su vida y en su misión.

Si el Espíritu Santo es proclamado en el *Credo* como Señor y Dador de vida, con toda razón se puede considerar también como «principio vivificante del ministerio pastoral de la Iglesia»¹.

Es evidente que sobre este tema se podrían recoger muchas reflexiones y formular aplicaciones concretas y especialmente adecuadas para este tiempo de crisis. En esta ocasión, he pensado que era prudente ofrecer este sencillo dodecálogo, en el que se recogen sugerencias y pensamientos de algunos padres de la Iglesia, del Concilio Vaticano II, de los pronunciamientos de los últimos papas y de las lecturas incluidas en la *Liturgia de las Horas*.

1. EL SACERDOCIO DE CRISTO

En contraposición con el sacerdocio de la primera alianza, se dice en la carta a los Hebreos que el sacerdocio eterno e inmutable de Cristo (Heb 7,21) parece estar fundado en el hecho de que, en cuanto que es el Cristo (Heb 9,14), está ungido con el Espíritu eterno².

¹ Así lo puso de relieve el papa san Juan Pablo II en la catequesis pronunciada en su audiencia general del 8.2.1991.

² Cf. H. MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 8.95, Salamanca: Secretariado Trinitario 1974, 345.

a. Ahora, bien, según el papa Pío XII, en virtud de la consagración sacerdotal, el ministro de Cristo «se asemeja al Sumo Sacerdote y tiene el poder de obrar en virtud y en persona del mismo Cristo; por eso, con su acción sacerdotal, en cierto modo, presta a Cristo su lengua y le alarga la mano»³.

El mismo Pío XII dice que en la eucaristía, «los ministros sagrados hacen las veces no solo de nuestro Salvador sino también del cuerpo místico y de cada uno de los fieles»⁴. Poco antes, refiriéndose a la Iglesia, había citado a san Agustín para afirmar que «Cristo predica a Cristo»⁵. El sacerdote, como la Iglesia entera, actúa en virtud del mismo Cristo. «Nos encontramos ante el misterio de la presencia del Cristo en el cristiano en razón de la identidad del mismo Espíritu Santo en el Cristo y en los que le pertenecen»⁶.

b. Esta identificación con Cristo, más en el »hacer« que en «ser», encuentra su origen sacramental en la misma unción sacerdotal. Así lo expresa el Concilio Vaticano II en el decreto *Presbyterorum ordinis*:

«El sacerdocio de los presbíteros supone, ciertamente, los sacramentos de la iniciación cristiana, pero se confiere por un sacramento peculiar por el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan marcados con un carácter especial que los configura con Cristo Sacerdote, de tal forma, que pueden obrar en nombre de Cristo Cabeza» (PO 2).

A propósito de este texto conciliar se ha escrito que «la cita de la función mediadora del Espíritu de Cristo no es un simple adorno, ni proviene del deseo de mencionar a toda costa, en alguna parte, al Espíritu Santo; se trata más bien de un dato constitutivo para la Iglesia»⁷.

Después del Concilio, el primer Sínodo de los Obispos incluyó en su documento sobre el sacerdocio ministerial una observación sobre la relación existente entre la unción de Cristo y la configuración con él que ha de informar la vida y la misión de los presbíteros:

³ Pío XII, Encíclica *Mediator Dei et hominum* (20.11.1947), 87; ed. F. GUERRERO, *El Magisterio Pontificio Contemporáneo*, I, Madrid: BAC 1991, 649.

⁴ Pío XII, Encíclica *Mystici corporis* (29.6.1943) 36; ed. F. GUERRERO, 218.

⁵ Pío XII, *Mystici corporis* 24; ed. F. Guerrero, 211; el texto de san Agustín se encuentra en su *Sermón* 354, 1: PL 39, 1563; ed. *Obras completas de San Agustín*, XXVI, Madrid: BAC 1985, 231.

⁶ H. MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 9.94, o.c., 430.

⁷ H. MÜHLEN, 10,36, en o.c., 474

«Así como Cristo, unguido por el Espíritu Santo, se sintió impulsado por su amor íntimo hacia el Padre a dar la propia vida por los hombres, así también el presbítero, consagrado por el Espíritu Santo y suficientemente configurado con Cristo Sacerdote se entrega a la obra del Padre llevada a cabo por el Hijo. Por consiguiente, la norma de la vida sacerdotal queda expresada en las palabras de Jesús: Yo por ellos me santifico para que ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17,19)⁸.

2. RITUAL DE LA ORDENACIÓN

Pues bien, esa conciencia de la importancia de la unción por el Espíritu se encuentra ya reflejada en el mismo ritual de la ordenación de los presbíteros. «Escúchanos, Señor Dios nuestro, y derrama sobre estos siervos tu Espíritu Santo y la gracia sacerdotal; concede la abundancia de tus bienes a quienes consagramos en tu presencia»⁹.

Evidentemente la unción en el Espíritu ha de llevar consigo la infusión de un espíritu nuevo que ha de informar la vida del presbítero, como se pide en la oración de consagración: «Te pedimos, Padre todopoderoso, que confieras a estos siervos tuyos la dignidad del presbíterado; renueva en sus corazones el espíritu de santidad; reciban de ti el sacerdocio de segundo grado y sean con su conducta ejemplo de vida» (ibid).

Más explícitamente aún se manifiesta este deseo en las palabras que pronuncia el obispo al ungir las palmas de las manos de cada ordenado: «Jesucristo, el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar al pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio».

Haciéndose eco de las proposiciones del Sínodo de Obispos, ha escrito el papa san Juan Pablo II que «el presbítero, en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del Orden, es enviado por el Padre, por medio de Jesucristo, con el cual, como Cabeza y Pastor de su pueblo, se configura de un modo especial para vivir y actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y por la salvación del mundo»¹⁰.

⁸ Sínodo de los Obispos, Documento acerca del sacerdocio ministerial, *Ultimis temporibus* (30.11.1971) , II,3.

⁹ *Ritual de la ordenación de presbíteros*.

¹⁰ SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis* (19.3.1992) 12.

3. EN MEMORIA DE LOS PADRES

Esta conciencia no es puramente ritual, sino que ha enriquecido la conciencia y la vida espiritual de los cristianos a lo largo de los siglos.

a. Por lo que se refiere a la Iglesia oriental, es preciso recordar cómo san Cirilo de Jerusalén enseñaba que el Espíritu Santo viene a nosotros con la bondad de un auténtico protector. De hecho viene a salvar y a curar, a enseñar y a aconsejar, a fortalecer, a consolar y a iluminar, en primer lugar la mente de quien lo recibe y después, por medio de las obras de este, la mente de los demás¹¹.

El mismo santo, tras evocar la presencia del Espíritu en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, deseaba a todos los fieles que el Espíritu Santo los guardara y les concediera su común beneficencia para que pudieran dar los frutos que él concede¹².

Por otra parte, san Cirilo de Alejandría escribe que Cristo recibió en su persona el Espíritu, no para sí mismo, puesto que ya lo poseía como algo propio, sino para difundirlo sobre todos nosotros, puesto que por él nos vienen también todos los demás bienes¹³.

San Juan Crisóstomo amplía este deseo, afirmando la concesión del Espíritu a los sacerdotes: «Pongamos todo el esfuerzo a fin de tener con nosotros al Espíritu Santo y honremos a quienes ha sido confiado su poder. Grande es la dignidad de los sacerdotes. A los que perdonéis los pecados les serán perdonados. Por este motivo Pablo decía también: Obedeced a vuestros jefes y estadles sujetos y tenedlos en mucha estima»¹⁴.

b. Por lo que se refiere a la Iglesia occidental, es preciso tener en cuenta que, según san Ambrosio, algunos han pensado que el Espíritu Santo es el ungüento de Cristo, puesto que ha sido llamado óleo

¹¹ SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis 16 sobre el Espíritu Santo*, 1,16: PG 33,942; este texto ha sido incluido en el *Oficio de Lectura* del lunes VII de Pascua.

¹² SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis 17*, 38; ed. C. Granado, Madrid: Ciudad Nueva 1992², 98-99.

¹³ SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 5,2: PG 73, 754; este texto ha sido incluido en el *Oficio de Lectura* del día 10 de enero.

¹⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias sobre el Evangelio de San Juan*, 86, 4; ed. I. Garzón Bosque, Madrid: Ciudad Nueva 2001, 3, 294.

de alegría con el que Dios Padre ungió al verdadero príncipe de los sacerdotes¹⁵.

En una especie de catequesis bautismal, el mismo san Ambrosio escribe: «Cree que está presente el Señor Jesús cuando es invocado por la plegaria del sacerdote, ya que dijo: Donde dos o tres están reunidos, allí estoy yo también. Cuánto más se dignará estar presente donde está la Iglesia, donde se realizan los sagrados misterios»¹⁶.

No se puede dejar de prestar atención a la reflexión sobre el Espíritu Santo que nos ofrece san Agustín, tan atento siempre «a lo que dice la Escritura». En ella se inspira para escribir que el Espíritu es el principio de la vida, de la unidad y de la eficacia salvadora. En la inspiración divina y en la tradición de la Iglesia católica se apoya al aludir a la Trinidad e identificar al Espíritu con la caridad inmutable¹⁷. Según el Santo, «poseemos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia», porque «el Espíritu Santo es el autor de la caridad»¹⁸.

Por su parte, el papa san León Magno, predicaba que, «aumentada por la Ascensión del Señor a los celos y fortalecida con el don del Espíritu Santo, la fe ya no se amilana por las cadenas y la cárcel, por el destierro y el hambre, por el fuego y por las fieras y tampoco por los refinados tormentos de los perseguidores más crueles»¹⁹.

4. LOS GEMIDOS DEL ESPÍRITU

Pues bien, aquellas enseñanzas no podían quedar en el olvido. Andando los tiempos, en un texto, que parece un empedrado de referencias patrísticas, san Juan de Ávila se refiere a la oración de mediación que es propia del sacerdote. Si es verdad que esa oración se hace más con

¹⁵ SAN AMBROSIO, *El Espíritu Santo*, I, 8,9, ed. C. Granado, Madrid: Ciudad Nueva 1998, 84. San Ambrosio se estaría refiriendo a san Ireneo y a san Basilio.

¹⁶ SAN AMBROSIO, *Tratado sobre los misterios*, 26-28; SC 25bis, 169-170; este texto ha sido incluido en el *Oficio de lectura* del miércoles XV del Tiempo Ordinario.

¹⁷ SAN AGUSTÍN, *De quantitate animae*, 34,77, en PL 32,1077; texto latino y trad. cast. en *Obras de San Agustín*, III, Madrid: BAC 1963³, 516; cf. Y. M. J. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona: Herder 1983, 518-533.

¹⁸ SAN AGUSTÍN, *In Ioannis evangelium tractatus*, 32,8; en *Obras de San Agustín*, XIII, Madrid: BAC 1955, 754-757; cf. S. VERGÉS, *Imagen del Espíritu de Jesús*, Salamanca: Secretariado Trinitario 1977, 205-214.

¹⁹ SAN LEÓN MAGNO, *Sermón 2 sobre la Ascensión*, 14: PL 54, 397-399; este texto ha sido incluido en el *Oficio de Lectura* del jueves VI de Pascua.

gemidos que con palabras, solo sabrá gemir como se debe, aquel a quien el Espíritu Santo le enseñe a orar.

Anota el Santo que así lo advertía san Pablo cuando escribía a los Romanos: «El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rom 8,26). Si esa oración es realmente inspirada por el Espíritu Santo, el sacerdote podrá constatar que «sus obras no salen en balde».

Ahora bien, esta oración del sacerdote, en la que el Espíritu Santo le declara su voluntad, implica y refleja un verdadero «trato de amigos». Solo así, y con gemidos entrañables causados por el Espíritu Santo, el sacerdote podrá pedir lo que Dios quiere que se pida y lo que él quiere conceder. Siguiendo el comentario de san Jerónimo a un texto del profeta Malaquías (Mal 1,8), añade san Juan de Ávila que la oración del sacerdote, si es inspirada por la lumbre del Espíritu Santo «no ha de ser flaca ni floja, sino eficaz, atenta y muy poderosa»²⁰.

La misma idea de la oración que se hace más con gemidos que con palabras se encuentra repetida por el Santo en una de las pláticas dirigidas a sacerdotes. Es interesante observar que en ese lugar parece que desea explicar su pensamiento, al añadir que «solo sabe gemir como debe, para que su oración tenga fuerza, aquel a quien el Espíritu Santo le enseñare este modo de orar»²¹.

5. LA VIDA DE LOS PRESBITEROS

a. El Concilio Vaticano II en el citado decreto *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, se refiere a la unción del Espíritu que vincula a los sacerdotes con el mismo Cristo. De hecho, declara que «el Señor Jesús, a quien el Padre santificó y envió al mundo (Jn 10,36), hace partícipe a todo su Cuerpo místico de la unción del Espíritu con que él fue ungido, pues en él todos los fieles son hechos sacerdocio santo y regio, ofrecen sacrificios espirituales

²⁰ SAN JUAN DE ÁVILA, «Tratado sobre el sacerdocio», 8-9, en *Obras completas del Santo Maestro Juan de Ávila*, III, Madrid: BAC 1970, 498-500; cf. G. HERNÁNDEZ PELUDO, «Los Padres de la Iglesia en la vida del sacerdote según San Juan de Ávila», en F. J. MARTÍNEZ ROJAS (coord.), *El presbítero secular en el siglo XXI a la luz del magisterio de San Juan de Ávila*, Jaén 2020, 209-212.

²¹ SAN JUAN DE ÁVILA, «Pláticas a sacerdotes», 2 y 3, en *o.c.*, 383 y 398.

a Dios por Jesucristo y pregonan las maravillas de Aquel que de las tinieblas los ha llamado a su luz admirable (cf. 2 Pe 2,5.9)» (PO 2a).

Era importante anotar esta participación de todos los fieles en el sacerdocio de Jesucristo. Sin embargo, como previendo algunas dudas sobre la identidad de sacerdocio ministerial, que habrían de ser preocupantes en los años sucesivos, el texto conciliar introduce una referencia al Concilio de Trento y añade que el mismo Señor de entre los mismos fieles instituyó a algunos por ministros. El texto anota tres aspectos de la misión de los presbíteros, que son elegidos para ofrecer el sacrificio, perdonar los pecados y «desempeñar públicamente el oficio sacerdotal por los hombres en nombre de Cristo» (PO 2b).

b. El Concilio consideró necesario insistir en la unidad y en la diversidad existente entre el sacerdocio común de los fieles y el ministerio sacerdotal de los presbíteros. Por eso, a continuación, añade una preciosa referencia a la unción del Espíritu Santo. «El sacerdocio de los presbíteros supone, desde luego, los sacramentos de la iniciación cristiana; sin embargo, se confiere por aquel sacramento con el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo quedan sellados con un carácter particular y así se configuran con Cristo sacerdote, de suerte que puedan obrar como en persona de Cristo cabeza» (PO 2c)²².

En esta misma línea, el *Catecismo de la Iglesia católica* afirma que la ordenación «confiere un don del Espíritu Santo que permite ejercer un poder sagrado (*sacra potestas*) que solo puede venir de Cristo, a través de su Iglesia»²³.

Más adelante, en el mismo decreto conciliar se deja constancia de la relación de los sacerdotes con el único y sumo sacerdote de la nueva alianza, que es el sujeto y el centro de la sacramentalidad de la Iglesia y de cada uno de los sacramentos: «Los presbíteros son consagrados por Dios, siendo su ministro el obispo, a fin de que, hechos de manera especial partícipes del sacerdocio de Cristo, obren en la celebración del sacrificio como ministros de Aquel que, en la liturgia,

²² Oportunamente el decreto alude a la constitución dogmática *Lumen Gentium*, 10, donde se encontraba una referencia a la alocución *Magnificate Dominum*, del papa Pío XII (4.11.1954).

²³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1538, donde se remite a la constitución conciliar *Lumen Gentium*, 10.

ejerce constantemente, por obra del Espíritu Santo, su oficio sacerdotal a favor nuestro» (PO 5a)²⁴.

c. Finalmente, no se puede olvidar que en el decreto se deja un testimonio explícito del espíritu misionero que el Espíritu Santo produce y promueve tanto en la actividad sacerdotal como en la vida de los fieles en general: «El sacrosanto Concilio se alegra de que la tierra sobre la que cayó la semilla del Evangelio fructifica ahora en muchos lugares bajo la guía del Espíritu del Señor, que llena el orbe de la tierra y ha excitado en los corazones de muchos sacerdotes y fieles un espíritu verdaderamente misionero» (PO 22c).

Es oportuno recordar que el papa san Juan Pablo II, evocaría esta disponibilidad al Espíritu Santo, al añadir su propia exhortación a los sacerdotes para que acepten «ser enviados a predicar el Evangelio más allá de los confines del propio país. Esto exigirá en ellos no solo madurez en la vocación, sino también una capacidad no común de desprendimiento de la propia patria, grupo étnico y familia, y una particular idoneidad para insertarse en otras culturas, con inteligencia y respeto»²⁵.

6. UNA TRIPLE MISIÓN

Es bien conocida la reflexión teológica sobre los tres aspectos u oficios salvíficos (*tria munera*) de Jesucristo, Maestro o profeta, Sacerdote o intercesor y Rey o pastor de los hombres. Estos ministerios o funciones salvíficas de Cristo, encuentran su fundamento en las Escrituras y ayudan a «comprender más profundamente todo el significado soteriológico de la salvación»²⁶.

Aunque haya sido calificada como una «división un tanto superficial y arbitraria»²⁷, esta consideración de la misión de Cristo ha entrado en

²⁴ En este caso, el decreto hace referencia a la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium*, sobre la liturgia, 7, así como a la encíclica *Mystici Corporis* de Pío XII (29.6.1943).

²⁵ SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio* (7.12.1990) 67.

²⁶ J. ALFARO, «Las funciones salvíficas de Cristo como revelador, señor y sacerdote», en *Mysterium salutis*, III/1, Madrid, Cristiandad 1969, 671-720.

²⁷ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, Madrid: BAC 2001,531.

la doctrina conciliar y en el magisterio ordinario de la Iglesia, que la menciona al referirse a la vocación propia de todos los bautizados²⁸.

Sin embargo, ya al inicio del decreto *Presbyterorum ordinis*, sobre la vida y la misión de los presbíteros, el Concilio Vaticano II subraya la vinculación especial de los sacerdotes con esos tres aspectos de la misión de Jesucristo: «Pues los presbíteros, por la ordenación sagrada y por la misión que reciben de los obispos, son promovidos para servir a Cristo Maestro, Sacerdote y Rey, de cuyo ministerio participan, por el que la Iglesia se constituye constantemente en este mundo Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo» (PO 1).

Después del Concilio, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, al exponer la doctrina sobre el sacramento del orden, afirma que «la gracia del Espíritu Santo propia de este sacramento es la de ser configurado con Cristo Sacerdote, Maestro y Pastor, de quien el ordenado es constituido ministro»²⁹.

Haciéndose eco de la misma idea, el papa san Juan Pablo II escribía: «Del sacerdocio del Hijo, el Ungido, proceden, en el Espíritu Santo, la vocación y el ministerio de los sacerdotes, que mediante el sacramento del orden quedan marcados en ellos por un sello indeleble»³⁰. Y él mismo escribía: «La misión no es un elemento extrínseco o yuxtapuesto a la consagración, sino que constituye su finalidad intrínseca y vital: la consagración es para la misión. De esta manera, no sólo la consagración, sino también la misión está bajo el signo del Espíritu, bajo su influjo santificador»³¹.

a. Por lo que se refiere al ministerio de la palabra, se pueden recordar unas palabras pronunciadas por el papa Benedicto XVI con motivo de una ordenación sacerdotal: «Queridos amigos, esta es también vuestra misión: llevar el Evangelio a todos, para que todos experimenten la alegría de Cristo y todas las ciudades se llenen de alegría. ¿Puede haber algo más hermoso que esto? ¿Hay algo más grande, más estimulante que cooperar a la difusión de la Palabra de vida en el mundo, que comunicar el agua viva del Espíritu Santo? Anunciar y testimoniar la

²⁸ Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, 18-21; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 783-786. 1546.

²⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1585.

³⁰ SAN JUAN PABLO II, *Discurso a los sacerdotes en Suiza* (15.6.1984).

³¹ SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis* 24.

alegría es el núcleo central de vuestra misión, queridos diáconos, que dentro de poco seréis sacerdotes»³².

El mismo papa Benedicto XVI decía en una conversación familiar con los sacerdotes: «Creo que lo más importante es que, ante todo, nuestra vida [de sacerdotes] esté orientada hacia el Espíritu Santo, para que vivamos en el ámbito del Espíritu, en el Cuerpo de Cristo, y que luego, a partir de esto, experimentemos la humanización, cultivemos las sencillas virtudes humanas y así aprendamos a ser buenos en el sentido más amplio de la palabra. De este modo se adquiere sensibilidad para las iniciativas de bien que luego naturalmente desarrollan una fuerza misionera y, en cierto sentido, preparan el momento en que resulta sensato y comprensible hablar de Cristo y de nuestra fe»³³.

b. La relación de la Eucaristía con el sacramento del Orden se desprende de las mismas palabras de Jesús en el Cenáculo: «Haced esto en conmemoración mía» (Lc 22,19). «La función del presbítero en la Iglesia ha de entenderse partiendo de la Cena y de las palabras de Cristo que mandó a los apóstoles hacer en memoria de él (1 Cor 11,23ss) lo mismo que él había hecho [...] El ministerio de ofrecer la eucaristía ratifica y complementa simplemente una proclamación de la palabra que va desde el kerigma inicial hasta la catequesis y la misma celebración litúrgica»³⁴.

Sobre la manifestación y entrega del mismo Cristo, que el sacerdote hace presente y aun visible en la celebración eucarística, conviene recordar unas palabras de san Juan Crisóstomo:

«No es el hombre quien hace que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y su gracia provienen de Dios. *Esto es mi Cuerpo*, dice. Esta palabra transforma las cosas ofrecidas»³⁵.

³² BENEDICTO XVI, *Santa misa con ordenaciones sacerdotales* (27.4.2008).

³³ BENEDICTO XVI, *Encuentro con el clero de la diócesis de Bolzano-Bressanone* (6.8.2008).

³⁴ B. D. DUPUY, «Teología de los ministerios», en *Mysterium salutis*, IV/2, Madrid: Cristiandad 1969, 501-502.

³⁵ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De proditione Iudae homilia* 1,6: PG 49, 380; este texto ha sido incluido en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1375.

Esa conciencia de la presencia y eficacia de la acción de Dios ha de librar siempre a los presbíteros de la tentación de sentirse protagonistas de la acción litúrgica y de todo el servicio pastoral. Como observa san Agustín, al comentar la triple confesión de amor de Simón Pedro, la dedicación del pastor ha de ser siempre un servicio de amor³⁶.

Con razón se ha escrito que «el sacerdote consagrado no puede celebrar el sacramento de la eucaristía a no ser *virtute ac persona ipsius Christi*, esto implica la presencia del Cristo en el sacerdote por mediación de su Espíritu Santo»³⁷. Como escribió el padre Congar, «el sacerdote actúa no por su cualidad o energías personales, sino *in persona Christi* o *nomine Christi*, ocupando el lugar o desempeñando el papel de Cristo, en su nombre»³⁸.

Modelado por el Espíritu que quiere llevar a término la obra que comenzó en su ordenación, «el presbítero ejerce la presidencia de la asamblea eucarística con el temor de Pedro, consciente de su condición de pecador (cfr. *Lc* 5,1-11), con la humildad fuerte del siervo sufriente (cfr. *Is* 42 ss), con el deseo de «ser comido» por el pueblo que se les confía en el ejercicio diario de su ministerio»³⁹.

c. Con relación al ministerio del servicio pastoral, es oportuno mencionar las palabras con las que, apoyándose en san Isidoro y en el profeta Malaquías (Mal 2,7), santo Tomás de Aquino describía la misión de los presbíteros: «El oficio propio del sacerdote es ser mediador entre Dios y el pueblo, en cuanto administra al pueblo las cosas de Dios, por lo que se llama *sacerdos*, es decir, *sacra dans*... y ofrece a Dios las oraciones del pueblo y satisface por los pecados del mismo pueblo»⁴⁰.

También san Juan de Ávila subrayaba esta función de mediación y de servicio al afirmar que el sacerdote tiene por oficio «pedir limosna para los pobres, salud para los enfermos, rescate para los encarcelados, perdón para culpados, vida para muertos, conservación de ella para los vivos, conversión para los infieles, y, en fin, que, mediante su oración

³⁶ SAN AGUSTÍN, *In Ioannis evangelium tractatus*, 123, 5: «Sit amoris officium pascere dominicam gregem, si fuit timoris indicium negare pastorem».

³⁷ H. MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 11.69.1, en *o.c.*, 546.

³⁸ Y. M.J. CONGAR, *El Espíritu Santo*, 667, donde analiza el sentido de esta expresión.

³⁹ FRANCISCO, Carta apostólica *Desiderio Desideravi* (29.6.2022) 59.

⁴⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, III, 22,1; Cf. SAN ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, VIII,12: PL 82, 292;

y sacrificio, se aplique a los hombres el mucho bien que el Señor en la cruz les ganó»⁴¹.

En este contexto y ya en nuestros tiempos, podemos recordar, meditar y difundir entre la comunidad cristiana un conocido texto en el que san Juan Pablo II subraya el valor y la urgencia de la caridad pastoral:

«El principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la *caridad pastoral*, participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo: don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, *deber y llamada a* la respuesta libre y responsable del presbítero [...] Esta misma caridad pastoral constituye el *principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote*. Gracias a la misma puede encontrar respuesta la exigencia esencial y permanente de unidad entre la vida interior y tantas tareas y responsabilidades del ministerio, exigencia tanto más urgente en un contexto sociocultural y eclesial fuertemente marcado por la complejidad, la fragmentación y la dispersión»⁴².

Más recientemente, el papa Francisco recuerda en términos generales a todos los «cristianos que dan la vida por amor: ayudan a tanta gente a curarse o a morir en paz en precarios hospitales, o acompañan personas esclavizadas por diversas adicciones en los lugares más pobres de la tierra, o se desgastan en la educación de niños y jóvenes, o cuidan ancianos abandonados por todos, o tratan de comunicar valores en ambientes hostiles, o se entregan de otras muchas maneras que muestran ese inmenso amor a la humanidad que nos ha inspirado el Dios hecho hombre» (EG 76).

Es preciso dar gracias a Dios por todos esos frutos de amor que produce el Evangelio y que se concretan en diversas formas de servicio a la humanidad, tantas veces reflejadas en el ministerio sacerdotal. Entre esos frutos de la caridad se podrían recordar también diversos dones y carismas, como el don de curación, que a veces el Espíritu concede a los sacerdotes para que los hagan presentes en la comunidad⁴³.

⁴¹ SAN JUAN DE ÁVILA, *Tratado sobre el sacerdocio*, 11, en *Obras completas del Santo Maestro Juan de Ávila*, III, Madrid: BAC 1970, 502-503.

⁴² SAN JUAN PABLO II, *Exhortación Pastores dabo vobis*, 23.

⁴³ Cf. H. MÜHLEN, *Los dones del Espíritu hoy*, Salamanca: Secretariado Trinitario 1987.

7. VIVIR DEL ESPÍRITU

Son numerosas las iniciativas y agrupaciones que han nacido en la Iglesia con el fin de alimentar y sostener la espiritualidad sacerdotal. Sin embargo, ya en la exhortación y en las oraciones de la ordenación sacerdotal, se repite que el mismo ministerio que les ha sido confiado ha de ser para los sacerdotes una fuente de vida en el Espíritu. Esa convicción se encuentra expresada en una oración propia del rito bizantino que ha sido recogida por el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«Señor, llena del don del Espíritu Santo al que te has dignado elevar al grado de presbítero para que sea digno de presentarse sin reproche ante tu altar, de anunciar el Evangelio de tu Reino, de realizar el ministerio de tu palabra de verdad, de ofrecerte dones y sacrificios espirituales, de renovar tu pueblo mediante el baño de la regeneración; de manera que vaya al encuentro de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, tu Hijo único, el día de su segunda venida, y reciba de tu inmensa bondad la recompensa de una fiel administración de su orden»⁴⁴.

De todas formas, llamados a vivir en el mundo, los sacerdotes siempre habrán de estar muy atentos para prestar atención a las exigencias éticas que demanda su ministerio y para no dejarse arrastrar por el espíritu mundano, en cuanto diferente y a veces opuesto al Espíritu divino⁴⁵.

a. Muy claramente lo exponía el papa san Pablo VI dirigiéndose a los superiores y a los estudiantes del Pontificio Colegio Brasileño: «Todo lo debéis hacer sin asimilaros al mundo, sin confundiros con él, porque los sacerdotes no son del mundo, ‘como yo —dice Cristo— no soy del mundo’ (Jn 17,15), manteniendo siempre intacta e inalterada vuestra personalidad e individualidad sacerdotal; no os dejéis mover por el espíritu del mundo, sino, como hijos de Dios, por el Espíritu de Dios»⁴⁶.

El mismo papa san Pablo VI en su encíclica sobre el celibato se inspiraba en las cartas de san Pablo para subrayar la necesidad de vivir

⁴⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1587.

⁴⁵ Cf. A. MARCHETTI, «Sacerdote», en E. ANCILLI (ed.), *Diccionario de Espiritualidad*, Barcelona: Herdes, III, 316-322.

⁴⁶ SAN PABLO VI, *Discurso a los superiores y alumnos del Colegio Pontificio Brasileño* (28.4.1964).

la intensidad espiritual que exige la vida en el Espíritu, a la que han de aspirar los presbíteros: «La vida sacerdotal exige una intensidad espiritual genuina y segura para vivir del Espíritu y para conformarse al Espíritu (Gál 5,25); una ascética interior y exterior verdaderamente viril en quien, perteneciendo con especial título a Cristo, tiene en él y por él crucificada la carne con sus concupiscencias y apetitos (Gál 5,24), no dudando por esto de afrontar duras y largas pruebas (cf. 1 Cor 9,26-27). El ministro de Cristo podrá de este modo manifestar mejor al mundo los frutos del Espíritu, que son: “caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad” (Gál 5,22-23)»⁴⁷.

b. El Sínodo de los Obispos celebrado el año 1971 decía que «de-seando hacerse todo a todos para salvarlos a todos (cf. 1 Cor 9,12), el sacerdote debe estar atento al soplo del Espíritu Santo en estos tiempos. Así no solo anunciará la palabra de Dios con empeño humano, sino que será asumido como un instrumento válido por el mismo Verbo, cuya palabra es eficaz y tajante más que una espada de dos filos (Heb 4,12)»⁴⁸.

Pues bien, en esta referencia al Espíritu que guía a la Iglesia, se situaba también san Juan Pablo II, al escribir en una de sus habituales cartas a los sacerdotes con ocasión de la misa crismal: «Como deudores de la inescrutable gracia de Dios, nosotros nacemos al sacerdocio; nacemos del corazón del Redentor mismo en el sacrificio de la cruz. Y, al mismo tiempo, nacemos del seno de la Iglesia, pueblo sacerdotal. Este pueblo es el *terreno espiritual de las vocaciones*, la tierra cultivada por el Espíritu Santo, Paráclito de la Iglesia hasta el fin de los tiempos»⁴⁹.

c. En el mismo marco de la misa crismal, celebrada en la Basílica de San Pedro del Vaticano, el Jueves Santo del año 2019, el papa Francisco se refería a la misión confiada al sacerdote ministerial, utilizando un juego de palabras tan verdadero como ilustrativo de la

⁴⁷ SAN PABLO VI, Carta encíclica *Sacerdotalis caelibatus* (24.6.1967) 78; sobre este tema véase J. R. FLECHA, *Amor y alegría. El fruto del Espíritu*, Salamanca: Secretariado Trinitario 2019².

⁴⁸ SÍNODO DE LOS OBISPOS, Documento acerca del sacerdocio ministerial, *Ultimis temporibus* (30.11.1971) , II,3.

⁴⁹ SAN JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo* (12.3.1989).

vida sacerdotal: «Somos ungidos para ungir. Ungimos repartiéndonos a nosotros mismos, repartiendo nuestra vocación y nuestro corazón».

Los presbíteros saben bien que han sido llamados amorosa y gratuitamente por el Señor para ir a trabajar a su viña, como los jornaleros contratados por el patrón evangélico (cf. Mt 20,1-16). Todos los sacerdotes han sido ungidos para ungir. Es decir, para ayudar a otros a ser fieles a la vocación bautismal o a escuchar y seguir esa misma vocación ministerial para entregar su existencia a Dios y a los hermanos con sincera generosidad⁵⁰. Los presbíteros han sido llamados y enviados a anunciar y hacer visible el evangelio, en el humilde servicio a todos los hijos e hijas de Dios.

La llamada exige fidelidad a la misma, es decir fidelidad al que ha elegido y llamado. Más recientemente, el papa Francisco, citando a Xavier Zubiri, se refiere implícitamente a los sacerdotes al aludir a las tentaciones que afectan a la misión: «¿Acaso el Espíritu Santo puede lanzarnos a cumplir una misión y al mismo tiempo pedirnos que escapemos de ella, o que evitemos entregarnos totalmente para preservar la paz interior? Sin embargo, a veces tenemos la tentación de relegar la entrega pastoral o el compromiso en el mundo a un lugar secundario, como si fueran «distracciones» en el camino de la santificación y de la paz interior. Se olvida que «no es que la vida tenga una misión, sino que es misión»⁵¹.

Es muy interesante esa referencia al Espíritu Santo como el sujeto agente de la llamada y del envío a la misión sacerdotal. Es esa una misión que se identifica con la vida misma del presbítero.

8. CUATRO SEÑALES DE ALERTA

Es verdad que este servicio al Evangelio no está libre de profundas heridas y de algunas cicatrices bien notorias, como ha explicado el papa Francisco⁵². Nos llaman poderosamente la atención algunas tentaciones que, según el papa Francisco, afectan hoy a los agentes pastorales y a los mensajeros del Evangelio:

⁵⁰ Cf. J. R. FLECHA, «Anointed to Anoint. Priesthood and Future Vocations», en *Vocations and Prayer* 28/3, 115 (Jul-Sept.2019) 24-25.

⁵¹ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (19.3.2018) 27.

⁵² Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24.11.2013) 76-109. En adelante se citan las siglas EG seguidas del número.

- La *acedia egoísta* amenaza tanto a los laicos como a los sacerdotes, cuando experimentan un cansancio tenso, pesado e insatisfecho, que puede tener varias causas: soñar proyectos irrealizables; pretender que las soluciones lluevan del cielo; apearse a proyectos o sueños de éxitos imaginados por la vanidad; perder el contacto real con el pueblo; y no saber esperar el momento de la aparición de los frutos (EG 82).

Perdida la esperanza, los creyentes no comunican vida, sino que «se dejan cautivar por cosas que solo generan oscuridad y cansancio interior y que apolillan el dinamismo apostólico» (EG 83).

- El *pesimismo estéril* es otra de las tentaciones que afectan a los mensajeros del Evangelio. Es éste un sentimiento que brota de «la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre» (EG 85).

Es dura la travesía por los desiertos, pero nadie debería morir de sed. Apelando a una imagen ciertamente sugestiva, escribe el Papa que en medio del desierto espiritual que nos ahoga a veces, todos «estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás» (EG 86).

- La *mundanidad espiritual* es una tentación que consiste en «buscar la gloria humana y el bienestar personal, en lugar de la gloria del Señor» (EG 93). Esta oscura mundanidad se manifiesta en el orgullo por las obras que han sido realizadas. Pero se manifiesta también en el cuidado por la liturgia, en el celo por la fidelidad a la doctrina y en el cuidado por mantener el prestigio de la Iglesia, si estos buenos deseos no corresponden a la preocupación por llevar el Evangelio a la vida de las gentes (EG 95).

- La *guerra dentro del Pueblo de Dios* y en las distintas comunidades es la cuarta de las tentaciones. Los conflictos entre las personas y entre los grupos son generados a veces por el miedo a que otros «se interpongan en nuestra búsqueda de poder, prestigio, placer o seguridad económica» (EG 98).

Según el Papa nuestras divisiones pueden conducirnos a tremendas «formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas» (EG 100) y olvidar la ley del amor (EG 101)⁵³.

⁵³ Cf. D. FARES, «Per una lettura spirituale della *Evangelii gaudium*», en A. SPADARO (ed.), *Evangelii gaudium. Testo integrale e commento de La Civiltà Cattolica*, Milano 2014, 233-243. El mismo papa Francisco insiste con frecuencia en afirmar la presencia

Así pues, deberíamos recordar que si lo «simbólico» nos une, todo lo que nos separa puede calificarse como «diabólico». La unidad sacerdotal ha de ser obra del Espíritu Santo, como ya lo afirmaba el papa emérito Benedicto XVI, dirigiéndose a los obispos de los Estados Unidos: «Es necesario para todos nosotros que se dejen las divisiones estériles, los desacuerdos y los prejuicios, y que escuchemos juntos la voz del Espíritu que guía a la Iglesia hacia un futuro de esperanza»⁵⁴.

9. TRES SEÑALES DE DIRECCIÓN

En la mencionada exhortación *La alegría del Evangelio* hasta cuatro veces pronuncia el papa Francisco un «no» a estas tentaciones, siempre posibles y siempre lamentables. Pero, repitiendo también varias veces el «sí», el papa Francisco exhorta a emprender un camino positivo. Son interesantes esas protestas con las que concluye cada una de esas advertencias.

- Sí al *desafío de una espiritualidad misionera*. Hemos de superar el desencanto, el complejo de inferioridad que nos lleva a ocultar que somos cristianos. Hemos de abandonar el relativismo, tanto teórico como práctico. Hemos de dejar de actuar como si Dios no existiera, como si los pobres no existieran, como si los demás no existieran. «¡No nos dejemos robar el entusiasmo misionero!» (EG 78-80).

- Sí a las *relaciones nuevas que genera Jesucristo*. No podemos seguir alimentando nuestro egoísmo y nuestro individualismo enfermizo, que se reviste a veces de un cierto consumismo espiritual. Es la hora de descubrir la experiencia de la fraternidad, que no pueden proporcionar los aparatos más sofisticados, por mucho que nos comuniquen con los demás. «¡No nos dejemos robar la comunidad!» (EG 87-92).

- Sí a la *presencia de los laicos* en la Iglesia. No podemos olvidar que los laicos «son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios». Es hora de descubrir el precioso aporte de la mujer en la sociedad, de responder a las inquietudes de los jóvenes, de escuchar a los ancianos y de promover las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. «¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!» (EG 102-109).

actual de dos herejías antiguas: el gnosticismo y el neopelagianismo: *Evangelii gaudium* 94; *Gaudete et exsultate* 35-62; *Desiderio Desideravi* 17.

⁵⁴ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los obispos de Estados Unidos* (16.4.2008).

Son preciosas esas tres afirmaciones, que nacen de la conciencia misionera de la Iglesia. Todos los discípulos de Jesucristo estamos llamados a anunciar el Evangelio. Y a anunciarlo en este preciso momento de la historia. Con frases incisivas, el Papa nos ayuda a realizar nuestro examen de conciencia sobre nuestra pastoral y a recuperar el ardor de la vocación misional que comporta nuestra fe.

10. DOS MIRADAS AL ESPÍRITU

Las tentaciones de los evangelizadores se parecen demasiado a las obras de la carne a las que se refería san Pablo en la carta a los Gálatas (Gál 5,19-21). La conciencia de nuestros límites y pecados no puede hacernos olvidar los frutos del amor, la alegría y la paz, que el Espíritu hace brotar en cada uno de nosotros y en nuestras comunidades⁵⁵. «La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. Jn 16,22)». Así ha escrito el Papa Francisco en su exhortación *La Alegría del Evangelio* (EG 84).

Sin embargo, la fe no puede hacernos inconscientes ni ingenuos. Aun advirtiendo el rigor del mal, hemos sido seducidos por la belleza del bien. Conocemos nuestra debilidad, pero confiamos en la fuerza del Espíritu de Dios. En el mismo contexto en el que se refiere a nuestras tentaciones, escribe el Papa: «La mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que donde abundó el pecado sobreaabundó la gracia (Rom 5,20)» (EG 84).

Son tan solo dos pinceladas que subrayan el color y la importancia de la alegría y del amor. Dos miradas al Espíritu Santo y a los dos frutos primordiales que derrama en nuestras vidas y en las de la comunidad, para que podamos vivir el seguimiento del Señor y anunciar la Buena Noticia del Reino de Dios (Gál 5,22).

El amor y la alegría son los frutos del Espíritu que nos redimen de nuestra tristeza y de nuestro egoísmo. El amor y la alegría humanizan nuestra vida y nuestra historia. El Espíritu Santo es principio de vida y de gracia, fuente de amor y de concordia, prenda de verdad y de caridad fraterna. El Espíritu remueve la fe y la esperanza de los discípulos de Jesús y está presente en la Iglesia, guiándola hacia el amor

⁵⁵ Cf. J. R. FLECHA, *Amor y alegría. El fruto del Espíritu*, Salamanca: Secretariado Trinitario 2014².

y la verdad, hacia la paz y la alegría. Esta es nuestra fe. Y este es el anuncio que brota de nuestra esperanza.

11. ALGUNOS DESAFÍOS

Los muchos años dedicados a la docencia de la Teología Moral sugieren y exigen una breve alusión a los desafíos éticos que hoy se le plantean al sacerdote y la ayuda que necesariamente ha de implorar del Espíritu Santo.

En la misma fundamentación de la Teología Moral, es imprescindible reflexionar sobre el papel de la gracia del Espíritu que ha de ayudar a iluminar las opciones que la razón humana nos aconseja. Igualmente importante es repensar los temas de la ley y la conciencia, del pecado y de la virtud a la luz del Espíritu de Cristo.

Es evidente que el sacerdote hoy necesita más que nunca la ayuda del Espíritu Santo cuando trata de buscar las respuestas adecuadas a los dilemas morales de nuestro mundo contemporáneo. Baste recordar, como ejemplos, el ateísmo, la indiferencia o la blasfemia colectiva, la crisis de la familia, la ideología del género o el respeto debido a los ancianos, los enfermos y los marginados.

Al Espíritu de Dios habrá de pedir luz y valentía para orientar a los fieles ante las frecuentes adiciones que deshumanizan a la persona; ante la promoción del aborto, del tráfico de órganos, de la eutanasia, del transhumanismo; ante la injusticia y la guerra, las continuas manipulaciones de la comunicación o de los códigos penales.

Solo el Espíritu de Dios, en comunión con la comunidad eclesial y el *sensus fidelium*, puede ayudar al sacerdote a descubrir y anunciar la objetividad de la Verdad, la Belleza y la Bondad.

12. TRES FRUTOS DEL ESPÍRITU

Al concluir su viaje apostólico al Reino de Baréin, el papa Francisco mantuvo un encuentro con un amplio grupo en el que se incluían los sacerdotes⁵⁶. En él recordó las palabras de Jesús que hablan del agua viva que brota de Cristo y de los creyentes (cf. Jn 7,37-39) y añadió

⁵⁶ FRANCISCO, *Discurso en Baréin a los obispos, sacerdotes, consagrados, seminaristas y agentes pastorales* (6.11.2022).

que el evangelista explica que Jesús «se refería al Espíritu que debían recibir los que creyeran en él» (v. 39).

Partiendo de ese texto, el Papa se detenía a explicar *tres grandes dones* que el Espíritu Santo nos da y nos pide que acojamos y vivamos: *la alegría, la unidad y la profecía*. Aunque estos dones se conceden a todos los bautizados, teniendo en cuenta el auditorio al que se dirigía, es oportuno escuchar este mensaje como dirigido también a los sacerdotes.

En ellos parece pensar especialmente cuando se refiere al primero de los frutos para afirmar: «Es importante que, además de la liturgia, particularmente en la celebración de la Misa, fuente y cumbre de la vida cristiana, hagamos circular la alegría del Evangelio también a través de una acción pastoral dinámica, especialmente para los jóvenes, las familias y las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa».

En cuanto al segundo de los frutos, advertía el papa Francisco que «las divisiones del mundo, y también las diferencias étnicas, culturales y rituales, no pueden dañar o comprometer la unidad del Espíritu. Por el contrario, su fuego destruye los deseos mundanos y enciende nuestras vidas con ese amor acogedor y compasivo con el que Jesús nos ama, para que también nosotros podamos amarnos así entre nosotros».

Por lo que se refiere al tercer fruto, afirmaba el Papa que «los profetas reciben del Espíritu Santo la luz interior que los hace intérpretes atentos de la realidad, capaces de captar dentro de las tramas, a menudo oscuras, de la historia, la presencia de Dios, e indicarla al pueblo. Con frecuencia las palabras de los profetas son penetrantes; llaman por su nombre a los proyectos de mal que se anidan en el corazón de la gente, ponen en crisis las falsas seguridades humanas y religiosas, e invitan a la conversión».

De los sacerdotes se puede afirmar que han recibido un Espíritu de profecía para manifestar el Evangelio con su testimonio de vida: «La profecía nos hace capaces de practicar las bienaventuranzas evangélicas en las situaciones de cada día, es decir, de edificar con firme mansedumbre ese Reino de Dios en el que el amor, la justicia y la paz se oponen a toda forma de egoísmo, de violencia y de degradación».

Son unas palabras que invitan a los sacerdotes de hoy a vivir con realismo su misión y a ser profetas y testigos de la esperanza, que se funda en los dones y frutos del Espíritu Santo⁵⁷.

⁵⁷ Para ampliar estos temas pueden verse J. R. Flecha, *El vendaval de Dios. Para una catequesis de los dones del Espíritu Santo*, Salamanca: Secretariado Trinitario 2021.

CONCLUSIÓN

1. Los sacerdotes actúan como representantes del Sumo Sacerdote que es Jesucristo. Esa vocación y esa dignidad comportan una exigencia de vida, coherente con el ministerio que les ha sido confiado. Así lo dice el Concilio Vaticano II: «Este sacerdocio es *ministerial*. Esta función, que el Señor confió a los pastores de su pueblo, es un verdadero servicio» (LG 24).

Después de citar esta precisión conciliar, el *Catecismo de la Iglesia Católica* añade que el ministerio sacerdotal «depende totalmente de Cristo y de su sacerdocio único, y fue instituido en favor de los hombres y de la comunidad de la Iglesia [...] El ejercicio de esta autoridad debe, por tanto, medirse según el modelo de Cristo, que por amor se hizo el último y el servidor de todos (cf. Mc 10,43-45; 1 Pe 5,3)».

Son hermosas las palabras de san Juan Crisóstomo, citadas en el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «El Señor dijo claramente que la atención prestada a su rebaño era prueba de amor a él» (n. 1551). No se puede olvidar que el servicio sacerdotal es una prueba del amor que el sacerdote ha recibido y del amor que está llamado a profesar y testimoniar a todos los miembros del pueblo de Dios.

2. Si para el sacerdote es fundamental la referencia a Cristo, también es imprescindible la referencia a la Iglesia, a la que pertenece, a la que se entrega y a la que representa cada día con su sola presencia y con su actuación.

Citando de nuevo el Concilio Vaticano II, el mismo *Catecismo* advierte que «el sacerdocio ministerial no tiene solamente por tarea representar a Cristo —Cabeza de la Iglesia— ante la asamblea de los fieles, actúa también en nombre de toda la Iglesia cuando presenta a Dios la oración de la Iglesia (cf. SC 33) y sobre todo cuando ofrece el sacrificio eucarístico (cf. LG 10)» (n. 1552).

Para explicar adecuadamente que el presbítero actúa «en nombre de *toda* la Iglesia», el *Catecismo* recuerda que «es toda la Iglesia, cuerpo de Cristo, la que ora y se ofrece, por Cristo con él y en él, en la unidad del Espíritu Santo, a Dios Padre. Todo el cuerpo, la cabeza y los miembros, ora y se ofrece». Por eso los ministros de este cuerpo —concluye el *Catecismo*— «lo son no sólo de Cristo, sino también de la Iglesia. El sacerdocio ministerial puede representar a la Iglesia porque representa a Cristo» (n. 1553).

Todos los sacerdotes se saben elegidos por el Señor y llamados finalmente por la Iglesia para dedicar su vida al servicio de Cristo y de su Iglesia. Ahora bien, toda la Iglesia debería ser consciente de la importancia de este servicio que hace posible su vida.

3. En consecuencia, toda la Iglesia ha de favorecer con su acción y su oración la escucha de la vocación de Dios al ministerio sacerdotal. Y ha de acompañar a sus sacerdotes con su oración y su colaboración afectiva y efectiva para que sean fieles a Cristo y a la misma Iglesia.

Todos sabemos que la persona es frágil. También el presbítero lo es. El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que la presencia de Cristo en el ministro no lo exime de las flaquezas humanas, del afán de poder y de sus errores, es decir del pecado. «No todos los actos del ministro son garantizados de la misma manera por la fuerza del Espíritu Santo. En los sacramentos el pecado del ministro no puede impedir el fruto de la gracia». Sin embargo, se advierte también que en otros actos «la condición humana del ministro deja huellas que no son siempre el signo de la fidelidad al evangelio y que pueden dañar por consiguiente a la fecundidad apostólica de la Iglesia» (n. 1550).

Precisamente por eso, la oración de toda la comunidad cristiana ha de acompañar siempre al presbítero. Cuando administra los sacramentos, para que pueda acoger la gracia que pasa a través de sus manos. Y en todo tiempo, para que esa gracia purifique esas manos consagradas y a toda la comunidad que le ha sido confiada⁵⁸.

⁵⁸ Cf. J. R. FLECHA, *El sacerdote en el pueblo de Dios*, Madrid: Edibesa 2010, 30-35.

25 AÑOS DE JORNADAS AGUSTINIANAS:
EL PASO DEL ESPÍRITU POR EL CTSA

DR. ISAAC GONZALEZ MARCOS, OSA
Centro Teológico San Agustín y Facultad de Teología de Burgos

RESUMEN:

Este artículo reflexiona sobre el paso del Espíritu Santo por el Centro Teológico San Agustín de Madrid, cuando celebra las XXV Jornadas Agustonianas, su principal aportación cultural. Lo divido en tres partes: 1. El Espíritu Santo, Señor y dador de vida, alma de toda vida comunitaria y de toda la teología; 2. El Espíritu Santo en los órganos de gobierno del CTSA (la unión de dos y de tres Provincias agustinianas, el Patronato, los Profesores); 3. El Espíritu Santo en las grandes celebraciones del CTSA. Señalo algunas fiestas anuales: S. Tomás de Villanueva —inicio de curso—, la conversión de San Agustín, las Jornadas Agustonianas y clausura de curso, así como otros momentos puntuales: oración por los difuntos y otras oraciones que presiden todas nuestras reuniones; en los ejercicios espirituales, retiros, fiesta de los Santos de la Orden, Profesiones religiosas y Ordenaciones diaconales o presbiterales. Encontramos el Espíritu Santo en las interpretaciones musicales, en las visitas a Salamanca o a la Biblioteca Real (*via pulchritudinis*), en las defensas de tesis doctorales (espíritu de sabiduría); en la caridad (VIII Jornadas), en las felicitaciones de Navidad o de S. Tomás de Aquino; en el espíritu de colaboración de los dos estudios agustinianos; y en algunos ponentes de las Jornadas (S. M. Insunza Seco, Arminda de la Red, Enrique Somavilla, Mons. Luis Marín).

Palabras claves: Espíritu Santo, Centro Teológico San Agustín, Jornadas Agustonianas, caridad, oración, sabiduría, unidad.

ABSTRACT:

This article reflects on the passage of the Holy Spirit through the Saint Augustine Theological Center (CTSA) in Madrid, when it celebrates the XXV Augustinian Days, its main cultural contribution. I divide it into three parts: 1. The Holy Spirit, Lord and giver of life, soul of all community life and of all theology. 2. The Holy Spirit in the governing bodies of the CTSA (the union of two and three Augustinian Provinces, the Board of Trustees, the Professors). 3. The Holy Spirit in the great celebrations of the CTSA. I point out some annual festivals: St. Thomas of Villanueva —at the beginning of the academic year—, Saint Augustine's Conversion Day, The Augustinian Days and the closure of the academic year. As well as other specific moments: prayer for the deceased people and other prayers presiding all our meetings; prayers in spiritual exercises, retreats, feasts of Augustinian Saints, religious professions and diaconal or priestly ordinations. We have found the Holy Spirit in musical performances, in visits to Salamanca or to the Royal Library (via pulchritudinis), in the defenses of doctoral theses (spirit of wisdom), in charity (the VIII Augustinians Days), in the Christmas greetings or in the Saint Thomas Aquinas Day, in the spirit of collaboration of the two Augustinian Studies, and in some speakers of the Conferences (S.M. Insunza Seco, Arminda de la Red, Enrique Somavilla, Mons. Luis Marín).

Main arguments: Holy Spirit, St. Augustine Theological Center, Augustinian Days, charity, prayer, wisdom, unity.

INTRODUCCIÓN

Dividiré este trabajo, urgido a última hora, teniendo en cuenta el subtítulo, «el paso del Espíritu por el CTSA» en cuatro puntos: 1) El Espíritu Santo, Señor y dador de vida, alma de toda vida comunitaria y de toda la teología; 2) El Espíritu Santo en los órganos de gobierno del CTSA: Patronato, Junta de Gobierno, Claustro Académico, Profesorado, delegados de clase y alumnos; 3) El Espíritu Santo en las grandes celebraciones del CTSA; 4) El Espíritu Santo en otros acontecimientos del CTSA.

1. EL ESPÍRITU SANTO, SEÑOR Y DADOR DE VIDA, ALMA DE TODA VIDA COMUNITARIA Y DE TODA LA TEOLOGÍA

Los cristianos creemos «en un solo Dios, Padre, en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, y en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y el Hijo» y junto a ellos «recibe una misma adoración y gloria» (credo Niceno-Constantinopolitano).

La fe de los cristianos está cimentada en la Santísima Trinidad, en cuyo nombre somos bautizados (Mt 28,19) y a imagen de la cual hemos sido creados. Por tanto, la persona humana es un ser corporal y espiritual y está destinada a ser Cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo (Co 6,19-20; 15,44-45).

El Espíritu actuó ya en la creación (Gn 1,2), y «por los profetas». «Jesucristo fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen». El Espíritu es «el Señor que da la vida» y por eso hace que María conciba al Hijo eterno del Padre. Desde esa concepción el Hijo único del Padre es *Cristo*, el ungido por el Espíritu Santo (Mt 1,20; Lc 1,35). En su bautismo aparece en forma de paloma y viene sobre Jesús y la voz del cielo le proclama como «mi Hijo amado» (Mt 3, 13-17). Allí se manifiesta (*epifanía*) Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios, que acepta la misión de Siervo doliente,

anticipando ya el bautismo de su muerte sangrienta (Mc 10, 38; Lc 12,50). El Espíritu Santo lleva a Jesús al desierto (Lc 4,1), y vuelve a Galilea por la fuerza del Espíritu Santo (Lc 4,14), el Espíritu del Señor unge a Jesús para anunciar la buena nueva (Lc 4,18), es prometido a sus seguidores para ser sus testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo» (Hch 1,8). El Espíritu estará ahora junto a sus discípulos y en ellos (Jn 14,17) para enseñarles (Jn 14,16) y conducirlos «hasta la verdad completa» (Jn 16,13).

Para el Hiponense el Espíritu Santo es un don de Jesús a los creyentes¹, un don igual a él mismo que nos hace capaces de amar². Debemos valorar la vida divina que se nos ha dado y esforzarnos por conservarla siempre³. Nos convierte de multiplicidad en unidad⁴, por su acción nos transformamos en pan de Cristo⁵ y creemos en Cristo⁶; fe en Cristo, que guiada por el Espíritu Santo implica la esperanza y el amor⁷. Siendo único el Espíritu Santo tiene una función septenaria: sabiduría y entendimiento, consejo y fortaleza, ciencia y piedad y temor de Dios⁸. Ahora bien, la humildad es fruto del Espíritu Santo a la vez que condición necesaria para su inhabitación en el alma⁹; la castidad un fruto¹⁰; la lucha contra la carne es obra suya¹¹. Es quien enseña a orar, haciéndonos partícipes de la oración de Cristo que ora en nosotros y por nosotros¹². No hay santificación auténtica que no venga del Espíritu Santo¹³. Si queremos recibir la vida del Espíritu Santo debemos conservar la caridad, amar la verdad y desear la unidad para llegar a la eternidad¹⁴. El santo del corazón en su inmortal libro de las *Confesiones* suspira con elevado tono: «¡Oh eterna verdad, verdadera caridad y amada eternidad! Tú eres mi Dios. Por ti suspiro día y noche»¹⁵.

¹ S. AGUSTÍN, s. 267, 1.

² Id., s. 128, 4.

³ Id., s. 161, 7.

⁴ Id., s. 270, 6.

⁵ Id., s. 229, 1.

⁶ Id., s. 143, 3.

⁷ Id., s. 144, 2.

⁸ Id., s. 8, 17.

⁹ Id., s. 72 A, 2; 270, 6.

¹⁰ Id., s. 161, 2.

¹¹ Id., s. 128, 9.

¹² Id., *en. Ps.* 85, 1.

¹³ Id., s. 8, 17.

¹⁴ Id., s. 267, 4,4.

¹⁵ Id., *conf.* VII, 10, 16.

No cabe duda, como aseguró Ignacio IV Assin, patriarca de la iglesia ortodoxa griega de Antioquia (1979-2012) «Sin el Espíritu Santo: Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad un dominio, la misión una propaganda, el culto una evocación, el actuar humano una moral de esclavos. Pero en Él: el cosmos se alza y gime los dolores del Reino, Cristo Resucitado se hace presente, el Evangelio se vuelve potencia de vida, la Iglesia significa comunión trinitaria, la autoridad se convierte en servicio liberador, la misión es Pentecostés, la liturgia es memorial y anticipación, el actuar humano se deifica»¹⁶.

El Espíritu Santo realiza maravillas en la Iglesia (LG 44), crea y hace crecer la armonía de las personas congregadas y les ayuda a desarrollar una vida en común animada por la caridad¹⁷, ejerce su influjo en la formación de los candidatos a la vida consagrada. El Espíritu Santo, alma del Cuerpo místico, es también el alma de toda vida comunitaria¹⁸. Es él quien establece la unión armónica en Cristo de todos los elementos prácticos que la Iglesia considera necesarios para una buena formación¹⁹. Hace comprender la castidad, da fuerza para renunciar a los bienes, forma en el alma el espíritu de pobreza, da luz para reconocer en la voluntad de los superiores la misteriosa voluntad de Dios²⁰. Es necesario para la perseverancia, animador para la misión, los consagrados deben guardar una gran docilidad a sus mociones e inspiraciones, una insistente comunión con él, incesante oración para obtener sus dones y un santo abandono a su iniciativa²¹.

Por eso los últimos papas no han dejado de gritar a los jóvenes, en las *Jornadas mundiales de la juventud*, que tomen lúcida conciencia de la presencia del Espíritu Santo, viva y constante en la vida de la Iglesia, redescubrirlo como el «*alma*», el respiro vital de la propia vida cristiana y verificar en el Espíritu Santo la calidad de su fe²². El

¹⁶ I. GONZÁLEZ MARCOS, *Gritos del corazón. Notas de pastoral universitaria* [Palabra y vida 22], Madrid 2002, 387. Ignatios Lattaquíé texto leído en el Consejo Ecuménico de las Iglesias reunido en Upsala, 4-20 julio 1968.

¹⁷ JUAN PABLO II, *Audiencia* (22.03.1995) 3.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Id., 4. CIVCIVA, *Potissimum institutioni* [Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos].

²⁰ JUAN PABLO II, *Audiencia* (22.03.1995), 4.

²¹ Id., 5-6.

²² BENEDICTO XVI, Mensaje XXIII *JMJ* (16.03.2008) 1. Cf. GONZÁLEZ MARCOS, I., «Haced lo que ellos dicen. Imperativos evangélicos de Juan Pablo II y Benedicto XVI

Espíritu de Jesús quiere suscitar en el mundo mediante los jóvenes el viento y el fuego de un nuevo Pentecostés²³.

Inspirados por las intuiciones de san Agustín (Espíritu Santo como vínculo de unidad dentro de la Santísima Trinidad: unidad como comunión, unidad como amor duradero, unidad como dador y don), el papa recién fallecido, Benedicto XVI, pidió a los jóvenes que hicieran que el amor unificador sea su medida, el amor duradero su desafío y el amor que se entrega su misión²⁴.

Recibiendo y viviendo del Espíritu y para el Espíritu, los jóvenes están así llamados a construir la civilización del amor y ser heraldos de la nueva buena²⁵. Se hace urgente que redescubran el sacramento de la confirmación, especial ocasión de gracia, que no deben dejar escapar²⁶.

El papa Francisco pregunta a los jóvenes si saben que pueden rezar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como al mejor amigo²⁷. Cree el jesuita papa argentino que los jóvenes pueden acercarse a las realidades de dolor y de muerte y pueden tocarlas y generar vida como Jesús. Pero esto solo es posible si antes han sido tocados por el amor del Espíritu Santo, «si vuestro corazón ha sido enternecido por la experiencia de su bondad»²⁸. Recientemente invita a ponerse a servir con prisa (como María a su prima Isabel), pues la gracia del Espíritu ignora la lentitud; y a que los jóvenes enciendan en sus corazones el deseo de levantarse y la alegría de caminar todos juntos, en estilo sinodal, abandonando las falsas fronteras²⁹.

La investigación teológica al estar abierta a los «*signos de los tiempos*» «debe esforzarse para recoger con dócil prontitud «*lo que el Espíritu dice a las Iglesias*» (Ap 2, 7) también en el curso de nuestra generación, tratando de interpretar las indicaciones que, bajo su ac-

a los jóvenes del mundo», en V.D. CANET VAYÁ, ed., *Encuentros de fe. Horizontes de Nueva evangelización. XIV Jornadas Agustianas. Colegio San Agustín. Madrid 12-13 de marzo de 2011*, Madrid 2011, 3-169: 117; Id., *Haced lo que ellos dicen. Itinerario espiritual para los jóvenes del tercer milenio* [Palabra y Vida 27] Madrid 2012.

²³ Id., 4. A pesar de que el espíritu es «el gran desconocido», Benedicto XVI invita a los jóvenes a tener familiaridad con él, para tenerla con Jesús. Cf. Id., 5.

²⁴ BENEDICTO XVI, Discurso *Vigilia con los jóvenes en el 'Hipódromo de Randwick'*, Sydney (19.07.2008).

²⁵ JUAN PABLO II, Mensaje *IX-X-JMJ* (21.11.1993) 6; Id., Homilía *A los delegados del Foro internacional de jóvenes*, París (23.08.1997) 6.

²⁶ BENEDICTO XVI, Mensaje *XXIII-JMJ* (16.03.2008) 6.

²⁷ FRANCISCO, Mensaje *XXX-JMJ* (31.01.2015) 3.

²⁸ Id., Mensaje *XXXV-JMJ* (5.04.2020).

²⁹ Id., Mensaje *XXXVII-JMJ* (15.08.2022).

ción, surgen de las esperanzas de los pueblos, de los sufrimientos de los pobres, de los descubrimientos de la ciencia, de las propuestas de los santos»³⁰.

El Espíritu testimonia que somos hijos de Dios, y, por tanto, herederos (Rm 8, 16-18), y por eso estamos llamados, con la ayuda del Espíritu Santo, a hacer morir las obras de la carne (Rm 8,13). Cristo nos habla de lo que ha oído al Padre (Jn 8, 40) y el Espíritu Santo tomará de Cristo y nos lo anunciará (Jn 16,14). Por eso dice Juan Pablo II «lo “*pneumatológico*” es profundamente *crisológico*. Y al mismo tiempo, juntamente es “*trinitario*”»³¹.

El teólogo tiene vocación eclesial. Es necesario que los alumnos sean cada vez más conscientes de que realizan su tarea *con la Iglesia, en la Iglesia y para la Iglesia*, lo cual exige una confrontación continua con el *sensus fidei* del pueblo de Dios y una profunda sintonía con el Magisterio de la Iglesia³². Las universidades deben ser «lugares de auténtica sabiduría cristiana, donde cada uno se esfuerce personalmente por realizar una síntesis coherente entre la fe y la vida, entre los contenidos estudiados y la conducta práctica» y «vuestrs maestros han de ser los santos [...] la «*generación que busca el rostro de Dios*» (Sal 23, 6)»³³.

Invocando el Espíritu Santo, S. Juan Pablo II deseaba que el conocimiento se tornase amor, para que el amor nos ayude a conocer plenamente³⁴. En 1991 reflexionó con los jóvenes universitarios sobre el famoso lema agustiniano «*noverim te, noverim me, Domine*»³⁵ y concluyó que es la Eucaristía donde la súplica «*Veni, creator Spiritus*» se vuelve más plena; y que es necesario que sea el Espíritu Santo «la guía de nuestras almas y de nuestros corazones, de nuestros estudios, de nuestras luchas, no obstante, nuestra debilidad, para conseguir la

³⁰ JUAN PABLO II, Homilía *Inauguración del año académico de las Pontificias Universidades romanas* (23.10.1981) 3.

³¹ Id., (21.10.1988) 2. Concluye diciendo «Il mondo ha bisogno di questa potenza. Il mondo attende lo Spirito di verità, che Cristo ha dato alla Chiesa. Tra la molteplicità delle verità che l'uomo attinge dalla conoscenza del mondo - e sono queste verità parziali e non definitive - opera questo Spirito che guida «alla verità tutta intera», Id., 7.

³² Id., (19.10.2001) 4.

³³ Id., (25.10.2002) 6.

³⁴ Id., (27.10.1989) 4.

³⁵ S. AGUSTÍN, *sol.* II, 1, 1.

forma divina de nuestra humanidad: “*mentes tuorum visita, imple superna gratia, quae tu creasti pectora*”. Amen!»³⁶.

El papa alemán, Benedicto XVI, colocaba la formación espiritual según el pensamiento de Cristo como algo fundamental, como la perspectiva que debían tener los estudios teológicos³⁷.

Recuerda el papa Francisco que, ante la crisis ecológica, desarrollo de la neurociencia o técnicas que pueden cambiar al hombre, las desigualdades sociales, migraciones, relativismo teórico y práctico, necesitamos «una teología para ayudar a todos los cristianos a anunciar y mostrar, sobre todo, el rostro salvador de Dios, el Dios misericordioso» y el teólogo «es quien estudia, piensa, reflexiona, pero lo hace de rodillas»³⁸.

El pueblo de Dios es en su conjunto un pueblo de profetas. Por el don del Espíritu Santo, los miembros de la Iglesia poseen el «*sentido de la fe*». Se trata de una especie de «instinto espiritual», que permite *sentire cum Ecclesia* y discernir lo que es conforme a la fe apostólica y al espíritu del Evangelio³⁹.

Las fuentes primeras de la Teología, la Palabra de Dios y el Espíritu Santo, son inagotables y siempre fecundas; por eso se puede y se debe trabajar en la dirección de un «*Pentecostés teológico*», que permita a las mujeres y los hombres de nuestro tiempo escuchar «*en la propia lengua*» una reflexión cristiana que responda a su búsqueda de sentido y de vida plena⁴⁰.

2. EL ESPÍRITU SANTO EN LOS ÓRGANOS DE GOBIERNO DEL CTSA

2.1 *In unum estis congregati*

San Agustín habla de habitar unánimes en la casa y tener una sola alma y un solo corazón hacia Dios (*anima una et cor unum in Deum*),

³⁶ JUAN PABLO II, Homilía *Inauguración del año académico de las Pontificias Universidades romanas* (25.10.1991) 4.

³⁷ BENEDICTO XVI, *Inicio de curso* (30.10.2008).

³⁸ FRANCISCO, *Discurso A la Asociación Teológica Italiana* (29.12.2017).

³⁹ Id., *Discurso A la Comisión Teológica Internacional* (6.12.2013).

⁴⁰ Id., *Discurso En la plaza adyacente a la Pontificia Facultad Teológica de la Italia Meridional* (21.06.2019).

como el motivo por el cual, deseosos de unidad, os habéis congregado⁴¹. Para el Hiponense *unitas, veritas, pietas* y *caritas* son conceptos clave que se complementan⁴². De modo que «La caridad, en cambio, genera el acuerdo, el acuerdo la unidad, la unidad mantiene la caridad, y la caridad conduce a la claridad»⁴³.

Podríamos afirmar que todo en Agustín tiende a la caridad. El «*ante Omnia*» de su *Regla* es «*diligatur Deus, deinde et proximus*» (amar a Dios y después al prójimo)⁴⁴. El oficio de Prior en sus monasterios no es dominar desde el poder, sino «servir desde la caridad»⁴⁵. Los preceptos han de ser cumplidos «con amor, como amantes de la Belleza espiritual y prendados, con una vida santa, no como siervos bajo la ley, sino como personas libres que viven bajo la gracia»⁴⁶. Las virtudes teologales son el fin de la revelación divina: «para que todo el mundo, con el anuncio de la salvación, oyendo crea, creyendo espere y esperando ame»⁴⁷. No hay felicidad donde no hay amor⁴⁸, es la fuerza motriz del mundo humano, la razón que rige y gobierna a los hombres y los hace danzar a su son⁴⁹. El amor es la vida del espíritu⁵⁰. Cuanto más amas más alto subes⁵¹. Dios es amor, el hombre es lo que ama⁵². Escribe sus *Confesiones* «*Amore amoris tui*» (*por amor de tu amor*)⁵³. Cuando se atrofia el amor se paraliza la vida⁵⁴. Uno de sus imperativos más conocidos es «*dilige et quod vis fac*» (*ama y haz lo*

⁴¹ S. AGUSTÍN, *Regla*, 3. Las *Constituciones* de la Orden señalan que el fin de la misma consiste «en que unidos concordemente en fraternidad y amistad espiritual busquemos y adoremos a Dios y trabajemos al servicio de su pueblo», Cf. *Constituciones*, Roma 2008, 13.

⁴² S. AGUSTÍN, s. 272: «*unus panis, unum corpus, multi sumus: unitas, veritas, pietas, caritas*». El gran pecado será para Agustín romper la unidad, como los donatistas, Cf. s. 325, 2.

⁴³ Id., *en. Ps.* 30, II, 1.

⁴⁴ Id., *reg.*, 1.

⁴⁵ Id., 46.

⁴⁶ Id., 48.

⁴⁷ Id., *cat. rud.* 4, 8; CONC. VAT. II, Constitución *Dei Verbum*, 1.

⁴⁸ Id., *div. qu.* 25.

⁴⁹ Id., *ord.*, 2, 5.

⁵⁰ Id., *en. Ps.* 54, 7.

⁵¹ Id., *en. Ps.* 83, 10.

⁵² «*amor meus, pondus meum*» S. AGUSTÍN, *conf.* XIII, 9, 10. «Cada hombre es lo que ama», dirá en otro lugar; Cf. 83 *div. qu.*, 35.

⁵³ Id., *conf.* II, 1, 1.

⁵⁴ Id., *en. Ps.* 85, 24.

que quieras)⁵⁵. La finalidad del estudio de la Filosofía y Teología sería que los alumnos amen a Dios, a Cristo y a la Iglesia⁵⁶.

El Centro teológico San Agustín de Madrid comenzó como una colaboración de profesores y estudiantes entre dos de las cuatro provincias agustinianas españolas (España y Matritense), que tenían sus propios estudios: Estudio Teológico Agustiniiano Tagaste (ETAT) y Instituto Teológico Escorialense (ITE), con sede y afiliación universitaria diversa: Los Negrals, afiliado a la Universidad Pontificia de Comillas y El Escorial, afiliado a la Universidad Pontificia de Salamanca.

Los primeros *Estatutos* señalan como objetivo último de la colaboración entre las dos provincias «erigir, con el tiempo, **un único centro** de estudios eclesiásticos (Centro Teológico San Agustín)»⁵⁷. Y el objetivo inmediato «prestarse mutua ayuda, sobre todo desde el punto de vista académico». Los órganos de gobierno tendrán por función «**dotar de unidad** a las actividades comunes a que los centros se comprometen»⁵⁸.

El 8 de junio de 1994, los MM.RR.PP. Provinciales Agustín Alcalde de Arriba y Gabriel González del Estal, previa aprobación de los respec-

⁵⁵ Id., *ep. Io. Tr.* 7, 8. Otro inolvidable texto del obispo de Hipona que recuerda a sus fieles es: «El amor es el dulce y saludable vínculo de las mentes; sin amor, el rico es pobre, y con amor, el pobre es rico; el amor da fortaleza en la adversidad y moderación en la prosperidad; es fuerte en las pruebas duras y alegre en las obras buenas; es seguro en la tentación, generoso en la hospitalidad, jovial entre los verdaderos hermanos, paciente entre los falsos... El amor es el alma de las Escrituras, la fuerza de las profecías, la salvación de los sacramentos, el fundamento de la ciencia, el fruto de la fe, la riqueza de los pobres, la vida de los que mueren», Id., s. 350, 3.

⁵⁶ «Amar a Cristo es amar a la Iglesia, que es su cuerpo, madre de los cristianos, a la que se ha encomendado la verdad revelada. En la Iglesia «nos hemos convertido en Cristo. Pues si él es la cabeza, nosotros somos los miembros», «porque el Cristo total es la cabeza y el cuerpo». Seamos, por tanto, testigos de la unión íntima con Dios y fermento de unidad para todo el género humano» (*Constituciones* 2008, 18). En la asignatura de *Historia de la Iglesia contemporánea* señalo que «La comprensión histórica debe ayudar a contextualizar los acontecimientos, comprendiendo la vida de la Iglesia y aprendiendo a amarla, aún en medio de las dificultades pasadas o presentes», Cf. *Agenda Académica 2022-2023*, 144. En la materia de *Homilética* pretendo «concienciar y ofrecer los instrumentos básicos a todos los bautizados y de modo especial a los que se sienten llamados al presbiterado para que puedan desarrollar su misión de evangelizadores por medio de la predicación y la palabra, la liturgia, la catequesis, los sacramentos y el testimonio de vida, siendo fieles a Jesucristo, al Evangelio, a la Iglesia, al hombre y a la cultura actual; y, en nuestro caso, a la inspiración agustiniana que anima nuestro Centro, carácter propio del mismo y nuestra vida», Cf. *Agenda Académica 2022-2023*, 146.

⁵⁷ *Estatutos* 1994, 2.

⁵⁸ Id., 3.

tivos Consejos Provinciales, dieron luz verde a los primeros *Estatutos*, el plan económico y nombraron una comisión para la distribución de asignaturas, proposición de autoridades y distribución de sedes.

El 17 de septiembre de 1994 se reunió el primer Patronato, presidido por el Asistente General, M.R.P. Isidro de la Viuda Diez⁵⁹. Fueron nombrados el primer Director: P. Fermín Fernández Biéznobas; Subdirector: P. Antonio de Mier Vélez, Secretario: P. Carlos José Sánchez Díaz y Vicesecretario-Administrador: P. Juan Manuel Olandía Izquierdo, quienes formaban la Junta de Gobierno, junto a dos profesores y un alumno representantes de cada Provincia: Los PP. Domingo Amigo González y Luis Marín de San Martín y Fr. Luis Javier Reyes Marzo (España) y los PP. José María Ozaeta León, Samuel Rubio de la Calzada y Fr. Miguel Ángel Martínez Fuertes (Matritense)⁶⁰.

El 3 de octubre de 1994 tuvo lugar la solemne inauguración del curso en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, con una *Misa del Espíritu Santo* en la «Iglesia Vieja», presidida por el M.R.P. Agustín Alcalde. La lección inaugural corrió a cargo del P. Vicente Gómez Mier⁶¹. Los alumnos de ese primer curso fueron 35: 17 de la Provincia de España, 13 de la Matritense, 2 Benedictinos y 3 laicos⁶².

Ya desde los primeros pasos del CTSA se encuentra una pluralidad en busca de armonía, de unidad y de colaboración: Dos consejos provinciales, dos provincias agustinianas, dos provinciales, dos claustros

⁵⁹ Formado por los dos Provinciales citados, el P. Alejandro Moral Antón, consejero de la Provincia de España y el P. Fermín Fernández Biéznobas, director del Centro.

⁶⁰ En el Claustro representaban a los alumnos de Filosofía y de Teología el jerónimo Fr. Jesús García Ventura y Fr. Miguel Ángel Sierra Morales.

⁶¹ Cf. *Memoria 1994-95*, 1.

⁶² En el curso 6º: Pedro Delgado Hernández; Rolando García Hernández (cursó 3º), Ángel López Merino, Abrahán López Bravo, Tomás Ortiz España; y Juan Ignacio Provecho López. En 5º: José Ignacio Alonso Martínez, Juan Antonio Andrés Prieto, Inge Beyer (completo el segundo semestre), José Domingo García Sánchez, Rafael Manrique Arija y Alfonso Turienzo Martínez. En 4º: **Aldo Marcelo Cáceres**, José Alberto Escobar Marín, Pedro José Gordo Martín, Antonio Raúl Gutiérrez Ayuela, **Miguel Ángel Martínez Fuertes**, **Eliseo del Olmo Martín**, **Luis Javier Reyes Marzo**, y Miguel Ángel S. Gregorio Hernández. En 3º: Cristóbal Amate Guerrero, OSB, Gabriel Bautista Nieto, Luis Miguel Castro Hernández, **Miguel Gumersindo de la Lastra Montalbán**, Enrique Martín Sanz, y Juan Pablo Rubio Sadia, OSB. En 2º: **Miguel Ángel Álvarez Miñambres**, Jorge Cabañas García (cursó completo el primer semestre), Raúl Luis González, Bernardino Sánchez González, y Pedro Pablo Sanz. En 1º: Juan Gabriel Martín Pereña, Miguel A. Sierra Morales, y María Aurora Toscano Crespo (tiene cursado 3º). Alumna oyente: María José Raba Ortiz. Cf. *Memoria 1994-95*, 10-11. Los nombres subrayados son laicas. Los que van en negrita (seis) son o han sido profesores del CTSA.

de profesores, dos profesorios. Y, entre los alumnos, además de dos provincias, otra orden religiosa, Benedictinos y laicos/as. Había dado comienzo un periodo transitorio, que duraría hasta la afiliación a la Universidad Pontificia de Salamanca como único centro (2006).

Desde un primer momento se acordó por el Patronato admitir a todo tipo de alumnos, tanto los que van a hacer el sexenio, como los que acuden de oyentes⁶³.

En la publicación aparte sobre las 25 Jornadas Agustonianas vendrá la lista completa de los miembros del Patronato, Junta de Gobierno, Representantes de Profesores, Representantes de Alumnos en la Junta y Claustro, así como Directores, Subdirectores, Secretarios, Administradores, Profesores, Alumnos que han conseguido el grado, etc.

2.2 Colaboración de tres Provincias

Pronto la Provincia Agustiniense de Castilla se interesó por integrarse en esa colaboración interprovincial que había arrancado en 1994. Así, en reunión de Patronato, de 9 de julio de 1995, el P. Isidro de la Viuda, manifestó su voluntad y la del Capítulo Intermedio de incorporar sus profesos al CTSA y ofreció varios profesores⁶⁴. El curso 1996-1997 se incorporará, pues, como miembro de pleno derecho, la Provincia de Castilla. Por esta razón, el 30 de junio de 1996, los Provinciales de las tres Provincias firman los nuevos *Estatutos*⁶⁵.

El objetivo último de esta colaboración entre las tres Provincias agustinianas seguía siendo la formación de un único centro de es-

⁶³ AP 1994-2012, 6.

⁶⁴ Cf. *Memoria 1994-95*, 19. Reunido el Patronato el 30 de junio de 1996 fueron aprobados como profesores ordinarios de la Provincia de Castilla Rafael Lazcano González (Teología Moral), Isaac González Marcos (Historia de la Iglesia) y Luis Estrada (Pastoral Catequética). También lo fue Vicente Domingo Canet Vayá (Sociología); Cf *Actas de Patronato*, 30 de junio de 1996.

⁶⁵ Los Provinciales son los MM.RR.PP. Isidro de la Viuda Diez, Gabriel González del Estal y Alejandro Moral Antón, Cf. CENTRO TEOLÓGICO SAN AGUSTÍN, *Estatutos. Provincias Agustinianas Castilla, Matritense y España*, 30 de junio de 1996 (=Estatutos-1996). Los alumnos de la Provincia de Castilla que se incorporan el curso 1996-97 fueron cinco: Javier García Martínez (6º), Marcelino Fernández Mayo (4º), Javier Jiménez Martínez y Roney Marcón Cardoso (3º) y Maximino Prieto Prieto (2º); Cf. *Memoria 1996-1997*, 8-9. Vienen registradas como alumnas: María Aurora Toscano Crespo (4º) y como alumnas extraordinarias y oyentes: María José Raba Ortiz, Carmen Villanueva Cueva, Margarita Berdote y Ana María Lominchar (Ibid.).

tudios eclesiásticos con entidad jurídica propia⁶⁶. Pero hasta que esto se produjera cada uno de los centros conservaría su identidad jurídica y su afiliación respectiva⁶⁷. De ahí que los 77 graduados entre 1994 y 2005 lo son por la UPCO (Universidad Pontificia de Comillas), los alumnos del ETAT y Castilla; o por la UPSA (Universidad Pontificia de Salamanca), los alumnos del ITE⁶⁸.

2.3 El Patronato del CTSA

Hasta la incorporación de la Provincia de Castilla el Patronato estaba integrado por el Asistente General para España (PP. Isidro de la Viuda Diez, en 1994-1995 y Santiago M. Insunza Seco, en 1995-1996), los dos provinciales y el consejero de estudios eclesiásticos de cada provincia. El Director podrá asistir, a juicio del Presidente, con voz, pero sin voto. Y actuará como secretario uno de los consejeros. Se reunirá al menos una vez al año y quedaban claras sus funciones: dar determinaciones y orientaciones, velar por el cumplimiento de objetivos, nombrar o cesar al Director, Secretario, miembros de la Junta, profesores del Centro, establecer acuerdos con otras instituciones, aprobación e interpretación de estatutos, etc.⁶⁹.

A partir, pues, de la incorporación de la Provincia de Castilla (curso 1996-1997) serán miembros del Patronato los tres Provinciales, el Director del Centro y el consejero que se ocupe del área de los estudios eclesiásticos de cada una de las Provincias⁷⁰. El Patronato debía reunirse al menos una vez al año y siempre que lo convocara su presidente (por turno anual uno de los provinciales)⁷¹, o lo solicitase la mayoría de los

⁶⁶ *Estatutos-1996*, 4.

⁶⁷ Cf. *Agenda Académica 1997-98*, 5.

⁶⁸ Cf. *Agenda Académica 2022-2023*, 181-183.

⁶⁹ Estatutos ETAT-ITE, 12-14.

⁷⁰ Los MM.RR.PP. Isidro de la Viuda Diez, presidente, Gabriel González del Estal, Alejandro Moral Antón y los RR.PP. Luis Marín de San Martín, director, Fermín Fernández Biéznobas, Domingo Amigo González y Rafael Lazcano González. Era lo preceptuado por *Estatutos-1996*, 11 a. El Director del Centro «asistía a la reunión del Patronato, con voz, pero sin voto, y actuará como secretario uno de los tres Consejeros, que será encargado de levantar acta de las reuniones y realizar las comunicaciones oportunas», Cf. Id., 11, b.

⁷¹ Como Presidente del Patronato aparecen los MM.RR.PP.: Isidro de la Viuda (96/97), Gabriel González del Estal (97/98), Edelmiro Mateos (98-00), Isidro de la Viuda (00-01), Alejandro Moral (01-02), Jesús Paniagua (02-04), Carlos José Sánchez (04-05), Jesús Paniagua (05-06). Los Estatutos de 2006 dicen «el Patronato estará integrado por

miembros⁷²; mientras la Junta debería hacerlo al menos tres veces al año (al inicio, a final de curso y en el cambio de cuatrimestre, siempre que lo solicite el Director o la mayoría de los miembros)⁷³.

En el libro memoria de los 25 años de Jornadas Agustonianas se anotarán todos los miembros del Patronato desde 1994 a 2023. Entre las vicisitudes más sobresalientes señalar la renuncia a la presidencia por motivos personales de M.R.P. Jesús Paniagua, por lo que fue designado para el bienio 2006-2008 el M.R.P. Carlos José Sánchez⁷⁴. La presidencia del M.R.P. Domingo Amigo González la realiza como Provincial (2008-2010), asiste al Patronato como Presidente de la Federación, mientras es Presidente el M.R.P. Ángel Escapa (2017-2020) y como Prior Provincial de la única y nueva provincia agustiniana en España, Provincia San Juan de Sahagún (2020-2023).

La Junta de Gobierno vendría compuesta ahora por el director, subdirector, director saliente, secretario, administrador, y un representante de los profesores y otro de los alumnos de cada provincia agustiniana (Castilla, Matritense y España)⁷⁵.

Los *Estatutos*, ahora de las tres Provincias que colaboraban en la formación, aprobados el 30 de junio de 1996, legislaban sobre los fines (n. 3)⁷⁶ el régimen jurídico (nn. 4-5), el régimen económico (nn. 6-9),

las provincias de Castilla, Matritense y España. La presidencia, cuyo mandato será de dos años, corresponderá por turno a uno de los provinciales. En caso de cambio de prior provincial o de vacante en el cargo, seguirá manteniendo la presidencia la misma provincia por medio del nuevo prior provincial o de quien ejerza sus funciones según derecho, hasta que expire dicho periodo de dos años» (*Estatutos 2006*, 8a). A partir de entonces serán Presidentes del Patronato os MM.RR.PP. Carlos José Sánchez (06-08), Domingo Amigo (08-10), Isidro de la Viuda (10-11), Miguel Ángel Orcasitas (11-14), Agustín Alcalde (14-17), Ángel Escapa Arenillas (17-20) y Domingo Amigo, como Prior Provincial de la Provincia de San Juan de Sahagún (20-22).

⁷² *Estatutos-1996*, 13.

⁷³ *Id.*, 16.

⁷⁴ «Acta nº 17 del Patronato, 20 de junio de 2006», en *AP 1994-2012*, 38.

⁷⁵ Los cargos mencionados fueron los RR.PP. Luis Marín de San Martín, Rafael Lazcano González, Fermín Fernández Biéznobas, Juan Antonio Gil Solórzano y Carlos José Sánchez Díaz. Los representantes de los profesores: Isaac González Marcos, Juan Carlos de la Hera y Santiago Sierra Rubio. Y como representantes de los alumnos Fr. Javier García Martínez, Luis Miguel Castro Hernández y Raúl Luis González. Los cargos de Director, Subdirector y Administrador serán desempeñados por personas pertenecientes a distintas Provincias y el Secretario pertenecerá a la Provincia del Director; Cf. *Estatutos-1996*, 14. El cargo de representante de profesores sería por dos años y el de representante de los alumnos por un año; Cf. *Id.*, 17.

⁷⁶ Dos grandes fines proponían los Estatutos tanto de 1994, como los de 1996: 1. La formación doctrinal, filosófica, teológica y agustiniana de quienes se preparan al ministerio

el Gobierno con sus órganos colegiados: Patronato (nn. 10-13), Junta de Gobierno (nn. 14-17) y Claustro Académico (nn. 18-21), y órganos unipersonales: Director (nn. 22-23), Subdirector (n. 24); Secretario (nn. 25-26). Dentro del apartado *Organización de los Estudios* establecen normas sobre el Profesorado del Centro (nn. 29-30), los alumnos del Centro (nn. 31-32), plan de estudios (n. 33), grados y certificaciones (n. 34), curso escolar (n. 35), días no lectivos (n. 36), agenda académica (n. 37), evaluaciones (n. 38), exámenes (n. 39), examen de grado (n. 40), clases, que «se impartirán en las sedes que tiene el Centro, y su distribución corresponde a la Junta de Gobierno, con la aprobación del Patronato» (n. 41), modificación e interpretación de los *Estatutos* (n. 42), eventual cese de colaboración (n. 43), entrada en vigor de dichos *Estatutos* (n. 44). Incluían también unos Anexos: I. Criterios generales para la distribución de las clases⁷⁷ y II. Régimen económico de la colaboración⁷⁸.

2.4 Los Profesores del CTSA

Constituyó una riqueza la unión de los dos claustros de Profesores de las dos provincias que inauguraban la colaboración (Matritense y España). Y se incrementó al incorporarse la Provincia de Castilla (curso 1996-1797) y los alumnos y profesores de los Agustinos Recoletos (curso 2005-2006).

Desde 1994 a 2022 han pasado por las aulas del CTSA 121 profesores. De los cuales 40 de la Provincia agustiniana de España, 27

sacerdotal, y de quienes quieren recibir una sólida educación en ciencias sagradas y 2. La investigación, enseñanza y difusión, a nivel universitario, de las ciencias sagradas, por parte de los profesores y alumnos. Las sedes, en las cuales se impartirían las clases alternativamente por semestres serían El Escorial y Los Negrales; Cf. *Estatutos-1994*, 4a-b; *Estatutos-1996*, 3a-b.

⁷⁷ Entre los que se establecía que «dentro de lo posible, no coincidirían los cursos filosófico y teológico en la misma sede». Cf. *Estatutos-1996*, Anexos I, a.

⁷⁸ Trata sobre la elaboración de presupuesto que al comienzo de cada curso debe elaborar la Junta (Anexos II, 1), la matrícula que deberá pagar cada provincia por sus alumnos (Anexos II, 2), los gastos que excedan los ingresos los pagaría cada provincia a partes iguales (Anexos II, 3); los fondos llevados por un Administrador único y cuenta corriente a nombre de las tres Provincias (Anexos II, 4); los honorarios de los Profesores religiosos miembros de las provincias, que «se pagarían a la cuenta de caja de las comunidades de las que son miembros, no directamente a ellos» (Anexos II, 5). Los Estatutos del 94 ya habían fijado para el curso 1994/95 5.000 pts./hora lectiva de los profesores, Cf. *Estatutos-1994*, Anexos II, 6.

de la Matritense, 15 de Castilla, 7 de Filipinas, 1 de Bohemia (Josef Rzonca); 1 de Panamá; 10 agustinos Recoletos, 2 claretianos (Teodoro Bahillo Ruiz y Carlos García Andrade), 1 dominico (Felipe Trigueros Buena), 1 escolapio (Ángel Ayala Guijarro), 1 misionero de la Consolata (Carlos Marcilla Gutiérrez), 1 del Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME) (Jesús Álvarez Alcaide) y 1 de la Sociedad de San Pablo (SSP) (José Ignacio Pedregosa Ordóñez). Otros 15 han venido de otras facultades teológicas, o laicos, entre ellos dos mujeres (María Dolors Martínez Cazalla, de la Universidad de Sevilla y Lille, e Inmaculada Rodríguez Torné, de la Universidad Complutense de Madrid)⁷⁹.

Estos números señalan una gran riqueza y pluralidad de profesorado, tanto en saberes y especialidades como en diversas edades. Un buen número de los miembros de cada provincia agustiniana ha tenido que esforzarse por mantener una actividad formativa, docente y literaria (libros, artículos, jornadas, recensiones, conferencias, ...), como viene señalado en las *Memorias Académicas* anuales y quinquenales, que de otra forma quizás hubiese quedado muy mermada.

Han ejercido como profesores del Centro Teológico San Agustín cuatro obispos: Mariano Moreno García y Demetrio Jiménez Sánchez-Mariscal (†), obispos ambos de Cafayate (Argentina), Manuel Herrero Fernández (obispo de Palencia), y Luis Marín de San Martín (obispo de Suliana y subsecretario del Sínodo de los obispos); dos Generales de la Orden de San Agustín (Miguel Ángel Orcasitas Gómez y Alejandro Moral Antón —actual—), dos Asistentes Generales de la Orden de San Agustín (Luis Marín de San Martín y Santiago M. Insunza Seco), un Ecónomo General de la Orden († Gonzalo Díaz García), un Secretario General (Miguel Ángel Martín Juárez), seis Piores Provinciales (Alejandro Moral Antón, Gabriel González del Estal, Carlos José Sánchez Díaz, Domingo Amigo, Javier Antolín e Isidro de la Viuda Diez), un Consultor de la Comisión Episcopal para

⁷⁹ Varios profesores no agustinos han dado clase en la Facultad de S. Dámaso (Madrid): Juan Carlos Carvajal Blanco (también en la Escuela de Expertos en Catequesis de la Diócesis de Madrid), Álvaro Cortina Urdampilleta (también en el IE Madrid), Napoleón Ferrández Zaragoza, José Manuel Rodríguez Morano. Jorge González Guadalix es párroco en la diócesis de Madrid, lo mismo que Marcos Torres Fernández; Miguel Martí Sánchez imparte clases en la Francisco de Vitoria; Secundino Movilla López en el ISET de Bolivia y Salamanca y Francisco José Zamora García en el Real Centro Universitario El Escorial-María Cristina.

las Relaciones Interconfesionales de la CEE (Pedro Langa Aguilar)⁸⁰, un Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca (P. Gonzalo Tejerina Arias), un Director de la Escuela Bíblica (Antonio Salas); tres directores del Instituto Histórico de la Orden (Rafael Lazcano, Miguel Ángel Orcasitas e Isaac González), un Maestro de Profesos y Ecónomo en el Colegio Internacional S. Mónica (José Luis del Castillo); un Organista de la Real Basílica y Maestro de Capilla y Director de la Semana Internacional de órgano (Pedro Alberto Sánchez Sánchez); y un Maestro de la Capilla Giulia en S. Pedro del Vaticano (Jafet Ramón Ortega Trillo).

Si seis profesores del Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid están dando o han dado clase en el CTSA, diez de este Centro han impartido o están impartiendo clases en el ETA vallisoletano⁸¹. La Facultad de Teología de San Dámaso y las Misioneras de la Unidad (Madrid) han contado en sus aulas con el gran ecumenista y agustinólogo P. Pedro Langa. La Facultad Teológica del Norte de España, sede de Burgos, con Luis Marín de San Martín, Juan José Vallejo Penedo (†) e Isaac González Marcos; la Facultad Teológica de la Universidad de Salamanca con P. Gonzalo Tejerina Arias; la Universidad Pontificia de Comillas con Luis Marín de San Martín, Aldo Marcelo Cáceres, Roberto Noriega y José Luis del Castillo; la Universidad de Deusto es visitada actualmente por Roberto Noriega; la Universidad de Granada por Enrique Gómez, OAR; la Facultad de Comunicación de la Facultad

⁸⁰ En calidad de secretario tuve el honor de dar gracias a Dios «porque sin duda una palabra certera y sabia, profunda y elocuente, rumiada y saboreada al calor de nuestro Padre San Agustín, hará luz de tu ministerio en los siempre difíciles, pero apasionantes, urgentes y necesarios caminos del Ecumenismo. No dudo -continuaba diciendo- que habiendo hecho axioma de tu vida el declarar guerra sin cuartel al error, amando apasionadamente la verdad y al hermano, con las brillantes aportaciones que el reciente cargo te brindará, podrá hacer gala la Iglesia Católica, y en especial el Episcopado Español, de un equilibrio esperanzador y un cimiento seguro de éxitos rotundos. Recibe mi enhorabuena, mi felicitación más sincera y el ánimo que también se necesita para emprender este tipo de servicios en los que, a veces sin reconocimiento de los más allegados, va dejando uno la piel. Un fuerte abrazo y toda suerte de éxitos. Tu hermano que te admira y quiere. Madrid, 13 de diciembre de 1999. P. Isaac González Marcos, secretario».

⁸¹ Ismael Arevalillo, Vicente Domingo Canet, Isaac González, Jesús Gutiérrez, Pedro Luis Moráis, Manuel Sánchez, Enrique Somavilla, Roberto Noriega, Gonzalo Tejerina y Modesto García Grimaldos son profesores del CTSA que han dado o están dando clases en Valladolid. Los profesores que del centro vallisoletano han dado o dan clase en el CTSA son: David Álvarez Cineira, Javier Antolín Sánchez, Jesús Cano Peláez, José Vidal González Olea, Domingo Natal Álvarez y Augustine Puthanwettli.

Católica de Buenos Aires (Argentina) y de la Facultad de Derecho de la UNED, el Real Centro Universitario El Escorial-María Cristina de San Lorenzo de El Escorial por Enrique Somavilla Rodríguez, y de este último centro es Rector; en el Instituto *Patristicum Augustinianum* de Roma varios profesores del CTSA han dejado su huella (José Luis del Castillo, Pedro Langa, Cándido Martín), así como en otras sedes de la ciudad eterna: **Regina Mundi** (Pedro Langa y Cándido Martín).

Todas estas vicisitudes del profesorado hacen que los horarios de clases hayan sido siempre un caballo de batalla para los secretarios y subdirectores, principalmente, que hemos tenido que cuadrar días y horas, por las exigencias y peculiaridades de cada uno de los profesores. Y si bien se solicitaban con tiempo las preferencias de horario, no siempre era fácil dar satisfacción a todos. Había que consensuar. También en estos pactos andaba rondando el espíritu de colaboración, limando aristas, gustos personales y a veces hasta caprichos.

Los profesores del CTSA han tenido que sortear la adaptación al plan Bolonia, la utilización de las pantallas digitales y las clases vía Moodle, Skype, zoom, etc., durante la pandemia. Todavía en este campo de utilización de las Tic's hay espacio de mejora, así como en las tutorías, los Departamentos y actualización metodológica.

Los Departamentos del Centro, poco a poco han ido trabajando «*de forma satisfactoria*». Seis son los que actualmente funcionan: 1) Filosofía (F); 2) Teología Bíblica (B); 3) Teología Sistemática (S); 4) Teología Práctica (P) y Derecho Canónico (D); 5) Teología Histórica y de la Iglesia (S) y 6) Lenguas y Metodología (LM). Sus funciones son programar y coordinar la enseñanza en las respectivas materias, evitando repeticiones y lagunas, trazar líneas generales de evaluación para las asignaturas que integran el Departamento, concretar los seminarios/optativas y su distribución entre los profesores, evaluar periódicamente el Plan de Estudios y promover su renovación, desarrollar proyectos de investigación en un área concreta. Y cada departamento tendrá un director que se encargará de convocar a sus miembros⁸².

Al final del curso 2021-2022 el Centro contaba con 22 profesores ordinarios, 2 agregados, 5 invitados, lo que hace un total de 29 profesores. Y en la actualidad tres profesores están preparando el doctorado en Filosofía, Sagrada Escritura y Teología Dogmática, respectivamente.

⁸² *Memoria para la Renovación de Afiliación 2022*, 27.

A lo largo de los últimos cinco años se han jubilado 10 profesores y se han incorporado 6.

Profesores	Ordinarios	Agregados	Invitados	Totales	Eméritos	Totales
Licenciados	14	1	0	15	7	22
Doctores	8	1	5	14	10	24 ⁸³
Totales	22	2	5	29	17	46

La media de edad del Claustro Académico es de 52 años

Grupos de edad

30-34	35-39	40-44	45-49	50-54	55-59	60-64	65-69	+69
0	2	4	4	4	4	3	5	3

Ante estos datos es urgente incorporar un buen número de profesorado entre los 30 y 45 años, pues solo 6 están en esa horquilla de edad y en los próximos 6 años se jubilarán por edad 11 profesores. Profesorado además que responda positivamente a las debilidades que se mencionan en las diversas renovaciones de la afiliación del Centro San Agustín a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca (2011, 2016 y 2022): insuficiente dedicación del profesorado, requerido a menudo por trabajos de otra índole, falta de un programa de acción tutorial y necesidad de promover más actividades extraacadémicas que potencien la formación integral del alumno⁸⁴. Será también un reto de futuro la participación mayor en las reuniones de Claustro, inicio de curso, final de curso, conversión de San Agustín y en las mismas Jornadas Agustonianas.

⁸³ Erróneamente pone 22, Cf. Id., 28.

⁸⁴ Id., 5. Por supuesto, este nuevo profesorado debe encarnar las fortalezas de las que puede blasonar el Centro: fuerte apoyo institucional, buena programación del proceso formativo, amplio fondo documental de las Bibliotecas, con una buena infraestructura en cuanto a salas de lectura, espacio y horarios y un claustro de profesores intelectualmente bien preparado (Cf. Id., 4). En cuanto a las Bibliotecas Cf. *Memorias Académicas 2005-2006/2009-2010. Informe de las Bibliotecas*. Fr. Luis de León cuenta con unos 75.000 vols. Y una hemeroteca con 1220 publicaciones periódicas de las cuales 656 vivas; la Biblioteca del Monasterio del Escorial cuenta con 170.000 vols. 1100 títulos de revistas, 425 vivas; la Biblioteca de Los Negrales posee unos 40.000 vols. y 542 publicaciones periódicas, de las cuales unas 200 vivas, Cf. MRA-2022, 73.

3. EL ESPÍRITU SANTO EN LAS GRANDES CELEBRACIONES DEL CTSA

3.1 Inicio de Curso

Durante los primeros años el inicio de curso se solía tener el día 1 de octubre (1994-2000)⁸⁵, posteriormente, se trasladó la celebración de la Eucaristía al día de Santo Tomás de Villanueva (10 de octubre), patrón de los estudios en la Orden agustiniana. Últimamente alternamos la fecha día 10 de octubre con el ETA⁸⁶. Preside normalmente en el CTSA uno de los Provinciales que forman parte de Patronato.

Entre las Conferencias que se han tenido, muchas de carácter científico, o filosófico han destacado por un elevado espíritu las siguientes: 1995: P. Luis Marín de San Martín: «Juan XXIII, aproximación eclesiológica»; 1998: P. José Luis Fernández Flórez: «Una respuesta antropológica a la bioética de los principios»; 1999: P. Francisco Bueno Pimenta: «Humanismo y creatividad en D. José Camón Aznar»; 2004: D. José Luis Cabria Ortega: «La actualidad de Dios en el pensamiento contemporáneo»; 2005: P. Gonzalo Tejerina Arias: «La definición antropológica del espíritu. Lo espiritual en los *«preambula fidei»*»⁸⁷; 2006: D. Manuel Monteiro de Castro Nuncio Apostólico: «Personalidad jurídica internacional de la Iglesia Católica, de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano»; 2007: D. José María Yanguas, ob. de Cuenca: «Reflexiones sobre la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida-Brasil, 12-31 de mayo de 2007)»; 2008: Dña. Cristina López Schlichting: «El cristiano en la vida pública». 2009: Mons. Melchor Sánchez de Toca y Alameda, Subsecr. del P. Consejo de Cultura: «Galileo y Darwin: desafío y provocación de las ciencias naturales a la Teología»; 2011: D. Raúl Berzosa Mar-

⁸⁵ En 1994 el día 3 y el año 1995 el día 2.

⁸⁶ A partir de 2014 se turnarán los dos centros (Valladolid y El Escorial) en la celebración del día de Santo Tomás de Villanueva, el día 10 y el más próximo a él, a fin de que se pueda asistir a las dos inauguraciones de curso, sobre todo por los profesores que tenemos clase en los dos centros; Cf. (18.06.2014) 4B: *Memoria Académica 2013-14*, 60..

⁸⁷ Había cursado la invitación en un principio al P. Jaime García Álvarez, pero su respuesta fue negativa por los compromisos que tenía en Francia durante varios meses. No dudaba que encontraría entre los profesores del centro o en S. Dámaso algún ponente y al mismo tiempo agradecía las Actas de Santo Tomás de Villanueva (Jornadas Agustianas VIII).

tínez, Ob. de Ciudad Rodrigo: «¿De qué hablamos cuando hablamos de nueva evangelización?»; 2012: Emmo. y Rmo. P. Prosper Grech, cardenal agustino: «Cristianismo o cristianismos. El caso del Evangelio de Judas»; 2013: P. Pedro Langa Aguilar: «San Agustín en la *Pacem in Terris*»; 2014: P. Blas Sierra de la Calle: «El Museo San Agustín de Manila: Evangelizar desde el Arte»; 2016: P. Pedro Langa Aguilar: «San Agustín y el trágico final del conde Flavio Marcelino, lección para tiempos precarios», y 2018: P. José Manuel Bengoa Prado, OAR: «Fr. Agustín de San Ildefonso y su Teología Mística».

Las Eucaristías en algunas ocasiones han sido presididas por personas muy significativas para nosotros⁸⁸, por ejemplo: D. José Luis Cabria, decano de la Facultad de Burgos (2004), P. Gonzalo Tejerina Arias, decano de la Facultad de la Pontificia de Salamanca (2005), Mon. D. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio, (2006), Mons. José María Yanguas, obispo de Cuenca (2007), Mons. Melchor Sánchez de Toca y Alameda, Subsecretario del Pontificio Consejo de Cultura; Mons. Raúl Berzosa Martínez, obispo de Ciudad Rodrigo (2011). También tuvieron muy buena acogida y disfrutamos de la presencia y de las palabras que nos dirigieron Mon. José Villaplana Blasco, obispo de Santander (2002), Mons. D. Raúl Berzosa Martínez obispo de Ciudad Rodrigo (2011) y Emmo. y Rmo. Sr. D. Carlos Osoro, arzobispo de Madrid (2022).

Un verdadero honor para los agustinos y para los dos centros teológicos fue la presencia del Cardenal agustino Prosper Grech (2012), profesor en Roma de más de uno de los profesores que ahora impartimos clase en los centros españoles. Muy entrañable fue igualmente cuando en 2017 Mons. D. Manuel Herrero, obispo de Palencia, agustino y profesor del CTSA en sus orígenes, presidió la Eucaristía.

Normalmente la presidencia de estas Eucaristías la realizó uno de los Provinciales de las tres Provincias agustinianas que forman el CTSA: MM.RR.PP. Agustín Alcalde Arriba (1994), Isidro de la Viuda Diez (1996), Gabriel González del Estal (1997), Edelmiro Mateos Mateos (1998-2000), Carlos José Sánchez Díaz (2003, 2009, 2018),

⁸⁸ La Facultad Teológica del Norte de España (Burgos) ha contado con profesores agustinos a lo largo de sus poco más de 50 años de andadura (1967-2017): P. Jaime García Álvarez, P. Eliseo García Lescún, P. Juan José Vallejo Penedo, P. Luis Marín de San Martín. En la actualidad cuenta con el P. Isaac González Marcos. Es significativa también para los agustinos porque a ella está adscrito el Estudio Teológico de Valladolid y quizás pronto cuente con alguno de sus profesores en el Claustro.

Domingo Amigo González (2004-2005), Miguel Ángel Orcasitas Gómez (2014) y Fermín Fernández Biénzobas, Director del CTSA.

La participación de los alumnos siempre ha sido muy notoria durante las celebraciones de las Eucaristías. Durante la presencia de los Agustinos Recoletos en el Centro (2005-2020) llegó a ser sublime. Participaban con los cantos, algunos de ellos verdaderamente inspirados, sobre todo los salmistas que entonaban el salmo, llenos de unción y espíritu⁸⁹. Pero su participación no quedaba solo ahí, hacían de cruceros, ciriales, servidores del altar, turiferarios, acólitos, lectores, diáconos. Y cuando la celebración era en El Escorial las vistosidad y monumentalidad, aunque fuese en la «iglesia Vieja» le daba un tono especial a la celebración desde el momento mismo de revestirse en la sacristía y caminar procesionalmente por esos pasillos llenos de historia y de fe.

Fueron momentos singulares para dar la bienvenida y acoger fraternalmente a los nuevos alumnos que se incorporaban a los estudios del CTSA. De forma solemne, emotiva y con espíritu de alegría desbordante ocurrió en el curso 2005-2006, con la entrada de los 18 alumnos de Agustinos Recoletos, quienes, junto a los 29 agustinos de las tres provincias, 6 mercedarios y un agustino de la provincia de Bohemia, se alcanzó el número de 54 alumnos. Y la alegría fue *in crescendo* al curso siguiente con 60; y en 2007-2008, con 65; llegando al máximo de alumnos en el curso 2008-2009, con 66 alumnos, de los cuales 30 pertenecían a los Agustinos Recoletos, 26 a la Orden de S. Agustín, iniciaban cuatro escolapios y seis mercedarios.

Cuando los cuatro últimos Agustinos Recoletos dejaron el Centro (2019-2020), y aunque han seguido hasta hoy cinco escolapios y uno o dos mercedarios, el número total de alumnos se ha mantenido discretamente. No obstante, invita a tomar medidas para promocionar el alumnado⁹⁰. Y, si bien páginas web, dípticos, trípticos, cuñas radiofónicas, etc. tienen su importancia, no será menor la de pedir al Señor que mande a su mies trabajadores (Lc 10,2); es más, parece que es lo primero, como hizo Jesús, quien pasó la noche a solas, en oración y en la escucha de la voluntad del Padre (Cf. Lc 6, 12). Y, en segun-

⁸⁹ Echamos de menos a João Miguel Russo Silva, Edwin José de la Cruz Quezada, si bien este último ha dejado a su hermano Daniel y sigue los mismos pasos.

⁹⁰ El balance total de alumnos del último sexenio del CTSA arroja las siguientes cifras: curso 2017-18: 35; 2018-19: 36; 2019-20: 37; 2020-21: 25; 2021-22: 34; 2022-23: 28.

do lugar, agradecer al Señor, como hace en sentida plegaria S. Juan Pablo II «por todas las vocaciones que, mediante tu Espíritu, regalas continuamente a tu Iglesia»⁹¹.

3.2 Las Eucaristías de la fiesta de la Conversión de San Agustín

Teniendo el CTSA a San Agustín por patrono⁹², es lógico que una fiesta tan memorable para los agustinos tuviera una digna celebración. Se suele programar una conferencia, un claustro académico, una Eucaristía y una comida fraterna.

Varias conferencias tuvieron, como no podía ser de otra manera, claro sabor agustiniano o tocaron temas de vida religiosas, y fueron ofrecidas por auténticos especialistas. Así en 1998: P. Gabriel González del Estal: «S. Agustín, un drama de amor con desenlace en Cristo»; 2001: P. Antonio Iturbe, «Iconografía agustiniana». 2005: P. Modesto García Grimaldos, «El hombre, un dios creado». 2006: P. Miguel Santiago Flores Colín, OAR: «El Sermón Dolbeau 26. Teología y Pastoral en la predicación de S. Agustín». 2007: P. Alejandro Fernández Barrajón, OMD, «La belleza de la Vida Consagrada»; 2008: P. Francisco Javier Monroy Rodríguez, OAR, «San Pablo después de San Pablo». 2009: Nuria Calduch-Benegas, MN, «El sínodo sobre la palabra de Dios: reflexiones de una Biblista»; 2010: P. José Demetrio Jiménez Sánchez-Mariscal, «Reflexiones sobre la Ciudad de Dios en el Aniversario del Saqueo de Roma (410-2010)»; 2011: Pablo Antonio Morillo Rey (CET Sevilla), «San Agustín y la nueva retórica cristiana: hablar para atraer»; 2013: Marciano Vidal García, CSSR, «La Teología moral y el Concilio Vaticano II. «Iter» Conciliar y desarrollo postconciliar»; 2014: Agustín Sánchez Manzanares, «Ministerio sacerdotal y dirección espiritual en la *Carta* 266 de San Agustín»; 2015: P. Jaime García Álvarez, «*De Magistro*: un camino hacia Cristo, único Maestro», P. Santiago M. Insunza Seco «La interioridad agustiniana, fuente de

⁹¹ JUAN PABLO II, Mensaje *XXI Jornada Mundial por las vocaciones*, Vaticano (11.02.1984). Y todavía más explícitamente: ¡«Oh Espíritu de verdad, que has venido a nosotros en Pentecostés para formarnos en la escuela del Verbo Divino, cumple en nosotros la misión a la cual el Hijo te ha mandado! Llena de ti mismo todo corazón y suscita en muchos jóvenes el anhelo de lo que es auténticamente grande y hermoso en la vida, el deseo de la perfección evangélica, la pasión por la salvación de las almas», Id., *XXVII Jornada Mundial por las vocaciones*, Vaticano (4.10.1989).

⁹² *Estatutos 2006*, 6.

crecimiento personal y camino de evangelización»; 2017: Inmaculada Florido Fernández, Delegada episcopal de enseñanza de la diócesis de Madrid, «... mientras iban de camino».

La Eucaristía ha sido un buen momento para presentar la vida de San Agustín como el gran buscador de la verdad y subrayar que su conversión no es un simple momento de gracia sino todo un proceso (*un auténtico camino, que sigue siendo un modelo para cada uno de nosotros*, dirá Benedicto XVI)⁹³, que va desde estar embarrado en las ciénagas del error hasta el abrazo dichoso y feliz con la verdad, Dios. Proceso que tiene varios momentos estelares, entre los cuales beber el nombre de Cristo con la leche materna⁹⁴, lectura de libros (el *Hortensio*, de Cicerón), la Sagrada Escritura, la oración de su madre Mónica y sus famosas lágrimas, la búsqueda de la verdad en comunidad, el encuentro con ese hombre de Dios, Ambrosio de Milán, el bautismo, la decisión de hacerse «siervo de Dios»... y así hasta el final de su vida. Con distintos tonos, los Padres Provinciales, alguno tomando las *Confesiones* como texto base, otros releendo el discurso de Benedicto XVI sobre las tres conversiones, ya citado, movieron los corazones de los oyentes a una confianza mayor en Dios, pues, en definitiva, es Él quien nos convierte a sí mismo (*habías convertido a ti mi ser*)⁹⁵, así como es Él quien inspira y mueve a su alabanza: «Y eres tú mismo quien le estimula a que halle satisfacción alabándote, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»⁹⁶.

3.3 Las Eucaristías de las Jornadas Agustínianas

Las Jornadas Agustínianas han tenido lugar los sábados y domingos (entre el 1-2 y 13 de marzo). Las Eucaristías se han celebrado el domingo a primera hora. También en este caso algunas personalidades llenaron el espacio y el alma de los participantes de sabios consejos y exhortaciones, muy apropiadas para quienes se quieren adentrar en las profundidades de la Filosofía y la Teología. Alguna vez la Eucaristía fue cantada en la Real Basílica por la Escolanía (2001).

⁹³ BENEDICTO XVI, Audiencia (27.02.2028).

⁹⁴ S. AGUSTÍN, *conf.* III, 4, 8.

⁹⁵ Id., VIII, 12, 30.

⁹⁶ Cf. Id. I, 1, 1.

Hemos contado con una buena representación de un cardenal, Emmo. y Rmo. Sr. D. Estanislao Esteban Karlic, cardenal de S. María Dolorosa en la Plaza de Buenos Aires (2012), arzobispos y obispos españoles durante la celebración de las Jornadas: el arzobispo emérito de Toledo, D. Marcelo González Martín (1998), Mons. Esteban Escudero Torres, obispo Aux. de Valencia (2007); D. Rafael Palmero Torres, ob. de Orihuela-Alicante (2008); D. Carlos Amigo Vallejo, OFM, arz. de Sevilla (2010); D. José Mazuelos Pérez, ob. de Asidonia-Jerez de la Frontera (Cádiz) (2019), D. Eusebio Hernández, obispo de Tarazona, Mons. Esteban Escudero Torres, obispo Aux. de Valencia (2007); D. Rafael Palmero Ramos, ob. Orihuela-Alicante (2008); D. Carlos Osoro, arzobispo de Madrid (2020), Vicente Jiménez Zamora, ob. Emérito de Zaragoza (2021).

Las Curias Generales Agustiniana y Recoleta y los Provinciales agustinos han cubierto también su expediente muy dignamente: el Rmo. P. General de la Orden, Miguel Ángel Orcasitas (1999), Rmo. P. Miguel Miró, OAR (2011); el M.R.P. Carlos José Sánchez Díaz (2003. 2008); M.R.P. Domingo Amigo González (2005); M.R.P. Jesús Paniagua Crespo (2006).

Como hemos ya advertido la participación de los alumnos y algunos religiosos/as y laicos ha sido muy notoria, ayudando en el altar, lectores, los cánticos, etc. Han tenido lugar en cuatro sedes: Colegio S. Agustín de Madrid, Real Centro Universitario María Cristina de S. Lorenzo de El Escorial, Complejo Fr. Luis de León, de Guadarrama y Colegio Mayor San Agustín de Madrid.

3.4 En las ponencias de las Jornadas Agustinianas

Entre las líneas de las más de 7500 páginas que forman los (24 volúmenes) hasta ahora editados de las Jornadas Agustinianas, se esconde el espíritu de sabiduría, sacrificio, y entrega de los profesores que han contribuido a este pequeño monumento cultural filosófico-teológico, humanístico y agustiniano que ha ofrecido el CTSA. Si bien el volumen de su 25 aniversario de Jornadas Agustinianas trata todo él y específicamente el tema del Espíritu (*El Espíritu Santo: vida de la Iglesia*), las Jornadas Agustinianas 10, 16, 20, 21 y 24, en líneas generales, tienen el Espíritu como horizonte de sus reflexiones, o de su intento de destrucción: *el transhumanismo* (21) y *la eutanasia* (22).

Señalo, finalmente, como muestra, algún autor y entre paréntesis el año de su intervención en la que me parece que el Espíritu estuvo de

alguna forma un poco más presente: P. Santiago Insunza y Arminda de la Red, AM (1999), P. Constantino Mielgo (2001), María Rosa Guerrini, OSA y P. Isaac González (2011), D. Arturo Llin Cháfer (2005), Mons. Luis Marín (2006 y 2022); Rafael del Río Sendino (2007); Secundino Movilla López (2010); José Cristo Rey García Paredes, CMF, P. Tomás Marcos y Agustín Sánchez Manzanares (2015).

3.5 En las Eucaristías de Clausura de curso y acto académico

Las Eucaristías de la Clausura de curso las han presidido normalmente los Provinciales de las tres provincias que forman el CTSA, excepto la presidida por el P. Luis Marín de San Martín el día 20 de junio de 1998, en calidad de Director del CTSA y la del curso académico 2021, presidida por los Emmos. y Rvmos. D. Carlos Osoro, cardenal arzobispo de Madrid y D. Baltazar Enrique Porras Cardozo, arzobispo de la Archidiócesis de Mérida y Administrador Apostólico de la Archidiócesis de Caracas. Recordó nuestro prelado tres palabras muy significativas en su homilía: conscientes, alimentados y enviados⁹⁷.

En estas eucaristías normalmente quien preside aprovecha la ocasión para dar gracias a Dios por el curso que finaliza, agradecer el esfuerzo de profesores y alumnos, felicitar a los que finalizan los estudios, animar a sus compañeros a que vean que es posible unos resultados satisfactorios y desear unas felices vacaciones estivales a todos, para que con renovado empeño se inicie el curso, sabiendo que las cosas del espíritu no tienen vacaciones y es posible incluso alimentarlo más si cabe en ese periodo estival.

El P. Isaac González, director, que había asistido al acto de fin de curso del ETA de Valladolid, propuso a la Junta de Gobierno del CTSA realizar un acto semejante con imposición de beca para los alumnos que finalizan sus estudios. La propuesta pareció atractiva y se discutió el momento y la forma de llevarlo a la práctica⁹⁸. Finalmente, se decidió que tuviese lugar el día 29 de mayo de 2014. Habría un discurso por parte del director, una gratulatoria por parte de un alumno de sexto

⁹⁷ I. GONZÁLEZ MARCOS, «Clausura del curso académico [2021] en el CTSA, en El Escorial», en https://www.academia.edu/81921881/Clausura_del_curso_acad%C3%A9mico_en_el

⁹⁸ «JG (17.06.2014) 4c», en *Memoria Académica 2013-2014*, 48.

curso, la imposición de becas a todos los alumnos que finalizan los estudios y un pequeño acto musical⁹⁹.

El acto en realidad tuvo lugar el 28 de mayo de 2014. El director, P. Isaac González, dirigió unas palabras a los alumnos, hubo una gratulatoria por parte del alumno Fr. Cristino Gutiérrez Rubio, la colocación de la beca académica, un acto musical y un pequeño refrigerio fraterno¹⁰⁰. Gustó mucho a la Junta de gobierno, a los profesores asistentes y los compañeros de Cristino, la gratulatoria que acababa de hacer, así como el concierto de violín de Miren de Felipe y el posterior refrigerio y la comida con los homenajeados.

En ese intento de mejora que la Junta de gobierno siempre ha pretendido, se señalaba que era necesario mejorar el logo de las becas (que llevase la palabra Madrid), la fotografía de curso que se les entregaba a los alumnos debería hacerla un fotógrafo profesional, el discurso del director pensábamos que fuera más corto, y que alguien coordinase la liturgia en este tipo de actos¹⁰¹.

Fr. Jorge Luis Arcia pronunció la gratulatoria el 14 de junio de 2017, cuando finalizó la XI promoción del CTSA (11 alumnos)¹⁰². El 23 de junio de 2019 tocó hacer la gratulatoria a Fr. Pedro Miguel Gerales Barba¹⁰³ y el 13 de junio de 2022 Fr. Edwin de la Cruz Quezada «agradeció a Dios, los padres, formadores y profesores del CTSA el esfuerzo y los valores que les hemos transmitido. Ahora toca ser colaboradores de Dios al servicio de Cristo y de la Iglesia»¹⁰⁴.

El 12 de junio de 2021, fiesta de S. Juan de Sahagún, presidió la Eucaristía el Prior Provincial, P. Domingo Amigo, acompañado por el Prior del Monasterio, P. Isidro de la Viuda y el Director del Centro Teológico San Agustín y Rector del María Cristina, P. Enrique Somavilla. La novedad ahora fue que participaron también un puñado de profesores, familiares de alumnos/as. Fue amenizada musicalmente por un grupo de nuestros estudiantes. Otro grupo, dirigido por nuestro secretario, Fr. Hilario Conde, se movía con soltura entre la cruz, cirios, vinajeras, cálices, patenas y aguamaniles. El P. Domingo señaló varios aspectos de la vida del santo, felicitó a los profesores y alumnos por el

⁹⁹ «JG (16.09.2014) 7», en *Memoria Académica 2014-2015*, 32.

¹⁰⁰ «JG (10.02.2015) 6c», en *Memoria Académica 2014-2015*, 41.

¹⁰¹ «JG (16.06.2015) 6d», en *Memoria Académica 2014-2015*, 49-50.

¹⁰² Cf. *Memoria Académica 21016-2017*, 25.

¹⁰³ Cf. *Memoria Académica 2018-2019*, 21.

¹⁰⁴ I. GONZÁLEZ MARCOS, *Clausura del curso 2021-2022 en el María Cristina*.

esfuerzo realizado durante el curso y dio la enhorabuena a los cuatro profesores que llegaron a su jubilación: RR. PP. Miguel Ángel Martín Juárez, Jesús Gutiérrez Herrero, Santiago Sierra Rubio y José Manuel Bengoa Prado, OAR. Deseó feliz jubilación y feliz verano¹⁰⁵.

A continuación, y esto fue una novedad, pasamos al Aula Magna del María Cristina, donde el Rector de la Universidad, acompañado en la mesa por Dña. Carmen Nieto Zayas, Excma. Vicerrectora de Centros y Departamentos UCM y Dña. Mirian Contreras Robledo, Concejala-delegada de Educación de san Lorenzo de El Escorial, después de un discurso plagado de notas de actualidad, referentes a un cambio de época (atentado a torres gemelas, covid-19, etc.), preocupante situación política, económica, social, laboral, religiosa..., hizo una invitación a seguir trabajando y cultivando un humanismo integral. Los alumnos de Derecho/ADE tuvieron unas palabras cariñosas para los profesores y dieron ánimos a sus compañeros, que aún seguirán formando parte de la familia del María Cristina.

Seguidamente, el P. Enrique Somavilla hizo entrega de la medalla fin de carrera a varios alumnos/as de la Facultad de Derecho y Facultad de Administración y Dirección de Empresas, de los cursos 2019-2020 y 2020-2021. Todos ellos (los que asistieron) posaron entre aplausos para la foto de rigor.

Este año, y es otra novedad, no finalizó los estudios ninguno de nuestros alumnos del CTSA, por lo cual no tuvo lugar la imposición de becas. Seguidamente, el P. Domingo Amigo subió a la tarima para colocar la beca (blanca y amarilla) a los cuatro profesores del CTSA que se jubilaron. En nombre del P. Bengoa recibió la beca Fr. Enrique Gómez, OAR.

El P. Miguel Ángel Martín Juárez, en nombre de los cuatro¹⁰⁶, dio las gracias a todos, entre palabras de nostalgia por dejar la hermosa tarea que es formar a los jóvenes en Ciencias Sagradas. El tradicional *Gaudeamus igitur* fue interpretado magistralmente por la Escolanía del Real Monasterio, que además nos ofreció otras dos perlas de su largo repertorio, una canción africana y otra gallega.

¹⁰⁵ Para ver la Clausura del curso académico de 13 de junio de 2022, Cf. I. GONZÁLEZ MARCOS, «Clausura del Curso Académico», en https://www.academia.edu/81921881/Clausura_del_curso_acad%C3%A9mico_en_el

¹⁰⁶ Jesús Gutiérrez Herrero, Miguel Ángel Martín Juárez, Santiago Sierra Rubio, y Manuel Bengoa Prado, OAR.

Desfiló luego, acompañada de su director, D. José María Abad, con orden envidiable en su retirada hacia el monasterio y envuelta en una calurosa ovación que el público les brindó con cariño, y en proporción a lo mucho que gustaron sus tres intervenciones musicales.

En el marco incomparable del claustro y jardín del María Cristina tuvimos una tertulia entrañable, degustando un vino español y aperitivos abundantes.

Ahora bien, no nos llevemos a engaño, en todas estas Eucaristías y actos de Inauguración de curso, Conversión de San Agustín y Clausura de curso, hemos lamentado con crudo realismo la «ausencia de demasiados profesores»¹⁰⁷. Y una buena parte de las homilías no mueven precisamente los corazones.

4. EL ESPÍRITU SANTO EN OTROS ACONTECIMIENTOS DEL CTSA

En la *XVIII Jornada de la Vida Consagrada*, el papa Francisco señalaba un encuentro en el templo entre Jesús y su pueblo, un encuentro entre jóvenes (María y José) y ancianos (Simeón y Ana), unos alegres por cumplir la ley del Señor, los otros por estar llenos de vida (del Espíritu Santo). Singular encuentro en observancia (jóvenes) y profecía (ancianos). En la vida religiosa hay encuentro en observancia y profecía, no como realidades contrarias. Hace bien a los ancianos comunicar la sabiduría a los jóvenes; y hace bien a los jóvenes recoger este patrimonio de experiencia y de sabiduría, y llevarlo adelante, afrontando los desafíos que la vida nos presenta. En el centro siempre está el Señor¹⁰⁸. Estas ideas del papa Francisco ejemplifican muy bien la convivencia entre profesores y alumnos del CTSA desde aquel ya lejano 1994.

En este capítulo señalaré otros aspectos de la vida del CTSA en los que aparece de forma muy explícita el Espíritu Santo. Solo podré enumerarlos y hacer un breve comentario.

a) Oración por los difuntos

Se me permita recordar **los nombres de quienes viven ya en la casa del Padre**, pero a lo largo de estos años han sido autoridades o

¹⁰⁷ «JG (17.06.2014) 3a», en *Memoria Académica 2013-2014*, 47.

¹⁰⁸ FRANCISCO, Homilía *XVIII Jornada de la Vida Consagrada* (2.02.2014).

profesores del CTSA. En algunos hemos asistido a sus exequias, en todos los hemos tenido presentes en la Eucaristía comunitaria y en otras tres, según manda nuestra legislación: Gabriel González del Estal, Fermín Fernández Biénzobas, José María Ozaeta, Samuel Rubio, Edelmiro Mateos, Luis Estrada González, Jesús Paniagua Crespo, Félix Rodríguez Olmo, Juan José Vallejo Penedo, Saturnino Crespo Crespo, Gonzalo Díaz García, Enrique Garmón García, José Demetrio Jiménez-Mariscal, Herminio de la Red y José Luis Cancelo.

Espíritu de oración y petición de eterno descanso por los difuntos es algo que han cultivado nuestros alumnos. Así se expresaba Víctor Fernández Santos en 2003: «Ente clases y clases el tiempo vuela, y cuando menos te lo esperas el hijo del hombre se nos presenta, y en esas estábamos cuando a principios de noviembre, fieles a la piadosa tradición, visitábamos con todo tipo de detalles el cementerio de la Almudena para rendir solemnemente un merecido reconocimiento a nuestros antecesores en la fe, aunque ello, en palabras de San Agustín, sea más *consuelo de los vivos que ayuda a los muertos (Ciudad de Dios, I, 13)*»¹⁰⁹. Repiten visita ya desde Guadarrama, para recordar con especial cariño al P. Ángel Barquilla¹¹⁰.

El día 13 de enero de 2000, jueves, fueron suspendidas las clases, por el entonces Director del Centro, Rafael Lazcano González, por el Funeral de Estado que tuvo lugar en la Basílica de San Lorenzo de El Escorial a las 11:00 horas, en **memoria de la Madre de S.M. el Rey, Dña. María de las Mercedes**, quedando todos los profesores y alumnos invitados a participar en las dichas honras fúnebres, siendo preciso vestir de hábito agustiniano¹¹¹.

Otro momento particular de gran sentido religioso y espíritu de oración fue el vivido por profesores y alumnos en día 8 de abril de 2005, en que el Director del Centro, P. Isaac González Marcos, declaró día no lectivo al haber sido decretado duelo general por la

¹⁰⁹ V. FERNÁNDEZ SANTOS, «Residencia Fr. Luis de León - Guadarrama», en *Participación* 121 (2003) 24. Esa tradición era típica también en la Residencia Provincial de la Provincia de Castilla: «el día dos de noviembre toda esta comunidad provincial se dirigió al Cementerio donde reposan nuestros hermanos para hacer una oración por su eterno descanso», Cf I. GONZÁLEZ MARCOS, «Residencia Provincial», en *Participación* 85 (1994) 39. El mismo Boletín nos informaba siempre en sus páginas finales del obituario.

¹¹⁰ V. FERNÁNDEZ SANTOS, «Guadarrama. Residencia Fray Luis de León. Las últimas efemérides de 2004», en *Participación* 125 (2004) 23-24.

¹¹¹ El comunicado fue de fecha 11 de enero de 2000 firmado por el director, P. Rafael Lazcano y secretario, P. Isaac González.

Iglesia Católica con ocasión del **entierro del papa Juan Pablo II**, a fin de que pudiéramos participar en las honras fúnebres que le fueron tributadas¹¹².

b) *Ejercicios Espirituales, Retiros y Felicitaciones*

Hacia finales de septiembre de cada curso académico iniciaba cada profesorio individualmente, otras veces unidos y en la actualidad los dos Profesorios (Valladolid y El Escorial) con unos Ejercicios Espirituales. Se suele realizar igualmente un retiro de Adviento, y otro de Cuaresma. En este caso el retiro de Cuaresma de El Escorial proseguirá durante el triduo sagrado, normalmente con la elocuente palabra de algún obispo. Últimamente D. Carlos Osoro, o nuestro flamante subsecretario del sínodo de los obispos, el agustino Luis Marín de San Martín han llenado de paz y sosiego esos días santos.

c) *Diversas felicitaciones*

La felicitación por parte del P. General de la Orden, del Prior Provincial, o del director del Centro nos introducen ya en el espíritu navideño que, al principio tenía una pequeña celebración festiva el último día de clase, en el cual, a más tardar al concluir la primera hora o segunda, los profesos con guitarras, panderetas, platillos, cajas de percusión, maracas y voces, al principio afinadas, cantaban unos villancicos, acompañados de un grupo de profesores, degustando a tal tiempo unos turronecillos, polvorones, chocolates, sidra o cava, en un entrañable espíritu navideño. Era corriente que, en un momento determinado, tomase la palabra el director, o en su ausencia el subdirector (y en ello me ha tocado improvisar varias veces) hiciera un pequeño

¹¹² Escribo esto precisamente hoy, 5 de enero de 2022, cuando se han tenido las exequias del papa Benedicto XVI, su sucesor en el pontificado, por el papa Francisco. Los entonces representantes de los alumnos en la Junta de Gobierno, Fr. Miguel B. Florenzán Ulloa (Castilla), Fr. Jesús Manuel Utrilla Trinidad (España) y Fr. José M.^a Herranz Maté (Matritense), solicitaron en carta de fecha 4 de marzo de 2005, como día libre el 18 de abril de 2005, a lo que el Director, P. Isaac González, oído el parecer de la mayoría de la Junta de Gobierno —que el número 36 de los *Estatutos* no implicaba una concesión automática para conceder un día libre cada semestre por curso académico— no lo concedió. Por otra parte, en este curso 2004-2005 ya se había concedido un día libre en el primer semestre y otro en el segundo para asistir a los funerales del Santo Padre Juan Pablo II. La respuesta firmada por el director es del 12 de abril de 2005.

discurso para felicitar las navidades y el año nuevo a toda la comunidad académica y en especial a los alumnos, quienes inauguraban así un período de vacaciones.

En el año 2022 ha sido introducido —y con buen criterio— un momento de reflexión, con una lectura bíblica, unas peticiones y unos cánticos, que siempre entonan el alma. El lugar elegido fueron, por primera vez, la capilla del Real Centro Universitario El Escorial-María Cristina y presidió el acto nuestro flamante y recientemente elegido director del CTSA, P. Manuel Sánchez Tapia. A continuación, en el comedor del María Cristina continuaron los villancicos, la tertulia y el brindis anteriormente comentado.

El año 2021 los cánticos y la convivencia fue por primera vez en el patio interior del María Cristina en el que participó el director, subdirector, secretario, un puñado de profesores del CTSA y del Real Centro Universitario El Escorial-María Cristina, así como una tímida representación de sus alumnos.

Envueltos en el gran espíritu de alegría navideña la vigilia de la Nochebuena, o unos días antes, los profesos suelen visitar alguna de nuestras Residencias de Asistencia Especial (Salamanca, León, Madrid) para tener una Eucaristía y cantar unos villancicos con quienes gozan a veces de poca salud.

d) *Los Santos de la Orden*

Los cursos 1998 y 1999 se celebró otra fiesta muy querida dentro de la Orden agustiniana: los Santos de la Orden (el 13 de noviembre). En estas ocasiones fue el director del Centro, Rafael Lazcano y el P. Isidro de la Viuda quienes oficiaron la Eucaristía. Estaba programado la conferencia de Juan Sánchez-Gey Venegas, «La cultura en el mundo de hoy»¹¹³ y presentación de libros publicados por los profesores¹¹⁴. Óscar González transmitió la felicitación que los alumnos del Centro deseaban hacer llegar a la Junta de Gobierno por la conferencia¹¹⁵.

¹¹³ M 98-99, 1.

¹¹⁴ Id., 15.

¹¹⁵ JG (14.12.98) 6.

e) *Juntas de Patronato, Gobierno, Claustro, Evaluación, Comisiones, reuniones de Departamento, primera clase de la mañana*

Han comenzado todas estas reuniones con una oración, de muy diversa índole dependiendo de la persona que la dirija o proponga, desde un Padrenuestro y Gloria al Padre, a un salmo recitado por todos, o coralmente, un texto de San Agustín, o de otro autor, un power point, etc. Este curso hemos intentado en mis asignaturas a primera hora que cada día sea un alumno el que prepara esa oración inicial de la mañana. Los resultados han sido satisfactorios.

f) *Profesiones y Ordenaciones*

Cabe señalar también que, en diversos momentos del curso, pero sobre todo al final, hemos tenido profesiones solemnes, ordenaciones diaconales y ordenaciones sacerdotales, en las que el Espíritu se hace aún más visible si cabe. La participación de los profesos en todas estas eucaristías es fundamental, sobre todo como lectores, acólitos, diáconos, cánticos, moniciones, preces, turiferario, cruz procesional, velas, etc.

Mayor efusión de Espíritu se vivió cuando alguno de nuestros profesores fue elevado a presidir en la caridad a sus hermanos en el rango de obispo (Mariano Moreno, 09.03.2008), (Demetrio Jiménez Sánchez-Mariscal, 10.05.2014); Manuel Herrero (18.06.2016) y el P. Luis Marín de San Martín (11.05.2021). A esta última ordenación en la catedral de La Almudena (Madrid) asistimos muchos de los profesores y alumnos del CTSA, la mañana del 11 de abril de 2021. Como novedades reseñables, llevábamos el tapabocas por el covid-19 y la música corrió a cargo del Director de la Escolanía, D. José María Abad y del P. Pedro Alberto Sánchez Sánchez. No dudo de que el espíritu se hizo en todas las intervenciones voz y música como orvallo caído del cielo¹¹⁶. El P. Luis Marín, en un emotivo, sencillo, pero profundo discurso, recordó los tiempos difíciles de pandemia que nos ha tocado vivir y por los cuales incluso sus más cercanos colaboradores en el sínodo, Mario Grech y Nathalie Becquart no podían estar presentes en la ceremonia. Dio gracias a Dios, que no es una idea, recuerdo, un mandato o actividad, sino una persona con la que me relaciono. Agradeció ser llamado a la existencia

¹¹⁶ Es posible ver cómo se movían nuestros profesos con soltura por la celebración, y toda la celebración en <https://www.youtube.com/watch?v=hbjVD56E4D4>

y a ser feliz. Agradeció el don de sus padres, José Luis y María Pilar, sencillos y buenos, que le protegerán ahora desde el cielo; y el don de la vocación y con sus hermanos agustinos quiere seguir teniendo una sola alma y un solo corazón hacia Dios. Entiende su ministerio sacerdotal como un servicio (solo quien pone su propio yo bajo la suela de los zapatos puede ser un hombre libre —Juan XXIII—). Un servicio en humildad y fidelidad y al ser obispo titular abierto a toda la Iglesia y a cada ser humano. Confesó amar apasionadamente a la Iglesia y deseó que su vida fuera un himno de agradecimiento y alabanza. Prometió fidelidad, obediencia y oración al papa Francisco y fraternidad a sus hermanos obispos. Su vida y servicio no son sino una historia de amor (*Tú conoces todo, Señor, tú sabes que te quiero*). Hubo un tiempo en que se preguntaba por qué. Hoy solo te sigo. Pon tu mano sobre la mía, pon tu mano en mi hombro. Toda abundancia mía que no es mi Dios es indigencia. Quiero estar siempre contigo. Soy peregrino que camina en el tiempo hacia la patria del cielo. Tengo delante, dijo entre otras cosas, una tarea hermosa, promover la sinodalidad, caminar juntos. La Iglesia es esencialmente sinodal. Agradeció finalmente a los cardenales Carlos Osoro y Carlos Amigo, a Mon. Manuel Herrero, agustino y obispo de Palencia, al cardenal Mario Grech, a obispos, sacerdotes, laicos y todos los que han participado (yo no sería sin vosotros).

g) *Hora intermedia y 50 aniversario de Sacrosanctum Concilium*

En no pocas ocasiones la capilla de Los Negrales se convertía en lugar de oración para la hora intermedia. Acudíamos algunos profesores y una gran cantidad de alumnos. O con motivo del 50 aniversario de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (04.12.2013) a las 11:25 h. se tuvo el rezo solemne de la hora tercia, presidida por el P. Antonio de Mier en la mencionada capilla. Fue organizado por el P. Pedro Moreno Mina, OSA, profesor de Liturgia Fundamental y colaboraron los alumnos de dicha asignatura¹¹⁷.

h) *La música como elevación del espíritu*

Que el CTSA haya ofertado música sacra, y que las condiciones musicales de muchos de nuestros alumnos sean innatas hace que tenga-

¹¹⁷ Cf. *Memoria Académica 2013-2014*, 18. 55.

mos que referir que muchos de los salmistas, acompañados de guitarra y una voz espectacular hayan llenado el alma de muchos de los que participábamos en las referidas celebraciones.

Y en estos últimos años, que el único profesorio del CTSA reside en el Monasterio de El Escorial las intervenciones que ha tenido la Escolanía han elevado el espíritu sobremanera, ya fuese en las últimas inauguraciones y finales de curso o en las diversas profesiones y ordenaciones tenidas en el Monasterio.

i) *Salamanca: piedra hecha espíritu*

Momentos singulares han sido las dos visitas que los alumnos y varios profesores del Centro han realizado a Salamanca. Una con motivo de la fiesta de Santo Tomás de Aquino en 2015, a la que fuimos invitados estando presente el cardenal Zenon Grocholewski, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica, y en la que acompañados por el P. Teófilo Viñas nos empapamos de espíritu agustiniano, pues hasta las piedras del Antiguo convento agustiniano de Salamanca, taller de sabios y de santos, La Flecha, lugar de retirarse del mundanal ruido, la basílica de Alba de Tormes, iniciada por el P. Tomás Cámara, su estatua delante del Archivo, los lugares más señeros en los que aparece la efigie del patrono de la ciudad charra, San Juan de Sahagún, amén de los dos colegios agustinos actuales (S. Agustín y Santo Tomás de Villanueva, recoletos) admiraban nuestros ojos y las explicaciones entusiastas del P. Teófilo hacían que por momentos nos considerásemos pigmeos ante tanto espíritu religioso, de santidad y sabiduría que se cernía en nuestra cadena de predecesores¹¹⁸.

Una de las Jornadas Agustinianas, marzo de 2014, fue suspendida, por motivo de la renuncia como Director del P. Miguel Ángel Álvarez Miñambres. El 24 de septiembre de 2013 se proponía la fecha de el 10 de octubre para la elección de Director y Subdirector, al mismo tiempo que la inauguración de curso. A estas alturas de curso ya era muy apresurado buscar ponentes para que desarrollaran el tema *La presencia de San Agustín en los documentos del Concilio Vaticano II*. La JG preparó entonces una visita cultural a Salamanca y a la Universidad a la que estábamos afiliados¹¹⁹. Así el 14 de marzo de 2014 hicimos

¹¹⁸ JG (20.04.2015) 6.

¹¹⁹ «JG (24.09.2013) 6-8», en *Memoria Académica 2013-2014*, 36-37.

una excursión a Salamanca, donde hicieron de cicerones los PP. Teófilo Viñas y Jesús Gutiérrez. Visitamos la Salamanca Agustiniense: las ruinas del antiguo monasterio, los dos colegios, San Agustín y Santo Tomás de Villanueva. En este último nos hizo de cicerón el que hoy es profesor del Centro, Fr. Enrique Gómez. Visita obligada fueron las catedrales, varias calles, plazas y monumentos más significativos con huella agustiniana. El P. Gonzalo Tejerina nos mostró la Universidad en el magnífico escenario del Aula Magna. Presidió la Eucaristía el P. Jacinto Núñez Regodón, Decano entonces de la Facultad de Teología. Las autoridades universitarias, Decano, Vicedecano y Delegado de Centros quedaron muy satisfechos por la visita que realizamos y sobre todo, el Decano, quedó impresionado por la excelente preparación de la eucaristía, según queda reflejado en el Claustro de 30 de abril de 2014 y en la Memoria del Centro¹²⁰.

j) *Espíritu de Sabiduría*

En otras ocasiones el espíritu de sabiduría nos llevó a un puñado de profesores a estar presente en las **tesis doctorales** que defendieron algunos de ellos: RR.PP. Juan José Vallejo Penedo, Dr. en Historia de la Iglesia por la Universidad Pontificia Gregoriana (Roma)¹²¹; Roberto Noriega (31.01.2012), Doctor en Teología, especialidad Moral, Instituto Social de Ciencias Morales. Universidad Pontificia Comillas¹²²; Isaac González Marcos (13.12.2013), Dr. en Historia Eclesiástica, en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma¹²³, Jafet Ramón Ortega Trillo (02.06.2014) en el Pontificio Instituto de Música Sacra¹²⁴, Enrique Somavilla Rodríguez, Doctor en Teología por la Universidad San Dámaso

¹²⁰ «Acta de Claustro (30.04.2014) 3», en *Memoria Académica 2013-2014*, 55.

¹²¹ *Fr. Martín de León y Cárdenas, OSA. Obispo de Pozzuoli y Arzobispo de Palermo (1584-1655)*, Roma 2001 (fue su tesis doctoral).

¹²² *Ética para la reina Isabel de Castilla y Martín de Córdoba*, Madrid 2014 (tema de su tesis doctoral). Ha escrito igualmente *La responsabilidad ética en el ministerio sacerdotal. El arte de servir*, Bilbao 2016.

¹²³ *Agustín Antolínez, OSA (1554-1626). Una vida al servicio de la Cátedra, la Orden y la Iglesia*, dirigida por Fernando J. de Lasala, SJ. *Excerpta ex Dissertatione ad Doctoratum in Facultate Historiae ac Bonorum Culturalium Ecclesiae Pontificiae Universitatis Gregoriana*, Madrid 2015.

¹²⁴ *Aspectos rítmicos del canto llano en los Libros Corales del Monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial* (Pontificio Instituto de Música Sacra), Relatore Prof. Nicola Tangari, Cf. *Memoria Académica 2013-2014*, 22-23.

(2008) y en Derecho (2013) por La UNED¹²⁵, Ismael Arevalillo García, Dr. Teología. Especialidad Historia de la Iglesia, en la Universidad San Dámaso de Madrid, José Demetrio Sánchez-Mariscal, Dr. en Filosofía por el Angelicum de Roma y Luis Marín de San Martín, Doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Comillas (1998)¹²⁶.

k) *Espíritu de Colaboración entre los dos Centros*

No solamente entre los dos Centros que iniciaron el CTSA y después entre los tres, que formaron, como hemos señalado oficialmente el CTSA en 2006, con su primera afiliación a la UPSA. También es necesario señalar el espíritu de colaboración que ha habido entre el CTSA (Madrid) y el ETAV (Valladolid). Frecuentemente en los actos religiosos y académicos programados por ambos centros se encuentra una pequeña representación de los profesores que impartimos clase en los dos centros, y también es frecuente que asista el P. Provincial y alguno de sus Consejeros, secretario provincial, y últimamente Fr. Marcelino Esteban en calidad de Coordinador del Departamento de comunicación de la nueva provincia San Juan de Sahagún. Igualmente podemos decir que con frecuencia se encuentra alguno de los profesores de ambos centros en los actos académicos y religiosos que ha preparado la Facultad de Teología del Norte de España (Burgos), sobre todo con motivo del 50 Aniversario de su existencia (2017)¹²⁷, homenajes a diversos profesores, entre los que cito el tenido últimamente al profesor Santiago del Cura Elena (fallecido recientemente) (2021)¹²⁸ o con motivo del Internacional Congreso sobre las Catedrales (junio 2022)¹²⁹.

¹²⁵ *El Protocolo en el Estado de la Ciudad del Vaticano: tradición y Modernidad* (Facultad de Derecho de la UNED), Cf. *Memoria Académica 2013-2114*, 54.

¹²⁶ *Juan XXIII. Retrato eclesiológico*, Barcelona 1998 (tema de la tesis).

¹²⁷ Cf. I. GONZÁLEZ MARCOS, «Teología de la paz: 50 años de Jornadas mundiales de la paz», en J.L. ORTEGA CABRIA, *Teología hoy: quehacer teológico, realidades pastorales y comunicación de la fe*, Burgos 2019, 717-762 [*Burgense* 59 (2018) 937-982. Volumen que fue regalado a todos los profesores del CTSA, como apuesta por un buen instrumento de formación permanente en prácticamente todas las materias de la Teología.

¹²⁸ Cf. G. TEJERINA – J. YUSTA, ed., *Deus Semper maior. Teología en el horizonte de su verdad siempre más grande. Miscelánea homenaje al Prof. Santiago del Cura Elena*, Salamanca 2021, 1449 pp.

¹²⁹ En él participé con una comunicación sobre S. Juan de Sahagún; Cf. I. GONZÁLEZ MARCOS, «Paso y permanencia de S. Juan de Sahagún en la catedral de Burgos», en *El mundo de las catedrales. Pasado, Presente y Futuro. Congreso Internacional VIII*

Es necesario formar a más profesores, pero ahora se hacía apremiante. Así en el Claustro de 24 de abril de 2013, el R.P. Fernando Joven informó sobre la situación del Estudio Teológico de Valladolid como Centro adscrito a la Facultad de Teología del Norte de España (Burgos) y cuya titularidad jurídica es de las cuatro provincias españolas. Su Patronato lo componen el Rmo. P. General, los cuatro provinciales y el arzobispo de Valladolid. Y hay un compromiso de enviar profesores y alumnos para el ciclo de licencia. Se necesitan al menos una docena de doctores¹³⁰.

1) *Presentación de libros*

Otros momentos espirituales de gran calado fueron la **presentación de libros**: P. Pedro Langa, *Al son de la palabra*: Parroquia San Manuel y San Benito (23.10.2013), con intervención de Vicente Domingo Canet, Profesor del Centro y Director de la Editorial Religión y Cultura y D. Álvaro Santos, Periodista; *Obras completas* de la M. Mariana de San José (Monasterio de la Encarnación (14.05.2015)¹³¹; P. Gonzalo Tejerina, *Gracia y Comunión*, en Valladolid (22.05.2015)¹³², la tesis doctoral del P. Enrique Somavilla Rodríguez, en el Colegio Mayor San Agustín (Madrid) (01.10.2015)¹³³, P. José Manuel Bengoa, OAR, *Historia de la Orden de los Agustinos Recoletos (1891-1894)*, vol. XIII, en la que participaron el P. Isaac González Marcos, director, P. Marciano Santervás, presenta libro y obra; P. José Manuel Bengoa, comentó el contenido, así como el P. General Rmo. P. Miguel Miró¹³⁴; P. Manuel Sánchez Tapia, *Luz y salvación. Jesucristo, el único iluminador salvífico, en la Teología de San Agustín*, Ed. Universidad Pontificia Comillas. Fue presentado en el Real Monasterio del Escorial (22.11.2016) con la presencia de Gabino Uríbarri Bilbao SJ (Comisión Teológica Internacional y AVEPRO) y otros profesores de Teología.

Centenario de la Catedral de Burgos, Burgos 2021, 371-383. [= <https://istoreo.academia.edu/IsaacGonz%C3%A1lezMarcos>].

¹³⁰ «Acta Claustro (24.04.2013) 4n», en *Memoria Académica 2012-2013*, 43-44.

¹³¹ Cf. *Memoria Académica 2014-2015*, 63.

¹³² Id., 50. 63.

¹³³ Id., 50.

¹³⁴ Id., 63.

m) *La Via pulchritudinis: Contemplando la belleza de códigos medievales*

El pasado 26 de noviembre de 2021, los alumnos que estudian la asignatura de *Historia de la Iglesia Medieval* en el CTSA, visitaron conmigo la Real Biblioteca del Escorial. El P. José Luis del Valle, Director de la misma, por su parte, nos explicó entre otras muchas obras (la mayoría en edición facsímil) las *Cantigas de Nuestra Señora*, de Alfonso X el Sabio (siglo XIII), el código *Albeldense* (siglo X), el *Código Áureo* con los cuatro evangelios escritos en letras de oro (siglo XI), un *Corán* que perteneció a Muley Zaydan (siglo XVI), el libro de las «*Utilidades de los animales*» desde un punto de vista terapéutico escrito en árabe (siglo XIV), la *Relación de Michoacán* (siglo XVI) o la maravillosa obra del *Apocalipsis figurado de los Duques de Saboya* (siglo XIV).

En el salón de manuscritos pudimos observar a dos restauradoras trabajando en la colección de manuscritos árabes. Observamos con atención, y casi devoción, una obra escrita de su puño y letra por la mística andariega, Santa Teresa de Jesús. Ya no nos dio tiempo a ver el código más antiguo conservado en esta biblioteca, *De bautismo*, de S. Agustín del siglo VI. Pero sí nos pudimos hacer una idea de la colección de «auténticas» o certificados de autenticidad de las reliquias que coleccionó Felipe II, así como de la colección de los dibujos preparatorios de los frescos.

Los alumnos Daniel de la Cruz, Noriel Mendoza, Marcel Josué Oda, Pedro Ruiz y José Domingo Galvis quedaron entusiasmados. Aún nos quedó por visitar el Salón Principal de la Biblioteca Real y la exposición que en ella se exhibe de siete códigos de la época del rey Alfonso X el Sabio, realizada con motivo del VIII centenario del nacimiento del Rey Sabio y que se podía visitar hasta el 20 de febrero de 2022. Por vez primera, y de manera excepcional, se presentaron al público juntos los siete códigos realizados en el marco del *scriptorium* impulsado por Alfonso X y que son tan importantes como el Código Rico de las *Cantigas de Santa María*, el *Código de los Músicos de las Cantigas de Santa María*, el *Lapidario*, el *Libro de los juegos de ajedrez, dados y tablas* o la *Estoria de España*.

n) *Espíritu de Caridad*

No me refiero aquí a las sesiones de evaluación, donde a veces la caridad empujaba la nota hacia arriba a alguno de los alumnos que

presentaban capacidades diversas. Haré referencia a dos cuestiones: las VIII Jornadas Agustonianas tuvieron como reflexión al patrono de los estudios de la Orden, Santo Tomás de Villanueva. El santo obispo de Valencia es conocido por sus *Conciones* o su predicación elocuente, como P. Herminio de la Red deja bien manifiesto en trabajo de las Jornadas Agustonianas, pero es también el padre de los pobres, la ternura de Dios hecha dádiva en favor de los más necesitados, modelo de apóstol de la caridad, a lo cual deben tender también nuestros estudios. En estas JA se nombró como cronista al P. Santiago M. Insunza Seco y como siempre dejó su sello en una impecable presentación de las mismas¹³⁵.

El objetivo de estas Jornadas estaba claro:

Resaltar algunas páginas gloriosas de la figura del padre de los pobres, con ocasión del 450 Aniversario de su muerte. Enmarcar su figura lo mejor posible en su tiempo, mostrar la justa medida de su estatura, presentar objetivamente alguna de las facetas más sobresalientes de su vida como estudiante, profesor, agustinos, los diversos cargos desempeñados en la Orden, pastor de Valencia, predicador cordial y catequista y patrono de los estudios en la Orden, junto a sus valores humanos y religiosos¹³⁶.

Como fruto de estas Jornadas Agustonianas se publicó una edición de una obra genial de la literatura, que debería ser de obligada lectura en nuestros profesorios. Me refiero al *Epítome* del genial Francisco de Quevedo¹³⁷.

¹³⁵ S. M. INSUNZA SECO, «VIII Jornadas Agustonianas, organizadas por el CTSA. Santo Tomás de Villanueva: 450 Aniversario de su muerte», en *Participación* 126 (2005) 8-12. En ese mismo Boletín Informativo de la Provincia de Castilla se publicaba R. PREVOST, OSA, «Somos servidores de la Iglesia. Carta a los Hermanos y Hermanas de la Orden (28.02.2005). 2005: segundo año de jubileo agustiniano, séptimo centenario de la muerte de S. Nicolás de Tolentino, 450 Aniversario de la muerte de Santo Tomás de Villanueva», en Id., 2-5. Y también J. PANIAGUA CRESPO, «Un jubileo que nos toca de cerca: Santo Tomás de Villanueva, Patrono de la Provincia de Castilla», en Id., 1-2. El P. Jesús Domínguez Sanabria da noticia del un hallazgo agustiniano, a saber, la lápida de S. Tomás de Villanueva, Cf. Id. 36-37.

¹³⁶ I. GONZÁLEZ MARCOS, «Presentación», en *VIII Jornadas Agustonianas*, 2005, 14. Hacía igualmente una llamada a elaborar una edición crítica de sus obras, crear una cátedra de S. Tomás en el Centro (cosa que rechazó la Junta de Gobierno), pero también recorrer «las plazas y las calles donde padece aún Cristo en cada necesitado», Id., 15.

¹³⁷ F. DE QUEVEDO Y VILLEGAS, *Vida de Santo Tomás de Villanueva. Estudio del Epítome*, edición y notas de R. Lazcano, Guadarrama (Madrid) 2005.

Otra llamada a vivir la caridad fueron dos cartas dirigidas a los profesores y alumnos para conmemorar la fiesta de Santo Tomás de Aquino. Decía la fechada el 28 de enero de 2015, entre otras cosas:

Pedíamos en la Oración colecta de este «varón preclaro por su anhelo de santidad y por su dedicación a las ciencias sagradas», que el Señor nos concediera «entender lo que él enseñó e imitar el ejemplo que nos dejó en su vida». Nada más apropiado para un centro teológico que aspira a que sus estudios se traduzcan en sabiduría y ésta se torne caridad, santidad y servicio¹³⁸.

Y en la fechada el año siguiente recordaba:

Fue un buscador apasionado de la verdad, un «apóstol de la verdad», con plena libertad se acerca a todos los avances de la verdad. Y si su capacidad intelectual fue fascinante, también supo adorar el misterio, reconocer que había aprendido más en la oración que en el estudio. Es, como se ha dicho, «el más santo entre los doctos y el más docto entre los santos». Imitemos su vida, leamos su obra y, en la medida de lo posible, imitemos su estilo: «*Stilus brevis, grata facundia; celsa, firma, clara sententia*» (*Estilo conciso, exposición agradable, pensamiento profundo, denso, claro*). Sin olvidar, en este año dedicado a la misericordia, que «sólo se puede ser buen pastor siendo uno con Cristo y sus miembros mediante la caridad. La caridad es el primer deber del buen pastor» (*Exposición sobre San Juan*, cap. 10, lect. 3). Así podremos honrar y celebrar más dignamente su fiesta¹³⁹.

o) *En las voces poéticas de las Jornadas*

Entre las muchas intervenciones que fueron verdaderas oraciones¹⁴⁰ destaco cuatro. La primera la del P. Santiago M. Insunza, dirigida al Padre y que titula «Pregón-posdata para el año del Padre»¹⁴¹:

Que nadie se llame huérfano,
que nadie se ahogue en el pozo oscuro de la soledad,

¹³⁸ I. GONZÁLEZ MARCOS, *Carta a los Profesores y estudiantes del CTSA* (28.01.2015).

¹³⁹ Id., (28.01.2016).

¹⁴⁰ Carlos Díaz (III, 87-114); Javier Bareño García-Ontiveros (V, 205-215), M^a del Carmen Dolby Múgica (VII, 79-99), etc.

¹⁴¹ S. M. INSUNZA, «La buena noticia de Dios Padre en la pastoral», en R. LAZCANO, ed., *Dios Nuestro Padre. II Jornadas agustinianas (Madrid, 13-14 de marzo de 1999)*, Madrid 1999, 101.

que nadie hambriento de cariño, busque regazos artificiales,
que nadie renuncie al milagro de la vida,
a ser libre y trasparente como el viento.
Venid, sentaos a la lumbre del Evangelio
para celebrar una fiesta de hermanos.
Dios Padre/Madre nos ha amado primero (Jn 4, 7-10)
y sembró el amor en los rincones de nuestra alma.
Saboread que ser hijo y ser hermano
es la rama de olivo de nuestros diluvios.
Que nadie tema el siglo XXI
porque entraremos en él de la mano de un Padre
que colma a sus hijos de gracia y de ternura (Salmo 102).
Que nadie rompa su carnet de terrícola
porque cada persona, cada cultura y cada religión
atesoran «semillas del Verbo» de Dios.
Abrid los brazos como el hijo pródigo,
reíd y llorad sin disimulo
que el año de gracia ya está cerca
y Jesús ha inaugurado
el tiempo definitivo del perdón y de la gracia.

Texto hermoso de Gloria Fuertes, citado por la Hermana Arminda de la Red, AM¹⁴², para subrayar que, en la silenciosa contemplación, Dios habla y se nos desvela:

Si me dejaran ir al silencio,
a alguna aldea —mejor montaña—
donde no oyera siquiera el aire,
donde tan solo pasos de agua
Y alguna hormiga...
Si me dejaran que allí viviera mi otra alma,
Dios silencio, Señor, silencio,
de soledad no digo nada.
Señor, dame el silencio poderoso y difícil,

¹⁴² Toda su intervención fue una cascada de frases rumiadas desde la sensibilidad y la interioridad agustiniana de la que la agustina Arminda de la Red es un paradigma; Cita Gloria FUERTES, *Dadme silencio*. Cf. RED, A. de la, «Muéstranos al Padre», en R. LAZCANO, ed., *Dios Nuestro Padre. II Jornadas agustinianas (Madrid, 13-14 de marzo de 1999)*, Madrid 1999, 142.

decidme donde no se oye nada.
Me duele el cuerpo de tanto ruido,
de tanto llanto,
de tanta charca.

La tercera preciosa oración es de Teilhard de Chardin, desde el forzado silencio, titulada en busca de Dios (el *quaerere Deum* tan agustiniano y tan actual también hoy), y que trajo a colación muy oportunamente el Director del centro, P. Enrique Somavilla¹⁴³:

¡Te necesito, Señor!,
porque sin Ti mi vida se seca.
Quiero encontrarte en la oración,
en tu presencia inconfundible,
durante esos momentos en los que el silencio
se sitúa de frente a mí, ante Ti.
¡Quiero buscarte!
Quiero encontrarte dando vida a la naturaleza que Tú has creado;
en la transparencia del horizonte lejano desde un cerro,
y en la profundidad de un bosque
que protege con sus hojas los latidos escondidos
de todos sus inquilinos.
¡Necesito sentirte alrededor!
Quiero encontrarte en tus sacramentos,
en el reencuentro con tu perdón,
en la escucha de tu palabra,
en el ministerio de tu cotidiana entrega radical.
¡Necesito sentirte dentro!
Quiero encontrarte en el rostro de los hombres y mujeres,
en la convivencia con mis hermanos;
en la necesidad del pobre
y en el amor de mis amigos;
en la sonrisa de un niño
y en el ruido de la muchedumbre.
¡Tengo que verte!
Quiero encontrarte en la pobreza de mi ser,

¹⁴³ E. SOMAVILLA RODRÍGUEZ, «Presentación», en E. SOMAVILLA RODRÍGUEZ, ed., *El transhumanismo e la sociedad actual. XXI Jornadas Agustinas. Colegio San Agustín. Madrid 2-3 de marzo de 2019*, Madrid 2019, 19.

en las capacidades que me has dado,
en los deseos y sentimientos que fluyen en mí,
en mi trabajo y mi descanso
y, un día, en la debilidad de mi vida
cuando me acerque a las puertas del encuentro cara a cara contigo.
La cuarta, la de Mons. Luis Marín de San Martín, dirigida a la Madre (Santa María Madre de Dios de Zarvaniza, Madre de la ternura) que nos regaló en estos momentos tan dolorosos que todavía vive Europa por la guerra en Ucrania.

Mons. Luis Marín de San Martín, OSA

A la Santa Madre de Dios de Zarvaniza, Madre de la ternura,
advocación mariana principal de Ucrania,
y al arcángel San Miguel, patrono de Kiev,
les pedimos que protejan y ayuden
al pueblo ucraniano en estos terribles momentos.
Oramos insistentemente por la paz y la concordia;
denunciamos la agresión, la prepotencia y el egoísmo criminal;
defendemos la libertad, el respeto de los derechos humanos
y la vigencia de los valores cristianos.
En este momento de oscuridad,
nos orientarnos a Cristo
y nos dejamos guiar por la luz del Resucitado,
que rasga las tinieblas y comunica la vida.
De todo corazón, estamos unidos
a nuestros hermanos y hermanas de Ucrania
y a todos los que sufren los efectos de la guerra
y renovamos nuestro personal compromiso
para construir la civilización del amor,
que soñó el Papa San Pablo VI.
El Dios de la Paz nos bendiga a todos. AMÉN¹⁴⁴.

Como acto de clausura que me tocó presidir en las cuatro últimas Jornadas, en la edición XXII, dedicada al tema candente de la Eutanasia, finalizamos todos los participantes en las mismas con el texto

¹⁴⁴ Publicadas en <https://istoreo.academia.edu/IsaacGonz%C3%A1lezMarcos/Papers>

de Juan Pablo II, dirigido a María, Madre de los vivientes, en favor de la vida¹⁴⁵.

Oh María,
aurora del mundo nuevo,
Madre de los vivientes,
a Ti confiamos la causa de la vida:
mira, Madre, el número inmenso
de niños a quienes se impide nacer,
de pobres a quienes se hace difícil vivir,
de hombres y mujeres víctimas
de violencia inhumana,
de ancianos y enfermos muertos
a causa de la indiferencia
o de una presunta piedad.
Haz que quienes creen en tu Hijo
sepan anunciar con firmeza y amor
a los hombres de nuestro tiempo
el Evangelio de la vida.
Alcánzales la gracia de acogerlo
como don siempre nuevo,
la alegría de celebrarlo con gratitud
durante toda su existencia
y la valentía de testimoniarlo
con solícita constancia, para construir,
junto con todos los hombres de buena voluntad,
la civilización de la verdad y del amor,
para alabanza y gloria de **Dios Creador**
y **amante de la vida**¹⁴⁶.

CONCLUSIÓN

Estos XXV años de Jornadas Agustonianas del CTSA (1998-2023), interrumpidos solo en 2014, han permitido a los profesores del Centro compartir experiencias y proponer sobre todo a la comunidad científica

¹⁴⁵ S. JUAN PABLO II, Encíclica *Evangelium vitae* (25.03.1995) 105.

¹⁴⁶ Publicado en https://www.academia.edu/42195181/Clausura_XXII_Jornadas_Agustonianas_La_eutanasia

su visión filosófica, teológica, humanista, histórica y agustiniana de los diversos temas analizados. La experiencia ha sido muy positiva, pues se ha contado con otras voces muy autorizadas que han servido de complemento y enriquecimiento.

Todas las Jornadas Agustinianas han tenido un alto nivel por su contenido y por la categoría de sus ponentes. Es necesario continuar por ese camino emprendido. De las cuatro últimas pueden consultar un amplio resumen que en su día me sirvió para realizar el acto de Clausura: XXI JA [*El transhumanismo en la sociedad actual*, 2019]¹⁴⁷, las XXII JA [*Eutanasia. ¿Desafío a la vida?*, 2020]¹⁴⁸, las XXIII JA [*El papel de la mujer en la Iglesia 2021*]¹⁴⁹ y las XXIV JA [*La Iglesia y la sinodalidad*, 2022], acompañadas estas últimas de todo un álbum de fotografías y la oración por la paz que Mons. Luis Marín pronunció por Ucrania¹⁵⁰.

Intentando dar respuesta al subtítulo de este trabajo hemos podido constatar, no obstante, que en el CTSA no solo se dan unas clases y unas conferencias, sino que tiene otros muchos aspectos en los que precisamente el Espíritu Santo anda involucrado. No están recogidos todos, pero estos señalados abren un buen abanico de posibilidades para que podamos apreciar que en lo rutinario de la vida o en las celebraciones festivas de todo tipo se encuentra también la fuerza de lo alto.

Recordamos una vez más con S. Agustín que «la fe en Cristo, guiada por el Espíritu Santo, implica la esperanza y el amor: Cree, pues, en Cristo quien espera en Cristo y ama a Cristo. Porque si uno tiene fe sin esperanza y sin amor, cree que hay Cristo, no cree en Cristo»¹⁵¹.

¹⁴⁷ I. GONZÁLEZ MARCOS, «Clausura de las XXI Jornadas Agustinianas: El transhumanismo en la sociedad actual», en https://www.academia.edu/95074078/CLAUSURA_XXI_JORNADAS_AGUSTINIANAS_El_transhumanismo_en_la_sociedad_actual

¹⁴⁸ El domingo a la hora de la Clausura fue entregado a las participantes el texto del testamento vital de la CEE y una oración tomada de Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 105. Cf. I. GONZÁLEZ MARCOS, «Resumen XXII Jornadas Agustinianas [*La Eutanasia ¿Desafío a la vida?*]», en https://www.academia.edu/42195181/Clausura_XXII_Jornadas_Agustinianas_La_eutanasia

¹⁴⁹ I. GONZÁLEZ MARCOS, «Clausura de las XXIII Jornadas Agustinianas: *La mujer en la Iglesia*», en https://www.academia.edu/95079574/Isaac_Gonzalez_Marcos_Clausura_de_las_XXIII_Jornadas_Agustinianas_La_mujer_en_la_Iglesia

¹⁵⁰ I. GONZÁLEZ MARCOS, «Clausura de las XXIV Jornadas Agustinianas: *La Iglesia y la sinodalidad*», en https://www.academia.edu/94260947/CENTRO_TEOL%C3%93GICO_SAN_AGUST%C3%8DN_XXIV_JORNADAS_AGUSTINIANAS_La_Iglesia_y_la_sinodalidad

¹⁵¹ S. AGUSTÍN, s. 144, 2.

SIGLAS UTILIZADAS:

AC = Actas de Claustro
ADE = Administración y Dirección de Empresas
AP = Actas de Patronato 1994-2012
cat. rud. = *Catequesis a los principiantes* de S. Agustín
CEE = Conferencia Episcopal Española
CET = Centro de Estudios Teológicos (Sevilla)
Cf. = Confer
conf. = *Confesiones* de San Agustín
CTSA = Centro Teológico San Agustín (Madrid)
CSSR = Redentorista (Congregación del Santísimo Redentor)
D. = Don
D^a = Doña
Dr. = Doctor
div. qu. = *83 Cuestiones diversas* de San Agustín
en. Ps. = *Comentario a los Salmos* de San Agustín
ep. Io. Tr. = *Primera Carta de San Juan* de San Agustín
ETA o ETAV = Estudio Teológico Agustiniano (Valladolid)
ETAT = Estudio Teológico Agustiniano Tagaste (Los Negrales, Madrid)
ITE = Estudio Teológico Escorialense (El Escorial, Madrid)
Fr. = Fray
ISET = Instituto Superior de Estudios Teológicos (Bolivia)
JMJ = Jornadas Mundiales de la Juventud
M/M- = Memoria Académica
Mon. = Monseñor
MRA = Memoria Renovación de Afiliación
M.R.P./MM.RR.PP. = Muy Reverendo/s Padre/s
OAR = Orden de Agustinos Recoletos
OFM = Franciscano (Ordo Fratrum Minorum)
ord = Sobre el orden, de San Agustín OSA = Orden de San Agustín
OSB = Orden de San Benito
P. = Padre
s. = *Sermón* de San Agustín
S. = San/Santo
sol. = *Soliloquios* de San Agustín
UCM = Universidad Complutense de Madrid
UNED = Universidad a Distancia (Madrid)
UPCO = Universidad Pontificia de Comillas (Madrid)
UPSA = Universidad Pontificia de Salamanca

MEDITACIÓN EN VOZ ALTA: EL ESPÍRITU SANTO
EN LA VIDA DE LA IGLESIA

EMMO. Y RVMO. SR. D. CARLOS OSORO SIERRA
Cardenal Arzobispo de Madrid

RESUMEN:

La presente conferencia trata de estudiar el ser y el actuar del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. Con profundo agradecimiento, respeto y admiración, por pura gracia de Dios, nos reconocemos miembros de esta Iglesia que tiene sus inicios en Pentecostés. Hablar del Espíritu Santo es ver cómo actúa en la vida de toda la Iglesia y como se manifiesta en todas las Iglesias particulares, diseminadas por el mundo, pero que son ciertamente la única Iglesia de Jesucristo al frente de la cual está Pedro, que hoy para nosotros es Francisco. El Espíritu Santo es la «caridad eterna», es el gran vínculo de la unidad en la Trinidad, que nos une con todas las fuerzas en la caridad de Dios a todos los hombres. Él crea esa gran comunidad que es la Iglesia Santa, el nuevo Pueblo de Dios, en su multiforme manera de hacerse presente como comunidad de Iglesia en el mundo. Es bueno contemplar cómo el Espíritu Santo nos recuerda que el Padre y el Hijo se hacen presentes en el mundo a través de quienes aman a Cristo y son audaces para guardar su palabra. Son los que dan frutos abundantes, sabiéndose enviados al mundo. El Espíritu Santo, junto a todo lo indicado, es el que actúa en la creación. El Espíritu Santo es además el inspirador de la Escritura. San Agustín, comentando la Primera Carta de Juan, advierte que el Espíritu Santo es un amor que permanece. Es ciertamente el creador de la comunión y nunca se puede separar de Cristo y de la Iglesia. Estamos, en definitiva, llamados a crecer y a madurar mediante la gracia del Espíritu Santo, advirtiendo que Él es el que llena la vida de la Iglesia.

Palabras claves: Iglesia, Pentecostés, unidad, Trinidad, caridad, comunión y gracia.

ABSTRACT:

The present conference tries to study the being and the action of the Holy Spirit in the life of the Church. With deep gratitude, respect and admiration, by the pure grace of God, we recognize ourselves as members of this Church that has its beginnings on Pentecost. To speak of the Holy Spirit is to see how he acts in the life of the whole Church and how he manifests himself in all the particular Churches, scattered throughout the world, but which are certainly the only Church of Jesus Christ at the head of which is Peter, who today for us is Francisco. The Holy Spirit is «eternal charity», it is the great bond of unity in the Trinity, which unites us with all the forces in the charity of God to all men. He creates that great community that is the Holy Church, the new People of God, in its multiform way of making itself present as a community of Church in the world. It is good to contemplate how the Holy Spirit reminds us that the Father and the Son make themselves present in the world through those who love Christ and are bold to keep his word. They are the ones who bear abundant fruit, knowing that they are sent into the world. The Holy Spirit, together with everything indicated, is the one who acts in creation. The Holy Spirit is also the inspirer of Scripture. Saint Augustine, commenting on the First Letter of John, warns that the Holy Spirit is a love that remains. He is certainly the creator of communion and can never be separated from Christ and the Church. In short, we are called to grow and mature through the grace of the Holy Spirit, realizing that He is the one who fills the life of the Church.

Main arguments: Church, Pentecost, unity, Trinity, charity, communion and grace.

1. RECUERDO-MEMORIA-REALIDAD

Al comenzar esta reflexión en voz alta sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia Diocesana, necesariamente tengo que remitirme a los mismos inicios de la Iglesia: «Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos de del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse. Había en Jerusalén hombres piadosos que residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: ¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa? Partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y á, todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios. Todos estaban estupefactos y perplejos y se decían unos a otros: ¿Qué significa esto? Otros en cambio decían riéndose: ¡Están llenos de mosto!».

2. SOMOS MIEMBROS DE LA IGLESIA

Con profundo agradecimiento, respeto y admiración, por pura gracia de Dios, nos reconocemos miembros de esta Iglesia que tiene sus inicios en Pentecostés. A través de la Iglesia de la que somos parte, hemos recibido lo mejor y más grande que un ser humano puede tener, la misma vida de Jesucristo Nuestro Señor. Sí, en la Iglesia que camina por este mundo y sigue anunciando a Jesucristo

como Señor de todo lo que existe. La Iglesia que nos sigue llamando a vivir la vida en Cristo, a formular en nuestra propia vida su Vida, su Amor, su Entrega. La Iglesia que tiene el empeño de hacer visible el mandato de Jesucristo: «id por el mundo y anunciad el evangelio a todos los hombres». La Iglesia que es nuestra Madre y nuestra Maestra. La Iglesia que cuida a sus hijos y que nos envía en nombre del Señor a presentar su rostro vivo en medio de este mundo, en todas las culturas, en todas las situaciones que viven los hombres, a todos los hombres.

3. EL ESPÍRITU SANTO LE DA TODO A LA IGLESIA

Es de la Iglesia en sus formulaciones históricas concretas, en cada una de las Iglesias particulares en las que está al frente un Sucesor de los Apóstoles, un Obispo, de la que os quiero hablar y entrar en sus entrañas. Pero para hablaros de la Iglesia necesariamente tengo que hablaros con claridad del Espíritu Santo que es quien la da todo lo que es.

Aunque el título parece que nos pone límites y me hace hablar del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia Diocesana, no es así. Hablar del Espíritu Santo es ver como actúa en la vida de toda la Iglesia y como se manifiesta en todas las Iglesias particulares, diseminadas por el mundo, pero que son ciertamente la única Iglesia de Jesucristo al freten de la cual está Pedro, que hoy para nosotros es Francisco. El Espíritu Creador siempre viene en nuestra ayuda, por una parte, ha entrado en nuestra historia y ciertamente nos habla de un modo nuevo. No estamos solos, a nuestra fragilidad viene la ayuda del Espíritu Santo, que nos sostiene y nos da luz, inteligencia y valentía, para anunciar a Jesucristo y asumir el mandato de Jesucristo: «id por el mundo y anunciad el Evangelio». Ha sido una gracia de Dios inmensa, el que Nuestro Señor Jesucristo cuente con nosotros, nos haya llamado a la pertenencia eclesial y nos lance con la fuerza del Espíritu Santo a anunciarlo a todos los hombres, sabiendo que es nuestra vida entera la que tiene que verificar la verdad de las palabras con las que lo anunciamos.

¡Qué modo más maravilloso de contemplar la intimidad de Dios mismo con y desde la fuerza del Espíritu Santo! En Jesucristo Dios se hace hombre y nos concede y permite contemplar la intimidad de Dios mismo. Seguro que, en muchas ocasiones, te has dado cuenta de cómo en nuestra vida hemos podido contemplar esa intimidad. Y contemplando esa intimidad nos encontramos con algo inesperado: que en Dios existe un

«Yo» y un «Tú». El Dios que se nos presenta como un misterio, resulta que no es una pura soledad, es un acontecimiento de amor.

¿A qué profundidad nos lleva esta contemplación de Dios? Nada más ni menos que al contemplar la creación vislumbramos al Espíritu Creador, vislumbramos a Dios mismo como poder que pone las leyes del mundo y lo introduce en un orden, pero también lo vislumbramos como belleza, descubrimos que tiene corazón, que es Amor.

4. EL ESPÍRITU SANTO ES LA CARIDAD ETERNA Y LA IGLESIA CRIATURA DE DIOS

Siempre me ha impresionado algo que a lo mejor puede parecer insignificante, para mí no lo es. ¿A qué me refiero? A algo muy singular: desde el primer momento de la existencia de la Iglesia, Ella habla todas las lenguas y ello gracias al Espíritu Santo. Impresiona, pero al mismo tiempo verifica lo que es en verdad la Iglesia fundada por Jesucristo, vive en todas las culturas, no destruye nada de todos los diversos dones que ofrece, de los diferentes carismas que aparecen en Ella, los reúne en una misma unidad y los hace vivir en la fraternidad y la reconciliación dentro de la unidad y de la variedad. ¡Qué maravilla! El Espíritu Santo es la «caridad eterna», es el gran vínculo de la unidad en la Trinidad, nos une con todas las fuerzas en la caridad de Dios a todos los hombres y crea esa gran comunidad que es la Iglesia Santa, el nuevo Pueblo de Dios, en su multiforme manera de hacerse presente como comunidad de Iglesia en el mundo.

¡Qué hondura alcanza la Iglesia cuando la contemplamos y la miramos como criatura de Dios! Os ánimo a contemplar y mirar a la Iglesia siempre, pero os propongo que lo hagáis en algún momento de vuestra vida, en ese entretiem po entre la Ascensión del Señor y el mismo Domingo de Pentecostés. Ahí vemos a los discípulos primeros reunidos junto a María la Madre del Señor en un lugar singular, el Cenáculo, allí imploraban al Espíritu Santo. Y con la intervención divina algo sucede en aquél santo lugar, un movimiento y un viento impetuoso que llega a los discípulos que los hace salir de sí mismos y vivir en la valentía que nace cuando experimentan saberse llenos de Dios y con la fuerza impetuosa del Espíritu Santo que ha llenado sus vidas, haciéndoles capaces de salir y anunciar el Evangelio a todos los hombres y en toda la tierra. Os invito a meditar el texto del libro de los Hechos de los Apóstoles en el día de Pentecostés, tiene una

hondura singular para hacernos sentir la fuerza, la gracia y lo grande que es haber sido llamado para ser miembro de la Iglesia con todo lo que esto significa, como es regalar un modo de ser, de vivir, de actuar, de mirar, de entendernos los hombres como hermanos y de interpretar la vida construyendo un mundo desde el Espíritu del Resucitado (cfr. Hch. 2, 1-13).

5. LOS DISCÍPULOS DE CRISTO, ACOGEDORES DE LA VIDA QUE SE ENGENDRA EN PENTECOSTÉS

¡Qué fuerza, y qué belleza y que hondura alcanza nuestra vida cuando nos sabemos elegidos para anunciar a Jesucristo! Animémonos los discípulos de Cristo, los fieles cristianos, a acoger todo lo que engendra esa vida nueva que se nos ofrece en Pentecostés. Somos miembros de unas comunidades en las que nos conforta el Espíritu Santo, que nos defiende, nos aconseja, nos protege. Nuestro gran compromiso es el convertirnos en hombres y mujeres que como cristianos acogemos toda la vida que se engendra en Pentecostés. Es bueno ver como el Espíritu Santo nos recuerda que el Padre y el Hijo se hacen presentes en el mundo a través de quienes aman a Cristo y son audaces para guardar su palabra y dar frutos abundantes sabiéndose enviados al mundo. El Espíritu Santo, ciertamente se presenta como don y tarea. ¡Qué más don y tarea que presentar a Jesucristo en este mundo y dar a conocer su amor a todos los hombres sin excepción!

6. CONTEMPLA AL ESPÍRITU SANTO EN LA VIDA DE LA IGLESIA EN TRES DIMENSIONES

Me gusta ayudar a contemplar al Espíritu Santo en la vida de la Iglesia en tres dimensiones que considero importantes:

1) El Espíritu Santo que actúa en la creación. ¡Qué presencia más honda y maravillosa tiene en la creación! El Espíritu Santo en esta dimensión de la creación está muy presente, el Espíritu Santo es creador. Todo lo que existe en este mundo es de Él, lo impulsa, lo alienta, lo hace realidad con su fuerza y con su amor. Esta dimensión tiene una actualidad grande y muy importante en estos momentos que vivimos los hombres en toda la tierra.

2) El Espíritu Santo es inspirador de la Escritura. Dejémonos penetrar por esta realidad, pues es a la luz de la Escritura como po-

demos caminar. ¡Qué bueno es hacer nuestro camino a la luz de la Escritura! Así estamos caminando juntamente con el Espíritu Santo. Es el Espíritu de Cristo y nos guía y alienta a vivir en esa comunión plena con Jesucristo. Pero ¿dónde podemos ver también la presencia del Espíritu Santo? En la diversidad de carismas con los que el Espíritu Santo enriquece a la Iglesia, de tal manera que así hace posible que la iglesia se haga presente en las diversas circunstancias que viven los hombres, en los diversos momentos en los que es necesario vivir y visibilizar la vida y misión de la Iglesia y dar respuestas nuevas a las nuevas situaciones que viven los hombres. ¡Qué fuerza tiene ver y contemplar a la Iglesia dando respuestas y haciéndose presente en realidades muy diferentes, esas que le dan fuerza y manifiestan como la Iglesia en nombre de Jesucristo está en todas las circunstancias y momentos en los que es necesario salir al encuentro de los hombres!

3) Una afirmación necesaria y fundante para nosotros: el Espíritu Santo es Espíritu de Cristo, nos guía en una comunión plena con Jesucristo. Todo nos lleva e invita a ver las huellas del Espíritu y a hacer visible al Espíritu también a los demás.

7. ¿QUÉ PENSABA SAN AGUSTÍN SOBRE EL ESPÍRITU SANTO?

He tenido un interés especial por ver lo que San Agustín pensaba sobre el Espíritu Santo. Él señala que las dos palabras «Espíritu» y «Santo» se refieren a lo que pertenece a la naturaleza divina, es decir, a lo que es compartido por el Padre y el Hijo, en definitiva, a su comunión. De ahí que la característica propia, dirá San Agustín, del Espíritu es ser lo que es compartido por el padre y el Hijo, de tal manera que su conclusión es clara, la cualidad peculiar el Espíritu es la unidad. Pero no cualquier unidad, se trata de una unidad de comunión vivida, de constante entrega, pues el Padre y el Hijo se dan el uno al otro. La luz que nos entrega la comprensión del Espíritu Santo como unidad, como comunión tiene una fuerza y unas entrañas especiales y de trascendencia. En la Vigilia de la Jornada Mundial de la Juventud en Sidney (Australia), decía el Papa Benedicto XVI a los jóvenes hablando del Espíritu Santo: «Hemos de comprender que una unidad verdadera no puede estar fundada en relaciones que nieguen la igual dignidad de las demás personas... solamente en la vida de comunión se sostiene la unidad y se realiza plenamente la identidad humana: ahí entendemos y reconocemos la necesidad común de Dios, la presencia

unificadora del Espíritu Santo y por qué nos entregamos mutuamente al servicio los unos a los otros».

Por otra parte, San Agustín nos regala un estudio que hace en la Primera Carta de San Juan, en la que nos habla de una manera muy profunda, de como el Espíritu Santo es un amor que permanece. Precisamente es en esta carta donde San Juan nos habla de que «Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Y San Agustín piensa que, aunque es verdad que estas palabras se refieren a la Trinidad en su conjunto, sin embargo, son característica particular del Espíritu Santo. Precisamente por ello, San Agustín se hace esta pregunta: ¿es el amor o es el Espíritu Santo quien garantiza el don duradero? Y llega a esta conclusión: «El Espíritu por tanto es Dios como amor» (San Agustín: De Trinitate 15, 17, 31). El amor es el signo de la presencia del Espíritu Santo y tiene la tarea de permanecer, es duradero por naturaleza. El Espíritu Santo ofrece al mundo ese amor que despeja toda clase de incertidumbres, que supera los miedos, que lleva en sí mismo la eternidad, que permanece para siempre, que despeja las dudas y supera los miedos, lleva la eternidad y la unidad en sí mismo.

8. LA FE EN EL ESPÍRITU CREADOR ES UN CONTENIDO ESENCIAL DEL CREDO CRISTIANO

También debo decir, que la fe en el Espíritu Creador es un contenido esencial del Credo cristiano. Las ciencias modernas de la naturaleza se apoyan en un dato: la materia lleva consigo, tiene una estructura matemática llena de espíritu. En este fundamento se apoyan las ciencias modernas. La materia está estructurada de modo inteligente. Esta estructura procede del mismo Espíritu creador que nos dio el espíritu también a nosotros. Y esto implica una tarea y una responsabilidad. Es precisamente en la fe sobre la creación donde se encuentra el fundamento último de nuestra responsabilidad sobre la tierra. No es propiedad, es un don del Creador que hemos de administrar bien y con responsabilidad. Sus estructuras de alguna manera llevan una orientación ética. El Espíritu que lo ha plasmado es mucho más que matemática, es el Bien que mediante el lenguaje de la creación nos va señalando el camino de la vida recta. De ahí que la Iglesia, dada la fe en el Creador como parte esencial del Credo cristiano, tiene responsabilidad también sobre la creación. Defiende la creación y protege al hombre de la destrucción de sí mismo.

El Espíritu Santo nos hace comprender a la luz de Dios las realidades del mundo Y la primacía de Dios sobre todas las cosas nos hace entender al ser humano y todas las realidades humanas en las que vive que tienden a hacernos vivir nuestra relación plena con Dios. Para vivir plenamente esta relación con Dios de todo, hay que entrar en su verdad, ya que si no es así nada se puede corregir, pues vuelven a salir oscuridades y caemos en los vicios que destruyen nuestras relaciones sociales y también aparecen todos los vicios que son destructores de la sociedad y de la paz en el mundo.

El Espíritu Santo nos hace ver la realidad a la luz de Dios, nos hace entender de una manera radical que todas nuestras realidades, dependen de nuestra relación con Dios. Y nos hace ver que nuestra vida es para anunciar la verdad. Y la verdad tiene nombre y rostro: Jesucristo. Dios nos ha tomado de la mano para que demos testimonio de Él en medio del mundo, de su bondad, de su entrega a los hombres. Y esto es evangelizar, esto es la evangelización. Se trata de anunciar a Dios, de evangelizar, de realizar la gran renovación del mundo. Se trata de afirmar que Dios no está lejos, está muy cerca de nosotros, está en ti, está contigo, está en ti y contigo, está cerca. Y se te da en gratuidad. Así son las cosas más grandes de la vida: Dios, amor, verdad, son gratuitas. Y lo más grande es Dios que está a tu lado: está en ti, está en tu corazón.

9. ERES CRISTIANO CUANDO LA FE SE TRANSFORMA EN AMOR

Vive la caridad, que no es una suma de ideas, no es una filosofía, ni una teología, es un modo de vivir. La caridad es universal, abre todos los límites que cierra el mundo y todos los conflictos que en él se dan. Hay que abrir la vida a la universalidad del amor de Dios. ¿Qué es el cristianismo? Sencillamente es caridad, es amor. Nos convertimos en cristianos cuando la fe se transforma en amor. Todo esto se nos da si abrimos la vida a la fuerza del Espíritu Santo. Jesús no se contenta solamente con salir a nuestro encuentro, quiere unificación, manda a nuestra vida, como dice la Escritura, al Espíritu Santo que nos trae vida y libertad y nos da la unidad. Son dones inseparables. El Espíritu Santo es el Espíritu de Jesucristo, que une al Padre y al Hijo en el Amor. Es de una belleza inigualable contemplar a la Iglesia como nos decía el Papa San Juan Pablo II: «es un único movimiento animado

por el Espíritu Santo, un río que atraviesa la historia para regarla con la gracia de Dios y hacerla fecunda en vida, bondad, belleza, justicia y paz» (Alocución en Polonia 4-VI-2006).

10. EL ESPÍRITU SANTO ES CREADOR DE COMUNIÓN Y NUNCA SE PUEDE SEPARAR DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

Por otra parte, el Espíritu Santo es creador de comunión en la comunidad cristiana. Así lo decimos en el mismo inicio de la celebración de la Misa: «la comunión del espíritu santo esté con todos vosotros». Y también el Espíritu Santo nos estimula a entablar relaciones de caridad con todos los hombres. ¡Qué fuerza tiene descubrir que cuando amamos, dejamos espacio al Espíritu Santo y le permitimos expresarse en plenitud! Vivir según el Espíritu, no significa vivir solamente para sí mismo, sino aprender a configurarse constantemente a sí mismo con Cristo Jesús, convirtiéndonos como Él en servidores de los hermanos, es decir, de todos los hombres. En Pentecostés, la Iglesia no es constituida por una voluntad humana, sino por la fuerza del Espíritu de Dios que la convierte en una comunidad que es una y universal. Nunca separemos al Espíritu Santo de Cristo y de la Iglesia, traicionaríamos la naturaleza de la Iglesia como templo vivo del espíritu Santo (Cfr. 1 Cor 3, 16 y LG 4).

11. CRECER Y MADURAR CON EL ESPÍRITU SANTO

Invoquemos al Espíritu Santo, Él es el autor de las obras de Dios. Invoquemos siempre al Espíritu Santo, Él es el autor de las obras de Dios como nos dice el catecismo de la Iglesia católica n. 741. Hemos de ser valientes para dejar que los dones del Espíritu Santo nos moldeen, hemos sido llamados a vivir de los dones del Espíritu Santo en nuestra vida cotidiana, sostenidos por la oración y alimentados con los sacramentos, hemos de estar vivos y para ello es necesario que nos dejemos transformar desde el interior, siempre abiertos a la fuerza del amor de Dios. De este modo podemos transformar las familias, las comunidades cristianas, los pueblos, porque es el Espíritu santo quien nos llena de sabiduría, de inteligencia, de fortaleza, de ciencia y de piedad, que han de ser los grandes signos de nuestra grandeza. Solamente cuando estamos tocados por la fuerza del Espíritu Santo podemos transmitirlo a los demás. Será el Espíritu santo quien no

de ideas creativas y sugerencias para determinar como tenemos que actuar.

El alma de la Iglesia es el poder del Espíritu Santo, es el poder de la vida de Dios. Jesús anuncia que ha comenzado una nueva era, en la que el Espíritu Santo será derramado sobre toda la humanidad (cfr. Lc 4, 21). Contempla la concepción de Jesucristo: Él mismo, concebido por obra del Espíritu santo y nacido de la Virgen maría, vino entre nosotros para traernos este Espíritu, que es la fuente de la vida nueva en Cristo.

12. EL ESPÍRITU SANTO LLENA LA VIDA DE LA IGLESIA

Contempla a la Iglesia en la realidad concreta en la que vives en Ella: es el Cuerpo de Cristo, es la comunidad viva de amor, a ella pertenece gente de todas las razas, viviendo en situaciones diversas, todos hijos de la Iglesia, todos afirmando y viviendo de la resurrección del Señor. ¡Cómo llena la vida de la Iglesia la fuerza del Espíritu Santo! Y los sacramentos de la iglesia son como el agua subterránea que nos nutre y nos atrae a quien es fuente de la vida verdadera, Jesucristo. Es el Espíritu Santo quien nos pone en camino hacia el futuro, es prenda de esperanza y de liberación.

La Iglesia que nace del Espíritu santo, todos los días comienza su trabajo invocándolo. Pedimos que Pentecostés no sea un acontecimiento del pasado, del inicio de la Iglesia, pedimos al Señor que acontezca también y se realiza ahora ya la efusión de su Espíritu y recree de nuevo a su Iglesia y al mundo. ¡Qué belleza, fuerza y verdad es esta!: la Iglesia debe nacer siempre del Espíritu Santo. Ahora que estamos trabajando en el Sínodo, veamos que nuestro trabajo ha de ser colaborar con el Espíritu Santo, con la fuerza de Dios que nos precede.

Ven Espíritu Santo llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor, envía Señor tu Espíritu y serán creados y renovarás la faz de la tierra.

CARTA ENCÍCLICA DOMINUM ET VIVIFICANTEM

SAN JUAN PABLO II

Sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo
(Roma, 18 de mayo, solemnidad de Pentecostés del año 1986)

NOTA:

Ofrecemos a continuación unos números selectos de la encíclica *Dominum et vivificantem*, escrita por San Juan Pablo II y dedicada al Espíritu Santo. Es evidente la sintonía temática de estos textos con el tema de nuestras jornadas pneumatológicas. Estamos convencidos de la riqueza que nos brindan en nuestras investigaciones sobre el ser y el actuar de la tercera persona de la Santísima Trinidad.

I PARTE - EL ESPÍRITU DEL PADRE Y DEL HIJO, DADO A LA IGLESIA

1. Promesa y revelación de Jesús durante la Cena pascual

3. Cuando ya era inminente para Jesús el momento de dejar este mundo, anunció a los apóstoles «otro Paráclito». El evangelista Juan, que estaba presente, escribe que Jesús, durante la Cena pascual anterior al día de su pasión y muerte, se dirigió a ellos con estas palabras: «Todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo... y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad».

Precisamente a este Espíritu de la verdad Jesús lo llama el Paráclito, y *Parákletos* quiere decir «consolador», y también «intercesor» o «abogado». Y dice que es «otro» Paráclito, el segundo, porque él mismo, Jesús, es el primer Paráclito, al ser el primero que trae y da la Buena Nueva. El Espíritu Santo viene después de él y gracias a él, para continuar en el mundo, por medio de la Iglesia, la obra *de la Buena Nueva de salvación*. De esta continuación de su obra por parte del Espíritu Santo Jesús habla más de una vez durante el mismo discurso de despedida, preparando a los apóstoles, reunidos en el Cenáculo, para su partida, es decir, su pasión y muerte en Cruz.

Las palabras, a las que aquí nos referimos, se encuentran en el *Evangelio de Juan*. Cada una de ellas añade algún contenido nuevo a aquel anuncio y a aquella promesa. Al mismo tiempo, están simultáneamente relacionadas entre sí no sólo por la perspectiva de los mismos acontecimientos, sino también por la perspectiva del misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que quizás en ningún otro pasaje de la Sagrada Escritura encuentran una expresión tan relevante como ésta.

4. Poco después del citado anuncio, añade Jesús: «Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, *os lo enseñará*

rá todo y *os recordará* todo lo que yo he dicho». El Espíritu Santo será el Consolador de los apóstoles y de la Iglesia, siempre presente en medio de ellos —aunque invisible— como maestro de la misma Buena Nueva que Cristo anunció. Las palabras «enseñará» y «recordará» significan no sólo que el Espíritu, a su manera, seguirá inspirando la predicación del Evangelio de salvación, sino que también ayudará a comprender el justo significado del contenido del mensaje de Cristo, asegurando su continuidad e identidad de comprensión en medio de las condiciones y circunstancias mudables. El Espíritu Santo, pues, hará que en la Iglesia perdure siempre *la misma verdad* que los apóstoles oyeron de su Maestro.

5. Los apóstoles, al transmitir la Buena Nueva, se unirán particularmente al Espíritu Santo. Así sigue hablando Jesús: «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, *él dará testimonio de mí*. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio».

Los apóstoles fueron testigos directos y oculares. «Oyeron» y «vieron con sus propios ojos», «miraron» e incluso «tocaron con sus propias manos» a Cristo, como se expresa en otro pasaje el mismo evangelista Juan. Este testimonio suyo humano, ocular e «histórico» sobre Cristo se une al testimonio del Espíritu Santo: «El dará testimonio de mí». *En el testimonio del Espíritu de la verdad encontrará el supremo apoyo el testimonio humano de los apóstoles*. Y luego encontrará también en ellos el *fundamento* interior de su continuidad entre las generaciones de los discípulos y de los confesores de Cristo, que se sucederán en los siglos posteriores.

Si la revelación suprema y más completa de Dios a la humanidad es Jesucristo mismo, *el testimonio del Espíritu de la verdad* inspira, garantiza y corrobora su fiel transmisión en la predicación y en los escritos apostólicos, mientras que *el testimonio de los apóstoles* asegura su expresión humana en la Iglesia y en la historia de la humanidad.

6. Esto se deduce también de la profunda correlación de contenido y de intención con el anuncio y la promesa mencionada, que se encuentra en las palabras sucesivas del texto de Juan: «Mucho podría deciros aún, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir».

Con estas palabras Jesús presenta el Paráclito, el Espíritu de la verdad, como el que «enseñará» y «recordará», como el que «dará

testimonio» de él; luego dice: «Os guiará hasta la verdad completa». Este «guiar hasta la verdad completa», con referencia a lo que dice a los apóstoles «pero ahora no podéis con ello», está necesariamente relacionado *con el anonadamiento de Cristo* por medio de la pasión y muerte de Cruz, que entonces, cuando pronunciaba estas palabras, era inminente.

Después, sin embargo, resulta claro que aquel «guiar hasta la verdad completa» se refiere *también*, además del *escándalo de la cruz*, a todo lo que Cristo «hizo y enseñó». En efecto, el *misterio de Cristo* en su globalidad exige la fe ya que ésta introduce oportunamente al hombre en la realidad del misterio revelado. El «guiar hasta la verdad completa» se realiza, pues en la fe y mediante la fe, lo cual es obra del Espíritu de la verdad y fruto de su acción en el hombre. El Espíritu Santo debe ser en esto la guía suprema del hombre y la luz del espíritu humano. Esto sirve para los apóstoles, testigos oculares, que deben llevar ya a todos los hombres el anuncio de lo que Cristo «hizo y enseñó» y, especialmente, el anuncio de su Cruz y de su Resurrección. En una perspectiva más amplia esto sirve también para todas las generaciones de discípulos y confesores del Maestro, ya que deberán *aceptar* con fe y *confesar* con lealtad el misterio de Dios operante en la historia del hombre, el misterio revelado que explica el sentido definitivo de esa misma historia.

7. Entre el Espíritu Santo y Cristo subsiste, pues, en la economía de la salvación una relación íntima por la cual el Espíritu actúa en la historia del hombre como «otro Paráclito», asegurando de modo permanente la trasmisión y la irradiación de la Buena Nueva revelada por Jesús de Nazaret. Por esto, resplandece la gloria de Cristo en el Espíritu Santo-Paráclito, que en el misterio y en la actividad de la Iglesia continúa incesantemente la presencia histórica del Redentor sobre la tierra y su obra salvífica, como lo atestiguan las siguientes palabras de Juan: «El me dará gloria, porque *recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros*». Con estas palabras se confirma una vez más todo lo que han dicho los enunciados anteriores. «Enseñará ..., recordará ..., dará testimonio». La suprema y completa autorrevelación de Dios, que se ha realizado en Cristo, atestiguada por la predicación de los Apóstoles, sigue manifestándose en la Iglesia mediante la misión del Paráclito invisible, el Espíritu de la verdad. Cuán íntimamente esta misión esté relacionada con la misión de Cristo y cuán plenamente se fundamente en ella misma, consolidando y desarrollando en la historia sus frutos

salvíficos, está expresado con el verbo «recibir»: «recibirá de lo mío y os lo comunicará». Jesús para explicar la palabra «recibirá», poniendo en clara evidencia la unidad divina y trinitaria de la fuente, añade: «*Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho: Recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros*». Tomando de lo «mío», por eso mismo recibirá de «lo que es del Padre».

A la luz pues de aquel «recibirá» se pueden explicar todavía las otras palabras significativas sobre el Espíritu Santo, pronunciadas por Jesús en el Cenáculo antes de la Pascua: «Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; *pero si me voy, os lo enviaré*; y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio». Convendrá dedicar todavía a estas palabras una reflexión aparte.

2. Padre, Hijo y Espíritu Santo

8. Una característica del texto joánico es que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son llamados claramente Personas; la primera es distinta de la segunda y de la tercera, y éstas también lo son entre sí. Jesús habla del Espíritu Paráclito usando varias veces el pronombre personal «él»; y al mismo tiempo, en todo el discurso de despedida, descubre los lazos que unen recíprocamente al Padre, al Hijo y al Paráclito. Por tanto, «el Espíritu ... procede del Padre» y el Padre «dará» el Espíritu. El Padre «enviará» el Espíritu en nombre del Hijo, el Espíritu «dará testimonio» del Hijo. El Hijo pide al Padre que envíe el Espíritu Paráclito, pero afirma y promete, además, en relación con su «partida» a través de la Cruz: «Si me voy, os lo enviaré». Así pues, el Padre envía el Espíritu Santo con el poder de su paternidad, igual que ha enviado al Hijo, y al mismo tiempo lo envía con la fuerza de la redención realizada por Cristo; en este sentido el Espíritu Santo es enviado también por el Hijo: «os lo enviaré».

Conviene notar aquí que si todas las demás promesas hechas en el Cenáculo anunciaban la venida del Espíritu Santo *después* de la partida de Cristo, la contenida en el texto de Juan comprende y subraya claramente también la relación de interdependencia, que se podría llamar *causal*, entre la manifestación de ambos: «Pero si me voy, os le enviaré». El Espíritu Santo vendrá cuando Cristo se haya ido por medio de la Cruz; vendrá no sólo *después*, sino *como causa* de la redención realizada por Cristo, por voluntad y obra del Padre.

9. Así, en el discurso pascual de despedida se llega —puede decirse— *al culmen de la revelación trinitaria*. Al mismo tiempo, nos encontramos ante unos acontecimientos definitivos y unas palabras supremas, que al final se traducirán en el gran mandato misional dirigido a los apóstoles y, por medio de ellos, a la Iglesia: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes», mandato que encierra, en cierto modo, la fórmula trinitaria del bautismo: «*bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*». Esta fórmula refleja el misterio íntimo de Dios y de su vida divina, que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, divina unidad de la Trinidad. Se puede leer este discurso como una preparación especial a esta fórmula trinitaria, en la que se expresa la fuerza vivificadora del Sacramento que obra *la participación en la vida de Dios uno y trino*, porque da al hombre la gracia santificante como don sobrenatural. Por medio de ella éste es llamado y hecho «capaz» de participar en la inescrutable vida de Dios.

10. Dios, en su vida íntima, «es amor», amor esencial, común a las tres Personas divinas. EL Espíritu Santo es amor personal como Espíritu del Padre y del Hijo. Por esto «sondea hasta las profundidades de Dios», como *Amor-don increado*. Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las Personas divinas, y que por el Espíritu Santo Dios «existe» como don. El Espíritu Santo es pues la *expresión personal* de esta donación, de este ser-amor. Es Persona-amor. Es Persona-don. Tenemos aquí una riqueza insondable de la realidad y una profundización inefable del concepto de persona en Dios, que solamente conocemos por la Revelación.

Al mismo tiempo, el Espíritu Santo, consustancial al Padre y al Hijo en la divinidad, es amor y don (increado) del que deriva como de una fuente (*fons vivus*) *toda dádiva* a las criaturas (don creado): la donación de la existencia a todas las cosas mediante la creación; la donación de la gracia a los hombres mediante toda la economía de la salvación. Como escribe el apóstol Pablo: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado».

3. La donación salvífica de Dios por el Espíritu Santo

11. El discurso de despedida de Cristo durante la Cena pascual se refiere particularmente a este «dar» y «darse» del Espíritu Santo. En el *Evangelio de Juan* se descubre la «lógica» más profunda del misterio

salvífico contenido en el designio eterno de Dios como expansión de la inefable comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es la «lógica» divina, que del misterio de la Trinidad lleva al misterio de la Redención del mundo por medio de Jesucristo. *La Redención realizada por el Hijo* en el ámbito de la historia terrena del hombre —realizada por su «partida» a través de la Cruz y Resurrección— es al mismo tiempo, en toda su fuerza salvífica, *transmitida al Espíritu Santo*: que «recibirá de lo mío». Las palabras del texto joánico indican que, según el designio divino, la «partida» de Cristo es condición indispensable del «envío» y de la venida del Espíritu Santo, indican que entonces comienza *la nueva comunicación salvífica por el Espíritu Santo*.

12. Es un *nuevo inicio* en relación con el *primero*, —inicio *originario de la donación salvífica de Dios*— que se identifica con el misterio de la creación. Así leemos ya en las primeras páginas del *libro del Génesis*: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra ... y el Espíritu de Dios (ruah Elohim) aleteaba por encima de las aguas». Este concepto bíblico de creación comporta no sólo la llamada del ser mismo del cosmos a la existencia, es decir, el *dar la existencia*, sino también la presencia del Espíritu de Dios en la creación, o sea, el inicio de la comunicación salvífica de Dios a las cosas que crea. Lo cual es válido *ante todo para el hombre*, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra». «Hagamos», ¿se puede considerar que el plural, que el Creador usa aquí hablando de sí mismo, sugiera ya de alguna manera el misterio trinitario, la presencia de la Trinidad en la obra de la creación del hombre? El lector cristiano, que conoce ya la revelación de este misterio, puede también descubrir su reflejo en estas palabras. En cualquier caso, el contexto nos permite ver en la creación del hombre el primer inicio de la donación salvífica de Dios a la medida de su «imagen y semejanza», que ha concedido al hombre.

13. Parece, pues, que las palabras pronunciadas por Jesús en el discurso de despedida deben ser leídas también con referencia a aquel «inicio» tan lejano, pero fundamental, que conocemos por el Génesis. «Si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré». Cristo, describiendo su «partida» *como condición* de la «venida» del Paráclito, une el nuevo inicio de la comunicación salvífica de Dios por el Espíritu Santo con el misterio de la Redención. Este es un nuevo inicio, ante todo porque *entre* el primer inicio y toda la historia del hombre, —empezando por la caída original—, *se ha inter-*

puesto el pecado, que es contrario a la presencia del Espíritu de Dios en la creación y es, sobre todo, *contrario a la comunicación salvífica de Dios al hombre*. Escribe San Pablo que, precisamente a causa del pecado, «la creación ... fue sometida a la vanidad... gimiendo hasta el presente y sufre dolores de parto» y «desea vivamente la revelación de los hijos de Dios».

14. Por eso Jesucristo dice en el Cenáculo: «Os conviene que yo me vaya»; «Si me voy, os lo enviaré». La «partida» de Cristo a través de la Cruz tiene la fuerza de la Redención; y esto significa también una nueva presencia del Espíritu de Dios en la creación: el nuevo inicio de la comunicación de Dios al hombre por el Espíritu Santo. «La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá Padre!», escribe el apóstol Pablo en la *Carta a los Gálatas*. El Espíritu Santo es el *Espíritu del Padre*, como atestiguan las palabras del discurso de despedida en el Cenáculo. Es, al mismo tiempo, el Espíritu del Hijo: es el *Espíritu de Jesucristo*, como atestiguarán los apóstoles y especialmente Pablo de Tarso. Con el envío de este Espíritu «a nuestros corazones» comienza a cumplirse lo que «la creación desea vivamente», como leemos en la *Carta a los Romanos*.

El Espíritu viene *a costa* de la «partida» de Cristo. Si esta «partida» causó la *tristeza de los apóstoles*, y ésta debía llegar a su culmen en la pasión y muerte del Viernes Santo, a su vez esta «tristeza se convertirá en gozo». En efecto, Cristo insertará en su «partida» redentora la gloria de la resurrección y de la ascensión al Padre. Por tanto la tristeza, a través de la cual aparece el gozo, es la parte que toca a los apóstoles en el marco de la «partida» de su Maestro, una partida «conveniente», porque gracias a ella vendría otro «Paráclito». A costa de la Cruz redentora y por la fuerza de todo el misterio pascual de Jesucristo, el Espíritu Santo viene para quedar *desde el día de Pentecostés* con los Apóstoles, para estar con la Iglesia y en la Iglesia y, por medio de ella, en el mundo. De este modo *se realiza* definitivamente aquel *nuevo inicio* de la comunicación de Dios uno y trino en el Espíritu Santo por obra de Jesucristo, Redentor del Hombre y del mundo.

4. El Mesías unguido con el Espíritu Santo

15. Se realiza así completamente la misión del Mesías, que recibió la plenitud del Espíritu Santo para el Pueblo elegido de Dios y para

toda la humanidad. «Mesías» literalmente significa «Cristo», es decir «ungido»; y en la historia de la salvación significa «ungido con el Espíritu Santo». Esta era la tradición profética del Antiguo Testamento. Siguiéndola, Simón Pedro dirá en casa de Cornelio: «Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea ... después que Juan predicó el bautismo; como Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder».

Desde estas palabras de Pedro y otras muchas parecidas conviene remontarse ante todo a la profecía de *Isaías*, llamada a veces «el quinto evangelio» o bien el «evangelio del Antiguo Testamento». Aludiendo a la venida de un personaje misterioso, que la revelación neotestamentaria identificará con Jesús, *Isaías* relaciona la persona y su misión con una acción especial del Espíritu de Dios, Espíritu del Señor. Dice así el Profeta:

«Saldrá un vástago del tronco de Jesé y un retoño de sus raíces brotará. *Reposará sobre él el espíritu del Señor*: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de temor del Señor. Y le inspirará en el temor del Señor».

Este texto es importante para toda la pneumatología del Antiguo Testamento, porque constituye como un puente entre el antiguo concepto bíblico de «espíritu», entendido ante todo como «aliento carismático», y el «*Espíritu*» como *persona* y como *don*, *don para la persona*. El Mesías de la estirpe de David («del tronco de Jesé») es precisamente aquella persona sobre la que «se posará» el Espíritu del Señor. Es obvio que en este caso todavía no se puede hablar de la revelación del Paráclito; sin embargo, con aquella alusión velada a la figura del futuro Mesías se abre, por decirlo de algún modo, la vía sobre la que se prepara la plena revelación del Espíritu Santo en la unidad del misterio trinitario, que se manifestará finalmente en la Nueva Alianza.

16. El Mesías es precisamente esta vía. En la Antigua Alianza la unción era un símbolo externo del don del Espíritu. El Mesías (mucho más que cualquier otro personaje ungió en la Antigua Alianza) es el único gran *Ungido por Dios mismo*. Es el Ungido en el sentido de que posee la plenitud del Espíritu de Dios. El mismo será también el mediador al conceder este Espíritu a todo el Pueblo. En efecto, dice el Profeta con estas palabras:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto que me ha ungió el Señor. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a

vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia del Señor».

El Ungido es *también enviado «con el Espíritu del Señor»*.

«Ahora el Señor Dios me envía con su espíritu».

Según el *libro de Isaías*, el Ungido y el Enviado junto con el Espíritu del Señor es también el *Siervo elegido del Señor*, sobre el que se posa el Espíritu de Dios:

«He aquí a mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él».

Se sabe que el Siervo del Señor es presentado en el *Libro de Isaías* como el verdadero varón de dolores: el *Mesías doliente* por los pecados del mundo. Y a la vez es precisamente aquél cuya misión *traerá verdaderos frutos de salvación para toda la humanidad*:

«Dictará ley a las naciones ...»; y será «alianza del pueblo y luz de las gentes ...»; «para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra».

Ya que:

«Mi espíritu que ha venido sobre ti y mis palabras que he puesto en tus labios no caerán de tu boca ni de la boca de tu descendencia ni de la boca de la descendencia de tu descendencia, dice el Señor, desde ahora y para siempre».

Los textos proféticos expuestos aquí deben ser leídos por nosotros *a la luz del Evangelio*, como a su vez el Nuevo Testamento recibe una particular clarificación por la admirable luz contenida en estos textos veterotestamentarios. El profeta presenta al Mesías como aquél que *viene por el Espíritu Santo*, como aquél que posee *la plenitud de este Espíritu en sí* y, al mismo tiempo, *para los demás*, para Israel, para todas las naciones y para toda la humanidad. La plenitud del Espíritu de Dios está acompañada de múltiples dones, los de la salvación, destinados de modo particular a los pobres y a los que sufren, a todos los que abren su corazón a estos dones, a veces mediante las dolorosas experiencias de su propia existencia, pero ante todo con aquella disponibilidad interior que viene de la fe. Esto intuía el anciano Simeón,

«hombre justo y piadoso» ya que «estaba en él el Espíritu Santo», en el momento de la presentación de Jesús en el Templo, cuando descubría en él la «salvación preparada a la vista de todos los pueblos» a costa del gran sufrimiento —la Cruz— que había de abrazar acompañado por su Madre. Esto intuía todavía mejor la Virgen María, que «había concebido del Espíritu Santo», cuando meditaba en su corazón los «misterios» del Mesías al que estaba asociada.

17. Conviene subrayar aquí claramente que el «Espíritu del Señor», que «se posa» sobre el futuro Mesías, es ante todo un *don de Dios para la persona* de aquel Siervo del Señor. Pero éste no es una persona aislada e independiente, porque actúa por voluntad del Señor en virtud de su decisión u opción. Aunque a la luz de los textos de Isaías la actuación salvífica del Mesías, Siervo del Señor, encierra en sí la acción del Espíritu que se manifiesta a través de él mismo, sin embargo en el contexto veterotestamentario no está sugerida la distinción de los sujetos o de las personas divinas, tal como subsisten en el misterio trinitario y son reveladas luego en el Nuevo Testamento. Tanto en Isaías como en el resto del Antiguo Testamento la personalidad del *Espíritu Santo* está totalmente «*escondida*»: escondida en la revelación del único Dios, así como también en el anuncio del futuro Mesías.

18. *Jesucristo se referirá* a este anuncio, *contenido en las palabras de Isaías*, al comienzo de su actividad mesiánica. Esto acaecerá en Nazaret mismo donde había transcurrido treinta años de su vida en la casa de José, el carpintero junto a María, su Madre Virgen. Cuando se presentó la ocasión de tomar la palabra en la Sinagoga, abriendo *el libro de Isaías* encontró el pasaje en que estaba escrito: «EL Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto que me ha ungido el Señor» y después de haber leído este fragmento dijo a los presentes: «*Esta Escritura* que acabáis de oír, se ha cumplido hoy». De este modo confesó y proclamó ser el que «fue ungido» por el Padre, ser el Mesías, es decir Cristo, en quien mora el Espíritu Santo como don de Dios mismo, aquél que posee la plenitud de este Espíritu, aquél que marca el «nuevo inicio» del don que Dios hace a la humanidad con el Espíritu.

5. Jesús de Nazaret «elevado» por el Espíritu Santo

19. Aunque en Nazaret, su patria, Jesús no es acogido como Mesías, sin embargo, al comienzo de su actividad pública, su misión mesiánica por el Espíritu Santo es *revelada* al pueblo *por Juan el Bautista*. Este,

hijo de Zacarías y de Isabel, anuncia en el Jordán la venida del Mesías y administra el bautismo de penitencia. Dice al respecto: «Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, y yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. El os *bautizará en Espíritu Santo y fuego*».

Juan Bautista anuncia al Mesías-Cristo no sólo como el que «viene» por el Espíritu Santo, sino también como el que «lleva» el Espíritu Santo, como Jesús revelará mejor en el Cenáculo. Juan es aquí el eco fiel de las palabras de Isaías, que en el antiguo Profeta miraban al futuro, mientras que en su enseñanza a orillas del Jordán constituyen la introducción inmediata en la nueva realidad mesiánica. Juan no es solamente un profeta sino también un mensajero, es el precursor de Cristo. Lo que Juan anuncia se realiza a la vista de todos. Jesús de Nazaret va al Jordán para recibir también el bautismo de penitencia. Al ver que llega, Juan proclama: «He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Dice esto por inspiración del Espíritu Santo, *atestiguando el cumplimiento de la profecía de Isaías*. Al mismo tiempo confiesa la fe en la misión redentora de Jesús de Nazaret. «Cordero de Dios» en boca de Juan Bautista es una expresión de la verdad sobre el Redentor, no menos significativa de la usada por Isaías: «Siervo del Señor».

Así, por el testimonio de Juan en el Jordán, Jesús de Nazaret, rechazado por sus conciudadanos, *es elevado ante Israel como Mesías*, es decir «Ungido» con el Espíritu Santo. Y este testimonio es corroborado por otro testimonio de orden superior mencionado por los Sinópticos. En efecto, cuando todo el pueblo fue bautizado y mientras Jesús después de recibir el bautismo estaba en oración, «se abrió el cielo y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma» y al mismo tiempo «vino una voz del cielo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco».

Es una *teofanía trinitaria* que atestigua la exaltación de Cristo con ocasión del bautismo en el Jordán, la cual no sólo confirma el testimonio de Juan Bautista, sino que descubre una dimensión todavía más profunda de la verdad sobre Jesús de Nazaret como Mesías. *El Mesías es el Hijo predilecto del Padre*. Su exaltación solemne no se reduce a la misión mesiánica del «Siervo del Señor». A la luz de la teofanía del Jordán, esta exaltación alcanza el misterio de la Persona misma del Mesías. El es exaltado porque es el Hijo de la divina complacencia. La voz de lo alto dice: «mi Hijo».

20. La teofanía del Jordán ilumina sólo fugazmente el misterio de Jesús de Nazaret cuya actividad entera se desarrollará bajo la presencia viva del Espíritu Santo. Este misterio habría sido manifestado por Jesús mismo y confirmado gradualmente a través de todo lo que «hizo y enseñó». En la línea de esta enseñanza y de los signos mesiánicos que Jesús hizo antes de llegar al discurso de despedida en el Cenáculo, encontramos unos acontecimientos y palabras que constituyen momentos particularmente importantes de esta progresiva revelación. Así el evangelista Lucas, que ya ha presentado a Jesús «lleno de Espíritu Santo» y «conducido por el Espíritu en el desierto», nos hace saber que, después del regreso de los setenta y dos discípulos de la misión confiada por el Maestro, mientras llenos de gozo narraban los frutos de su trabajo, «en aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito”». Jesús se alegra por la paternidad divina, se alegra porque le ha sido posible revelar esta paternidad; se alegra, finalmente, por la especial irradiación de esta paternidad divina sobre los «pequeños». Y el evangelista califica todo esto como «gozo en el Espíritu Santo».

Este «gozo», en cierto modo, impulsa a Jesús a decir todavía: «Todo me ha sido entregado por mi *Padre*, y nadie conoce quien es el Hijo sino el Padre; y quien es el Padre sino el Hijo, y aquél a quien se lo quiera revelar».

21. Lo que durante la teofanía del Jordán vino en cierto modo «desde fuera», desde lo alto aquí proviene «desde dentro», es decir, *desde la profundidad de lo que es Jesús*. Es otra revelación del Padre y del Hijo, unidos en el Espíritu Santo. Jesús habla solamente de la paternidad de Dios y de su propia filiación; no habla directamente del Espíritu que es amor y, por tanto, unión del Padre y del Hijo. Sin embargo, *lo que dice del Padre y de sí como Hijo brota de la plenitud del Espíritu* que está en él y que se derrama en su corazón, penetra su mismo «yo», inspira y vivifica profundamente su acción. De ahí aquel «gozarse en el Espíritu Santo». La unión de Cristo con el Espíritu Santo, de la que tiene perfecta conciencia, se expresa en aquel «gozo», que en cierto modo hace «perceptible» su fuente arcana. Se da así una particular manifestación y exaltación, que es propia del Hijo del Hombre, de Cristo-Mesías, cuya humanidad pertenece a la persona del Hijo de Dios, substancialmente uno con el Espíritu Santo en la divinidad.

En la magnífica confesión de la paternidad de Dios, Jesús de Nazaret manifiesta también a sí mismo su «yo» divino; efectivamente, él es el Hijo «*de la misma naturaleza*», y por tanto «nadie conoce quien es el Hijo sino el Padre; y quien es el Padre sino el Hijo», aquel Hijo que «por nosotros los hombres y por nuestra salvación» se hizo hombre por obra del Espíritu Santo y nació de una virgen, cuyo nombre era María

6. Cristo resucitado dice: «Recibid el Espíritu Santo»

22. Gracias a su narración Lucas nos acerca a la verdad contenida en el discurso del Cenáculo. Jesús de Nazaret, «elevado» por el Espíritu Santo, durante este discurso-coloquio, se manifiesta como *el que «trae» el Espíritu*, como el que debe llevarlo y «darlo» a los apóstoles y a la Iglesia a costa de su «partida» a través de la cruz.

El verbo «traer» aquí quiere decir, *ante todo, «revelar»*. En el Antiguo Testamento, desde el *Libro del Génesis*, el espíritu de Dios fue de alguna manera dado a conocer primero como «*soplo*» de Dios que da vida, como «*soplo vital*» sobrenatural. En el *libro de Isaías* es presentado como un «*don*» para la persona del Mesías, como el que se posa sobre él, para guiar interiormente toda su actividad salvífica. Junto al Jordán, el anuncio de Isaías ha tomado una forma concreta: Jesús de Nazaret es el *que viene por el Espíritu Santo* y lo trae como don propio de su misma *persona*, para comunicarlo a través de su humanidad: «El os bautizará en Espíritu Santo». En el Evangelio de Lucas se encuentra confirmada y enriquecida esta revelación del Espíritu Santo, *como fuente íntima* de la vida y acción mesiánica de Jesucristo.

A la luz de lo que Jesús dice en el discurso del Cenáculo, el Espíritu Santo es revelado de una manera nueva y más plena. Es *no sólo el don a la persona* (a la persona del Mesías), sino que *es una Persona-don*. Jesús anuncia su venida como la de «otro Paráclito», el cual, siendo el Espíritu de la verdad, guiará a los apóstoles y a la Iglesia «hacia la verdad completa». Esto se realizará en virtud de la especial comunión entre el Espíritu Santo y Cristo: «Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros». Esta comunión tiene su *fuentes primaria en el Padre*: «Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho: que recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros». Procediendo del Padre, el Espíritu Santo es enviado por el Padre. El Espíritu Santo ha sido enviado *antes como don para el Hijo* que se ha hecho hombre, para cumplir las profecías mesiánicas. Según el texto joánico, después de la

«partida» de Cristo-Hijo, el Espíritu Santo «*vendrá*» *directamente* —es su nueva misión— a completar la obra del Hijo. Así llevará a término la nueva era de la historia de la salvación.

23. Nos encontramos en el umbral de los acontecimientos pascuales. La revelación nueva y definitiva del Espíritu Santo como Persona, que *es* el don, se realiza precisamente en este momento Los *acontecimientos pascuales* —pasión, muerte y resurrección de Cristo— son también el *tiempo de la nueva venida* del Espíritu Santo, como Paráclito y Espíritu de la verdad. Son el tiempo del «nuevo inicio» de la comunicación de Dios uno y trino a la humanidad en el Espíritu Santo, por obra de Cristo Redentor. Este nuevo inicio es la redención del mundo: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único». Ya en el «dar» el Hijo, *en este don del Hijo*, se expresa la esencia más profunda de Dios, el cual, como Amor, es la fuente inagotable de esta dádiva. En el don *hecho por el Hijo* se completan la revelación y la dádiva del amor eterno: *el Espíritu Santo*, que en la inescrutable profundidad de la divinidad es una Persona-don, por obra del Hijo, es decir, mediante el misterio pascual es dado de un modo nuevo a los apóstoles y a la Iglesia y, por medio de ellos, a la humanidad y al mundo entero.

24. La expresión definitiva de este misterio tiene lugar *el día de la Resurrección*. Este día, Jesús de Nazaret, «nacido del linaje de David», como escribe el apóstol Pablo, es «constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos». Puede decirse, por consiguiente, que la «elevación» mesiánica de Cristo por el Espíritu Santo alcanza su culmen en la Resurrección, en la cual se revela también como *Hijo de Dios*, «lleno de poder». Y este poder, cuyas fuentes brotan de la inescrutable comunión trinitaria, se manifiesta ante todo en el hecho de que Cristo resucitado, si por una parte realiza la promesa de Dios expresada ya por boca del Profeta: «Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, ... mi espíritu», por otra cumple su misma promesa hecha a los apóstoles con las palabras: a Si me voy, os lo enviaré». Es él: el Espíritu de la verdad, el Paráclito enviado por Cristo resucitado para transformarnos en su misma imagen de resucitado.

«Al atardecer de aquel primer día de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros». Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús repitió: «La paz con vosotros. Como

el Padre me envió, también yo os envió». Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”».

Todos los detalles de este texto-clave del Evangelio de Juan tienen su elocuencia, especialmente si los releemos con referencia a las palabras pronunciadas en el mismo Cenáculo al comienzo de los acontecimientos pascuales. Tales acontecimientos —el *triduo sacro* de Jesús, que el Padre ha consagrado con la unción y enviado al mundo— alcanzan ya su cumplimiento. Cristo, que «había entregado el espíritu *en la cruz*» como Hijo del hombre y Cordero de Dios, una vez resucitado va donde los apóstoles para «soplar sobre ellos» con el poder del que habla la *Carta a los Romanos*. La venida del Señor llena de gozo a los presentes: «Su tristeza se convierte en gozo», como ya había prometido antes de su pasión. Y sobre todo se verifica el principal anuncio del discurso de despedida: Cristo resucitado, como si preparara una nueva creación, «trae» *el Espíritu Santo a los apóstoles*. Lo trae a costa de su «partida»; les da este Espíritu como a través de las heridas de su crucifixión: «les mostró las manos y el costado». En virtud de esta crucifixión les dice: «Recibid el Espíritu Santo».

Se establece así una relación profunda entre *el envío del Hijo y el del Espíritu Santo*. No se da el envío del Espíritu Santo (después del pecado original) sin la Cruz y la Resurrección: «Si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito». Se establece también una relación íntima entre *la misión del Espíritu Santo y la del Hijo en la Redención*. La misión del Hijo, en cierto modo, encuentra su «cumplimiento» en la Redención: «Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros». La *Redención* es realizada totalmente por el Hijo, el Ungido, que ha venido y actuado con el poder del Espíritu Santo, ofreciéndose finalmente en sacrificio supremo sobre el madero de la Cruz. Y esta Redención, al mismo tiempo, es *realizada constantemente* en los corazones y en las conciencias humanas —en la historia del mundo— por el Espíritu Santo, que es el «otro Paráclito».

7. El Espíritu Santo y la era de la Iglesia

25. «Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (cf. *Jn* 17, 4) fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente a la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. *Ef* 2, 18). El es el Espíritu de vida o la fuente de

agua que salta hasta la vida eterna (cf. *Jn* 4, 14; 7, 38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (cf. *Rom* 8, 10-11)».

De este modo el Concilio Vaticano II habla del nacimiento de la Iglesia el día de Pentecostés. Tal acontecimiento constituye la manifestación definitiva de lo que se había realizado en el mismo Cenáculo el domingo de Pascua. Cristo resucitado vino y «trajo» a los apóstoles el Espíritu Santo. Se lo dio diciendo: «Recibid el Espíritu Santo». Lo que había sucedido *entonces en el interior del Cenáculo*, «estando las puertas cerradas», más tarde, el día de Pentecostés es manifestado también al exterior, ante los hombres. Se abren las puertas del Cenáculo y los apóstoles se dirigen a los habitantes y a los peregrinos venidos a Jerusalén con ocasión de la fiesta, para dar testimonio de Cristo por el poder del Espíritu Santo. De este modo se cumple el anuncio: «*El* dará testimonio de mí. Pero *también vosotros* daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio».

Leemos en otro documento del Vaticano II: «El Espíritu Santo obraba ya, sin duda, en el mundo antes de que Cristo fuera glorificado. Sin embargo, el día de Pentecostés descendió sobre los discípulos para permanecer con ellos para siempre; la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; comenzó la difusión del Evangelio por la predicación entre los paganos».

La era de la Iglesia empezó con la «venida», es decir, con la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles reunidos en el Cenáculo de Jerusalén junto con María, la Madre del Señor. Dicha era empezó en el momento en que *las promesas y las profecías*, que explícitamente se referían al Paráclito, el Espíritu de la verdad, comenzaron a verificarse con toda su fuerza y evidencia sobre los apóstoles, determinando así el nacimiento de la Iglesia. De esto hablan ampliamente y en muchos pasajes los *Hechos de los Apóstoles* de los cuáles resulta que, según la conciencia de la primera comunidad, cuyas convicciones expresa Lucas, *el Espíritu Santo asumió la guía invisible* —pero en cierto modo «perceptible»— de quienes, después de la partida del Señor Jesús, sentían profundamente que habían quedado huérfanos. Estos, con la venida del Espíritu Santo, se sintieron idóneos para realizar la misión que se les había confiado. Se sintieron llenos de fortaleza. Precisamente esto obró en ellos el Espíritu Santo, y lo sigue obrando continuamente en la Iglesia, mediante sus sucesores. Pues la gracia del Espíritu Santo, que los apóstoles dieron a sus colaboradores con

la imposición de las manos, sigue siendo transmitida en la ordenación episcopal. Luego los Obispos, con el sacramento del Orden hacen partícipes de este don espiritual a los ministros sagrados y proveen a que, mediante el sacramento de la Confirmación, sean corroborados por él todos los renacidos por el agua y por el Espíritu; así, en cierto modo, se perpetúa en la Iglesia la gracia de Pentecostés.

Como escribe el Concilio, «*el Espíritu habita en la Iglesia* y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1 Cor 3, 16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. *Gál* 4, 6; *Rom* 8, 15-16.26). *Guía a la Iglesia a toda la verdad* (cf. *Jn* 16, 13), la unifica en comunión y misterio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. *Ef* 4, 11-12; *1 Cor* 12, 4; *Gál* 5, 22) con la fuerza del Evangelio *rejuvenece la Iglesia, la renueva* incesantemente y *la conduce* a la unión consumada con su Esposo».

26. Los pasajes citados por la Constitución conciliar *Lumen gentium* nos indica que, con la venida del Espíritu Santo, empezó la era de la Iglesia. Nos indican también que esta era, *la era de la Iglesia, perdura. Perdura a través de los siglos y las generaciones*. En nuestro siglo en el que la humanidad se está acercando al final del segundo milenio después de Cristo, esta «era de la Iglesia», se ha manifestado de manera especial por medio del *Concilio Vaticano II*, como concilio de nuestro siglo. En efecto, se sabe que éste ha sido especialmente un concilio «eclesiológico», *un concilio sobre el tema de la Iglesia*. Al mismo tiempo, la enseñanza de este concilio es esencialmente «pneumatológica», *impregnada por la verdad sobre el Espíritu Santo*, como alma de la Iglesia. Podemos decir que el Concilio Vaticano II en su rico magisterio contiene propiamente todo lo «que el Espíritu dice a las Iglesias» en la fase presente de la historia de la salvación.

Siguiendo la guía del Espíritu de la verdad y dando testimonio junto con él, el Concilio ha dado una especial *ratificación de la presencia del Espíritu Santo Paráclito*. En cierto modo, lo ha hecho nuevamente «presente» en nuestra difícil época. A la luz de esta convicción se comprende mejor la gran importancia de todas las iniciativas que miran a la realización del Vaticano II, de su magisterio y de su orientación pastoral y ecuménica. En este sentido deben ser también consideradas y valoradas las sucesivas *Asambleas del Sínodo de los Obispos*, que tratan de hacer que los frutos de la verdad y del amor —auténticos frutos del Espíritu Santo— sean un bien duradero del Pueblo de Dios

en su peregrinación terrena en el curso de los siglos. Es indispensable este trabajo de la Iglesia orientado a la verificación y consolidación de los frutos salvíficos del Espíritu, otorgados en el Concilio. A este respecto conviene saber «discernirlos» atentamente de todo lo que contrariamente puede provenir sobre todo del «príncipe de este mundo». Este discernimiento es tanto más necesario en la realización de la obra del Concilio ya que se *ha abierto ampliamente al mundo actual*, como aparece claramente en las importantes Constituciones conciliares *Gaudium et spes* y *Lumen gentium*.

Leemos en la Constitución pastoral: «La comunidad cristiana (de los discípulos de Cristo) está integrada por hombres que, reunidos en Cristo son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. *La Iglesia* por ello se siente íntima y realmente *solidaria del género humano y de su historia*». «Bien sabe la Iglesia que sólo Dios, al que ella sirve, responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano, el cual nunca se sacia plenamente con solos los elementos terrenos». «El Espíritu de Dios ... con admirable providencia *guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra*».

III PARTE - EL ESPÍRITU QUE DA LA VIDA

1. Motivo del Jubileo del año dos mil: Cristo que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo

49. El pensamiento y el corazón de la Iglesia se dirigen al Espíritu Santo al final del siglo veinte y en la perspectiva del tercer milenio de la venida de Jesucristo al mundo, mientras miramos al gran Jubileo con el que la Iglesia celebrará este acontecimiento. En efecto, dicha venida se mide, según el cómputo del tiempo, como un acontecimiento que pertenece a la historia del hombre en la tierra. La medida del tiempo, usada comúnmente, determina los años, siglos y milenios según trascurren antes o después del nacimiento de Cristo. Pero hay que tener también presente que, para nosotros los cristianos este acontecimiento significa, según el Apóstol, la «plenitud de los tiempos», porque a través de ellos Dios mismo, con su «medida», penetró completamente en la historia del hombre: es una presencia trascendente en el *«ahora»*

(«nunc») eterno. «Aquél que es, que era y que va a venir»; aquél que es «el Alfa y la Omega, el Primero y el Ultimo, el Principio y el Fin». «*Porque tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo único*, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga *vida eterna*». «Pero al llegar *la plenitud de los tiempos*, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer ... para que recibiéramos la filiación». y esta encarnación del Hijo-Verbo tuvo lugar «*por obra del Espíritu Santo*».

Los dos evangelistas, a quienes debemos la narración del nacimiento y de la infancia de Jesús de Nazaret, se pronuncian del mismo modo sobre esta cuestión. Según *Lucas*, en la anunciación del nacimiento de Jesús María pregunta: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» y recibe esta respuesta: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios».

Mateo narra directamente: «El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo». José turbado por esta situación, recibe en sueños la siguiente explicación: «No temas tomar contigo a María tu esposa, porque lo concebido en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz a un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

Por esto, la Iglesia desde el principio profesa *el misterio de la encarnación*, misterio-clave de la fe, *refiriéndose al Espíritu Santo*. Dice *el Símbolo Apostólico*: «que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; nació de Santa María Virgen». Y no se diferencia del *Símbolo nicenoconstantinopolitano* cuando afirma: «Y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre».

«Por obra del Espíritu Santo» se hizo hombre aquél que la Iglesia, con las palabras del mismo Símbolo, confiesa que es el Hijo consubstancial al Padre: «*Dios de Dios*, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado». Se hizo hombre «encarnándose en el seno de la Virgen María». Esto es lo que se realizó «al llegar la plenitud de los tiempos».

50. *El gran Jubileo*, que concluirá el segundo milenio al que la Iglesia ya se prepara, tiene directamente una *dimensión cristológica*; en efecto, se trata de celebrar el nacimiento de Jesucristo. Al mismo tiempo, tiene una *dimensión pneumatológica*, ya que el misterio de la Encarnación se realizó «por obra del Espíritu Santo». Lo

«realizó aquel Espíritu que —consustancial al Padre y al Hijo— es, en el misterio absoluto de Dios uno y trino, la Persona-amor, el don increado, fuente eterna de toda dádiva que proviene de Dios en el orden de la creación, el principio directo y, en cierto modo, el sujeto de la autocomunicación de Dios en el orden de la gracia. *El misterio de la Encarnación de Dios constituye el culmen de esta dádiva y de esta autocomunicación divina.*

En efecto, la concepción y el nacimiento de Jesucristo son la obra más grande realizada por el Espíritu Santo en la historia de la creación y de la salvación: la suprema gracia —«la gracia de la unión»—fuente de todas las demás gracias, como explica Santo Tomás. A esta obra se refiere el gran Jubileo y se refiere también —si penetramos en su profundidad— al artífice de esta obra: la *persona del Espíritu Santo*.

A «la plenitud de los tiempos» corresponde, en efecto, una especial plenitud de la comunicación de Dios uno y trino en el Espíritu Santo. «Por obra del Espíritu Santo» se realiza el misterio de la «*unión hipostática*», esto es, la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana, de la divinidad con la humanidad en la única Persona del Verbo-Hijo. Cuando María en el momento de la anunciación pronuncia su «fiat»: «Hágase en mí según tu palabra», concibe de modo virginal *un hombre*, el Hijo del hombre, *que es el Hijo de Dios*. Mediante este «humanarse» del Verbo-Hijo, la autocomunicación de Dios alcanza su plenitud definitiva en la historia de la creación y de la salvación. Esta plenitud adquiere una especial densidad y elocuencia expresiva en el texto del evangelio de San Juan. «La Palabra se hizo carne». La Encarnación de Dios-Hijo significa asumir la unidad con Dios no sólo de la naturaleza humana sino asumir también en ella, *en cierto modo, todo lo que es «carne»* toda la humanidad, todo el mundo visible y material. La Encarnación, por tanto, tiene también su significado cósmico y su dimensión cósmica. El «Primogénito de toda la creación», al encarnarse en la humanidad individual de Cristo, se une en cierto modo a toda la realidad del hombre, el cual es también «carne», y en ella a toda «carne» y a toda la creación.

51. Todo esto se realiza por obra del Espíritu Santo y, por consiguiente, pertenece al contenido del gran Jubileo futuro. La Iglesia no puede *prepararse* a ello de otro modo, *sino es por el Espíritu Santo*. Lo que en «la plenitud de los tiempos» se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia. Por obra suya puede hacerse presente en la nueva fase de

la historia del hombre sobre la tierra: el año dos mil del nacimiento de Cristo.

El Espíritu Santo, que cubrió con su sombra el cuerpo virginal de *María*, dando *comienzo en ella a la maternidad divina*, al mismo tiempo hizo que su corazón fuera perfectamente obediente a aquella autocomunicación de Dios que superaba todo concepto y toda facultad humana. «¡Feliz la que ha creído!»; así es saludada *María* por su parienta Isabel, que también estaba «llena de Espíritu Santo». En las palabras de saludo *a la que «ha creído»*, parece vislumbrarse un lejano (pero en realidad muy cercano) contraste con todos aquellos de los que Cristo dirá que «no creyeron», *María* entró en la historia de la salvación del mundo mediante la obediencia de la fe. Y *la fe*, en su esencia más profunda, es la *apertura* del corazón humano ante el don: *ante la autocomunicación de Dios por el Espíritu Santo*. Escribe San Pablo: «El Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad». Cuando Dios Uno y Trino se abre al hombre por el Espíritu Santo, esta «apertura» suya revela y, a la vez, da a la creatura-hombre la plenitud de la libertad. Esta plenitud, de modo sublime, se ha manifestado precisamente mediante la fe de *María*, mediante «la obediencia a la fe». Sí, «¡feliz la que ha creído!».

2. Motivo del Jubileo: se ha manifestado la gracia

52. *La obra del Espíritu «que da la vida»* alcanza su culmen en el misterio de la Encarnación. No es posible dar la vida, que está en Dios de modo pleno, sino es haciendo de ella la vida de *un Hombre*, como lo es Cristo en su humanidad personalizada por el Verbo en la unión hipostática. Y, al mismo tiempo, con el misterio de la Encarnación se abre de un modo nuevo la *f fuente* de esta *vida divina en la historia de la humanidad*: el Espíritu Santo. EL Verbo, «Primogénito de toda la creación», se convierte en «el primogénito entre muchos hermanos» y así llega a ser también la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, que nacerá en la Cruz y se manifestará el día de Pentecostés; y es en la Iglesia la cabeza de la humanidad: de los hombres de toda nación, raza, región y cultura, lengua y continente, que han sido llamados a la salvación. «La Palabra se hizo carne; (aquella Palabra en la que) *estaba la vida*, y la vida era la Luz de los hombres ... A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse *hijos de Dios*». Pero todo esto se realizó y sigue realizándose incesantemente «por obra del Espíritu Santo».

«Hijos de Dios» son, en efecto, como enseña el Apóstol, «*los que son guiados por el Espíritu de Dios*». La filiación de la adopción divina nace en los hombres sobre la base del misterio de la Encarnación, o sea, gracias a Cristo, el eterno Hijo. Pero el nacimiento, o el nacer de nuevo, tiene lugar *cuando Dios Padre «ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo*». Entonces, realmente «recibimos un Espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: «¡Abbá, Padre!». Por tanto, aquella filiación divina, insertada en el alma humana con la gracia santificante, es obra del Espíritu Santo. «El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos *hijos de Dios*. Y si hijos, también herederos; *herederos de Dios, coherederos de Cristo*». La gracia santificante es en el hombre el principio y la fuente de la nueva vida: vida divina y sobrenatural.

El don de esta nueva vida es como una respuesta definitiva de Dios a las palabras del Salmista en las que, en cierto modo, resuena la voz de todas las criaturas: «Envías tu sopro y son creadas, y renuevas la faz de la tierra». Aquél que en el misterio de la creación *da* al hombre y al cosmos *la vida* en sus múltiples formas visibles e invisibles, *la renueva* mediante el misterio de la Encarnación. De esta manera, la creación es completada con la Encarnación e impregnada desde entonces por las fuerzas de la redención que abarcan la humanidad y todo lo creado. Nos lo dice San Pablo, cuya visión cósmico-teológica parece evocar la voz del antiguo Salmo: «la ansiosa espera de la creación desea vivamente la *revelación de los hijos de Dios*», esto es, de aquellos que Dios, habiéndoles «conocido desde siempre», «los predestinó a reproducir «la imagen de su Hijo». Se da así una «adopción sobrenatural» de los hombres, de la que es origen el Espíritu Santo, amor y don. *Como tal es dado a los hombres*. Y en la *sobrebundancia del don increado*, por medio del cual los hombres «se hacen partícipes de la naturaleza divina». Así la vida humana es penetrada por la participación de la vida divina y recibe también una dimensión divina y sobrenatural. Se tiene así la nueva vida en la que, como partícipes del misterio de la Encarnación, «con el Espíritu Santo pueden los hombres llegar hasta el Padre». Hay, por tanto, una íntima dependencia causal *entre el Espíritu que da la vida, la gracia santificante y aquella múltiple vitalidad sobrenatural* que surge en el hombre: entre el Espíritu increado y el espíritu humano creado.

53. Puede decirse que *todo esto* se enmarca en el ámbito del *gran Jubileo* mencionado antes. En efecto, es necesario ir mas allá de la

dimensión histórica del hecho, considerado exteriormente. Es necesario insertar, en el mismo contenido cristológico del hecho, la dimensión pneumatológica, abarcando con la mirada de la fe los *dos milenios de la acción del Espíritu de la verdad*, el cual, a través de los siglos, ha recibido del tesoro de la Redención de Cristo, dando a los hombres la nueva vida, realizando en ellos la adopción en el Hijo unigénito, santificándolos, de tal modo que puedan repetir con San Pablo: «hemos recibido el Espíritu que viene de Dios». Pero siguiendo el tema del Jubileo, no es posible limitarse a los dos mil años transcurridos desde el nacimiento de Cristo. Hay que mirar *atrás*, comprender toda la acción del Espíritu Santo aún antes de Cristo: *desde el principio*, en todo el mundo y, especialmente, en la economía de la Antigua Alianza. En efecto, esta acción en todo lugar y tiempo, más aún, en cada hombre, se ha desarrollado según el plan eterno de salvación, por el cual está íntimamente unida al misterio de la Encarnación y de la Redención, que a su vez ejerció su influjo en los creyentes en Cristo que había de venir. Esto lo atestigua de modo particular la *Carta a los Efesios*, por tanto, la gracia lleva consigo una característica cristológica y a la vez pneumatológica que se verifica sobre todo en quienes explícitamente se adhieren a Cristo: «En él (en Cristo) ... fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia para redención del Pueblo de su posesión».

Pero siempre en la perspectiva del gran Jubileo, debemos mirar más abiertamente y caminar «hacia el mar abierto», conscientes de que «el viento sopla donde quiere», según la imagen empleada por Jesús en el coloquio con Nicodemo. El Concilio Vaticano II, centrado sobre todo en el tema de la Iglesia, nos recuerda la acción del Espíritu Santo incluso «*fuera*» *del cuerpo visible de la Iglesia*. Nos habla justamente de «todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo visible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual».

54. «Dios es espíritu, y los que adoran deben adorar *en espíritu y verdad*». Estas palabras las pronunció Jesús en otro de sus coloquios: aquél con la Samaritana. El gran Jubileo, que se celebrará al final de este milenio y al comienzo del que viene, ha de constituir una fuerte llamada dirigida a todos los que «adoran a Dios en espíritu y verdad».

Ha de ser para todos una ocasión especial para meditar el misterio de Dios uno y trino, que *en sí mismo es completamente trascendente* respecto al mundo, especialmente el mundo visible. En efecto, es Espíritu absoluto: «Dios es espíritu»; y a la vez, y de manera admirable no sólo está cercano a este *mundo*, sino que está *presente* en él y, en cierto modo, *inmanente*, lo penetra y vivifica desde dentro. Esto sirve especialmente para el hombre: Dios está en lo íntimo de su ser como pensamiento, conciencia, corazón; es realidad psicológica y ontológica ante la cual San Agustín decía: «*es más íntimo de mi intimidad*». Estas palabras nos ayudan a entender mejor las que Jesús dirigió a la Samaritana: «Dios es espíritu». Solamente el Espíritu puede ser «*más íntimo de mi intimidad*» tanto en el ser como en la experiencia espiritual; solamente el Espíritu puede ser tan inmanente al hombre y al mundo, al permanecer inviolable e inmutable en su absoluta trascendencia

Pero la presencia divina en el mundo y en el hombre se ha manifestado de modo nuevo y de forma visible en Jesucristo. Verdaderamente en él «se ha manifestado la gracia». El amor de Dios Padre, don, gracia infinita, principio de vida, se ha hecho visible en Cristo, y en su humanidad se ha hecho «parte» del universo, del género humano y de la historia. La «manifestación de la gracia en la historia del hombre, mediante Jesucristo, se ha realizado por obra del Espíritu Santo, que es el *principio de toda acción salvífica de Dios en el mundo*: es el «Dios oculto» que como amor y don «llena la tierra». Toda la vida de la Iglesia, como se manifestará en el gran Jubileo, significa ir al encuentro de Dios oculto, al encuentro del Espíritu que da la vida.

3. El Espíritu Santo en el drama interno del hombre: la carne tiene apetencias contrarias al espíritu y el espíritu contrarias a la carne

55. Por desgracia, a través de la historia de la salvación resulta que la cercanía y presencia de Dios en el hombre y en el mundo, aquella admirable condescendencia del Espíritu, *encuentra resistencia y oposición* en nuestra realidad humana. Desde este punto de vista son muy elocuentes las palabras proféticas del anciano Simeón que «movidó por el Espíritu, vino al Templo de Jerusalén para anunciar ante el recién nacido de Belén que éste «está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción». La oposición a Dios, que es Espíritu invisible, nace ya en cierto modo en el terreno de la diversidad radical del mundo respecto a él, esto es, de

su «visibilidad» y «materialidad» con relación a él, Espíritu «invisible» y «absoluto»; nace de su esencial e inevitable imperfección respecto a él, ser perfectísimo. Pero la oposición se convierte en drama y rebelión en el terreno ético, por aquel *pecado* que toma posesión del *corazón humano*, en el que «la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne». Como ya hemos dicho, el Espíritu debe «convencer al mundo» en lo referente a este pecado.

San Pablo es quien de manera particular mente elocuente describe la tensión y la lucha que turba el corazón humano. Leemos en la *Carta a los Gálatas*: «Por mi parte os digo: Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como son entre si antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais». Ya en el hombre en cuanto *ser compuesto*, espiritual y corporal, existe una cierta tensión, tiene lugar una cierta lucha entre el «espíritu» y la «carne». Pero esta lucha pertenece de hecho a la herencia del pecado, del que es una consecuencia y, a la vez, una confirmación. Forma parte de la experiencia cotidiana. Como escribe el Apóstol: «Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje ... embriaguez, orgías y cosas semejantes». Son los pecados que se podrían llamar «carnales». Pero el Apóstol añade también otros: «odios, discordias, celos, iras, rencillas, divisiones, envidias». Todo esto son «las obras de la carne».

Pero a estas obras, que son indudablemente malas, Pablo contrapone «el fruto del Espíritu»: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí». Por el contexto parece claro que para el Apóstol no se trata de discriminar o condenar el cuerpo, que con el alma espiritual constituye la naturaleza del hombre y su subjetividad personal; sino que trata de las *obras*, —mejor dicho, de las disposiciones estables— virtudes y vicios, moralmente *buenas o malas*, que son *fruto de sumisión* (en el primer caso) o bien de *resistencia* (en el segundo) a la acción salvífica del Espíritu Santo. Por ello, el Apóstol escribe: «Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu». Y en otros pasajes dice: «Los que viven según la carne, desean lo carnal; más los que viven según el Espíritu, lo espiritual»; «mas nosotros no estamos en la carne, sino en el Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en nosotros». La contraposición que San Pablo establece entre la vida «según el espíritu» y la vida «según la carne», genera una contraposición ulterior: *la de la «vida» y la «muerte»*. «Las

tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz»; de aquí su exhortación: «Si vivis según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis».

Por lo cual ésta es una *exhortación a vivir en la verdad*, esto es, según los imperativos de la recta conciencia y, al mismo tiempo, es una profesión de fe en el Espíritu de la verdad, que da la vida. En efecto, «Aunque el cuerpo haya muerto ya a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia»; «Así que ... no somos *deudores de la carne* para vivir según la carne»; somos mas bien, deudores de *Cristo*, que en el misterio pascual ha realizado nuestra justificación consiguiéndonos el Espíritu Santo: «¡Hemos sido bien comprados!».

En los textos de San Pablo se superponen —y se compenetran recíprocamente— *la dimensión ontológica* (la carne y el espíritu), *la ética* (el bien y el mal) y *la pneumatológica* (la acción del Espíritu Santo *en el orden de la gracia*). Sus palabras (especialmente en las *Cartas a los Romanos* y *a los Gálatas*) nos permiten conocer y sentir vivamente la fuerza de aquella tensión y lucha que tiene lugar en el hombre entre la apertura a la acción del Espíritu Santo, y la resistencia y oposición a él, a su don salvífico. Los términos o polos contrapuestos son, por parte del hombre, su limitación y pecaminosidad, puntos neurálgicos de su realidad psicológica y ética; y, por parte de Dios, *el misterio del don*, aquella incesante donación de la vida divina por el Espíritu Santo. ¿De quien será la victoria? De quien haya sabido acoger el don.

56. Por desgracia, la resistencia al Espíritu Santo, que San Pablo subraya en la *dimensión interior* y subjetiva como tensión, lucha y rebelión que tiene lugar en el corazón humano, encuentra en las diversas épocas históricas y, especialmente, en la época moderna su *dimensión externa*, concentrándose como contenido de la cultura y de la civilización, *como sistema filosófico, como ideología, como programa* de acción y formación de los comportamientos humanos. Encuentra su máxima expresión en el *materialismo*, ya sea en su forma teórica —como sistema de pensamiento— ya sea en su forma práctica —como método de lectura y de valoración de los hechos— y además como programa de conducta correspondiente. El sistema que ha dado el máximo desarrollo y ha llevado a sus extremas consecuencias prácticas esta forma de pensamiento, de ideología y de praxis, es el materialismo dialéctico e histórico, reconocido hoy como núcleo vital del marxismo.

Por principio y de hecho el materialismo *excluye* radicalmente la presencia y la acción de Dios, que es Espíritu, en el mundo y, sobre todo, en el hombre por la razón fundamental de que *no acepta su existencia*, al ser un sistema esencial y programáticamente ateo. Es el fenómeno impresionante de nuestro tiempo al que el Concilio Vaticano II ha dedicado algunas páginas significativas: el ateísmo. Aunque no se puede hablar del ateísmo de modo unívoco, ni se le puede reducir exclusivamente a la filosofía materialista dado que existen varias especies de ateísmo y quizás puede decirse que a menudo se usa esta palabra de modo equívoco sin embargo es cierto que un materialismo verdadero y propio entendido como teoría explica la realidad y tomado como principio clave de la acción personal y social, *tiene carácter ateo*. *El horizonte de los valores y de los fines* de la praxis, que él delimita, está íntimamente unido a la interpretación de toda la realidad como «materia». Si a veces habla también del «espíritu» y de las «cuestiones del espíritu», por ejemplo en el campo de la cultura o de la moral, lo hace solamente porque considera algunos hechos como derivados (epifenómenos) de la materia, la cual según este sistema es la forma única y exclusiva del ser. De aquí se sigue que, según esta interpretación, la religión puede ser entendida solamente como una especie de «ilusión idealista» que ha de ser combatida con los modos y métodos más oportunos según los lugares y circunstancias históricas, para eliminarlas de la sociedad y del corazón mismo del hombre.

Se puede decir, por tanto, que el materialismo es el desarrollo sistemático y coherente de aquella «resistencia» y oposición denunciados por San Pablo con estas palabras: «*La carne* tiene apetencias contrarias al espíritu». Este conflicto es, sin embargo, recíproco como lo pone de relieve el Apóstol en la segunda parte de su máxima: «El espíritu tiene apetencias contrarias a la carne». El que quiere vivir según el Espíritu, aceptando y correspondiendo a su acción salvífica, no puede dejar de rechazar las tendencias y pretensiones internas y externas de la «carne», incluso en su expresión ideológica e histórica de «materialismo» antirreligioso. En esta perspectiva tan característica de nuestro tiempo se deben subrayar las «apetencias del espíritu» en los preparativos del gran Jubileo, como llamadas que resuenan en la noche de un nuevo tiempo de adviento, donde al final, como hace dos mil años, «todos verán la salvación de Dios». Esta es una posibilidad y una esperanza que la Iglesia confía a los hombres de hoy. Ella sabe que el encuentro-choque entre las «apetencias contrarias al espíritu» —*que caracte-*

rizan tantos aspectos de la civilización contemporánea, especialmente en algunos de sus ámbitos— y las «apetencias contrarias a la carne», con el acercamiento de Dios, con su encarnación, con su comunicación siempre nueva del Espíritu Santo, puede representar en muchos casos un carácter dramático y terminar en nuevas derrotas humanas. Pero ella cree firmemente que, por parte de Dios, existe siempre una comunicación salvífica, una venida salvífica y, si acaso, un salvífico «convencer en lo referente al pecado» por obra del Espíritu.

57. En la contraposición paulina entre el «espíritu» y la «carne» está incluida también la contraposición entre la «vida» y la «muerte». Este es un grave problema sobre el que se debe decir ahora que el materialismo, como sistema de pensamiento en cualquiera de sus versiones, significa la *aceptación de la muerte como final definitivo de la existencia humana*. Todo lo que es material es corruptible y, por tanto, el cuerpo humano (en cuanto «animal») es mortal. Si el hombre en su esencia es sólo «carne», la muerte es para él una frontera y un término insalvable. Entonces se entiende el que pueda decirse que la vida humana es exclusivamente un «existir para morir».

Es necesario añadir que en el horizonte de la civilización contemporánea —especialmente la más avanzada en sentido técnico-científico— *los signos y señales de muerte* han llegado a ser particularmente presentes y frecuentes. Baste pensar en la carrera armamentista y en el peligro, a que la misma conlleva, de una autodestrucción nuclear. Por otra parte, se hace cada vez más patente a todos la grave situación de extensas regiones del planeta, marcadas por la indigencia y el hambre que llevan a la muerte. Se trata de problemas que no son sólo económicos, sino también y ante todo éticos. Pero en el horizonte de nuestra época se vislumbran «signos de muerte» aún más sombríos; se ha difundido el uso —que en algunos lugares corre el riesgo de convertirse en institución— de quitar la vida a los seres humanos aún antes de su nacimiento, o también antes de que lleguen a la meta natural de la muerte. Y más aún, a pesar de tan nobles esfuerzos en favor de la paz, se han desencadenado y se dan todavía nuevas guerras que privan de la vida o de la salud a centenares de miles de hombres. Y ¿cómo no recordar los atentados a la vida humana por parte del terrorismo, organizado incluso a escala internacional?

Por desgracia, esto es solamente un esbozo parcial e incompleto del *cuadro de muerte* que *se está perfilando en nuestra época*, mientras nos acercamos cada vez más al final del segundo milenio cristiano.

Desde el sombrío panorama de la civilización materialista y, en particular, desde aquellos *signos de muerte* que se multiplican en el marco sociológico-histórico en que se mueve ¿no surge acaso una nueva invocación, más o menos consciente, al Espíritu que da la vida? En cualquier caso, incluso independientemente del grado de esperanza o de desesperación humana, así como de las ilusiones o de los desengaños que se derivan del desarrollo de los sistemas materialistas de pensamiento y de vida, *queda la certeza cristiana* de que el viento sopla donde quiere, de que nosotros poseemos «las primicias del Espíritu» y que, por tanto, podemos estar también sujetos a los sufrimientos del tiempo que pasa, pero «*gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo*», esto es, de nuestro ser humano, corporal y espiritual. Gemimos, sí, pero en una espera llena de indefectible esperanza, porque precisamente a este ser humano se ha acercado Dios, que es Espíritu. «Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne». En el culmen del misterio pascual, el Hijo de Dios, hecho hombre y crucificado por los pecados del mundo, se presentó en medio de sus discípulos después de la resurrección, sopló sobre ellos y dijo: «Recibid el Espíritu Santo». *Este «soplo» permanece para siempre. He aquí que «el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza».*

4. El Espíritu Santo fortalece el «hombre interior»

58. El misterio de la Resurrección y de Pentecostés es anunciado y vivido por la Iglesia, que es la heredera y continuadora del testimonio de los Apóstoles sobre la resurrección de Jesucristo. Es el testigo perenne de la victoria sobre la muerte, que reveló la fuerza del Espíritu Santo y determinó su nueva venida, su nueva presencia en los hombres y en el mundo. En efecto, en la resurrección de Cristo, el Espíritu Santo Paráclito se reveló sobre todo como el que da la vida: «Aquél que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros». *En nombre de la resurrección de Cristo la Iglesia anuncia la vida*, que se ha manifestado más allá del límite de la muerte, la vida que es más fuerte que la muerte. Al mismo tiempo, anuncia *al que da la vida*: el Espíritu *vivificante*; lo anuncia y coopera con él en dar la vida. En efecto, «aunque el cuerpo haya muerto ya a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia» realizada por Cristo crucificado y resucitado.

Y en nombre de la resurrección de Cristo, la Iglesia sirve a la vida que proviene de Dios mismo, en íntima unión y humilde servicio al Espíritu. Precisamente por medio de este servicio el *hombre se convierte de modo siempre nuevo en «el camino de la Iglesia»*, como dije ya en la Encíclica sobre Cristo Redentor y ahora repito en ésta sobre el Espíritu Santo. La Iglesia unida al Espíritu, es consciente más que nadie de la realidad del *hombre interior*; de lo que en el hombre hay de más profundo y esencial, *porque es espiritual e incorruptible*. A este nivel el Espíritu injerta la «raíz de la inmortalidad», de la que brota la nueva vida, esto es, la vida del hombre en Dios que, como fruto de su comunicación salvífica por el Espíritu Santo, puede desarrollarse y consolidarse solamente bajo su acción. Por ello, el Apóstol se dirige a Dios en favor de los creyentes, a los que dice: «Doblo mis rodillas ante el Padre ... para que os conceda que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior».

Bajo el influjo del Espíritu Santo madura y se refuerza este hombre interior, esto es, «espiritual». Gracias a la comunicación divina el espíritu humano que «conoce los secretos del hombre», se encuentra con el Espíritu que «todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios». *Por este Espíritu*, que es el don eterno, *Dios uno y trino se abre al hombre*, al espíritu humano. El soplo oculto del Espíritu divino hace que el espíritu humano se abra, a su vez, a la acción de Dios salvífica y santificante. Mediante el don de la gracia que viene del Espíritu el hombre entra en «una nueva vida», es introducido en la realidad sobrenatural de la misma vida divina y llega a ser «santuario del Espíritu Santo», «templo vivo de Dios». En efecto, por el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo vienen al hombre y ponen en él su morada. En la comunión de gracia con la Trinidad se dilata el «área vital» del hombre, elevada a nivel sobrenatural por la vida divina. *El hombre vive en Dios y de Dios: vive «según el Espíritu» y «desea lo espiritual»*.

59. La relación íntima con Dios por el Espíritu Santo hace que el hombre se comprenda, de un modo nuevo, también a sí mismo y a su propia humanidad. De esta manera, se realiza plenamente aquella imagen y semejanza de Dios que es el hombre desde el principio. Esta verdad íntima sobre el ser humano ha de ser descubierta constantemente a la luz de Cristo que es el prototipo de la relación con Dios y, en él, debe ser descubierta también la razón de «la entrega sincera de sí mismo a los demás», como escribe el Concilio Vaticano II; precisamente en razón de esta semejanza divina se demuestra que el hombre

«es la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma», en su dignidad de persona, pero abierta a la integración y comunión social. El conocimiento eficaz y la realización plena de esta verdad del ser se dan *solamente por obra del Espíritu Santo*. El hombre llega al conocimiento de esta verdad por Jesucristo y la pone en práctica en su vida por obra del Espíritu, que el mismo Jesús nos ha dado.

En este camino, «camino de madurez interior» que supone el pleno descubrimiento del sentido de la humanidad, Dios se acerca al hombre, penetra cada vez más a fondo en todo el mundo humano. Dios uno y trino, que en sí mismo «existe» como realidad trascendente de don interpersonal *al comunicarse por el Espíritu Santo como don al hombre, transforma el mundo humano* desde dentro, desde el interior de los corazones y de las conciencias. De este modo el mundo, partícipe del don divino, se hace como enseña el Concilio, «cada vez más humano, cada vez más profundamente humano», mientras madura en él, a través de los corazones y de las conciencias de los hombres, el Reino en el que Dios será definitivamente «todo en todos»: como don y amor. Don y amor: éste es el eterno poder de la apertura de Dios uno y trino al hombre y al mundo, por el Espíritu Santo.

En la perspectiva del año dos mil desde el nacimiento de Cristo se trata de conseguir que un número cada vez mayor de hombres «puedan encontrar su propia plenitud ... en la entrega sincera de sí mismo a los demás» según la citada frase del Concilio. Que bajo la acción del Espíritu Paráclito se realice en nuestro mundo el proceso de verdadera maduración en la humanidad, en la vida individual y comunitaria por el cual Jesús mismo «cuando ruega al Padre que «todos sean uno, como nosotros también somos uno» (Jn 17, 21-22), sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión *de los hijos de Dios* en la verdad y en la caridad». El Concilio reafirma esta verdad sobre el hombre, y la Iglesia ve en ella una indicación particularmente fuerte y determinante de sus propias tareas apostólicas. En efecto, si el hombre es «el camino de la Iglesia», este camino pasa a través de todo el misterio de Cristo, como modelo divino del hombre. Sobre este camino el Espíritu Santo, reforzando en cada uno de nosotros «al hombre interior» hace que el hombre, cada vez mejor, pueda «encontrarse en la entrega sincera de sí mismo a los demás». Puede decirse que en estas palabras de la Constitución pastoral del Concilio se compendia *toda la antropología cristiana*: la teoría y la praxis, fundada en el Evangelio, en la cual el hombre, descubriendo en sí mismo su pertenencia a Cristo, y

en a la elevación a «hijo de Dios», comprende mejor también su dignidad de hombre, precisamente porque es el sujeto del acercamiento y de la presencia de Dios, sujeto de la condescendencia divina en la que está contenida la perspectiva e incluso la raíz misma de la glorificación definitiva. Entonces se puede repetir verdaderamente que la «gloria de Dios es el hombre viviente, pero la vida del hombre es la visión de Dios»: el hombre, viviendo una vida divina, es la gloria de Dios, y el Espíritu Santo es el dispensador oculto de esta vida y de esta gloria. El —dice Basilio el Grande— «simple en su esencia y variado en sus dones ... se reparte sin sufrir división ... está presente en cada hombre capaz de recibirlo, como si sólo él existiera y, no obstante, distribuye a todos gracia abundante y completa».

60. Cuando, bajo el influjo del Paráclito, los hombres descubren esta dimensión divina de su ser y de su vida, ya sea como personas ya sea como comunidad, son capaces de *liberarse de los diversos determinismos* derivados principalmente de las bases materialistas del pensamiento, de la praxis y de su respectiva metodología. En nuestra época estos factores han logrado penetrar hasta lo más íntimo del hombre, en el santuario de la conciencia, donde el Espíritu Santo infunde constantemente la luz y la fuerza de la vida nueva según la libertad de los hijos de Dios. La madurez del hombre en esta vida está impedida por los condicionamientos y las presiones que ejercen sobre él las estructuras y los mecanismos dominantes en los diversos sectores de la sociedad. Se puede decir que en muchos casos los factores sociales, en vez de favorecer el desarrollo y la expansión del espíritu humano, terminan por arrancarlo de la verdad genuina de su ser y de su vida, —sobre la que vela el Espíritu Santo— para someterlo así al «Príncipe de este mundo».

El gran Jubileo del año dos mil contiene, por tanto, un mensaje de liberación por obra del Espíritu, que es el único que puede ayudar a las personas y a las comunidades a liberarse de los viejos y nuevos determinismos, guiándolos con la «ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús», descubriendo y realizando la plena dimensión de la verdadera libertad del hombre. En efecto —como escribe San Pablo— «donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad». Esta revelación de la libertad y, por consiguiente, de la verdadera dignidad del hombre adquiere un significado particular para los cristianos y para la Iglesia en estado de persecución —ya sea en los tiempos antiguos, ya sea en la actualidad—, porque los testigos de la verdad

divina son entonces una verificación viva de la acción del Espíritu de la verdad, presente en el corazón y en la conciencia de los fieles, y a menudo sellan con su martirio la glorificación suprema de la dignidad humana.

También en las situaciones normales de la sociedad los cristianos, como *testigos de la auténtica dignidad del hombre*, por su obediencia al Espíritu Santo, contribuyen a la múltiple «renovación de la faz de la tierra», colaborando con sus hermanos a realizar y valorar todo lo que el progreso actual de la civilización, de la cultura, de la ciencia, de la técnica y de los demás sectores del pensamiento y de la actividad humana, tiene de bueno, noble y bello. Esto lo hacen como discípulos de Cristo, —como escribe el Concilio— «constituido Señor por su resurrección ... obra ya *por virtud de su Espíritu* en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin». De esta manera, afirman aún más la grandeza del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios; grandeza que es iluminada por el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, el cual, «en la plenitud de los tiempos», por obra del Espíritu Santo, ha entrado en la historia y se ha manifestado como verdadero hombre, primogénito de toda criatura, «del cual proceden todas las cosas y para el cual somos».

5. La Iglesia sacramento de la unión íntima con Dios

61. Acercándose el final del segundo milenio, que a todos debe recordar y casi hacer presente de nuevo la venida del Verbo en la plenitud de los tiempos, *la Iglesia*, una vez más, *trata de penetrar en la esencia misma de su constitución divino-humana* y de aquella *misión* que la hace participar en la misión mesiánica de Cristo, según la enseñanza y el plan siempre válido del Concilio Vaticano II. Siguiendo esta línea, podemos remontarnos al Cenáculo donde Jesucristo revela el Espíritu Santo como Paráclito, como Espíritu de la verdad, y habla de su propia «partida» mediante la Cruz como condición necesaria de su «venida»: «Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré». Hemos visto que este anuncio ha tenido ya su primera realización la tarde del día de Pascua y luego durante la celebración de Pentecostés en Jeru-

salén, y que desde entonces se verifica en la historia de la humanidad a través de la Iglesia.

A la luz de este anuncio adquiere igualmente pleno significado lo que *Jesús*, durante la última Cena, dice a propósito de su nueva «venida». En efecto, es significativo que en el mismo discurso de despedida, anuncie no sólo su «partida», sino también su nueva «venida». Dice textualmente: «No os dejaré huérfanos; *volveré a vosotros*». Y en el momento de la despedida definitiva, antes de subir al cielo, repetirá aun más explícitamente: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Esta nueva «venida» de Cristo, este continuo venir para estar con los apóstoles y con la Iglesia, este «yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo», ciertamente no cambia el hecho de su «partida»; le sigue a ésa tras la conclusión de la actividad mesiánica de Cristo en la tierra, y tiene lugar en el marco del *preanunciado envío del Espíritu Santo* y, por así decir, se encuadra dentro de su misma misión. Y sin embargo se cumple por obra del *Espíritu Santo*, el cual hace que Cristo, que se ha ido, venga ahora y siempre de un modo nuevo. Esta nueva venida de Cristo por obra del *Espíritu Santo* y su constante presencia y acción en la vida espiritual, se realizan en la realidad sacramental. En ella Cristo, que se ha ido en su humanidad visible, viene, está presente y actúa en la Iglesia de una manera tan íntima que la constituye como Cuerpo suyo. En cuanto tal, la Iglesia vive, actúa y crece «hasta el fin del mundo». Todo esto acontece por obra del *Espíritu Santo*.

62. La expresión sacramental más completa de la partida de Cristo por medio del misterio de la Cruz y de la Resurrección es la *Eucaristía*. En ella se realiza sacramentalmente cada vez su venida y su presencia salvífica: en el Sacrificio y en la Comunión. Se realiza por obra del *Espíritu Santo*, dentro de su propia misión. Mediante la Eucaristía el *Espíritu Santo* realiza aquel «fortalecimiento del hombre interior» del que habla la *Carta a los Efesios*. Mediante la Eucaristía, las personas y comunidades, bajo la acción del Paráclito consolador, aprenden a descubrir el sentido divino de la vida humana, aludido por el Concilio: el sentido por el que Jesucristo «revela plenamente el hombre al hombre», sugiriendo «una cierta semejanza entre la unión de las Personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad». Esta unión se expresa y se realiza especialmente mediante la Eucaristía en la que el hombre, participando del sacrificio de Cristo, que tal celebración actualiza, aprende también a «encontrarse ... en la

entrega sincera de sí mismo» en la comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos.

Por esto los primeros cristianos, ya desde los días que siguieron a la venida del Espíritu Santo, «acudían asiduamente a la fracción del pan y a la oración», formando así una comunidad unida en las enseñanzas de los apóstoles. De esta manera «reconocían» que su Señor resucitado y ya ascendido al cielo, venía nuevamente, en medio de ellos, en *la comunidad eucarística* de la Iglesia y *por medio de ésta*. Guiada por el Espíritu Santo, la Iglesia desde el principio se manifestó y se confirmó a sí misma a través de la Eucaristía. Y así ha sido siempre en todas las generaciones cristianas hasta nuestros días, hasta esta vigilia del cumplimiento del segundo milenio cristiano. Ciertamente, debemos constatar, por desgracia, que el milenio ya transcurrido ha sido el de las grandes divisiones entre los cristianos. Por consiguiente, todos los creyentes en Cristo, a ejemplo de los Apóstoles, deberán poner todo su empeño en conformar su pensamiento y acción a la voluntad del Espíritu Santo, «principio de unidad de la Iglesia», para que todos los bautizados en un solo Espíritu, para formar un solo cuerpo, se encuentren unidos como hermanos en la celebración de la misma Eucaristía «sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad».

63. La presencia eucarística de Cristo, su sacramental «estoy con vosotros», permite a la Iglesia *descubrir* cada vez más profundamente su *propio misterio*, como atestigua toda la eclesiología del Concilio Vaticano II, para el cual «la Iglesia es en Cristo un sacramento, o sea signo o instrumento de la unión íntima con Dios y de unidad de todo el género humano». *Como sacramento*, la Iglesia se desarrolla desde el misterio pascual de la «partida» de Cristo, viviendo de su «venida» siempre nueva por obra del Espíritu Santo, dentro de la misma misión del Paráclito-Espíritu de la verdad. Este es precisamente el misterio esencial de la Iglesia como proclama el Concilio.

Si en virtud de la creación Dios es aquél en el que todos «vivimos, nos movemos y existimos», a su vez la fuerza de la Redención perdura y se desarrolla en la historia del hombre y del mundo como en un doble «ritmo», cuya fuente se encuentra en el eterno Padre. Por un lado, es el ritmo *de la misión del Hijo*, que ha venido al mundo, naciendo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo; y por el otro, es también el ritmo *de la misión del Espíritu Santo*, como ha sido revelado definitivamente por Cristo. Por medio de la «partida» del Hijo, el Espíritu ha venido y viene constantemente como Paráclito

y Espíritu de la verdad. Y en el ámbito de su misión, casi como en la intimidad de la presencia invisible del Espíritu, el Hijo, que «se había ido» a través del misterio pascual, «viene» y está continuamente *presente en el misterio de la Iglesia*, ocultándose o manifestándose en su historia y dirigiendo siempre su curso. Todo esto tiene lugar sacramentalmente por obra del Espíritu Santo, el cual, tomando de las riquezas de la Redención de Cristo, da la vida continuamente. La Iglesia, al tomar conciencia cada vez más viva de este misterio, se ve mejor a sí misma sobre todo como sacramento. Esto sucede también porque, por voluntad de su Señor, *mediante los diversos sacramentos la Iglesia realiza su ministerio salvífico* para el hombre. El ministerio sacramental, cada vez que se realiza, lleva consigo el misterio de la «partida» de Cristo mediante la Cruz y la Resurrección, por medio de la cual viene el Espíritu Santo. Viene y actúa: «da la vida». En efecto, los Sacramentos significan la gracia y confieren la gracia; *significan la vida y dan la vida*. La Iglesia es la *dispensadora visible* de los signos sagrados, mientras el Espíritu Santo actúa en ellos como *dispensador invisible* de la vida que significan. Junto con el Espíritu está y actúa en ellos Cristo Jesús.

64. Si la Iglesia es el sacramento de la unión íntima con Dios, lo es en Jesucristo, en quien esta misma unión se verifica *como realidad salvífica*. Lo es en Jesucristo, por obra del Espíritu Santo. La plenitud de la realidad salvífica, que es Cristo en la historia, *se difunde* de modo sacramental *por el poder del Espíritu Paráclito*. De este modo, el Espíritu Santo es «el otro Paráclito» o «nuevo consolador» porque, mediante su acción, la Buena Nueva toma cuerpo en las conciencias y en los corazones humanos y se difunde en la historia. En todo está el Espíritu Santo que da la vida.

Cuando usamos la palabra «sacramento» referido a la Iglesia, hemos de tener presente que en el texto conciliar *la sacramentalidad de la Iglesia* aparece distinta de aquella que, en sentido estricto, es propia de los Sacramentos. Leemos al respecto: «La Iglesia es ... *como un sacramento*, o sea signo o instrumento de la unión íntima con Dios». Pero lo que cuenta y emerge del sentido analógico, con el que la palabra es empleada en los dos casos, es la relación que la Iglesia tiene con el poder del Espíritu Santo, que él solo da la vida; la Iglesia es signo e instrumento de la presencia y de la acción del Espíritu vivificante.

El Vaticano II añade que la Iglesia es «*un sacramento de la unidad de todo el género humano*». Se trata evidentemente de la unidad que

el género humano, diferenciado en sí mismo de muchas maneras, *tiene de Dios y en Dios*. Ella tiene sus raíces en el misterio de la creación y adquiere una nueva dimensión en el misterio de la Redención, en orden a la salvación universal. Puesto que Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad», la Redención comprende todos los hombres y, en cierto modo, toda la creación. *En la misma dimensión universal* de la Redención *actúa*, en virtud de la «partida» de Cristo, *el Espíritu Santo*. Por ello la Iglesia, fundamentada mediante su propio misterio en la economía trinitaria de la salvación, con razón se ve a sí misma como «sacramento de la unidad de todo el género humano». Sabe que lo es por el poder del Espíritu Santo, de cuyo poder es signo e instrumento en la actuación del plan salvífico de Dios.

De este modo, *se realiza la «condescendencia»* del infinito Amor trinitario: el acercamiento de Dios, Espíritu invisible, al mundo visible. Dios uno y trino se comunica al hombre por el Espíritu Santo desde el principio mediante su «imagen y semejanza». Bajo la acción del mismo Espíritu *el hombre* y, por medio de él, *el mundo* creado redimido por Cristo, *se acercan a su destino definitivo en Dios*. De este acercamiento de los dos polos de la creación y de la redención, Dios y el hombre, la Iglesia se convierte en «sacramento, o sea signo e instrumento». Ella actúa para restablecer y reforzar la unidad en las raíces mismas del género humano: en la relación de comunión que el hombre tiene con Dios como su Creador, Señor y Redentor. Es una verdad que, en base a las enseñanzas del Concilio, podemos meditar, desarrollar y aplicar en toda la extensión de su significado en esta fase del paso del segundo al tercer milenio cristiano. Y nos resulta entrañable tener conciencia cada vez más viva del hecho de que dentro de la acción desarrollada por la Iglesia en la historia de la salvación —que está inscrita en la historia de la humanidad— está presente y operante el Espíritu Santo, aquél que con el soplo de la vida divina impregna la peregrinación terrena del hombre y hace confluir toda la creación —toda la historia— hacia su último término en el océano infinito de Dios.

6. El Espíritu y la Esposa dicen: «¡Ven!»

65. *El soplo de la vida divina*, el Espíritu Santo, en su manera más simple y común, se manifiesta y *se hace sentir en la oración*. Es hermoso y saludable pensar que, en cualquier lugar del mundo donde

se ora, allí está el Espíritu Santo, soplo vital de la oración. Es hermoso y saludable reconocer que si la oración está difundida en todo el orbe, en el pasado, en el presente y en el futuro, de igual modo está extendida la presencia y la acción del Espíritu Santo, que «alienta» la oración en el corazón del hombre en toda la inmensa gama de las mas diversas situaciones y de las condiciones, ya favorables, ya adversas a la vida espiritual y religiosa. Muchas veces, bajo la acción del Espíritu, la oración brota del corazón del hombre no obstante las prohibiciones y persecuciones, e incluso las proclamaciones oficiales sobre el carácter arreligioso o incluso ateo de la vida pública. La oración es siempre la voz de todos aquellos que aparentemente no tienen voz, y en esta voz resuena siempre aquel «poderoso clamor», que la *Carta a los Hebreos* atribuye a Cristo. La oración es también *la revelación* de aquel *abismo* que es el corazón del hombre: una profundidad que es *de Dios* y que sólo *Dios puede colmar*, precisamente *con el Espíritu Santo*. Leemos en San Lucas: «Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan».

El Espíritu Santo es el don, que viene al corazón del hombre junto *con la oración*. En ella se manifiesta ante todo y sobre todo como el don que «viene en auxilio de nuestra debilidad». Es el rico pensamiento desarrollado por San Pablo en la *Carta a los Romanos* cuando escribe: «Nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables». Por consiguiente, el Espíritu Santo no sólo hace que oremos, sino que nos guía «interiormente» en la oración, supliendo nuestra insuficiencia y remediando nuestra incapacidad de orar. Está presente en nuestra oración y le da una dimensión divina. De esta manera, «*el que escruta los corazones conoce cual es la aspiración del Espíritu* y que su intercesión a favor de los santos es según Dios». La oración por obra del Espíritu Santo llega a ser la expresión cada vez más madura del hombre nuevo, que por medio de ella participa de la vida divina.

Nuestra difícil época tiene especial necesidad de la oración. Si en el transcurso de la historia —ayer como hoy— muchos hombres y mujeres han dado testimonio de la importancia de la oración, consagrándose a la alabanza a Dios y a la vida de oración, sobre todo en los Monasterios, con gran beneficio para la Iglesia, en estos años va aumentando también el número de personas que, en movimientos o grupos cada vez más extendidos, dan la primacía a la oración y en ella

buscan *la renovación de la vida espiritual*. Este es un síntoma significativo y consolador, ya que esta experiencia ha favorecido realmente la renovación de la oración entre los fieles que han sido ayudados a considerar mejor el Espíritu Santo, que suscita en los corazones un profundo anhelo de santidad.

En muchos individuos y en muchas comunidades madura la conciencia de que, a pesar del vertiginoso progreso de la civilización técnico-científica y no obstante las conquistas reales y las metas alcanzadas, *el hombre y la humanidad están amenazados*. Frente a este peligro, y habiendo ya experimentado antes la espantosa realidad de la decadencia espiritual del hombre, personas y comunidades enteras —como guiados por un sentido interior de la fe— buscan la fuerza que sea capaz de levantar al hombre, salvarlo de sí mismo, de sus propios errores y desorientaciones, que con frecuencia convierten en nocivas sus propias conquistas. Y de esta manera descubren la oración, en la que se manifiesta «el Espíritu que viene en ayuda de nuestra flaqueza». De este modo, los tiempos en que vivimos acercan al Espíritu Santo muchas personas que vuelven a la oración. Y confío en que todas ellas encuentren en la enseñanza de esta Encíclica una ayuda para su vida interior y consigan fortalecer, bajo la acción del Espíritu, su compromiso de oración, de acuerdo con la Iglesia y su Magisterio.

66. En medio de los problemas, de las desilusiones y esperanzas, de las deserciones y retornos de nuestra época, la *Iglesia permanece fiel al misterio de su nacimiento*. Si es un hecho histórico que la Iglesia salió del Cenáculo el día de Pentecostés, se puede decir en cierto modo que nunca lo ha dejado. Espiritualmente el acontecimiento de Pentecostés no pertenece sólo al pasado: la Iglesia está siempre en el Cenáculo que lleva en su corazón. La Iglesia persevera *en la oración*, como los Apóstoles *junto a María*, Madre de Cristo, y junto a aquellos que constituían en Jerusalén el primer germen de la comunidad cristiana y aguardaban, en oración, la venida del Espíritu Santo.

La Iglesia persevera en oración con María. Esta unión de la Iglesia orante con la Madre de Cristo forma parte del misterio de la Iglesia desde el principio: la vemos presente en este misterio como está presente en el misterio de su Hijo. Nos lo dice el Concilio: «*La Virgen Santísima ... cubierta con la sombra del Espíritu Santo ... dio a la luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. Rom 8, 29), esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno*»; ella, «por sus gracias y dones singulares, ...

unida con la Iglesia ... *es tipo de la Iglesia*». «La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad ... *se hace también madre*» y «a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera». Ella (*la Iglesia*) «es igualmente virgen, que guarda ... la fe prometida al Esposo».

De este modo se comprende el profundo sentido del motivo por el que la Iglesia, unida a la Virgen Madre, se dirige incesantemente como Esposa a su divino Esposo, como lo atestiguan las palabras del Apocalipsis que cita el Concilio: «*El Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: “¡Ven!”*». La oración de la Iglesia es esta invocación incesante en la que a el Espíritu mismo intercede por nosotros»; en cierta manera él mismo la pronuncia *con* la Iglesia y *en* la Iglesia. En efecto, el Espíritu ha sido dado a la Iglesia para que, por su poder, toda la comunidad del pueblo de Dios, a pesar de sus múltiples ramificaciones y diversidades, persevere en la esperanza: aquella esperanza en la que «hemos sido salvados». Es *la esperanza escatológica*, la esperanza del cumplimiento definitivo en Dios, la esperanza del Reino eterno, que se realiza por la participación en la vida trinitaria. El Espíritu Santo, dado a los Apóstoles como Paráclito, es el *custodio* y *el animador de esta esperanza en el corazón de la Iglesia*.

En la perspectiva del tercer milenio después de Cristo, mientras «el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús; “¡Ven!”», esta oración suya conlleva, como siempre, una dimensión escatológica destinada también a dar pleno significado a la celebración del gran Jubileo. Es una oración encaminada a los destinos salvíficos hacia los cuales el Espíritu Santo abre los corazones con su acción a través de toda la historia del hombre en la tierra. Pero al mismo tiempo, *esta oración se orienta hacia un momento concreto* de la historia, en el que se pone de relieve la «plenitud de los tiempos», marcada por el año dos mil. La Iglesia desea *prepararse* a este Jubileo por medio del Espíritu Santo, así como por el Espíritu Santo fue preparada la Virgen de Nazaret, en la que el Verbo se hizo carne.

SEMBLANZA
DE LOS COLABORADORES

SEMBLANZA DE LOS COLABORADORES

P. Manuel Sánchez Tapia, OSA

Director del Centro Teológico San Agustín

1.- DATOS GENERALES

Nacimiento: Salamanca. 12 de febrero de 1976.

Profesión Simple: Monasterio de La Vid (Burgos). 16 de septiembre de 1995.

Profesión Solemne: Real Monasterio de S. Lorenzo del Escorial (Madrid).
25 de febrero de 2001.

Ordenación de diácono: Parroquia S^a María de la Esperanza. Madrid. 21
de octubre de 2001.

Ordenación de presbítero: Real Monasterio de S. Lorenzo del Escorial
(Madrid). 1 de mayo de 2002.

2.- SITUACIÓN PROFESIONAL / ACADÉMICA ACTUAL

Centro Teológico San Agustín (Madrid). Director y profesor ordinario.

Estudio Teológico Agustiniانو (Valladolid). Profesor ordinario.

3.- FORMACIÓN ACADÉMICA GENERAL

-Licenciado en Estudios Eclesiásticos (UPSA 2001). Síntesis: «La acción
vivificante del Espíritu Santo en la historia humana». Director: Luis Marín de
San Martín.

-Licenciado en Teología (UPCO 2004). Tesina: «La oración en los Sermones
de San Agustín». Director: Santiago Arzubialde Echeverría.

-Doctor en Teología (UPCO 2012). Tesis: «Jesucristo, el único iluminador
salvífico, en la teología espiritual de San Agustín». Director: Santiago Arzubialde
Echeverría. Fecha de defensa: 27 de enero de 2012.

4.- LIBROS

-Luz y salvación. Jesucristo, el único iluminador salvífico, en la Teología de
San Agustín, Ed. Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid
2014.

5.- ARTÍCULOS

-La oración de búsqueda y petición en los Sermones de San Agustín: *Rev. Ciudad de Dios*, Vol. 218, N^o. 1, 2005, 43-83.

-La oración de agradecimiento en los Sermones de San Agustín: *Rev. Ciudad de Dios*, Vol. 218, N^o. 2, 2005, 335-379.

-La oración desde el silencio en los Sermones de San Agustín: *Rev. Ciudad de Dios*, Vol. 220, N^o. 2, 2007, 281-316.

- Las curaciones de Jesucristo en el Evangelio de Marcos: *Rev. Ciudad de Dios*, Vol. 221, Nº. 2, 2008, 265-289.
- Interioritas: *Revista agustiniana*, Vol. 49, Nº 149, 2008 (Dedicado a Ejercicios espirituales con San Agustín), 501-525.
- Belleza tan antigua y tan nueva. S. Agustín y la estética teológica: *Rev. Ciudad de Dios*, Vol. 223, Nº. 2, 2010, 305-336.
- Encuentros con el resucitado. Una lectura creyente: *Ciudad de Dios: R. agustiniana*, Vol. 225, Nº. 1, 2012, 5-35.
- El concilio Vaticano II. A los 50 años de su inauguración: *Ciudad de Dios: R. agustiniana*, Vol. 225, Nº. 2, 2012, 361-387.
- Oración y misión. Los primeros años de trabajo y la «edad media»: *Revista VR. Confer*, Vol. 51, Nº 195, 2012, 315-330.
- La fe en San Agustín: *Ciudad de Dios: R. agustiniana*, Vol. 226, Nº 2, 2013, 309-332.
- Teología de los símbolos en los escritos joánicos de San Agustín: *Revista Estudios Eclesiásticos*, Vol. 88, Nº 344, 2013, 83-118.
- Teresa de Jesús. Siete claves esenciales: *Revista Ciudad de Dios*, Vol. 228, Nº 2, 2015, 301-333.
- Santa Teresa de Jesús. Una semblanza espiritual: *Cuadernos de Pensamiento. Revista del Seminario Ángel González Álvarez*, Vol. 28, 2015, 9-45.
- La misericordia de Dios. Agustín, Faustina, Juan Pablo II y Francisco: *Revista Ciudad de Dios*, Vol. 229, Nº 2, 2016, 293-337.
- San Agustín. El perdón de las ofensas: *Revista Agustiniana*, Vol. 58, Nº 175-176, 2017, 159-188.
- San Juan de la Cruz. Vacío y plenitud: *Ciudad de Dios: R. Agustiniana*, Vol. 230, Nº 3, 2017, 525-558.
- La mística de Jesús. Camino de santidad: *Ciudad de Dios: R. Agustiniana*, Vol. 231, Nº 1, 2018, 5-48.
- La interioridad en San Agustín (Parroquia Santa Ángela de la Cruz. Madrid, 15 de Noviembre de 2017): *Ciudad de Dios: R. Agustiniana*, Vol. 231, Nº 2, 2018, 407-414.
- San Agustín y San Juan. La persuasión del universo simbólico: *Estudios Eclesiásticos*, Vol. 93, Nº 366, 2018, 657-698.
- Teresa de Jesús. Trinidad y repercusiones antropológicas: *Revista Agustiniana*, Vol. 59, Nº 180, 2018, 309-344.
- San Agustín. La santidad: *Ciudad de Dios: R. Agustiniana*, Vol. 232, Nº 1, 2019, 5-41.
- San Agustín. «In tabernacula aeterna» (Sermón 113): *Ciudad de Dios: R. Agustiniana*, Vol. 232, Nº 1, 2019, 203-209.
- San Agustín. La mansedumbre (Mt 5,4): *Revista Agustiniana*, Vol. 60, Nº 181-182, 2019, 149-184.
- San Agustín. El «Quaerere Deum» (oración-deseo-encuentro): *Ciudad de Dios: R. Agustiniana*, Vol. 232, Nº 2, 2019, 293-309.
- San Agustín. María, stella in nocte: *Ciudad de Dios: R. Agustiniana*, Vol. 232, Nº 3, 2019, 461-503.
- San Agustín. El cielo (1ª parte): *La ciudad de Dios – Revista Agustiniana*, Vol. 233, Nº 3, 2020, 727-754.

-San Agustín y el Hijo de Dios. Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor: *La ciudad de Dios – Revista Agustiniana*, Vol. 234, Nº 1, 2021, 147-182.

-Esperanza y coronavirus. Caminar en medio de la noche: *La ciudad de Dios – Revista Agustiniana*, Vol. 235, Nº 1, 2022, 9-44.

-San Agustín. El cielo (2ª parte): *La ciudad de Dios – Revista Agustiniana*, Vol. 235, Nº 2, 2022, 391-418.

6.- RESEÑAS DE ARTÍCULOS Y RECENSIONES

-Publicadas a partir del año 2005, y hasta el año 2020, en la Revista «La ciudad de Dios» (Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, Madrid).

-«Revista Agustiniana» 2008 (Vol. LIX / Nº 180 / 473-476). Martín Lutero, Obras completas / 1. Escritos de reforma, Ed Trotta, Madrid 2018.

7.- TEXTOS EN SOPORTE ELECTRÓNICO

-Concilio Vaticano II. 50 años de *aggiornamento* eclesial: [Web: <http://agustinosmadrid.com/wp-content/uploads/2006/10/LEA102.pdf>].

-El hermano Roger de Taizé (1915-2005): [Web: <http://agustinosmadrid.com/wp-content/uploads/2006/10/LEA82.pdf>].

Dr. David Álvarez Cineira, OSA

Director del Estudio Teológico Agustiniano de Valladolid

David Álvarez Cineira nació en Villar del Yermo (León) el 18 de octubre de 1964 y Pertenece a la Orden de San Agustín, Provincia de san Juan de Sahagún de España. Realizó sus estudios de Grado en Teología en el Instituto Patristico «Augustinianum» (Roma 1989), de Licenciatura en Sagrada Escritura (Pontificio Instituto Bíblico, Roma 1993) y de Doctorado en Teología (Universidad de Würzburg, 1998). Posteriormente se licenció en Filología Alemana (Universidad de Valladolid, 2005).

Desempeña su labor docente en el Estudio Teológico Agustiniano de Valladolid, donde en la actualidad es Director del mismo, impartiendo las asignaturas de Nuevo Testamento. Asimismo, ha sido profesor invitado en la Universidad Teológica de América Central en San José de Costa Rica (febrero – junio 2017), en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca (2003; 2022-2023); Profesor Asociado del Departamento de Clásicas de la Universidad de Valladolid (noviembre de 2020 – agosto 2021; abril 2022 – agosto 2022).

En el ámbito de investigación ha publicado varias monografías: *Die Religionspolitik des Kaisers Claudius und die paulinische Mission* (= Herders Biblische Studien 19). Freiburg: Herder 1999; *Pablo y el imperio romano* (=Biblioteca de Estudios Bíblicos, Minor 15), Salamanca: Sígueme 2009; *¿Qué se sabe de... la Formación del Nuevo Testamento?*, Estella: Verbo Divino, 2015.

Ha colaborado con diversas revistas: «La marginalidad en el Pastor de Hermas», *Cauriensia* 17 (2022) 689-710; «La tradición de Pablo en España», *Oriente Bíblico* 1 (2021) 111-144; «Los Herodianos y el *Fiscus Iudaicus* en Mc 12,13-17», *Estudio Agustiniano* 55 (2020) 475-521; «La persecución neroniana

de los cristianos tras el incendio de Roma (Tácito, Anales XV)», *Salmanticensis* 66 (2019) 7-50; «La identidad de los agitadores en la carta a los Gálatas», *Revista Bíblica* 81 (2019) 9-50; «El Documento Q. En busca del grupo perdido», *Estudios Eclesiásticos* 82 (2007) 491-551; «Los primeros pasos del cristianismo en Roma», *Estudios Bíblicos* 64 (2006) 201-236.

Ha participado en obras colectivas: «El cristianismo romano en 1 Clemente a finales del siglo I d.C.», en: R. Aguirre Monasterio (ed.) *Entre Jerusalén y Roma. La marginalidad del cristianismo de los orígenes*, Ed. Verbo Divino, Estella 2021, 153-179; «El rito del bautismo en los orígenes del cristianismo», en: Rafael Aguirre (ed.), *Así vivían los primeros cristianos. Evolución de las prácticas y de las creencias en el cristianismo de los orígenes* (agora 40). Estella: Verbo Divino 2017, 111-155; «Il contesto politico e socio-culturale alle origini del cristianesimo», en: Romano Penna (ed.), *Le origini del cristianesimo. Una guida. Nuova edizione*, Carocci editore – Frece, Roma 2014, 87-120; «The centurion's statement (Mk 15:39): A restitutio memoriae», en: P. von Gemünden / D. Horrell / M. Küchler (Hrgs.), *Jesus – Gestalt und Gestaltungen. Rezeptionen des Galiläers in Wissenschaft, Kirche und Gesellschaft. Festschrift für Gerd Theißen zum 70. Geburtstag* (NTOA 100). Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht 2013, 146-161; „Die Didache im Formationsprozess des frühe Christentums«, en: Giancarlo Collet - Dorothea Sattler (Hrgs.), *In Konflikten leben: Mit Zorn und Zärtlichkeit an der Seite der Armen. Ein Beitrag zur ökumenischen Dekade zur Überwindung von Gewalt*. Münster: Lit Verlag 2012, 107-147.

En la actualidad es miembro del consejo de redacción de la revista *Biblische Zeitschrift Supplements*, Brill (desde Julio 2020). Numerosas recensiones de libros de Nuevo Testamento en la Revista «*Estudio Agustiniiano*» desde el año 1994 hasta 2016, así como algunas otras en revistas internacionales.

Dr. Bert Daelemans, SJ

Universidad Pontificia Comillas de Madrid

Sacerdote jesuita belga afincado en Madrid, doctor en Teología (PhD KU Leuven 2013), profesor de teología en la Universidad Pontificia Comillas. De formación ingeniero arquitecto y músico, se dedica a la teología de los sacramentos, del Espíritu Santo, del espacio sagrado y de las artes. El arte le lleva a la teología y a la inversa. Comisario de diversas exposiciones de arte, también asesora la reforma y el diseño de espacios litúrgicos. El núcleo de su labor pastoral consiste en Ejercicios espirituales a partir de la contemplación de obras de arte, como el encuentro mensual *Orarconelarte*. En los últimos diez años publicó diez libros, tanto académicos como divulgativos, entre los cuales destacan *Spiritus loci: A Theological Method for Contemporary Church Architecture* (Brill 2015), *La vulnerabilidad en el arte: un recorrido espiritual* (PPC 2021), *La fuerza de lo débil: paradoja y teología* (Sal Terrae 2022) y *El abrazo en el arte: un recorrido espiritual* (PPC 2023). Su último artículo se intitula «Elegir lo humano una vez alcanzado lo divino, según la mística flamenca Hadewijch (siglo XIII)»: *Cauriensia* XVII (2022) 85-106.

Dr. Jaime García Álvarez, OSA

Profesor Emérito. Facultad de Teología de Burgos

Doctor en Filosofía por el Instituto Católico de París. Profesor emérito de la Facultad de Teología del Norte de España (Burgos). Profesor invitado en la Universidad Marc Bloch de Strasburgo (Francia). Miembro de varios tribunales para el Doctorado y la Habilitación en las universidades de Strasburgo y Metz. Miembro de la Société Internationale pour l'Étude de la Philosophie Médiévale (SIEPM) y de la Association Internationale d'Études Patristiques (AIEP). Miembro del Consejo de dirección de la Revista «Connaissance des Pères de l'Eglise». Ha sido director de la revista «Burgense» y de «Revista Agustiniana». Actualmente es director de la revista «La Ciudad de Dios-Revista Agustiniana». Es autor entre otras obras.

En Éditions du Cerf: «Expérience de Dieu et Communauté. Suivre le Christ à l'école de saint Augustin», Paris 1995, 2e édition 2009, 622 pages; «L'amitié de Dieu. Saint Thomas de Villeneuve, maître de spiritualité augustinienne», Paris 2009, 149 pages; «Lire l'Évangile de saint Mathieu à la lumière de saint Augustin», 2013 vols. I, 232; II, 406 et III, 374 pages; «Vivre la Pentecôte avec saint Augustin», Paris 2015, 278 pages. En Éditions Nouvelle Cité: «Prier 15 jours avec saint Augustin. Saint Augustin ou la voix du cœur», Paris 1996, 128 pages, 8e édition revue et augmenté, 2017, 126 pages; «Prier 15 jours avec le P. Ange le Proust. Fondateur des Sœurs Hospitalières de saint Thomas de Villeneuve et maître de spiritualité augustinienne», Paris 2017, 120 pages.

En Saint-Léger Éditions: «Nous avons vu son étoile. Les mystères de Noël dans la vie et la pensée de saint Augustin», 2017, 160 pages; Thomas de Villeneuve, «L'amour de Dieu». Introduction, analyse et notes du Père Jaime García Álvarez, osa. 2018, 206 pages; Alain Guy, «L'intuition lyrique. La pensée philosophique de Fray Luis de León». Texte présenté par Jaime García Álvarez, osa. 2018, 298 pages; «Une seule âme et un seul cœur en Dieu». Vivre en communauté à la lumière de saint Augustin, 2018, 316 pages; «Que veux-tu que je fasse pour toi?» L'accompagnement spirituel des malades et des personnes âgées à la lumière de saint Augustin, 2020, 230 pages; «Celui qui t'a créé t'a recréé». Les mystères de la passion, de la mort et de la résurrection du Christ à la lumière de saint Augustin, 2021, 302 pages; «Ta parole est la Lumière de mes pas». La Lectio divina à la lumière de saint Augustin, 2022, 282 pages; Dieu a disposé des ascensions dans notre cœur. Les Psaumes graduels à la lumière de Saint Augustin. 2023, 228 pages. En Editorial Agustiniana: Orar con San Agustín, 1996, 134 págs.; La amistad de Dios. Santo Tomás de Villanueva maestro de espiritualidad agustiniana, 2010, 158 págs.; La Paz un camino hacia Dios. Fray Luis de León, Maestro de vida espiritual, 2013, 202 págs.; Santo Tomás de Villanueva. La misericordia hecha vida y pensamiento, 2016, 288 págs.; San Agustín, T. I Aproximaciones a su vida, obras y acción pastoral; II, Aproximaciones a su pensamiento teológico y espiritual, 2017, T I, 266 págs.; T II, 286 págs.

Dr. Eduardo Toraño López

Asesor Nacional de la Renovación Carismática Católica en España

- Nacido en Madrid, de familia católica, con 8 hermanos, de los cuales 4 consagradas.
- Sacerdote de la Archidiócesis de Madrid, ordenado el 17 de Mayo de 1997.

TÍTULOS ACADÉMICOS

- Doctor en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, año 2004, con la tesis: «La teología de la gracia en Ambrosio de Milán», bajo la dirección del Prof. Luis F. Ladaria, con la calificación de *Summa cum laude*.
- Licenciado en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, año 2000, con la tesina: «La gracia en el *Commentarius in Matthaicum* de San Hilario de Poitiers», bajo la dirección del Prof. Luis F. Ladaria, con la calificación de *Summa cum laude*.
- Licenciado en Ciencias Eclesiásticas en el Instituto Teológico San Dámaso (actual Universidad Eclesiástica San Dámaso), año 1995.
- Certificado de Aptitud Pedagógica en la Universidad Pontificia de Comillas, año 1991.
- Licenciado en Filosofía y Letras (Sección Filosofía) por la Universidad Pontificia de Comillas, año 1991.
- EGB, BUP y COU en el Colegio Claret de Madrid.

CARGOS Y ACTIVIDAD ACADÉMICA Y DOCENTE:

- Director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas de la Universidad Eclesiástica San Dámaso (2021-actualidad).
- Profesor en la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso (2004-actualidad), siendo Profesor Adjunto a Cátedra desde 2022.
- Profesor en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de la Universidad Eclesiástica San Dámaso (2009-actualidad), siendo Profesor Estable desde 2012.
- Miembro del Equipo de Revisión de Textos de la Colección *Sapientia Amoris* para la obtención de Diplomatura en Teología para la vida contemplativa (2013-actualidad).
- Miembro del Equipo de Revisión de Manuales para el ICCRR sección a distancia.
- Perito teológico para causas de beatificación y otras circunstancias.
- Secretario Editorial de la *Revista Española de Teología* (2004-2015).
- **Asignaturas impartidas en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas (sección presencial) de la Universidad Eclesiástica San Dámaso:**
 - Síntesis Teológica (2013-actualidad).
 - Síntesis de Bachillerato (2013-actualidad) (nombre plan antiguo: Tutoría de Síntesis Teológica).
 - Antropología Teológica (2010-actualidad).
 - Movimientos eclesiales y Nueva Evangelización (2011-2023) [también sección a distancia].

- Dios Uno y Trino (2011-2022).
- Nueva evangelización (2021-2022)
- Penitencia, Orden y Unción de enfermos (2009-2010).

- Asignaturas impartidas en la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso:

- Antropología Teológica I: creación (2022-actualidad).
- Antropología Teológica II: gracia y pecado (2022-actualidad).
- Síntesis teológica (2007-2022).
- Curso de licenciatura de Teología Dogmática: Los ángeles y los demonios en su relación con el hombre (2019-2020).
- Curso de licenciatura de Teología Dogmática (junto a J. Prades): «Para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37). La categoría de testimonio en la teología fundamental contemporánea (II) (2009-10)
 - Seminario: Movimientos eclesiales y nueva evangelización (2012-13).
 - Seminario: Ungidos por el Espíritu Santo (2011-12).
 - Seminario: Los carismas en la Iglesia (2010-11).
 - Seminario: La unción del Espíritu Santo (2009-10).
 - Seminario: La fe y la vida en el Espíritu (2007-08).
 - Seminario: La fuerza de la fe en la Iglesia Primitiva (2006-07; 2008-09).

- Asignatura impartidas en la Cátedra de Misionología de la Facultad de Teología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso

- Algunos retos actuales de la misión: promoción de la justicia, ecumenismo y diálogo interreligioso (2013-2022).

- Asignaturas impartidas en la Facultad de Filosofía de la Universidad Eclesiástica San Dámaso:

- Seminario de Textos filosóficos III (2010-2011; 2012-2013).
- Seminario de Textos filosóficos I (2008-2010).
- Seminario de Textos filosóficos II (2008-2010).

- Asignaturas impartidas en el Instituto Teológico *Lumen Gentium* de Granada:

- Antropología Teológica I (2008-2009).
- Dios Uno y Trino (2007-2008).
- Teología Fundamental (2006-2007).

- Asignaturas impartidas en la Escuela Diocesana de Agentes de Pastoral en la Universidad Eclesiástica San Dámaso:

- Celebración de la Eucaristía (2010-2011).

- Otros cursos:

- «Permanecer en el amor: una lectura vivencial de *Deus caritas est*», en el XIV Curso de Teología de la Vida Consagrada organizado por el Secretariado-Departamento de Formación de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada (Ávila, 14-15/07/2014).

- «Algunos retos actuales de la misión: promoción de la justicia, ecumenismo y diálogo interreligioso», en el II Curso de verano organizado por la Cátedra de Misionología de la Universidad Eclesiástica San Dámaso (Segovia, 02-03/07/2014).

- Cursos de teología para diversos institutos de vida consagrada en Madrid, Burgos, Guipúzcoa, además de otras conferencias y charlas en Alicante, Almería, Badajoz, Barcelona, Burgos, Cádiz, Córdoba, Granada, Guadalajara, Huelva, Jaén, Jerez, Lanzarote, Las Palmas de Gran Canaria, Madrid, Málaga, Oviedo, Palencia, Segovia, Santiago de Compostela, Sevilla, Tenerife, Toledo, Valencia, Valladolid, Zaragoza, San Juan (Puerto Rico), Caracas y Táchira (Venezuela).

Otros cargos patorales y actividades no académicas:

- Asesor Espiritual Nacional de la Renovación Carismática Católica de España (2008-2014; 2017-actualidad).

- Capellán de las Religiosas Teatinas de la Inmaculada Concepción de Madrid y del Colegio Nuestra Señora de la Providencia de Usera (2011-actualidad).

- Asesor Espiritual de la Diócesis de Madrid para la Renovación Carismática Católica de España (2015-actualidad).

- Exorcista de la Archidiócesis de Madrid (2013-actualidad)

- Director de la Librería Diocesana CECADI (2010-2020).

- Director del Coro y responsable de música del Seminario Conciliar de Madrid (2002-2014).

- Formador del Seminario Conciliar de Madrid (2000-2010).

- Oficial de la «Sección para los Asuntos Generales» de la Secretaría de Estado de la Santa Sede (1999-2000).

- Estudios en Roma (Pontificio Colegio Español. Pontificia Universidad Gregoriana) (1997-2000).

- Secretario particular del obispo auxiliar de Madrid el Excmo. y Rvdmo. Mons. César A. Franco Martínez (1996-1997) (año de diaconado).

PUBLICACIONES

1. Libros como autor

- *Antropología Teológica* (ISBN: 978-84-17561-04-8) (Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2019). 323 pp.

- *Orad en el Espíritu. La oración de intercesión* (ISBN: 978-84-89029-76-7) (Publicaciones de la RCCE, Madrid 2018). 175 pp. (ISBN: 978-95-87352-77-1) (Corporación Centro Carismático Minuto de Dios, Bogotá 2019).

- *Dios uno y trino* (ISBN: 978-84-16639-47-2) (Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2017). 307 pp.

- *Ungidos por el Espíritu Santo, vol. I* (ISBN: 978-84-89029-45-3) (Sereca, Madrid 2009). 48 pp.

- *Ungidos por el Espíritu Santo, vol. II* (ISBN: 978-84-89029-46-0) (Sereca, Madrid 2009). 43 pp.

- *La teología de la gracia en Ambrosio de Milán* (ISBN: 978-84-96318-21-4) (Ediciones Facultad de Teología «San Dámaso», Madrid 2006). 541 pp.

[RECENSIONES: *Forum Katholische Theologie* 24 (2008) 9 (Johannes Stöhr); *Recherches de Science Religieuse* 96 (2008) 607 (Martine Dulaey); *Anuario de Historia de la Iglesia* 17 (2008) 465-466 (J.A. Gil-Tamayo); *Cien-*

cia Tomista 134 (2007) 438-440 (G. Celada Luengo); *Estudios Agustonianos* 42 (2007) 597-598 (P. de Luis); *Burguense* 48 (2007) 562-563 (M. Diego Sánchez); *Archivo Teológico Granadino* 70 (2007) 346-347; *Revue Thomiste* 107 (2007) 516 (Pierre Maraval)].

- *La teología de la gracia en Ambrosio de Milán. Excerpta ex dissertatione ad Doctoratum in Facultate Theologiae Pontificiae Universitatis Gregorianae* (Roma 2004). 115 pp.

2. Libros como editor

- Editor junto a J. PRADES de *La razón de la esperanza. Extensión Universitaria* (ISBN 978-84-96318-93-9) (Presencia y Diálogo nº 27. Facultad de Teología «San Dámaso», Madrid 2010). 236 pp.

[RECENSIONES: *Archivo Teológico Granadino* 73 (2010) 486-487].

- Editor junto a J. PRADES de *Dios es amor. Extensión Universitaria* (ISBN 978-84-96318-70-0) (Presencia y Diálogo nº 21. Facultad de Teología «San Dámaso», Madrid 2009). 185 pp.

[RECENSIONES: *Ciencia Tomista* 137 (2010) 209-210 (M.A. Martínez Juan); *Salesianum* 73 (2011) 187 (M. Mantovani). RESEÑAS: www.archimadrid.es y www.forumlibertas.es (J. Hernández); *Alfa y Omega* 637 (16-IV-2009) 29 (José Francisco Serrano Oveja)].

- Editor junto a J. PRADES de *Educación en la verdad. Extensión Universitaria* (ISBN 978-84-96318-42-7) (Presencia y Diálogo nº 15. Facultad de Teología «San Dámaso», Madrid 2007). 187 pp.

[RESEÑAS: *Alfa y Omega* 576 (17-I-2008) 29 (J.F.S); www.archimadrid.es (A. López)].

3. Artículos en obras colectivas

- «La inocente», en: G. Richi Alberti (ed.), *Acoger al Inocente. En el centenario del nacimiento de Marie-Joseph Le Guillou op* (Ediciones San Dámaso. Collectanea Matritensia 14, Madrid 2021) 325-344.

- «Los movimientos eclesiales: agentes de evangelización en la ciudad», en: G. RICHÍ ALBERTI (ed.), *Madrid 2020: evangelizar la gran ciudad. III Jornadas de actualización pastoral para sacerdotes* (Presencia y Diálogo 59, Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2020) 181-198.

- «Las traducciones y los estudios sobre san Ambrosio en España», en: E. GHELFI (ed.), *Progetti e prospettive di ricerca su Sant'Ambrogio a livello internazionale* (Biblioteca Ambrosiana-Centro Ambrosiano, Milano 2019) 37-69.

- «La experiencia religiosa del hombre posmoderno», en: G. RICHÍ ALBERTI (ed.), *Anunciar a Jesucristo en la posmodernidad. A cincuenta años de mayo del 68* (Collectanea Matritensia 13, Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2018) 149-170.

- «La espiritualidad del misionero en el Magisterio pontificio desde *Ad gentes*», en: J.C. CARVAJAL BLANCO (COORD.), *La misión evangelizadora de la Iglesia* (PPC, Madrid 2016) 178-208.

- «La Iglesia es la 'recta confesión de fe', en: G. RICHÍ ALBERTI (ed.), *Confesar el misterio del Padre. En el XX aniversario del fallecimiento de Marie-Joseph Le Guillou op* (Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2015) 199-222.

- Autor junto a M. VIDAL, R. BELLO, M.J. GARRACHÓN, «Los carismas en la Iglesia. La Renovación Carismática es una gracia para la Iglesia», en: A. BUENO ÁVILA- E. BELLOSO PÉREZ (coords.), *La alegría de evangelizar, una llamada al compromiso* (Instituto Superior de Ciencias Religiosas San Isidoro y San Leandro, Sevilla 2015) 209-226.

- «La ‘actitud de adoración’ en la Beata Isabel de la Trinidad», en: M. AROZTEGI ESNAOLA (ed.), *Palabra, Sacramento y Derecho* (BAC- Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2014) 519-549.

- «Movimientos eclesiales y nueva evangelización. Un nuevo Pentecostés», en: J.C. CARVAJAL BLANCO (dir.), *Emplazados para una nueva evangelización* (Presencia y Diálogo nº 37, Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2013) 255-292.

- «El Espíritu Santo como el óleo de la Antigua y la Nueva Alianza», en: J. PÉREZ-SOBA - A. GARCÍA DE LA CUERDA - A.CASTAÑO (eds.), *En la escuela del Logos. A Pablo Domínguez in memoriam* (Collectanea Matritensia vol. 6, tomo II: *La fecundidad de una amistad. Testimonios y artículos en memoria de Pablo Domínguez*. Ediciones Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2010) 405-418.

4. Artículos en revistas

- «La experiencia del Espíritu en la Renovación Carismática Católica»: *Teología y catequesis* 153 (2022) 101-121

- «40 años de Antropología Teológica en España»: *Carthaginensia* 34 (2018) 383-401.

- «La teología de la Iglesia local, marco de la pastoral litúrgica diocesana»: *Pastoral Litúrgica* 358 (2018) 35-55.

- «La Renovación Carismática Católica»: *Revista Española de Teología* 77 (2017) 157-187.

- «La espiritualidad del misionero en el Magisterio pontificio desde *Ad gentes*»: *Teología y Catequesis* 133 (2015) 161-188.

- «El misterio del hombre en la *Gaudium et Spes*»: *Teología y Catequesis* 129 (2014) 105-133.

- «Los movimientos eclesiales para la nueva evangelización»: *Cenaculum* 36 (2012) 35-62.

- «El Espíritu Santo como el óleo de la Antigua y la Nueva Alianza»: *Revista Española de Teología* 70 (2010) 105-118.

- «La gracia en el hombre justificado según Ambrosio de Milán»: *Revista Española de Teología* 64 (2004) 125-196.

5. Recensiones

- Rec. de J. G. MORALES ARRÁEZ, *Le «Cahier du Synode» de Marie-Joseph Le Guillou* (Studia Theologica Matritensia, Series Le Guillou 5, Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2016). 534 pp.: *Revista Española de Teología* 78 (2018) 375-378.

- Rec. de M.-J. LE GUILLOU, *Tu palabra es el amor. Meditaciones y homilias dominicales del Ciclo C* (BAC, Madrid 2015). 212 pp.: *Revista Española de Teología* 76 (2016) 556-559.

- Rec. de C. BASEVI, *Introducción a los escritos de San Pablo. Su vida y su teología* (Palabra, Madrid 2013). 396 pp.: *Revista Española de Teología* 75 (2015) 370-375.
- Rec. de M.-J. LE GUILLOU, *La Iglesia, luz en nuestra noche* (Encuentro, Madrid 2014). 168 pp.: *Revista Española de Teología* 75 (2015) 375-380.
- Rec. de M.-J. LE GUILLOU, *¿Cristiano en el mundo! ¿Es posible en nuestro tiempo?* (BAC, Madrid 2014). (Edición española de G. Richi Alberti). 154 pp.: *Revista Española de Teología* 74 (2014) 637-642.
- Rec. de L.F. LADARIA, *El hombre en la creación* (BAC, Madrid 2012). 153 pp.: *Revista Española de Teología* 74 (2014) 633-637.
- Rec. de M.-J. LE GUILLOU, *Los testigos están entre nosotros. La experiencia de Dios en el Espíritu Santo* (Encuentro, Madrid 2013). 272 pp.: *Revista Española de Teología* 74 (2014) 185-190.
- Rec. de M. DELGADO GALINDO, *La primavera de la Iglesia. Movimientos eclesiales, fieles laicos y nueva evangelización* (Editorial de la Palabra de Dios, Buenos Aires 2012). 78 pp.: *Revista Española de Teología* 74 (2014) 181-185.
- Rec. de J. BELDA PLANS, *Historia de la teología* (Palabra, Madrid 2010). 316 pp.: *Revista Española de Teología* 73 (2013) 184-187.
- Rec. de G. HERNÁNDEZ PELUDO, *Cristo y el Espíritu según el In Ioannis Evangelium de San Cirilo de Alejandría* (Publicaciones Universidad Pontificia Salamanca, Salamanca 2009): *Revista Española de Teología* 71 (2011) 107-109.
- Rec. de L.F. LADARIA, *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad* (Secretariado Trinitario, Salamanca 2010): *Revista Española de Teología* 70 (2010) 511-513.
- Rec. de K. RAHNER, *Escritos de Teología VI* (Cristiandad, Madrid 2007): *Revista Española de Teología* 68 (2008) 457-459.
- Rec. de E. ROMERO POSE, *Anotaciones sobre Dios uno y único* (Publicaciones de la Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2007): *Tabor*
- Rec. de AMBROSIO DE MILÁN, *La virginidad. La educación de la virgen. Exhortación a la virginidad* (Colección Fuentes Patrísticas, 19. Ciudad Nueva, Madrid 2007): *Revista Española de Teología* 67 (2007) 549-550.
- Rec. de ATANASIO DE ALEJANDRÍA, *Epístolas a Serapión sobre el Espíritu Santo* (Colección Biblioteca de Patrística, 71. Ciudad Nueva, Madrid 2007): *Revista Española de Teología* 67 (2007) 548-549.
- Rec. de A. FERREIRO (ed.)-T. C. ODEN (ed. gen.)-M. MERINO RODRÍGUEZ (ed. esp.), *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Antiguo Testamento 16. Los doce profetas* (Ciudad Nueva, Madrid 2007): *Revista Española de Teología* 67 (2007) 547-548.
- Rec. de S. ROSTAGNO, *Karl Barth* (San Pablo, Madrid 2006): *Revista Española de Teología* 67 (2007) 114-115.
- Rec. de T.C. ODEN - A.A. JUST JR. (eds.) - M. MERINO RODRÍGUEZ, (ed. esp.), *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Nuevo Testamento 3. Evangelio según san Lucas* (Ciudad Nueva, Madrid 2006): *Revista Española de Teología* 67 (2007) 113-114
- Rec. de C. IZQUIERDO (dir.)- J. BURGGRAF - F.M. AROCENA, *Diccionario de Teología* (Eunsa, Pamplona 2006): *Revista Española de Teología* 66 (2006) 613-615.

- Rec. de J. DANIELOU, *El misterio del Adviento* (Cristiandad, Madrid 2006): *Revista Española de Teología* 66 (2006) 617-619.

- Rec. de G. BRUNO COLAUTTI, *Las figuras eclesiológicas en San Hilario de Poitiers* (Pontificia Università Gregoriana, Roma 2005): *Revista Española de Teología* 66 (2006) 467-469.

- Rec. de J. GRANADOS, *Los misterios de la vida de Cristo en Justino Mártir* (Pontificia Università Gregoriana, Roma 2005): *Revista Española de Teología* 66 (2006) 465-467.

6. Reseñas

- Reseña de A. ALBA LÓPEZ, *Autoridad y poder en los escritos polémicos de Hilario de Poitiers* (Signifer Libros, Madrid – Salamanca 2013): *Revista Española de Teología* 75 (2015) 580-581.

- Reseña de L. TOUZE- M. ARROYO (a cura di), *Il celibato sacerdotale. Teologia e vita* (EDUSC, Roma 2012): *Revista Española de Teología* 75 (2015) 383-384.

- Reseña de CONFÉRENCE DES ÉVÊQUES DE FRANCE, *Les nouveaux courants charismatiques. Approches, discernement, perspectives* (coll. «Documents d'Eglise». Bayard/Cerf/Fleurus-Mame, Paris 2010) 192 pp.: *Revista Española de Teología* 73 (2013) 194-195.

7. Otras publicaciones

Canal YouTube: https://www.youtube.com/channel/UCK3L74T_R25heZL-mCmfESPQ

- «Yo abro brecha delante de vosotros»: *Nuevo Pentecostés* 202 (2022) 5.
- «El inmenso poder del Espíritu»: *Nuevo Pentecostés* 201 (2022) 19.
- «Dios resucitó a su Siervo»: *Nuevo Pentecostés* 200 (2022) 25
- «La lengua del Espíritu»: *Nuevo Pentecostés* 199 (2022) 25.
- «La fuerza del Espíritu»: *Nuevo Pentecostés* 198 (2022) 23.
- «La unidad está en el amor»: *Nuevo Pentecostés* 197 (2021) 11.
- «De la esclavitud a la alegría de la libertad»: *Nuevo Pentecostés* 196 (2021) 5.
- «El amor de Dios y las obras»: *Nuevo Pentecostés* 195 (2021) 11.
- «La casa sobre roca»: *Nuevo Pentecostés* 194 (2021) 11.
- «Amar implica todo»: *Nuevo Pentecostés* 193 (2021) 29.
- «La seducción de Dios»: *Nuevo Pentecostés* 192 (2021) 23.
- «Amar como Jesús»: *Nuevo Pentecostés* 191 (2020) 9.
- «Santos ángeles custodios»: *Alfa y omega* 1182 (2020) 20.
- «Ser luz en la oscuridad»: *Nuevo Pentecostés* 190 (2020) 7.
- «Nuevas criaturas reconciliadas en Cristo»: *Nuevo Pentecostés* 189 (2020) 24.
- «El nombre nuevo: hijo amado»: *Nuevo Pentecostés* 188 (2020) 12-13.
- «Les abrió el entendimiento»: *Nuevo Pentecostés* 187 (2020) 23.
- «Los ángeles no son (solo) figuritas del Belén. Su existencia es una verdad de fe»: *Misión* 54 (2019-2020), 56-57.
- «Todo hombre es imagen de Jesús»: *Nuevo Pentecostés* 180 (2019) 12-13.
- «Tras las huellas de Jesús»: *Nuevo Pentecostés* 179 (2018) 30-33.
- «Distintas formas de amor»: *Nuevo Pentecostés* 179 (2018) 22-24.

- «María, llena del Espíritu»: *Shalom* 174 (2018) 16-19.
- «A la fe se llega por experiencia»: *Paraula* (29/04/2018) 12-13.
- «La efusión del Espíritu»: *Nuevo Pentecostés* 174 (2018) 16-19.
- «La unción»: *Nuevo Pentecostés* 172 (2017) 30-33.
- «Entrevista»: *Nuevo Pentecostés* 172 (2017) 4-7.
- «Un milagro»: *Nuevo Pentecostés* 171 (2017) 15-17.
- «*Amoris laetitia*, la alegría del amor»: *Nuevo Pentecostés* 164 (2016) 32-34.
- «¿Cómo discernir?»: *Nuevo Pentecostés* 163 (2016) 8-10.
- «Para que Él crezca»: *Nuevo Pentecostés* 160 (2015) 37-38.
- «La certeza vence a las reticencias»: *Avanzar* 750 (2014) 18-19.
- «El sacerdote en el sacramento de la Reconciliación»: *Nuevo Pentecostés* 153 (2014) 28-31.
- «¡Tú tienes vocación!»: *Nuevo Pentecostés* 151 (2014) 10-13.
- «¡Gracias por fijarte en mí!»: Delegación de Pastoral Vocacional de la Archidiócesis de Madrid, *Alzaré la copa de la salvación. 50 retazos sacerdotales en Madrid* (2013) 94-95.
- «El Papa Francisco»: *Nuevo Pentecostés* 146 (2013) 13.
- «Benedicto XVI. Tocados por el Espíritu»: *Nuevo Pentecostés* 145 (2013) 16-17.
- «¿Elegidos o discernidos?»: *Nuevo Pentecostés* 144 (2013) 12-13.
- «El pastoreo» (II): *Nuevo Pentecostés* 140 (2012) 12-13.
- «El pastoreo» (I): *Nuevo Pentecostés* 139 (2012) 26-28.
- «Creo en el Espíritu Santo»: *Alfa y Omega* 802 (11-X-2012) 6.
- «Barro Confiado»: *Revista Seminario de Madrid* 40 (2010) 7.
- «Con vosotros cristiano, para vosotros sacerdote. A propósito del Año Sacerdotal Junio 2009-2010»: *Nuevo Pentecostés* 127 (2010) 12-13.
- «Nuevo equipo nacional. A tu servicio»: *Nuevo Pentecostés* 131 (2010) 21.
- «La experiencia del Espíritu es transformadora»: *Nuevo Pentecostés* 118 (2008) 3.
- «Señor, ¿qué quieres de mí?»: *Nuevo Pentecostés* 118 (2008) 20.
- «La Cuaresma: ¿tengo que» o «necesito» cambiar?»: *Nuevo Pentecostés* 114 (2008) 10-11.
- «La misión del Formador»: *Alfa y Omega* 537 (15-03-2007) 5.
- «La gracia de sentirse pecador y no culpable»: *Nuevo Pentecostés* 107 (2006) 4-7.
- «Rasgos teológicos de la misión de la Iglesia»: *Illuminare* 362 (2004) 9-12.
- «Os daré pastores según mi corazón»: *Boletín de la Asociación Radio María* 33 (2002) 4.
- «¿Por qué yo?... ¿por qué no yo?»: *Revista Seminario de Madrid* 3 (1996) 9.
- «¿Qué buscáis peregrinos»: *Hágase Estar* 90 (1989) 2-4.
- «Aporreamiento interesado. A propósito de la fiesta de la Inmaculada Concepción»: *ABC* 19-7-88, 10.

Ilma. S.^a D.^a Myrna N. Torbay Khoury

Secretaria General. Universidad de la Mística de Ávila (CITES)

FORMACIÓN ACADÉMICA

- Ingeniera Civil.
- Especialización en Gestión para Ingenieros.
- Especialización en Gestión de Proyectos Sociales.
- Diploma Universitario en Docencia Universitaria.
- Diploma Universitario en Pastoral de la Salud.
- Máster en Mística y Ciencias Humanas.
- Diploma en Ciencias Religiosas.
- Licenciada en Ciencias Religiosas (Identidad Cristiana y Diálogo).
- Idiomas: inglés y francés (Nivel B2), Árabe (A2), comprensión del italiano y portugués.

EXPERIENCIA LABORAL

- 25 años de experiencia en el campo de la Ingeniería.
- Experiencia docente universitaria.
- Conferencias, retiros, ejercicios espirituales, cursos de espiritualidad.
- Actualmente Secretaria General del CITEs.

EXPERIENCIA DE INVESTIGACIÓN

- Relación de Teresa de Jesús con los laicos, y la propuesta de una espiritualidad laical desde sus escritos y doctrina.
- El diálogo en Edith Stein. Hacia una espiritualidad steiniana para el diálogo.

PUBLICACIONES (entre otras)

- Torbay, M., *El Carmelo Seglar: ¿Los seglares en la mente de Teresa en sus Fundaciones?* en Sancho F., F. J., Cuartas L., R. (dirs.), *El libro de las Fundaciones de Santa Teresa de Jesús. Actas del III Congreso Internacional Teresiano*, Monte Carmelo-CITEs, Burgos 2013, pp. 217-224.
- Torbay, M., *Una experiencia de oración y acompañamiento a los enfermos y familiares*, en Rodríguez, M.I. (dir.), *Espiritualidad y salud integral*, Monte Carmelo-CITEs, Burgos 2014, pp. 241-249.
- Torbay, M., *La relación epistolar de Teresa de Jesús con los laicos*, en Sancho F., F. J., Cuartas L., R. Nawojowski, J., (dirs.), *Epistolario y escritos breves de Santa Teresa de Jesús. Actas del V Congreso Internacional Teresiano en preparación del V Centenario de su nacimiento (1515-2015)*, Monte Carmelo-CITEs, Burgos 2015, pp. 197-210.
- Torbay M., *Cuatro pequeñas joyas de Teresa de Jesús*, en Muñoz Quiroz J. M. (dir), *Revista El Cobaya N° 23*, Ávila 2015, pp. 87-91.
- Co-autora junto con J. Nawojowski, de 4 Expo Guías sobre Teresa de Jesús, Monte Carmelo-CITEs, Burgos 2016:
 - Camino de Perfección.
 - Las Fundaciones.
 - Moradas o Castillo Interior.
 - Cartas y escritos breves.

- Torbay M., *Comprometernos con Jesús con responsabilidad y autenticidad*, en Jara D. (dir), *Llamados a comprometernos*, Colección Cátedra Francisco Palau Nº 5, CITEs «Universidad de la Mística», Ávila, 2017, pp. 277-285.

- Torbay, M., Testigos. Teresa de Jesús: plenamente mujer, mujer en plenitud, en M. C. Azaustre Serrano (Coord.), *La mística con rostro de mujer*, CITEs «Universidad de la Mística», Ávila, 2018, pp. 285-288.

- Torbay, M., *Edith Stein y el Cántico Espiritual*, en Sancho F., F. J., Cuartas L., R. (dirs.), *Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz. Actas del III Congreso Mundial Sanjuanista*, Monte Carmelo-CITEs, Burgos 2020, pp. 471-478.

José-Román Flecha Andrés

Profesor emérito. Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca

José-Román Flecha Andrés es sacerdote de la diócesis de León, España. Es licenciado en Filosofía por la Universidad de Santo Tomás y en Teología por la Universidad Gregoriana, de Roma. Es doctor en Teología con especialidad en Moral por la Academia Alfonsiana, de Roma. Ha sido profesor titular en la Universidad Pontificia de Salamanca y profesor invitado en varias universidades de Europa y de las Américas. Es miembro del comité científico del Instituto Pablo VI, de Concesio, Brescia, Italia. Ha participado semanalmente durante muchos años en Radio Vaticano y colabora activamente con dos estaciones de radio de los Estados Unidos.

Entre sus obras sobresalen: *Teología Moral Fundamental; Moral de la Persona. Amor y sexualidad; El respeto a la creación; Bienaventuranzas, caminos de felicidad; Las obras de misericordia; Para orar con los salmos* (Madrid, BAC); *Bioética. La fuente de la vida; Moral social. La vida en comunidad; Moral religiosa. La vida ante Dios*, (Salamanca: Sígueme); *El Dios de los Ancianos; Amor y alegría. El fruto del Espíritu; El vendaval de Dios. Para una catequesis de los dones del Espíritu Santo; Virtudes para una vida buena*, (Salamanca; Secretariado Trinitario); *¿Qué dice la Biblia sobre...? La Palabra de Dios, luz para la ética cristiana; Las raíces del mal y del bien. Pecados y virtudes capitales* (Burgos: Grupo Fonte-Monte Carmelo); *De camino con María* (Madrid, Ed. Nacea); *Ecología y fe cristiana; Comentario al Credo y al Padre nuestro; La Conciencia* (Madrid, Central Catequística Salesiana).

Dr. Isaac González Marcos, OSA

Centro Teológico San Agustín y Facultad de Teología de Burgos

Nació en Villalobar (León), en 1959. Fue ordenado sacerdote en 1985. Estudió Filosofía en la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid) y Teología en el Instituto Patristico Augustinianum (Roma). Es Doctor en Historia de la Iglesia por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma, 2013); Diplomado en Archivística por la Escuela Vaticana de Paleografía y Archivística (Ciudad del Vaticano, Roma 1985) y Especialista Universitario «Los orígenes del cristianismo» por la Universidad de Valladolid (Valladolid 2011). Desde 1998 ha trabajado en el CTSA como Profesor de Historia de la Iglesia Medieval, Contemporánea,

Homilética, Metodología y Temas de Historia de la Orden. Secretario (1998-2000), Administrador (2000-2002), Subdirector (2002-2004; 2006-2009; 2009-2012; 2012-2013; 2016-2022), Director (2004-2006; 2013-2016). Pertenece al Consejo de Redacción de Revista Archivo Agustiniiano y es miembro del Instituto Histórico de la Orden (desde 2004), del que ha sido su secretario (2012-2015) y Presidente (2015-2024). Es editor de las VIII, IX, XVII Y XVIII Jornadas Agustiniianas. Entre sus últimas publicaciones destacamos: «Paso y permanencia de S. Juan de Sahagún en la catedral de Burgos», en J. L. BARRIOCANAL, J.L. – PAYO HERNANZ, R.J., eds., *El mundo de las catedrales. Pasado, Presente y Futuro. Congreso Internacional VIII Centenario de la Catedral de Burgos*, 2021, 371-383; «La primitiva iglesia en salida, organización de la Iglesia en América y V centenario de la primera vuelta al mundo», en *Diáspora. Anuario Misiona*l 43 (2021-2022) 32-39 y «La mariología de Agustín Antolínez»: *La Ciudad de Dios-Revista Agustiniiana* 235/3 (2022) 729-770.

Emmo. y Rvmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra

Cardenal Arzobispo de Madrid

Carlos Osoro Sierra fue nombrado arzobispo de Madrid por el papa Francisco el 28 de agosto de 2014, y tomó posesión el 25 de octubre de ese año. Desde junio de 2016 es ordinario para los fieles católicos orientales residentes en España. El 19 de noviembre de 2016 fue creado cardenal por el papa Francisco. Nació en Castañeda (Cantabria) el 16 de mayo de 1945. Cursó los estudios de magisterio, pedagogía y matemáticas, y ejerció la docencia hasta su ingreso en el seminario para vocaciones tardías Colegio Mayor El Salvador de Salamanca, en cuya Universidad Pontificia se licenció en Teología y en Filosofía. Fue ordenado sacerdote el 29 de julio de 1973 en Santander, diócesis en la que desarrolló su ministerio sacerdotal.

Durante los dos primeros años de sacerdocio trabajó en la pastoral parroquial y la docencia. En 1975 fue nombrado secretario general de Pastoral, delegado de Apostolado Seglar, delegado episcopal de Seminarios y Pastoral Vocacional y vicario general de Pastoral. Un año más tarde, en 1976, se unificaron la Vicaría General de Pastoral y la Administrativo-jurídica y fue nombrado vicario general, cargo en el que permaneció hasta 1993, cuando fue nombrado canónigo de la santa Iglesia Catedral Basílica de Santander, y un año más tarde, presidente. Además, en 1977 fue nombrado rector del seminario de Monte Corbán (Santander), y ejerció esta misión hasta que fue nombrado obispo. Durante su último año en la diócesis, en 1996, fue también director del centro asociado del Instituto Internacional de Teología a Distancia y director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas San Agustín, dependiente del Instituto Internacional y de la Universidad Pontificia de Comillas.

El 22 de febrero de 1997 fue nombrado obispo de Orense por el papa san Juan Pablo II. El 7 de enero de 2002 fue designado arzobispo de Oviedo, de cuya diócesis tomó posesión el 23 de febrero del mismo año. Además, desde el 23 de septiembre de 2006 hasta el 9 de septiembre de 2007, fue el administrador apostólico de Santander. El 8 de enero de 2009, el papa Benedicto XVI lo nombró arzobispo de Valencia; el 18 de abril de ese año tomó posesión de

la archidiócesis, donde permaneció hasta su nombramiento como arzobispo de Madrid en 2014.

Tras su participación en la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los obispos, celebrada del 4 al 25 de octubre de 2015 y dedicada a la familia, el 14 de noviembre de ese año, el papa Francisco lo eligió como uno de los miembros del XIV Consejo Ordinario de la Secretaría General del Sínodo de los obispos; un organismo permanente que, en colaboración con el Pontífice, tiene como tarea la organización del Sínodo, así como elaboración de los textos y documentación para la Asamblea. Sus trabajos sirvieron de base para el Sínodo dedicado a los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, celebrado del 3 al 28 de octubre de 2018.

El 9 de junio de 2016, el papa Francisco erigió un Ordinariato para los fieles católicos orientales residentes en España, con el fin de proveer su atención religiosa y pastoral, y nombró a monseñor Osoro como su ordinario. El 9 de octubre de 2016, el papa Francisco anunció un consistorio para la creación de nuevos cardenales de la Iglesia católica, entre los que figuraba monseñor Osoro. El día 19 de noviembre de 2016 recibió la birreta cardenalicia de manos del Sumo Pontífice en el Vaticano.

El 23 de diciembre de 2017, el Santo Padre lo nombró miembro de la Congregación para la Educación Católica. El 6 de agosto de 2019, el papa Francisco lo designó miembro de la Congregación para las Iglesias Orientales.

En la Conferencia Episcopal Española (CEE) fue presidente de la Comisión Episcopal del Clero de 1999 a 2002 y de 2003 a 2005; presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar hasta marzo de 2014 (fue miembro de esta Comisión desde 1997) y miembro del Comité Ejecutivo entre 2005 y 2011. Ha sido vicepresidente de la CEE durante el trienio 2014-2017. Hasta la actualidad ha sido miembro del Comité Ejecutivo (Ahora Comisión Ejecutiva) como arzobispo de Madrid. El martes pasado fue elegido Vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española por el cuatrienio 2020-2024.

Desde noviembre de 2008 es patrono vitalicio de la Fundación Universitaria Española y director de su seminario de Teología. Actualmente preside como cardenal-arzobispo la archidiócesis madrileña.

Entre sus publicaciones se encuentran:

A la Iglesia que amo, Madrid 1989.

Cartas desde la Fe, Madrid 1995.

Beato Manuel González, el obispo de la Eucaristía, visto por tres obispos, en cooperación con Carlos Amigo Vallejo, Manuel Sánchez Mongo y Rafael Palmero Ramos, Madrid 2001.

Siguiendo las huellas de Pedro Poveda: sacerdotes en la entraña de nuestra cultura, Madrid 2003.

Ahí tienes a tu Madre, Oviedo 2005.

Una familia que se quiere como la de Nazaret, Oviedo 2006.

La Iglesia, memoria y presencia de Jesucristo: siempre provocados y convertidos a la misión, Oviedo 2006.

A la misión desde la conversión: carta pastoral ante el Sínodo de la Iglesia en Asturias para el Tercer Milenio, en la solemnidad de la Natividad del Señor, 25 de diciembre de 2006, Arzobispado de Oviedo, Oviedo 2007.

Pasión por evangelizar, Valencia 2014.

Con rostro de misericordia, Madrid 2015.

Búscate en mí, Madrid 2017.

La familia, Iglesia doméstica, Madrid 2019.

Entre sus distinciones posee:

Caballero de la Orden de Santiago. Cruzamiento y toma de hábito el 20 junio 2017 tras ser concedido por Su Majestad el Rey Felipe VI, realizado en el Monasterio de MM. Comendadoras de Santiago, en Madrid, a propuesta del Real Consejo de las Órdenes Militares Españolas.

Afiliado a la Orden de San Agustín. Concedida por el Rvdm. P. General Alejandro Moral Antón, OSA, a petición de la comunidad agustiniana de san Manuel y san Benito, sita en C/Columela 12, de Madrid, el día 21 de junio de 2019, perteneciente en ese momento a la Federación de las Provincias Agustiniánas en España y tras el Capítulo Provincial a la Provincia de san Juan de Sahagún de España.

*«El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma
en todos los miembros de un único cuerpo»*

San Agustín (*ser.* 267,4).



CENTRO TEOLÓGICO
San Agustín

ISBN 978-84-92645-83-1



<http://www.centroteologicosanagustin.es>